VIUDA NEGRA

FRAN BARRERO

SAGA
LULLABY
7

LULLABY

Viuda negra

–

FRAN BARRERO

Primera edición: Diciembre de 2023

www.franbarrero.es

Fotografía y diseño de la portada: Fran Barrero
Corrección: Eva Tendero y Ramón Portalés.

Depósito Legal: M-21.991-2016
ISBN:

Biografía

Nacido en Huelva (España) en 1976, Fran Barrero es un autor independiente que inicia su carrera literaria en 2008 con su primer libro didáctico sobre fotografía. Tras doce manuales publicados sobre esa especialidad, emprende el desafío de probar suerte en la narrativa de ficción con su primera novela *Alfil*, primera entrega de la Saga de *Alfil*. En la actualidad ha publicado también:

Alfil Blanco, Alfil Azul y Alfil Rojo
Anatomía de un suicidio
Bloody Mary y Bloody Mary 2
Wanda y el robo del cristal
El otro lado del retrato
El corazón del último ángel
Herencia de Cenizas
Lluvia de Otoño
Saga *Amurao*, novela negra de 12 entregas
Saga *Lullaby* (novela negra)
Saga *Inversia* (distopía)

www.franbarrero.es
facebook: turincondelecturablog
instagram: franbarrero_escritor

Para Ana Díaz,
viuda negra donde las haya.

Índice de contenido

Vestido color malva de Stella McCartney, zapatos de Manolo Blahnick *nude* y bolso de Louis Vuitton a juego con los Manolos. El cabello rubio recogido y veinte mil euros en joyas, aunque discretas en tamaño. La imagen que mostraba el espejo del recibidor sería impecable si Elísabeth no se hubiera detectado una pequeña arruga nueva en la comisura de los labios cuando salió de la ducha, necesitaba otra sesión con inyecciones de ácido hialurónico. No era mayor, acababa de cumplir treinta y dos años, pero sentía pánico ante la idea de envejecer y de tener que renunciar al estilo de vida que llevaba, que dependía de resultar atractiva, radiante, la que todos mirasen allá donde apareciese. No en vano se esforzó durante años en adquirir estilo, aprender modales, protocolo e incluso a caminar y saber oír a los hombres que tenía delante para hacerlos sentir importantes y seductores, darles la sensación de que controlaban la situación.

Eran las ocho menos veinte de la tarde cuando salió del ático alquilado en plena Gran Vía para dirigirse al Larios Café, a pocos metros. La zona ya estaba llena de turistas con sus ropas tan cómodas como horteras y oliendo a sudor tras una jornada de caminata por la ciudad; no le importaba ese detalle, ya estaba acostumbrada a caminar entre esas personas cada día en busca del lugar donde el mundo cambiaba, especialmente las personas del interior, y entre las que podría encontrar aquello que buscaba cada tarde desde hacía tres semanas.

El restaurante especializado en cócteles reunía a esa hora a ejecutivos de la zona financiera y empresarial que tomaban una copa antes de regresar a casa. Ella había calculado que el noventa por ciento de estos eran hombres con familias creadas hacía muchos años y de las que huían todo lo posible, incluso intentando tener una aventura esporádica con chicas más jóvenes que les obsequiaran en la cama con lo que sus esposas ya no querían darles. Pero quedaba un diez por ciento de solteros, viudos y separados que eran el premio gordo de la lotería a sus ojos, los solitarios ávidos de volver a ilusionarse.

Además de ejecutivos adinerados, el local contaba con un gran surtido de prostitutas de lujo que no trataban precisamente de pasar desapercibidas. Estas se diferenciaban de Elísabeth en que, aun llevando un atuendo similar, no lo conjuntaban como dictaban los

cánones de la moda y el buen gusto, por no hablar de sus modales, la desesperación en sus miradas y también en que se centraban en los casados, a los que podían sacar unos pocos miles de euros por satisfacer sus necesidades de forma rápida.

Ella buscaba otra cosa, obvio, algo mucho más grande, que diese mejores resultados. Y vaya si lo había logrado en los últimos años.

«Por desgracia, aunque cada vez me resulta más fácil detectar a las buenas presas, también voy siendo menos joven y eso me hace menos atractiva ante las putas de lujo que me rodean. Quizás ellas tengan peores modales, pero cumplen en la cama y tienen un aspecto cada año más fresco en comparación con el mío. Joder».

Pierre la saludó desde detrás de la barra con un simple gesto de la cabeza, algo muy sutil, como sabían hacer todos los empleados del lugar, para que aquello se pareciese lo menos posible a un bar de extrarradio. El camarero comenzó a prepararle su cóctel Martini antes de que ella llegase a la barra.

—¿Qué tal todo, Pierre?

—Como siempre, *Mademoiselle*. —Él no conocía su nombre, ni falta hacía. No conocía el real ni el que estaba usando esas semanas. Un detalle más de discreción que nunca sobraba.

—Me alegro. *Merci*. Toma.

El camarero no miró el billete de cincuenta euros, lo guardó en la caja, apartando a continuación su propina, y le indicó una mesa con un gesto rápido con los ojos.

Ella tomó la copa, se dirigió despacio a la mesa y se sentó aplicando los modales que había aprendido. El camarero la había visto actuar durante esas semanas, así que, a cambio de los treinta y cinco euros de propina, le insinuaba dónde debía sentarse para tener cerca a clientes adinerados y solitarios que ya estuviesen en el local. Seguro que pensaba que era una puta más, pero eso a ella no le importaba lo más mínimo.

Elísabeth no tenía prisa, y tampoco iba a actuar como lo hacían las escorts de lujo, no iba a insinuarse de forma descarada para mostrar una profesión que, en realidad, ella no ejercía. Había muchas cosas más que la diferenciaban de ellas, tenía paciencia, sabía esperar al momento adecuado, sabía leer en los ojos de los hombres lo que buscaban y, sobre todo, tenía amor propio y seguridad en sí misma; seguridad de la auténtica, no como las demás, que necesitaban de su dosis de Instagram diario para mantener la autoestima.

«Hoy no tengo tanta tras descubrir la marca en la comisura de los labios, tengo que pedir cita a Ivette para que me inyecte ácido hialurónico esta semana».

Ya casi se había tomado el cóctel, sin prisas y leyendo un libro de Marcel Proust: *La condición existencial y la subjetividad esencial que la*

constituye; cuando había intercambiado media docena de miradas tímidas con el tipo que ocupaba la mesa de enfrente.

Traje negro a medida, corbata burdeos con nudo windsor. Unos cuarenta años bien llevados, aunque con mirada ovina y algo de entradas en su cabello moreno. Reloj Patek Phillippe Nautilus de color gris. No estaba mal del todo.

Ella se mostró indiferente cuando vio por el rabillo del ojo que él se levantaba. Se sumergió en la lectura hasta que oyó:

—Disculpe si la molesto. Me preguntaba si… bueno, si no es indiscreción que la invite a otra copa.

«Bingo».

—¿Cómo?

—Decía que… Lo siento, no he querido importunarla, me marcho para que pueda seguir leyendo.

—No, por favor. Estaba enfrascada en la lectura y no le he oído bien. —Ella lo miraba con un punto de indiferencia sumado a dos puntos de intriga, lo que siempre funcionaba. «Compórtate como si él te hubiese sacado del ensimismamiento, como si te hubiera derribado algunas defensas, pero tampoco ansiosa por tenerlo a tu lado».

El tipo, tímido como cualquiera que se saca a sí mismo de su zona de confort por la fuerza, se atrevió en un esfuerzo a decir:

—Querría invitarla a una copa, a otra, a lo que esté bebiendo.

—Gracias, es muy considerado. Tomo un cóctel Martini.

—Ahora mismo se lo pido al camarero.

Elísabeth fingía un poco de azoro, cambiando de postura lentamente en la silla, como si lo ocurrido fuese algo inusual en su vida.

—Muchas gracias. Disculpe, pero no estoy acostumbrada…

—Le pido perdón de nuevo por haberla interrumpido en la lectura.

—No importa, es la segunda vez que leo el libro.

—¿Tan interesante es?

—Así es, se lo recomiendo.

—Me lo apuntaré. Sigo siendo un maleducado y no me he presentado, me llamo Aitor, Aitor Mendía.

—Elísabeth, Elísabeth Vidal, encantada.

—El placer es todo mío.

—¿Usted qué toma?

—Siento no ser tan elegante como usted, solo una cerveza.

—Detesto a las personas que piden un combinado de renombre para parecer sofisticados, también me agradan quienes son sinceros y fieles a sus gustos.

Aitor Mendía sonrió como un colegial ante una entrega de notas con todo sobresaliente.

El camarero llegó con las comandas y se marchó tras pagarle Aitor.

Elísabeth contuvo la sonrisa al ver que dejaba una generosa propina.

La conversación fue dirigida por ella, aunque con el tacto necesario para hacer creer a su presa que él tenía el control de la misma. Hablaron de sus ocupaciones, de sus momentos de ocio, de sus familias… y así hasta las diez de la noche, momento en el que ella, para asombro de Aitor, dijo que tenía que marcharse porque necesitaba descansar para estar al cien por cien en una negociación al día siguiente.

—Debe de ser fascinante el mundo de las finanzas, comprar y vender en los momentos oportunos —dijo él con sincera admiración e interés.

—No lo describiría como fascinante, precisamente, solo es un trabajo y hay que estar muy despierta para ello; la otra parte con la que negocias puede sorprenderte en el último momento y hacerte perder mucho dinero en la transacción, o puede echarse atrás y arruinar muchas semanas o meses de trabajo —respondió ella mientras se levantaba y se despedía de él de forma cordial, estrechándole la mano.

—¿Volveré a verte?

—Vengo a menudo para desconectar.

—¿Sería un atrevimiento pedirte tu número de teléfono?

Ella se lo pensó, de una forma más que ensayada, durante unos segundos.

—¿Por qué no? Me ha gustado la conversación, Aitor.

Una vez intercambiados los números, el hombre se levantó para despedirla con una sonrisa, y se quedó mirando cómo ella abandonaba el Larios Café como si caminase a cámara lenta.

Elísabeth llegó al ático, que siempre mantenía iluminado aunque ella no estuviese allí, luces indirectas que le daban la justa iluminación por la noche para recrearse en el lujo y el amplio espacio en el que vivía. Dejó las llaves en el plato de porcelana negra sobre el mueble del recibidor. Fue a cambiarse al dormitorio para ponerse cómoda. Ya en la cocina, sacó la bandeja con *sushi* que había sobrado del almuerzo anterior y se dirigió al salón, donde puso un disco de Schubert y levantó la tapa de su Macbook Pro para conectar a él la cámara de vídeo que siempre llevaba oculta en los bolsos que usaba en las cacerías.

Mientras degustaba una porción de *shasimi* de salmón con unas gotas de salsa de soja, comenzó a ver el vídeo. Pausó en el momento en que Aitor Mendía estaba de frente ante ella, esa captura de pantalla la envió a la impresora.

Luego comenzó con la búsqueda de su nombre en Google y en las

redes sociales.

—Vaya, resulta que es tu nombre de verdad, eres un espécimen difícil de encontrar, de los que me gustan, aunque aún no he bajado la guardia, a ver qué más descubro sobre ti; quizás seas el elegido.

No sería la primera vez que ella se sorprendía al destapar docenas de mentiras sobre un hombre. Solían darle un nombre falso, además de datos económicos inflados y ocultar un sinfín de familiares a su alrededor, especialmente esposa e hijos que lo complicaban todo. Estos buscaban un ligue, no una prostituta de lujo, querían sentirse conquistadores en su grado más extremo; eran clientes habituales de prostitutas de alto *standing*, pero que aún no se resistían del todo a seducir de vez en cuando a una dama por sus habilidades y no por su dinero, patéticos personajes inseguros que trataban de engañarse a sí mismos.

Aitor Mendía tenía cuentas en Facebook y Twitter, de allí se podría sacar casi todo sobre él. No tenía Instagram, eso era una buena señal, pues indicaba que no quería impresionar, que no deseaba parecer mejor de lo que era. Las fotos y las publicaciones durante los últimos cinco años fueron revisadas por Elísabeth minuciosamente.

Fotos de su casa, enorme y a las afueras de la ciudad. Fotos de sus coches, como reclamo, igual que la casa, para atrapar a una esposa futura: un BMW 750 y un Mercedes C63 AMG. No estaba nada mal.

Elísabeth, basándose en su experiencia, calculaba unos dos millones, quizás dos y medio en el banco.

No había fotos de hijos, de esposa, de padres, de hermanos… nada.

«Me ha tocado la lotería. Premio gordo por fin».

Aitor no era agraciado físicamente, así que le costaría seducirlo con confianza, con la seguridad de que se sintiese un seductor, pero eso ya lo tenía ella más que ensayado y trabajado antes.

Le mandó un mensaje de WhatsApp y se mantuvo a la espera mientras terminaba el *sushi*.

<Hola, Aitor>

Escueto, para no parecer demasiado interesada, pero también directo, para mostrar que era una mujer empoderada que no tenía inconveniente en dar el siguiente paso.

Estaba cansada de la música clásica, pero aguantaría diez minutos más, los suficientes para acabar de cenar y obtener respuesta. Por supuesto, usó un teléfono no registrado que había comprado para su nueva operación.

<Qué sorpresa, no esperaba esto. Pensaba que estarías trabajando>

<Y lo estoy haciendo, pero quería que supieras que me has gustado, me ha gustado tu conversación. Espero no haber sido demasiado atrevida>

<En absoluto. ¿Estás ocupada?>

<No mucho, ya terminé de plantear la reunión de mañana. ¿Qué haces? ¿Sigues en Larios Café?>

<No, me marché tras despedirnos. Estoy en casa, cenando>

<A ver si repetimos. No quiero parecer… bueno, ya me entiendes, no es lo habitual. Me ha gustado compartir el momento contigo, espero repetir, solo eso>

<Claro, cuando desees. Mañana volveré a ir allí>

<Mañana tengo reunión hasta muy tarde en el trabajo. Quizás pasado mañana para una cena en algún lugar mejor>

<¿Dónde propones?>

<Te mandaré un mensaje al teléfono>

<De acuerdo. Pasa buena noche>

<Igualmente, Aitor>

Y finalizó la conversación. Ella sonreía. Ya estaba iniciada la siguiente fase. Qué fácil era con los hombres…

Había nacido para eso, todas las mujeres lo habían hecho, aunque solo las más bonitas, de cuerpos apetecibles y con los recursos para hacerse ver, para destacar, eran las que podían aprovechar al máximo sus armas para su beneficio.

Llevó a la cocina la bandeja vacía de la comida, además del vaso de agua y la servilleta usada. Mañana la asistenta se encargaría de limpiarlo todo. Ella dormiría ahora tras aplicarse sus cremas. Dormiría sin remordimientos, a pesar de lo que pensaba hacer, lo que había hecho una decena de veces en los últimos años.

Antes de eso, había tomado la foto impresa de Aitor y había rodeado su rostro con su bolígrafo Mont Blanc de oro varias veces, marcando su objetivo.

No había parado de pensar en ella ni un solo instante, ni al trabajar en la empresa ni al estar a solas en casa ni al hablar con sus dos mejores amigos que lo llamaron para ver qué tal estaba y a los que solo pudo hablarles de la enigmática empresaria que había aparecido en su vida y que no estaba *online* desde entonces en WhatsApp.

—Estás loco, esa chica es un sueño que has tenido —dijo su amigo Fernando.

—¿Seguro que no te la has inventado? Parece demasiado buena para ser verdad: guapa, joven y exitosa —dijo David.

Él aseguraba que era real, tan hermosa como una flor temprana en primavera, como un amanecer en la playa. Sus amigos no lo creían, pero a él no le importaba. Había llegado el día en el que ella le diría dónde quedar y no se separaba del móvil en ningún momento, por si llegaba el mensaje. Revisaba la pantalla cada dos minutos y no lograba concentrarse en las tareas de la empresa, al igual que el día anterior.

Terminó la última reunión y se fue al despacho, aunque le hubiera gustado ir a casa a ducharse y ponerse un traje mejor y que no estuviese arrugado tras toda la jornada. Allí aguantó hasta las diez menos cuarto de la noche, revisando papeles sin siquiera fijarse en ellos. Se marchó con la convicción de que la chica se había olvidado de él, apesadumbrado y conduciendo despacio, sin el deseo de llegar a un hogar vacío y carente de ilusión. En el teléfono no había señal alguna de Elísabeth ni de nadie más. Solo, estaba solo. Como siempre.

Se metió en la ducha y luego se puso el pijama, dispuesto a pasar una noche viendo alguna película que fuese interesante en la televisión de pago, la única distracción que había encontrado en los últimos años. Fue al salón sin pensar en cenar, no tenía apetito. Elísabeth no llamaba y eso lo monopolizaba todo.

Las diez y media y sin noticias de ella.

Estaba viendo una serie americana, aunque eso era una forma de hablar, pues no se podía concentrar en la pantalla.

«Era demasiado bonito para ser verdad. Claro que… ¿para qué me envió ese mensaje luego al móvil? ¿Tendría que haberla llamado yo estos días? Quizás debí hacerlo, pero no quería mostrarme ansioso, como las veces anteriores que he conocido a una mujer y me he portado de un modo demasiado intenso; esta es la más especial y atractiva de cuantas he tenido delante y quise ser más cauto. Tal vez

debí en esta ocasión ser más directo».

Y llegó la llamada al móvil cuando su desesperación era ya tan intensa como el deseo y las expectativas que había puesto durante dos días en el nuevo encuentro. El corazón le dio un vuelco al ver en la pantalla el nombre de la chica. Casi sentía vergüenza al descolgar estando en pijama, como si ella pudiera verlo de esa guisa.

—¿Sí?

—¿Aitor? Siento llamar tan tarde, he tenido un día duro en la oficina. Me da azoro preguntarte, pero… ¿has cenado ya? Supongo que sí.

—No, lo cierto es que aún no.

—¿Es tarde para vernos y comer algo o tomar una copa?

—En absoluto.

—¿Te parece que nos veamos en media hora en el restaurante del Wellintong?

—Pongamos cuarenta minutos, vivo a las afueras. —Omitió que tenía que cambiarse de ropa y afeitarse a conciencia antes de salir.

—Me parece bien, allí nos vemos.

«Nos vemos… Cuarenta y ocho eternas horas he pasado para verte de nuevo».

La chica estaba sentada a la mesa tomando una copa de champán cuando él llegó, y eso que había sido puntual como un reloj. Elísabeth era fantástica, no como esas chicas que se hacen las interesantes y llegan una hora tarde, sin disculparse y exigiendo cosas, caprichos, considerando que él debía desvivirse por ellas como si fuese un derecho adquirido por ser mujeres o por ser bellas.

—Buenas noches.

—Buenas noches, Aitor. Has sido muy puntual.

—Pero, aun así, te he hecho esperar.

—No importa, prefería esperarte tomando una copa a permanecer sola en casa.

—¿Vives cerca de aquí?

—En el paseo de la Castellana, a cinco minutos en coche —mintió.

—Podía haberte pasado a buscar.

—Prefiero usar el mío, no me gusta depender de los demás, menos aún de un hombre.

Él sonrió tímido, no sabía si había provocado el malestar de la chica por su comentario machista o se trataba de un simple detalle aportado sobre su independencia.

Pidieron la carta, el lugar no tenía más de quince comensales más y todos ellos habían terminado de cenar. Se mostraron tímidos al comienzo de la conversación, pero se fueron soltando a medida que

avanzó la cena.

—No podemos quedarnos mucho tiempo más —dijo ella tras terminar ambos de comer.

—Ya veo que somos los últimos.

—No me gusta que los camareros tengan que quedarse más tiempo del que dicta su horario por culpa de clientes que han llegado demasiado tarde.

—Pienso lo mismo que tú.

—La velada ha sido breve, pero satisfactoria por mi parte. Espero que otro día nos veamos durante más tiempo.

—¿Ya te marchas a casa? —preguntó Aitor sin disimular la decepción—. Podemos tomar una copa.

—Mañana hay que madrugar para trabajar, es casi la una.

—Claro, no era consciente de la hora.

—Tengo el coche en el aparcamiento del hotel.

—Yo también.

Caminaron hacia el ascensor para bajar a la planta sótano, estuvieron todo el tiempo muy cerca, rozando sus hombros aunque sin atreverse Aitor a tomar la mano o la cintura de Elísabeth.

Llegaron ante un Ferrari F8 de color rojo.

—Vaya, menudo coche.

—¿Te parece inapropiado para una mujer?

—Todo lo contrario, es el coche perfecto para una dama como tú.

—¿Una dama? Vaya, ya no se encuentran con facilidad caballeros que digan eso.

—Estoy un poco chapado a la antigua.

—Me gusta. Y no has puesto mala cara cuando he decidido pagar yo, no ha parecido que vieses mermada tu hombría.

—Me gustan las mujeres autosuficientes y que buscan su futuro por sí solas.

—Así soy yo, ya me tienes calada.

—Ha sido una cena breve, pero fantástica, cada vez me siento más afortunado y feliz por haber tomado la decisión de acercarme a ti en el Larios Café hace dos días.

—Yo también de que lo hicieras, eres un hombre encantador. Te llamaré en breve para coordinar una cita más duradera.

—Tengo una casa en la sierra, el lugar es precioso, te gustará.

—Suena bien, un fin de semana allí estaría genial.

—¿Lo dices en serio?

—Claro.

Aitor parecía un colegial el último día de clases y ante la perspectiva de las vacaciones de verano.

—Lo prepararé todo, cocinaré para ti y te enseñaré la zona.

—Serás mi cicerone, me gusta la idea.

—Por cierto, no te he preguntado por la transacción, la negociación que tenías.

—Salió todo a pedir de boca, un negocio de siete millones de beneficio.

—¡Guau! Me alegro.

—Antes de ocuparme con más trabajo, tenemos que visitar tu casa de campo y así pruebo esas comidas que me has prometido.

—Dalo por hecho. Pasa buena noche.

Ella le devolvió el detalle con un beso en los labios, se montó en el coche y se marchó viendo por el retrovisor cómo Aitor seguía inmóvil y sin dejar de mirar el vehículo en el aparcamiento.

Aitor regresó a casa sin saber siquiera cómo lo había hecho, ni recordaba el trayecto ni le importaba, solo podía pensar en el beso, en la velada y en estar un fin de semana entero junto a ella. Llamaría a la vecina del pueblo que contrataba esporádicamente cuando iba a usar la casa para que la limpiara a fondo, tuviese leña de sobra para la chimenea y comprase todo lo que le pasaría en un listado para llenar el frigorífico y la despensa. Ni siquiera era capaz de pensar en el trabajo.

Elísabeth no se interesaba por su dinero o posición social, ni le preguntaba por ello a modo de curiosidad o como conversación trivial. Por fin había llegado a su vida una chica que no le pedía dinero o que quería vivir a costa de él; es más, ella tenía mucho más poder adquisitivo que él, ya había comprobado en Internet que ese Ferrari costaba una auténtica fortuna.

«¿Qué ha visto en mí? ¿Quizás me he infravalorado en estos años por no haber elegido a la chica adecuada? ¿Eso ha bajado mi autoestima? No debo pensar en eso, en el pasado, solo existen el presente y el futuro. Elísabeth es lo que siempre he estado esperando, la persona con la que forjar un futuro feliz. No solo está la empresa, también la realización personal, familiar. Tiene veintiocho años y no ha tenido hijos, quizás ahora, a las puertas de los treinta, se lo replantee y formemos una familia. ¿Querrá hacerlo ella? Bueno, no debo obsesionarme con eso, ir despacio y no agobiarla. El futuro se labra paso a paso. ¡Dios mío, estoy enamorado!».

Se puso el pijama y trató de dormir, en vano, no podía apartar de su mente su cara, su cuerpo, sus sonrisas y miradas, el beso… el beso. Y también el plan de pasar el fin de semana juntos. Después del beso y del deseo de pasar dos días en la casa, solo quedaba que hiciesen el amor.

¿Un fin de semana juntos? Era algo precipitado, pensaba Elísabeth, pero el negocio iba por buen camino. Aitor era un perdedor en el

amor, pero no le iban mal los negocios. Tras pagar dos días antes los seis euros al Registro Mercantil, sabía que el estado de cuentas de su empresa reflejaba un montante en cuentas bancarias de siete millones de euros, eso habría que sumarlo a lo que él tuviese ahorrado. El dinero disponible lo era todo, lo invertido no contaba por su falta de liquidez inmediata.

Había pagado seiscientos euros por el alquiler del Ferrari y doscientos cincuenta más por la cuenta del restaurante, una nimia inversión de cara a un considerable beneficio futuro. Estaba acostumbrada a invertir para obtener ese beneficio miles de veces superior y se sentía caminando en la senda de ganar con creces la cantidad más grande que había logrado, una que la haría seguir con su tren de vida durante muchos años.

Lo había tenido que besar, eso es cierto, pero cosas peores haría en los próximos días y, después de todo, ya las había hecho en el pasado. El fin justifica los medios, ese era uno de sus lemas.

Se lavó los dientes a conciencia, miró el espejo sobre el lavabo para recordarse que tenía que preocuparse por esas pequeñas arrugas y se fue a la cama.

Nuevo caso

Hugo Moretti sonreía ante el planteamiento del caso por parte de su compañera, la subinspectora Esther Gallardo. Él era un mero asesor en un programa especial; se había quedado ciego tras un altercado durante un caso y ahora instruía a quien se había convertido en su compañera sentimental, además de laboral.

—No comprendo esa sonrisa.

—Es que parece un caso muy fácil.

—¿En serio? Un hermano ha matado a otro, tenemos a un testigo presencial que lo señala, pero el mismo sospechoso tiene una coartada ratificada por personas que estuvieron a su lado en otro lugar lejano durante el homicidio.

—Pues solo hay que descubrir quién miente, si el testigo presencial o los que afirman que estaba en otro sitio durante el suceso.

—¿Y tú sabes la respuesta?

—La intuyo, que casi es lo mismo.

—Te detesto cuando haces esto. ¿Conoces más casos en los que haya pasado?

—Claro, media docena.

—Ilústrame.

—En todos esos casos ha ocurrido lo mismo: el asesino se ha asegurado de estar arropado por amigos íntimos que han asegurado ante las entrevistas policiales que él se encontraba con ellos; personas que comprendían a su amigo y querían hacerle el favor por amistad o por un pago justo a su fidelidad. Yo tendría como fidedigno el comentario del testigo presencial, es una persona ajena al sospechoso y que no gana nada con mentir. Es más, en este caso, al igual que en la media docena anteriores que te he mencionado, el sitio en el que supuestamente se encontraba el sospechoso con esos amigos no tenía cámaras de vigilancia.

—Siempre hay una primera vez para equivocarse.

—Por supuesto, quizás sea esta, pero yo me baso en estadísticas de casos pasados y también en la lógica.

—Siempre me dices que el sospechoso principal es alguien a tener en cuenta, pero sin descuidar a otras personas con sus motivos para el crimen.

—Y lo mantengo. Solo que este tipo de homicidios es fácil porque se repiten patrones del pasado. Los asesinos creen conocer la forma de salirse con la suya y quedar indemnes, pero acaban cayendo en los

errores o en el modo de operar de otros en el pasado.

—Sigo pensando que…

—¿Quieres apostar?

—No pienso apostar contigo.

—¿Por qué? ¿Porque siempre pierdes, como lo hace el comisario?

—Porque apostar no es mi trabajo, solo tengo que resolver esto, no tomármelo como un juego.

—Yo no lo hago, ya lo habrás adivinado tras este tiempo a mi lado, solo que confío en mi criterio y sé que acierto.

—Pero lo de apostar…

—Si gano, vendrás conmigo a la ópera y llevarás un vestido largo que yo elegiré en la tienda.

—No podrás ver el vestido.

—Me fiaré de la empleada de la tienda y de su descripción.

—¿Y si gano yo?

—Haré lo que digas.

—Olvídalo, no me gustan las apuestas, me recuerdan a los chicos que discuten por ver quién la tiene más grande.

Moretti fue a replicar, pero oyó que la puerta del despacho se abría, luego llegó la voz ronca del comisario Simón Ramos.

—¿Os interrumpo?

—En absoluto, Simón.

—¿Tenéis algo sobre el caso de los hermanos?

—Solo conjeturas, pero sabemos que no has venido por eso.

—Uno difícil.

—Un caso hecho para nosotros. Adelante —dijo Moretti con entusiasmo.

—Antes dime lo que piensas del caso de los hermanos, quiero saber si tendré que dejarlo en manos de otros investigadores hoy mismo.

—Exprime a los que dan la coartada al único sospechoso, sigue esa senda. También busca las grabaciones de las cámaras de tráfico o de negocios cercanos a ese bar en el que dice que estuvo tomando cervezas mientras se cometía el crimen. El tipo dijo que se había dejado el teléfono móvil en casa, muy conveniente para él, ya que no podemos geolocalizarlo en el bar ni en el lugar del crimen, pero seguro que esos amigos suyos llevaban los teléfonos; geolocalízalos para ver si realmente estuvieron en el bar, aunque fuesen sin la compañía del sospechoso.

—Lo haré.

—¿Y bien? ¿El caso nuevo y difícil? —preguntó Esther en tono seco.

—Es una consecución de casos aislados, como alguna vez anterior os he endosado.

—Detalla algo más y danos las coincidencias.

—Un empresario desaparecido, sin familia directa, ni hermanos, padres, hijos y esposa. Adinerado y tras haber sacado enormes sumas de dinero de sus cuentas en los días previos. Tenemos cinco coincidencias en la provincia, mismas características. Estoy seguro de que pueden aparecer más si indagamos.

—¿Desaparecido?

—Sí, lo lleva ese departamento, pero he pensado que podría tratarse de un patrón que se repite. Demasiadas similitudes. Quizás estén muertos y no viviendo en un paraíso tropical. Eso es tarea vuestra.

—Diles a los compañeros de ese departamento que nos pasen todo lo que tengan, nosotros no ponemos a ello ya.

—De acuerdo, Hache. Yo haré que se indague en la coartada de ese sospechoso que me indicas.

—Exprímelos en interrogatorios y verás cómo se derrumban. Y no me llames Hache, joder.

El comisario se marchó del despacho.

—Hugo, no has apostado con él.

—No aceptaría, igual que contigo, ya sabéis que nunca me equivoco.

—Esa seguridad en ti mismo no es sana, te lo digo como psicóloga.

—Bueno, pero me hace sonreír, hace que el trabajo sea también divertido.

—Ahora tenemos un caso más complicado entre manos.

—Pero es tarea tuya, tienes que revisar lo ocurrido en esas cinco desapariciones y también buscar otras concordancias en otros casos. Un mar de datos en los que buscar lo que quizás no esté, quizás te pases miles de horas trabajando para que aparezcan los empresarios en el Caribe o Brasil.

—Gracias por el detalle.

—De nada. Llama a África y a Fernando, tenemos un caso difícil y ellos son nuestro apoyo.

—Querrás decir «mi apoyo», porque tú solo aconsejas.

—Ya sabes, quédate ciega tras demostrar tu valía y…

—Sí, ya sé. Voy a llamar a Afri y a Fernando.

El reloj marcaba las ocho y media de la tarde y Esther permanecía en el despacho buscando en casos de desapariciones en el sistema interno, había encontrado dos más y suponía que seguirían apareciendo otros que tuviesen similitudes con lo que investigaba. Moretti se había ido a casa, tampoco podía ayudar mucho buscando en el ordenador con su ceguera.

La subinspectora fue a la cocina tras pedirle a África que se

encontrase con ella allí.

—Pareces cansada.

—Dormí poco anoche —respondió la agente.

—¿Pesadillas o saliste a tomar algo con un chico guapo?

—Vaya, nunca me habías preguntado algo así.

—Yo misma no sé el motivo para haberlo hecho. Podemos hablar del trabajo, si lo prefieres.

—Como quieras, aunque te respondo primero. Fernando está… no sé cómo decirlo. Está cariñoso conmigo, muy atento desde que entró en el equipo, no sé si son imaginaciones mías o quiere algo más que ser compañeros de trabajo.

—¿En serio? No me habías dicho nada.

—Es que dudo mucho, no sé si interpreto bien sus atenciones, ya sabes, sus miradas y sus palabras.

—Bueno, lo mejor es dejar que el tiempo pase y lo que tenga que ocurrir, ocurra. ¿Te gusta?

—Es guapo y buen policía.

—Eso está bien, aunque también tiene que ser buena persona, eso lo irás analizando poco a poco.

—Sí, cuestión de tiempo.

—Deja de comerte la cabeza por las noches, no pienses en él al acostarte, trata de recordar momentos bonitos de tu infancia y eso te ayudará a dormir mejor.

—Gracias por el consejo. Y, volviendo al trabajo, ¿a quién le han asignado el caso de los hermanos?

—A nadie, los de informática han descubierto que los amigos del sospechoso estaban en casa, no en el bar con él, tras geolocalizar sus teléfonos móviles durante el suceso. Un oficial los ha traído para interrogarlos y han acabado por confesar. Menos mal que no acepté la apuesta que me ofrecía Hugo.

—¿Apuesta?

—Vaticinó el resultado del caso y quería apostar, yo tendría que ir con él a la ópera con un vestido largo que él eligiese y me comprase.

—Qué bonito…

—Uf, en absoluto. Creo que no me pongo un vestido largo desde una Navidad con la familia, aún vivía mi madre. Por cierto, y antes de que se me olvide, ¿tienes algo sobre el caso nuevo?

—Dos coincidencias de desapariciones.

—¿Recuerdas sus nombres?

—Estoy con la cabeza hecha puré, pero recuerdo que uno se llamaba Ricardo…

—¿Ricardo Sánchez?

—Sí, creo que sí.

—Esa coincidencia la tengo yo también. Debemos comunicarnos

por mail cuando hagamos los hallazgos o estaremos duplicando el trabajo.

—Triplicando.

—¿Cómo?

—Fernando también está con ello.

—Es cierto. En fin… vámonos a casa, ya está bien por hoy. Recuerda lo que te he dicho, sueños bonitos con tu infancia.

—Lo haré. Gracias, Esther.

La subinspectora, antes de apagar el ordenador y marcharse, envió un correo electrónico al agente Fernando Costa para que le enviase esas coincidencias a ella y a África. Entre las que recibió al cabo de dos minutos y las de la agente, sumadas a las que ya tenía Gallardo, contaban con nueve sucesos similares en los últimos cinco años.

«Sin duda será un caso de los difíciles. Debo descansar y desconectar. Esta noche prepararé un asado para Hugo. Comida pesada, pero a él le encanta el cordero asado con patatas».

Otra jornada

Se despertó unos minutos antes de que sonase el despertador y aprovechó para desayunar con más calma que de costumbre, incluso se preparó una tostada con mantequilla para acompañar el café. Ya podría haberse levantado una hora antes y emplearla en limpiar el piso, pero le daba tanta pereza que evitaba mirar el polvo sobre los muebles o las pelusas en el suelo.

Fernando Costa tenía el piso para pernoctar, el resto del día lo ocupaba trabajando o quedando con amigos. ¿Ser un esclavo de la casa, como había visto hacer a su madre en su infancia? Pues no. Ya bastante era poner lavadoras, tender, recoger, planchar, guardar la ropa, hacer la comida, fregar los platos, hacer la compra… Con limpiar el domingo un par de horas era más que suficiente.

Llegó a la comisaría puntual y se sentó ante su mesa, tardaría una hora en ir a por un café a la cocina, el tiempo justo para revisar el correo electrónico, contestar los mensajes que requerían respuesta y comenzar con el resto de sus tareas; apenas había cursado más de dos palabras con los compañeros, básicamente para saludar y comenzar a ser productivo; no quería dejar de ser asistente de Moretti y Gallardo, la pareja de investigadores con la que trabajaba y y a los había ayudado a resolver un caso importante. Eso daba puntos para ascensos y reconocimiento en el lugar. Siempre había querido ser policía y haría lo que fuese necesario, tras lograr la placa, para subir de nivel. La pareja de investigadores lo trataba bien, lo valoraba, así lo veía él. África era otro tema muy diferente… La agente lo había tratado desde el principio con recelo, cosa injustificada salvo porque ella pensara que él intentaba quitarle el puesto, detalle que no dependía de nadie, salvo el comisario. La estaba tratando bien, más que eso, era atento con ella en mayor medida que con el resto de compañeros, para hacerle comprender que no era un enemigo, sino un apoyo más. Ella sonreía y había cambiado su actitud en los últimos días, buena señal de que estaba comprendiendo la situación, de que ya no lo veía como una amenaza.

Fernando sonrió al ver que había llegado antes que sus compañeros de equipo, ahora se esforzaría en encontrar más coincidencias en el caso de desapariciones para tener algo que ofrecer a Moretti y Gallardo cuando estos apareciesen. Había aprendido en la academia que los datos están ahí, a la espera de ser descubiertos, y él tenía toda la información en la base de datos de la Policía. Sería productivo para

seguir en el equipo, un equipo que sabía que era el mejor barco en el que estar en la batalla, el más rápido y certero. Quería progresar y lo haría mientras diese la talla.

Miraba la pared de enfrente sin fijar la vista en ningún punto en concreto, ni en la televisión pequeña ni en el mueble que le servía a esta de apoyo, solo miraba al infinito con la escasa luz del amanecer entrando en el dormitorio, pues había dejado la persiana subida y eso la había despertado.

¿La había despertado la luz? Era poco más que la que obsequiaban las farolas de la calle durante la noche. No, se había despertado porque no paraba de pensar en él, en sus miradas y sonrisas. Fernando la había cautivado, monopolizaba sus pensamientos. La noche anterior le había enviado un mensaje a su teléfono móvil tras la cena y en un impulso que consideró, tal vez, inapropiado.

<¿Cómo te ha ido el día? No hemos hablado apenas>

<Cansado de mirar en la pantalla del ordenador, me alegro de haber hecho logros en el caso, ahora voy a cenar> respondió él.

<Come rico y sano>

<Igualmente, y pasa buena noche, hasta mañana>

«Pasa buena noche» había escrito, le deseaba una bonita noche, era lo mismo que decir que tuviese dulces sueños, y eso solo podía significar que pensaba en ella, en que quería que soñase con él. Le habría gustado seguir con la conversación, pero no deseaba agobiarlo y mostrarse como alguien ansioso de abalanzarse sobre él. Esperaría un poco más, a más señales, a más conversaciones entre ellos, a más seguridad en sí misma y ver que el asunto avanzaba a buen ritmo.

Estuvo mirando al infinito hasta que pudo fijar la mirada en la pared, en la televisión sobre el mueble, en el mundo real. Se levantó para ir al baño, ya no podía contenerse más para orinar, y luego se dio una ducha rápida. Se vistió antes de ir a la cocina para tomar un desayuno ligero y marcharse a la comisaría. El piso lo tenía impecable, había estado hasta las doce y media de la noche del día anterior limpiándolo, una tarea que la relajaba a la vez que le ayudaba a ordenar sus ideas.

Llegó a la comisaría con puntualidad inglesa, saludó a la recepcionista, Elena, que siempre era tan simpática con todo el mundo, menos con Esther Gallardo, claro que África sabía el motivo y estaba de parte de su amiga en el asunto, por descontado.

Encendió el ordenador y colocó su bolso a la izquierda de la mesa, como siempre. Pensó en ir a tomar un café a la cocina, pero comprobó que Esther no estaba aún en su despacho, ya iría más tarde y así charlarían. Revisó los correos electrónicos, en los que no encontró

novedades, y miró hacia la derecha. Era la segunda vez que lo hacía desde que había llegado. Fernando estaba en su puesto de trabajo varias mesas más allá, semioculto tras el monitor, iluminado por el mismo… Se veía guapísimo con esa luz en su cara. No lo había saludado para no sacarlo de su concentración.

Había llegado antes que nadie, era un buen policía que se sumergía en los casos con más actitud que nadie. Esther le había dicho en una ocasión que no hay buenos profesionales si antes no son buenas personas. Fernando debía de ser una buena persona siguiendo ese razonamiento. Si era buena persona, entonces era el indicado, el que debía cortejar como lo hacía él con ella.

Le mandó un mensaje por el correo interno.

<Qué pronto has llegado>

La respuesta llegó al cabo de menos de un minuto:

<Tenemos un caso difícil y trato de aportar>

<Y yo, por eso he venido también unos minutos antes>

<¿Tienes algo nuevo?>

<Aún no, acabo de encender el ordenador. ¿Tienes algo tú?>

<Nada>

<Avísame si descubres algo>

<Así lo haré. Ya nos dijo Esther ayer que nos coordinásemos al descubrir cualquier cosa que aporte a caso>

«Así lo haré» había dicho, había compenetración entre ellos.

No se concentraba al cien por cien en la búsqueda de datos entre los casos de desaparición de los últimos años que cotejaba, pero no le importaba, estaba sumida en pensamientos paralelos, viéndose en el futuro junto a Fernando, convivencia, una boda idílica, hijos…

«No, esto no es profesional, debo concentrarme, maldita sea».

Dejó de enroscar con el dedo de la mano izquierda el mechón de su largo cabello pelirrojo e hizo un esfuerzo titánico para apartar los ojos azules del agente de sus pensamientos y centrarse en los datos que tenía delante. Casos y más casos de desapariciones, a pesar de los filtros que aplicaba para descartar a los que no fueran adinerados, que sí tuviesen familia directa y que no hubieran retirado grandes sumas de dinero en las semanas anteriores. El día anterior habían revisado el sesenta por ciento de los mismos, quedaba menos de la mitad, así que terminarían en esa jornada y harían una reunión con Moretti y Esther para seguir con los siguientes pasos en la investigación. Tenía que ser productiva, para eso le pagaban, para eso estaba trabajando en ese programa especial como apoyo.

Entonces vio a la pareja llegar.

¿Y si Fernando ya había descubierto algo y lo había enviado a Esther? África no tenía nada. Se centró en seguir con la búsqueda con los cinco sentidos puestos en ella.

Hugo Moretti se había despertado de repente, supuso que tras una pesadilla que se borró de su mente al instante, pues no la recordaba, pero se sentía agitado entre las sábanas. Esther permanecía dormida a su lado, sentía su respiración lenta y el calor que siempre emanaba de ella. Se giró despacio para abrazarla sin la intención de despertarla, quizás fuese aún de madrugada, no había sonado el despertador y él no podía ver si entraba luz por la ventana del dormitorio. Se pensó la idea de levantarse y preparar el desayuno, pero tal vez era demasiado temprano y se enfriarían los cafés y las tostadas; también porque deseaba disfrutar del momento. Las parejas sentimentales siempre ven cómo se les apaga la pasión con el paso del tiempo, él aún la sentía intacta hacia ella; le gustaría despertarla para hacerle el amor, pero sería un detalle demasiado egoísta.

Olió su cabello, como hacía cada vez que la sentía dormida a su lado, o tras una noche de sexo; acarició suavemente la piel de su estómago, llegando a rozar la parte baja de sus pechos. Se contentó con eso, no quería sacarla de su sueño, quizás fuese bonito. Luego se marchó despacio al cuarto de baño, de allí a la cocina. Cerró la puerta, había llevado su teléfono móvil consigo y preguntó a Siri qué hora era.

<Son las siete y catorce minutos>

Pronto para hacer el desayuno, tenía tiempo de sobra para ducharse. Así hizo en unos diez minutos y fue a preparar ese café y las tostadas. Desde la cocina, su oído hipersensible tras la ceguera pudo percibir el despertador y cómo la chica lo apagaba.

Tras el sonido de la cisterna, el exinspector ya tenía todo listo y a la espera de encontrarse con su compañera. Esta llegó en silencio a la cocina y dijo:

—¡Qué bien huele todo!

—Te has despertado de buen humor, me alegro.

—Te veo el cabello mojado, ¿ya te has duchado? ¿Te has despertado antes por alguna pesadilla?

—Nada de eso, creo, no recuerdo nada. No quise despertarte y comencé con las tareas matutinas. ¿Qué tal has pasado tu noche?

—He soñado con mi hermana, se caía por un precipicio.

—Vaya, lo siento.

—Bueno, ya he despertado y comprendido que era una simple pesadilla.

—¿Qué significa?

—Supongo que estoy descuidándola y considero que debo estar más atenta a ella para no perderla.

—Eso va en contra de lo que te ha dicho el psicólogo.

—Lo sé.
—¿Vas a llamarla?
—Quizás lo haga a la tarde, pero solo para preguntar cómo va todo, nada de pedir consejos sobre mi vida laboral y personal, me tomo en serio la terapia del psicólogo para curar mi narcisismo.
—Me alegra oír eso. Dale un abrazo de mi parte.
—Así lo haré. Nos pedirá de nuevo que vayamos a verla el domingo para una barbacoa.
—Suena bien, dile que sí.
—Estaremos con el caso.
—El caso no es tan importante, nos vendrá bien desconectar unas horas.
—De acuerdo, le diré que vamos. ¿También con África y Fernando?
—¿Cómo? ¿Por qué quieres que vengan?
—Es cierto, es una tontería, olvídalo.
—Ellos tendrán el domingo sus propios planes y tareas.
—Claro.
Llegaron a la comisaría a las ocho y media en punto. Entraron en el despacho para hacer la rutina de siempre y, mientras Moretti iba a por un café para él y un té para su compañera, esta leyó las noticias de sus colaboradores en el correo electrónico, Fernando había encontrado a otro desaparecido que cumplía con los requisitos para asignarlo al caso que seguían.
Tras esperar dos horas más, el tiempo de terminar de revisar a todos los empresarios desaparecidos de los últimos diez años en la comunidad de Madrid, convocaron una reunión en el despacho que compartían la subinspectora y el ciego, ya que la cocina a esas horas estaba abarrotada de agentes.
Esther tomó la palabra:
—Tenemos diez desapariciones de empresarios adinerados que comparten similitudes. No tienen pareja, hijos, padres y hermanos, no han defraudado a Hacienda, no han dicho a amigos que fuesen a desaparecer o escapar, han sacado grandes sumas de dinero en las semanas anteriores a su desaparición, prácticamente todo el disponible de sus cuentas. ¿Eso es todo?
—No tenemos nada más.
—Gracias, Fernando.
África asentía.
—Ahora toca recabar información de sus amigos y compañeros del trabajo. Hay que hacer entrevistas telefónicas en profundidad y tenemos que repartirnos las tareas porque serán tediosas en los próximos días. Este caso no se resolverá hoy, tampoco en esta semana o este mes. Vamos a ponernos con él en serio.

Recopilaron los nombres y números de contacto de los amigos y compañeros del trabajo de los desaparecidos en unas tres horas, con parada obligatoria para almorzar y hablar sobre el caso; casi todos los nombres aparecían en los informes del departamento de Desapariciones, aunque, sorprendentemente, no se había indagado mucho en sus declaraciones, eran meras entrevistas por teléfono con dos o tres preguntas. Gallardo, a sabiendas de que podrían ser personas que no hubieran desaparecido, sino asesinadas, siguiendo el buen criterio del comisario, decidió repartir la tarea de llamarlos a todos y profundizar en las entrevistas, tratar de sacar algo más de lo ocurrido. Se guardó para ella los tres casos más recientes y repartió los otros siete entre África y Fernando.

—Acabo de oírte hablar por teléfono —dijo Moretti.

—¿Cómo dices?

—Me refiero al reparto de las entrevistas, ¿por qué no me has dado algunas a mí? Soy ciego, no sordo o mudo.

—Joder… Lo siento, había desconectado por completo del mundo y me había olvidado de…

—No importa. «Se ha olvidado de mí, no voy a generar una discusión ahora, no es el momento ni será beneficiosa para nuestra relación, tanto personal como profesional».

—Lo siento de veras. Repartiré de nuevo las entrevistas.

—Sí, por favor, quiero participar en todas las tareas que mi incapacidad me lo permita.

Esther repartió el listado de personas y números de teléfonos de nuevo.

Tras cuatro horas al teléfono, los investigadores, y ya a punto de marcharse a casa tras la jornada de trabajo, se reunieron de nuevo en el despacho para contar adelantos.

—Octavio Ramos, sus dos amigos más allegados me han comentado que se había enamorado de una mujer increíble, guapa, más joven, segura de sí misma, empresaria de éxito y que iban a convivir en un futuro cercano, comenzar una relación formal. Tanto ese caso como el siguiente, que he tratado con amigos y compañeros del trabajo, comparten ese dato.

—Gracias Fernando —dijo Esther—. ¿África?

—He oído la misma historia con los que he entrevistado de los dos desaparecidos que me asignaste. Una mujer guapa, algo más joven y exitosa en los negocios.

—Yo también —aseveró la subinspectora—. Parece que tenemos el patrón de la sospechosa. ¿Hugo?

—Lo mismo.

—Pues ya tenemos caso; no comprendo el motivo para que los del departamento de Desapariciones no hayan indagado por esa senda y tratado de buscar a esa mujer en lugar de a los empresarios. Hay que encontrar a esa sospechosa que, supuestamente, ha engatusado a los empresarios para sacarles el dinero y luego deshacerse de ellos. Tenemos que buscar cuentas corrientes y tratar de hacer un retrato robot de ella para encontrarla; quizás quedaban en algún sitio donde había cámaras de vigilancia.

—Los amigos de una víctima me dijeron que era pelirroja y de Asturias, los de otra víctima que era morena y de Andalucía.

—Yo he recibido la misma información, quiero decir que la mujer cambia de aspecto y de origen en cada caso.

—Gracias África, también a ti, Fernando. Tenemos a una mujer que se cambia el cabello y también los datos que da sobre ella a sus víctimas. Seguro que es ágil con los acentos para interpretar a la perfección su papel y que los aborda en sitios diferentes.

—Así es —dijo África.

—Sería interesante tener un retrato robot de la chica, poneos a ello.

—Los amigos de los desaparecidos no la han visto, solo oído hablar de ella.

—También me han comentado eso. ¿No hay fotos de ellos con la chica? ¿En redes sociales, quizás? Yo no tengo nada.

—Yo tampoco.

Los otros dos dijeron lo mismo.

—Es lógico —murmuró Esther—, se cuidaría de no aparecer en fotos que la comprometiesen. ¿Qué sabemos de los sitios en los que quedaba con los desaparecidos? Yo he recibido información sobre locales de lujo extremo.

—Igual que yo.

—Yo también.

—La mujer elige locales de lujo, para carteras bien dispuestas. Esos tienen cámaras de vigilancia de buena definición, tenemos que obtener las grabaciones antes de que las borren para grabar sobre ellas.

—¿Borrarlas y grabar sobre ellas?

—Fernando, los locales privados usan discos duros y estos se sobreescriben una y otra vez. Tienen disponibles las grabaciones recientes, las ocurridas en horas o días previos, a veces semanas o un par de meses, por si ha habido un robo o un altercado y las solicita la Policía, pero se van reutilizando los discos duros, borrando lo anterior para grabar lo nuevo. Hay que darse prisa, tenemos que llamar ahora mismo para obtener esas grabaciones.

—Me pongo con ello en el acto.

—Yo también —dijo África.

—Es tarde, deberíamos irnos a casa, aunque no estaría de más adelantar algo y pedir esas grabaciones. Quizás esto se resuelva antes de lo que habíamos vaticinado si tenemos un golpe de suerte.

Moretti sonreía. No había tenido que aportar nada nuevo al caso, lo indagado por los agentes de apoyo y Esther, además de sus conjeturas, era más que suficiente para avanzar. Se sentía cada vez más orgulloso de ella a nivel profesional. No se lo diría, pues eso podría hacerla retroceder en su tratamiento con su patología. Al mismo tiempo, la sonrisa dejaba un poso amargo en su alma, pues cuanto más preparada estuviera ella para investigar los casos, menos se requerirían sus servicios como asesor.

—Tenéis que llamar a esos locales ahora mismo para preguntar si tienen las grabaciones de las cámaras en esas fechas, es lo más urgente. Nos ponemos durante una hora más, ¿de acuerdo?

Todos asintieron.

—Y que no se nos olvide que los de informática indaguen en las cuentas bancarias de las víctimas, aunque seguro que el dinero se sacó en efectivo o transferido a cuentas fantasmas de bancos en paraísos fiscales, quizás sacados como talones al portador.

Barbacoa

Llevaban tres días con el caso, llamando a bancos y a locales de lujo donde se habían encontrado los desaparecidos con la sospechosa, y poco habían logrado obtener. Solo el último local conservaba las grabaciones de esa fecha y África se había dedicado a visualizar archivos de más de doce horas de duración por cada día de grabación, siendo semanas las que se encontraban en el rango de tiempo a investigar. No tenían nada para avanzar y el desánimo se había apoderado de ellos. No había una cuenta bancaria que recibiese el dinero por transferencia, los muy ilusos habían sacado esas grandes sumas, a veces millones, en efectivo o cheques nominativos que se podían ingresar en bancos blindados de paraísos fiscales.

¿Cómo rastrear eso? La sospechosa podría haber cobrado los cheques o ingresado el dinero poco a poco, repartiendo cada cifra en varios ingresos. Incluso almacenando en su casa el dinero en metálico. Si llevaba cinco años haciendo lo mismo y le había funcionado en diez ocasiones, es que lo tenía todo más que estudiado. Una criminal inteligente y metódica que era muy difícil de atrapar. Ellos habían descubierto la relación entre esas diez desapariciones, pero no tenían ningún dato sobre la mujer, ni siquiera su aspecto para un retrato robot. Esa persona era un completo enigma, o alguien invisible para la Policía a la hora de dar con ella.

Ese domingo se habían levantado con la sensación de que no tendrían que perder un tiempo valioso, de que deberían seguir en la comisaría investigando. Pero Moretti insistió mucho en que se relajasen y regresaran el lunes con las pilas cargadas. África limpiaría a fondo la casa, luego iría al cine con Julia, una amiga que había hecho en la comisaría, aunque aún no le tenía la confianza ganada, pero menos daba una piedra. Fernando se iría con su hermano para pasar el día en el campo y jugar con sus sobrinos. Esther y Hugo circulaban ahora en dirección a Guadalajara.

—Te noto seria, distante.

—El caso es importante.

—Los casos van y vienen, lo resolveremos, como siempre; o quizás no.

—¿Eso te da igual?

—Claro que no, pero no me centro en el objetivo de resolverlo.

—¿Entonces?

—Lo único que importa es haberse esforzado al máximo.

—Es lo que pienso yo. Si nos tomamos un día libre, el caso puede no resolverse.

—Dos cosas importantes a meter en esa memoria prodigiosa tuya. El primero, un caso no resuelto no es una derrota o un fracaso. El segundo, los días libres nos los merecemos, tenemos derecho a ellos y sirven para regresar al día siguiente con la mente completamente lúcida.

—No necesito un día libre para liberar la mente.

—Te equivocas. Crees que tu mente siempre está libre y despierta porque tienes una memoria infinita, pero la química del cerebro cambia cuando estamos saturados de información reciente. Eso te afecta a ti igual que al resto. Necesitas este día libre y los siguientes que llegarán para poder indagar en los recuerdos de los datos con más precisión y rapidez. Deja de pensar… deja de creer que eres un androide y acepta que, como ser humano, te afectan el cansancio y el estrés laboral como al resto.

—Pero…

—No hay peros. Llevamos posponiendo esta cita desde hace mucho tiempo, solo he tratado a tu hermana para saludarla una noche en mitad de un caso que luego me llevó a vivir con ella una pesadilla. Es momento de volver a reunirnos entre risas y dejando atrás malos recuerdos.

—No había tanta prisa para esta reunión.

—¿Acaso no quieres verla? ¿No quieres que vaya contigo y prefieres verla a solas? ¿Olvidas tu tratamiento? Tienes cita con el psicólogo el martes.

—Me recuerdas eso cada día.

—Por si se te «olvida» de nuevo.

—Ya he captado el tono de énfasis en la palabra olvida.

—Pues eso. ¿Acaso no quieres verlos?

—Claro que sí.

—Pero el caso es ahora más importante para ti.

—No lo sé… supongo.

—Siempre que dices supongo, quieres decir que sí.

—Es que creo que las imágenes de las cámaras del local debí visualizarlas yo, no delegar en África.

—¿No confías en ella, en su valía?

—Claro que confío en ella.

—Tu frase anterior dice lo contrario.

—Confío en ella, pero puede que se le haya pasado el momento en el que la última víctima estuvo ante la sospechosa.

—Siempre dices lo mismo que yo con otras palabras para que parezca algo diferente.

La subinspectora calló.

—¿Esther?

—Te detesto.

—Me gusta cuando me dices eso. Debes tratar de no hacer que sea tan importante para ti el que te argumente que te equivocas, todos nos equivocamos.

—Tú no lo haces cuando resuelves casos.

—Son sencillos, lo sabes. Con los difíciles no estoy tan acertado como tú. Parece que ves mi valía cuando te interesa y apartas la mirada en los momentos en que eres tú la que acierta.

—Me queda mucho por ordenar en la mente.

—Para eso está el psicólogo, para eso estoy yo ayudándote, para eso deberías estar tú. Ayúdate también.

Llegaron a su destino al cabo de veinte minutos más, aparcaron en la puerta del chalé adosado y llamaron al telefonillo. El semblante de la pareja no había cambiado, seguían preocupados. Esther por el caso y Moretti por el estado de salud mental de su compañera.

Gloria, la hermana mayor de la subinspectora, apareció con una sonrisa radiante, los saludó con sendos abrazos y les pidió que entrasen. No parecía ver el semblante de sus invitados, o fingía no verlo, tal vez para evitar preguntas tan incómodas como la conversación que llegaría tras lanzarlas.

Los hijos de Gloria y su marido mostraban una actitud muy diferente ante la idea de pasar el domingo en una barbacoa familiar. La chica, Silvia, de doce años, parecía en su propia fiesta de cumpleaños, abrazaba a todo el mundo, especialmente a su tía favorita. Juan Carlos, de dieciocho, solo prestaba atención a su teléfono móvil y parecía deseoso de que terminase la tortura lo antes posible para irse con sus amigos. Para Esther fue una pequeña decepción, pues recordaba cada instante jugando con él cuando era un niño, sobre todo al fútbol; menudos penaltis le lanzaba el chico con todas sus fuerzas hacía solo unos pocos años, como si fuese ahora mismo en su extraña memoria; podía revivir con todo lujo de detalles y sensaciones incluso el momento en que lo acunó entre sus brazos nada más nacer. El adolescente parecía centrado en pasar la tarde con sus compañeros de Universidad o con alguna chica con la que flirtease esos días. Cómo cambiaba la gente, tan deprisa que le provocaba vértigo en esos momentos.

—¿Esther?

—¿Cómo?

—Pareces ausente, ¿no te gusta la comida?

—Está muy rica, veo que sigues añadiendo pescado, calabacín y berenjena a la barbacoa.

—No todo va a ser chorizo, costillas y hamburguesas.
—Dices lo mismo que mamá.
—Es que era muy sabia. ¿No te está gustando?
—Claro que sí.
—Pues te veo dispersa, ¿estás pensando en el caso que sigues?
—No, solo en lo rápido que avanza el tiempo.
—Ya te he visto mirar a Juan Carlos, está más alto que su padre.
—Sí, es cierto.
—Ya no le interesa tanto el fútbol, sino una compañera de clase que se llama Ana.
—Es comprensible.
—Ya te digo, ha cambiado un balón por dos más blanditos.
—¡Gloria!
—¿Qué? Es la verdad, no me mires así. La mejor forma de comprender a los hijos es adaptarse y mirar lo que tienen delante en cada etapa.
—Ya no son niños —dijo Esther en un suspiro.
—Está claro. Cada año tienen motivaciones diferentes, el chico ya está pidiendo sacarse el carné de conducir y que le dejemos un coche o le compremos uno para él.
—¡Por Dios! Hace solo dos años solo quería ser el sucesor de Cristiano Ronaldo.
—Lo sé. El tiempo avanza.
—Me alegro de que Silvia esté más calmada.
—Espera un poco y verás… Las hormonas están ahí.
—Está preciosa, seguro que ya tiene novio o pretendientes.
—No te lo imaginas.
—No creo que fuese capaz de criar hijos. No me malinterpretes, sé que lo estás haciendo de un modo excepcional, pero me asusta la idea de enfrentarme a versiones de mí misma y tener que señalarles el camino a seguir.
—Ese camino ya no existe, el que recorrimos nosotras ya no está ahí, el camino cambia con cada generación y hay que adaptarse. Ahora todo son redes sociales, aparentar ser mejor, acoso y peleas en las clases, referentes que cambian de un día para otro, reacciones que no esperas al hablar con ellos… es una locura.
—Pues eso, Gloria, que no me veo como madre teniendo que recorrer ese camino inexplorado.
—Lo que hace que te decidas a tener hijos no es el derecho o la habilidad de procrear, sino la fuerza que nace en ti para afrontar el reto con la garantía de que estarás ahí a su lado para ayudarlo o ayudarla en la tarea de recorrer el camino. El camino cambia en cada generación, es uno nuevo e inesperado, pero tú aferras la mano de tu hijo y le haces sentir que no lo abandonarás, que permanecerás

siempre ahí.

—Te admiro.

—¿En serio, Esther? Yo llevo admirándote desde que naciste, desde que apareciste en casa siendo tres kilos y medio de personita frágil.

—No me digas eso, no es lo que necesito oír.

—Es lo que siento, lo que considero que debo decir. ¿Cómo puedes tener miedo a traer hijos al mundo? Serías una gran madre, una gran educadora.

—No considero que pueda ni educarme a mí misma en este momento.

—Cielo, me asustas.

—Pues siento asustarte, pero es la verdad. No puedo evitar el miedo al futuro, sobre todo al pensar en tener hijos, prefiero no pensar en ello y dejar que los días pasen.

—¿Los días? Lo que pasan son las semanas a toda velocidad, luego los meses y años. Ya no tienes quince años, el tiempo se acelera en su paso por la vida a un ritmo que no imaginas. Observa a tu alrededor, sé consciente de lo que ocurre. Dejar el tiempo al margen es para el mundo como dejar tu memoria al margen para ti. No existe nada más allá.

Al otro extremo de la mesa, Moretti conversaba con el marido de Gloria.

—¿Estáis con un caso de esos difíciles?

—Así es. Hemos empezado hace unos pocos días, aún no tenemos nada.

—Espero que no sea como…

—Ya, como aquel que supuso una pesadilla para todos. También deseo que nunca llegue otro similar. Estamos con desapariciones que podrían ser en realidad asesinatos, por ahora no tenemos mucho más.

—Y, en lo personal, ¿qué tal estáis? Por cierto, sentí mucho lo de la operación en Suiza.

—Cosas que pasan, quizás en el futuro haya solución a mi ceguera, la medicina avanza deprisa. Por lo demás, como siempre, en casa va todo bien.

—Eso me cuenta Gloria, que os va bien y Esther sigue con el tratamiento.

—Será largo.

—¿No confías en que se lo tome en serio?

—Es difícil de decir, con Esther todo va por rachas; es como una montaña rusa, momentos de subida y luego bajadas que te hacen sentir que no avanzas. En fin, es cuestión de tiempo.

—Debe de ser difícil estar en una relación así, sin saber qué vas a recibir cada día. Me alegro de que ella te haya encontrado, solo alguien con paciencia y enamorado podría soportar esos vaivenes.

—Es una buena forma de definirlo.

—No me malinterpretes, quería decir que alguien narcisista es tóxico porque solo piensa en sí mismo y eso se contradice con la armonía que debe tener una pareja.

—No te equivocas, y tampoco me había molestado el comentario. No imaginas lo duro que llega a ser por momentos, pero no quiero pensar en no estar a su lado, eso me da fuerzas para insistir y tratar de ayudarla.

—Has dicho «no» innumerables veces en tu comentario anterior y es asombroso lo positivo que ha sonado.

—¿Sí? ¡Vaya! En fin, mejor seguimos con la comida, está deliciosa.

—Me alegro de que te guste, a ver si venís más a menudo.

—Eso trato de hacer, pero convencer a tu cuñada es complicado.

La tarde avanzó, sin Juan Carlos, pues se había marchado con su nueva amiga Ana tras el almuerzo, tomando cafés y conversando sobre las próximas vacaciones.

—Estaría bien que nos reuniéramos toda la familia —propuso Gloria.

—Sí estaría bien, a ver si cuadramos todos las vacaciones.

—Vosotros tenéis los casos y será complicado, pero podemos elegir pocos días, cinco o seis, y hacer el esfuerzo. Podemos alquilar una casa en la playa y relajarnos allí.

—Suena fenomenal —seguía apuntando Esther las palabras de su hermana, aun a sabiendas de que esos planes se hacían siempre sin la más mínima garantía de que se fueran a realizar, como meros deseos lanzados en un momento de felicidad como el que compartían. Sería bonito que se cumpliese ese deseo, aunque las probabilidades no eran muy altas.

—No nos vimos todos en el último cumpleaños de papá, sé que eso no es culpa tuya, es del trabajo. Tampoco en el tuyo hace una semana.

—Hugo estaba recién operado y no era conveniente meterlo en el coche, tenía que guardar reposo.

—Lo sé, pero se echó de menos reunirnos.

—Ya lo intentaremos para esas vacaciones.

Tras la despedida, a las siete de la tarde, la pareja regresó a Madrid.

—¿Te has divertido?

—Mucho —respondió Moretti.

—Estuviste durante la comida hablando con mi cuñado.

—Cosas triviales, el trabajo y el día a día en casa. ¿Qué tal tu conversación con tu hermana?

—No le pedí consejo.

—No había pensado en eso, solo preguntaba si te lo has pasado bien.

—Sí. Tenías tú razón, necesitaba desconectar del caso.

—Mañana será otro día, nos pondremos al cien por cien con la investigación.

Pero Esther no pudo esperar y, tras la cena y ver que su compañero se iba a la cama, encendió el ordenador y se puso a ver algunas grabaciones de las cámaras que África había visionado en los días anteriores, así hasta las cuatro de la madrugada, cuando el cansancio y el sueño la hicieron desistir de la tarea.

Escapada romántica

Elísabeth ya le había dicho a Aitor que no le gustaba que la llevasen en coche, que ella prefería ser autosuficiente, pero tenía excusas en esta ocasión para no tener que alquilar un caro Ferrari u otro deportivo de lujo; no tenía maletero suficiente para llevar los equipajes y tampoco conocía el trayecto hacia la casa rural del empresario. Así que, por una vez, sería mejor que condujese él.

En las tardes anteriores habían acordado que partirían el viernes a las ocho para llegar al tiempo de preparar la cena, pues el pueblo estaba a hora y media desde Madrid capital. La chica preparó su neceser y su maleta tamaño mediano, ambos de Louis Vuitton, llenos de ropa de primeras marcas, aunque cómodas, y artículos de higiene personal, además de cremas y un par de libros. Ya se había mentalizado de que permanecer cuarenta y ocho horas en el papel de empresaria enamorada significaría mantener muchas conversaciones sobre finanzas y tener que dar cariño y sexo. Sería la undécima vez, así que iba acercándose a la perfección con cada incauto; estaba todo ello más planificado aún que el contenido de su equipaje. Le daría dosis de besos y palabras tiernas mezcladas con charlas soporíferas sobre lo bien que invertía el dinero y cuánto beneficio lograba para ella y para sus clientes. Aitor estaría todo el fin de semana subido a una nube de libido que nublaría sus sentidos, que bajaría sus defensas, ante la idea de dejar que ella invirtiese su dinero para multiplicarlo rápidamente y, quién sabe, quizás retirarse y vender su empresa para vivir cómodamente el resto de su vida sin necesidad de trabajar más. Para que todo saliese bien, Elísabeth tenía que esperar para tener sexo con él el sábado por la noche, cuando Aitor ya estuviese a punto de caramelo, es decir, a punto de explotar por el deseo sexual y ya convencido de invertir no solo su corazón, también su dinero en ella. Volvería a repetir bajo las sábanas el domingo al despertarse, de ese modo, tras el éxtasis, lo tendría en bandeja para proponerle, no mostrando casi interés, una inversión de prueba. Elísabeth haría lo mismo que en las veces anteriores, tomar un millón de euros de su presa y devolverle dos en una semana, el otro millón saldría de sus ahorros, obviamente. El tipo estaría encantado y no dudaría en darle todo su capital disponible para una nueva inversión, la definitiva. Aitor estaba enamorado de ella, sería fácil manipularlo, seguro que lo convencería para pedir un crédito al banco para aumentar el montante de la operación, quizás la suma total se acercase a los diez millones de

euros. Con eso ella llegaría a la cifra de sesenta y cinco millones ahorrados, tal vez suficientes para retirarse; aunque estaría mejor hacerlo tras superar los cien millones, aún era joven y se veía en forma para seguir activa dos o tres años más.

Bajó a la calle tras llamar a un taxi y se dirigió al punto en el que había quedado con él en el paseo de la Castellana, donde le había dicho que residía para que no conociese su verdadera dirección. Allí esperó en la acera hasta que apareció el BMW 750 gris que ya había visto en las fotos de Facebook de Aitor. Para hacer el viaje cómoda, pero elegante, había elegido un pantalón elástico negro de Prada y un jersey gris de cachemir de Chanel, pulseras y pendientes de oro blanco y zapatillas negras de Dolce & Gabbana.

Aitor se bajó del coche tras accionar el portón automático del maletero y fue a ayudarla a meter el equipaje. Se había vestido por completo de pana en tonos tierra, parecía un cazador un domingo de montería, horrible a los ojos de la chica.

—Guau, estás radiante, preciosa, como siempre.

Ella se acercó y le devolvió el cumplido con un beso corto en los labios, que él recibió sonrojándose.

—También estás muy guapo, me gusta ese punto rural en el estilo.

Aitor accionó el cierre del maletero y se dirigió a abrirle la puerta, pero ella lo detuvo con la mano en un gesto rápido y calmado, acompañado de una sonrisa y un: «aprecio la galantería, pero es innecesaria».

Ya dentro del coche y poniendo rumbo al norte:

—Me cuesta a veces asimilar tus valores y principios. Bueno, disculpa, no he querido que sonara así. Aprecio mucho esos valores y principios, pero no estoy acostumbrado a ellos, no los había visto nunca antes y me siento como un adolescente en su primera cita, como solo ante el peligro.

—Buena película, ya no se hace cine así.

—Vaya, siempre me dejas sin palabras con tus reacciones y respuestas. Como esta última.

—Te doy una pista para comprenderme y llevarte de maravillas conmigo: trátame como a un amigo de toda la vida, compórtate como lo harías con él y todo irá suave como la seda.

—¿Sí? Vaya, eso me costará algo, no te veo como a mis amigos, pero me esforzaré. Por cierto, con mis amigos y antes de un viaje, nos haríamos una foto de grupo.

—No me veo guapa ahora, además… sería mejor cuando lleguemos allí y con la casa de fondo, ¿no te parece?

—Como desees, aunque yo te veo tan bonita o más que siempre.

—Gracias, eres todo un donjuán.

—¿Estás ilusionada ante el fin de semana?

—Claro, mucho.
—¿Qué tal los negocios esta semana?
—Mejor no hablar de eso, sería aburrido. Prefiero que me cuentes cosas sobre ti. ¿Tienes familia?
—No me he casado, ya sabes, nunca apareció la mujer perfecta. Me hubiera gustado tener hijos a estas alturas, pero eso nunca se sabe.
—Es cierto, nunca se sabe.
La sonrisa de Elísabeth le iluminó la cara y casi hizo que colisionara con el coche de delante cuando este frenó en un semáforo.
—Mi madre falleció siendo yo adolescente, mi padre desapareció dos años después y me criaron mis abuelos. Estudié Empresariales y Económicas y monté la empresa junto a un socio que era compañero de facultad; cuando las cosas iban regular, él se marchó y yo me quedé al mando tras comprarle su parte, que no eran más de veinte mil euros porque todo parecía a punto de irse a pique. Unos acuerdos más beneficiosos con otras empresas suministradoras de mercancías, y también con la entrada en el sector de la educación, hicieron que la editorial comenzase a dar beneficios y crecer hasta el punto en el que está ahora. Pero no hablemos de trabajo, como has dicho antes. No tengo hermanos y apenas hago vida social. Trabajo, casa y vuelta al trabajo. Ahora te toca a ti.
—Mi vida no es muy interesante, no más que la tuya.
—Aun así, quiero conocerla, no me hablas nunca de ti y no he recabado nada buscando en redes sociales.
—No me gustan las redes sociales, solo te alejan de las personas que importan para acercarte a desconocidos que no aportan nada a tu vida. —Eso lo había oído en una charla de un experto psicólogo en Internet.
—Esa filosofía es fantástica. Sigue, aún no me has contado tu vida.
—Nací en Cáceres, aunque ya no tengo nada de acento extremeño porque vine a vivir a Madrid con nueve años. Mis padres eran muy pobres y papá consiguió empleo en una empresa de cementos que se puede apreciar desde la M-40 en el sudeste, ahora está cerrada. Murió de cáncer de pulmón cuando yo tenía doce años y mi madre me crio hasta los quince, cuando se quitó la vida porque no soportaba más el dolor de la pérdida.
—Vaya, lo siento.
—Estuve en un hogar de acogida, me trataban bien, luego me adoptó una pareja que me pagó los estudios, incluso los másteres en finanzas. Les debo mucho a mis padres adoptivos.
—¿Tienes tratos con ellos?
—Claro, los llamo cada semana y voy a verlos cuando me lo puedo permitir.
—¿Cómo entraste a trabajar de asesora financiera?

—Empecé en una empresa que tenía una cartera de más de ciento cincuenta clientes, todos personas adineradas que querían ver multiplicar su dinero. Se me daba bien, pero el sueldo y las comisiones, aun siendo muy buenos, eran ridículos comparado con lo que hacía ganar a mis clientes directos. Traté de negociar mejores condiciones y me negaron la propuesta, tenía entonces veintiséis años. Vaya, solo hace dos años de eso, el tiempo ha pasado más despacio de lo que imaginaba… el caso es que me marché de la empresa y contacté con mis clientes para decirles que, si seguían confiando en mí de forma directa, al margen de la empresa, seguirían ganando mucho dinero. Aceptaron todos. Y ahora sigo con ellos, con otros clientes que han aparecido y moviendo mis propios ahorros para multiplicarlos cada año.

—Eres un portento, ni siquiera sé cómo te has fijado en alguien como yo.

—No te infravalores. Eres también alguien hecho a sí mismo, además de un luchador y una persona cercana, amable y educada, no se encuentra gente así con facilidad.

—Pero no comprendo que no tengas una familia, un marido atento y cariñoso, además de hijos tan guapos como tú.

—Gracias por el halago. No es fácil encontrar la felicidad familiar. Los hombres que he conocido antes eran tiburones empresariales o tipos que querían aprovecharse de mi dinero.

—Te comprendo, he conocido a muchas mujeres que solo veían la posibilidad de ganar la lotería atrapando a un hombre con recursos para mantenerlas y hacerles vivir de una forma cómoda.

—Y aquí estamos, ¿no? Somos dos lobos solitarios que por fin hemos encontrado a la persona adecuada para caminar juntos y no sentirnos nunca más solos.

—Nunca más.

La conversación siguió por derroteros menos individuales y melancólicos, centrándose en el futuro juntos, comenzando por ese fin de semana que afrontaban con ilusión. Llegaron a la casa, que estaba unos cien metros antes de entrar en el pueblo, y Elísabeth pudo observar la construcción de piedra vista en la fachada de dos plantas. Sería exagerado llamarla mansión, pero casi llegaba a esos límites.

—Es preciosa, no imaginaba algo tan grande.

—Me alegro de que te guste. La compré a un precio ridículo porque la casa original había que derribarla por el abandono que había sufrido, y levanté esta nueva tras contratar a un buen arquitecto. Me esforcé mucho, sobre todo económicamente, porque quería tener este lugar para pasar los últimos años de mi vida, ojalá con hijos y nietos viniendo a visitarme a menudo. La parcela tiene quince mil metros cuadrados, la casa cuenta con quinientos; hay dos

pozos, un huerto esperando a que alguien se ponga con él y una hermosa piscina. Ahora te enseñaré todo, incluso la sala de cine y el gimnasio con *spa* que hice fabricar.

Elísabeth se maravillaba con la casa, a la vez que se preguntaba cuánto dinero había invertido ese idiota en crear un retiro de futuro que no iba a disfrutar y que restaba millones de la cuenta corriente a su cálculo inicial.

En la comisaría central el tiempo avanzaba tan despacio que parecía retroceder en la mente impaciente de los investigadores. El comisario había enviado dos casos de los fáciles para que le liberasen de presión y trabajo atrasado mientras seguían con las desapariciones. Moretti le había asegurado que avanzarían con el caso difícil, pero los resultados no llegaban, esa era la realidad tras más de una semana en él.

Esther pensó en la película Zodiac, en la que los dos inspectores tardaron años en encontrar la solución. ¡Qué diferente eran el cine o las novelas a la vida real! Parecía que solo había un caso y se estaba pendiente de él hasta su solución o abandono, sin importar el tiempo invertido en su investigación. En el trabajo real, se llevaban siempre varios casos y había que dedicarles tiempo a todos, sin importar su trascendencia, lo que implicase su resolución. Tendrían que ir resolviendo casos pequeños a medida que indagaban en el caso de la extraña mujer que sacaba el dinero a incautos empresarios.

África había encontrado en las grabaciones de vídeo el encuentro de la última víctima con la sospechosa en el local, así lo vio también Gallardo en las imágenes. La mujer daba la espalda a la cámara en todo momento y no se apreciaba su rostro para posibilitar un retrato robot, estaba claro que la mujer había estudiado a conciencia el local antes de usarlo para su propósito. No tenían nada más que una complexión física delgada, un cabello negro y unos modales de persona de alto rango social. Lo mismo que decir que no tenían nada de nada.

No tenían grabaciones de locales anteriores ni existían fotos de ella, era un fantasma en una ecuación en la que los fantasmas eran incógnitas imposibles de descifrar.

—Esther.

Silencio.

—¡Esther!

—¿Sí?

—Estás enfrascada en el caso de las desapariciones. Tenemos otros que resolver.

—Lo sé, es que…

—Deja esas obsesiones. El caso se solucionará en el futuro o no lo hará. Estos nuevos no son menos importantes, tenemos que llevar a los culpables ante la justicia con el mismo ahínco.

—Lo sé, pero…

—Sé lo que vas a decir. Olvida los retos personales, o convierte esos retos en solucionar el máximo número de casos en lugar de solo los difíciles.

—Está bien. Dime.

—Tenemos un doble asesinato, dos personas mayores de sesenta años y que sus hijas, mellizas, acusan cada una a la otra del homicidio.

—¿Has pensado algo? ¿Tienes una hipótesis?

—Tendremos que hablar con ellas. Llegarán en unos minutos a la comisaría. ¿Te encargas de una y yo de la otra?

—Iré con África, llama tú a Fernando.

—Dejemos que ellos sigan con lo de las desapariciones, tienen muchas llamadas por hacer para terminar con las entrevistas de amigos y compañeros del trabajo.

—Pero eso no dará nuevos datos.

—Quién sabe, confía en la suerte.

—Antes nunca ha sido así.

—En algunos de mis casos anteriores sí que ha ocurrido algo que no esperaba y me ha ayudado mucho a descifrar el enigma.

—Está bien. Voy a por un té para el interrogatorio, te traigo un café.

—No es necesario, gracias, estoy bien.

Delia tenía treinta y ocho años, era delgada, de metro setenta y con el cabello negro cortado como un chico, casi rapado; *piercings* por la cara y orejas además de maquillaje siniestro a juego con su ropa negra de cuero; claro que eso el exinspector no podía verlo, una ventaja más para evitar posibles prejuicios por el aspecto físico de un entrevistado o sospechoso a interrogar. La chica saludó con un escueto «buenos días» a Moretti y este procedió al ritual de rigor.

—Vamos a tutearnos, ¿te parece?

—¿Eres ciego?

—Hasta hace pocos años era inspector de Homicidios, ahora pertenezco a un programa especial de la Policía, una especie de asesor. ¿Deseas que te entreviste un oficial o inspector en activo?

—No, me da igual.

—No te han leído tus derechos porque no estás acusada de nada.

—Ya me han dicho eso al llegar.

—Bien, pues cuéntame qué ha sucedido.

—¿Acaso no lo sabes?

—Claro que sí, han asesinado a tus padres. Pero quiero tu versión, también lo que sientes ahora y lo que sentiste cuando te enteraste de

la noticia.

—Pues que es una putada, yo quería a mis padres.

—¿Tenías una buena relación con ellos? Me refiero a trato constante física y telefónicamente hablando, además de haber, o no, ocurrido ningún altercado con ellos, discusiones, peleas y demás.

—Claro que me llevaba bien, hablábamos a menudo, quedábamos para pasar el domingo casi cada semana. No he discutido con ellos nunca, ya me entiendes, quitando en la época adolescente por las tonterías habituales, salir de fiesta, vestir así, tener esta o aquella novia…

—De acuerdo. ¿Dónde te encontrabas en el momento en que fueron…?

Delia se frotó la cabeza con nerviosismo, el cabello hizo el mismo sonido que la lija al raspar un trozo de madera a los oídos del ciego.

—Estaba con una amiga en su casa. ¡Qué mierda! Estaba colocándome de hierba y follando cuando a mis padres los estaba matando esa puta loca de Maika.

—Hablas de tu hermana melliza, ¿verdad?

—Claro.

—¿Por qué estás tan segura de que fue ella la que asesinó a tus padres?

—Siempre ha querido dinero por encima de todo, siempre les pedía a ellos más y más. Ella y ese marido de mierda que tiene, solo quieren aparentar nivel social y económico, solo les importa el dinero y gastar.

—¿Crees que ese es el motivo? ¿Crees que los ha matado para cobrar la herencia?

—Por supuesto que sí.

—Siento decirte que mi experiencia me dicta que esa es una información muy contradictoria.

—No sé qué quieres decir.

—En ocasiones anteriores en las que se me ha planteado este tipo de casos, era el asesino otra persona. Te lo explico mejor: si tu hermana sacaba dinero constantemente a tus padres, para ella era una forma de ir ganando más herencia que tú poco a poco, ya que dejaría solo unas migas a repartir tras la muerte de tus padres en unos veinte años. Por contra, muriendo ahora ellos, tú obtendrás una suma mucho mayor que en un reparto futuro.

—Yo no habría hecho esa salvajada; además, el dinero me importa muy poco.

—Quizás no lo hayas hecho, mi trabajo es descubrir eso precisamente. Pero tú ahora recibirás la mitad del dinero y de los bienes de tus padres, mientras que lograrías una herencia mucho menor en dos décadas. Es un buen móvil también para ti.

—Yo nunca haría…

—Lo sé, nunca.

La chica estaba más nerviosa por momentos, Moretti oía cómo se mordía las uñas, cómo cambiaba de postura cada pocos segundos sobre la silla y cómo su voz se volvía más aguda y su tono menos amenazante a medida que iban pasando los minutos.

—Quiero a mis padres, nunca les haría daño.

—Pero tienes un motivo, también estás desviando la atención y acusando a tu hermana sin tener pruebas, solo indicios o sensaciones.

—Es una bruja, vestida de ropa de marca y con una sonrisa de cocodrilo que no es más que una máscara. Siempre ha sido un demonio, usa a la gente a su antojo.

—Nunca había oído a una hermana melliza o gemela hablar de esa forma de su otra mitad.

—¿Mi otra mitad? Es un engendro del mal, solo ocupada en sí misma y obsesionada con la imagen que proyecta en los demás, deberían encerrarla de por vida para que no haga más daño.

—¿Alguna vez la has oído discutir con tus padres?

—Toda la vida. Ella pedía y pedía, ropa, zapatos, viajes…, desde que éramos pequeñas. Los exigía con la convicción de que tenía derecho a todo solo por desearlo. Vivió a costa de mis padres hasta que conoció a un imbécil que comenzó a financiarle su tren de vida, luego quiso más y pretendía que nuestros padres aportaran ese extra de dinero. Mi madre me narra a menudo sus exigencias y la frustración por parte de los dos, porque no pueden consentir sus caprichos, ni permitírselos siquiera.

—Está bien por ahora, puedes volver a casa, pero notifica a la comisaría si vas a salir de la ciudad, es más que posible que hablemos contigo en más ocasiones.

En la sala de al lado:

—Buenos días.

—Buenos días, inspectora.

—Subinspectora, Esther Gallardo. ¿Sabe que no le han leído sus derechos porque no está acusada de nada aún?

—Sí, así me lo ha hecho saber un agente.

La mujer parecía sacada de una revista de alta sociedad, ropa cara e impecable, cabello rubio teñido y bien peinado, además del maquillaje profesional y los modales.

—¿Desea tomar algo? ¿Café, té, un refresco o agua?

—Gracias, estoy bien. Bueno, un café me vendría bien. ¿Puede ser un capuchino corto de leche con stevia y un toque de canela?

—Me temo que la máquina de la sala de espera no extiende

elecciones de esa talla.

—Claro… Entonces estoy bien así. ¿Vamos a tardar mucho?

—No sabría decirle, eso depende del transcurso de la entrevista, de sus respuestas y de que yo no tenga nada más que preguntar. Empecemos lo antes posible y así podrá marcharse a casa.

—Espero no llegar tarde al salón de Karen, tengo cita a las once y media para teñirme y cortarme el pelo.

—¿Eso es más importante que descubrir qué ha pasado con sus padres?

—Claro que no. —No había gritado, pero se mostraba firmemente convencida—. Tengo la absoluta certeza de que se trata de mi hermana. Solo Delia ha podido hacerlo.

—¿Por qué piensa eso?

—Me odia, me odia desde que éramos niñas, desde que teníamos uso de razón. No comprendo esa animadversión, pero ha estado ahí desde entonces, es como si me envidiase.

—¿Envidiarla? ¿Por qué motivo iba a envidiarla su hermana durante estos años?

—Pues porque siempre he sido más cariñosa con los demás, más divertida, más inteligente, me querían todos más a mí, era más elegante y me comportaba mejor en casa y ante familiares, amigos y desconocidos. Yo siempre he sido el orgullo de la familia y ella, simplemente un bicho raro. No soportaba que toda la atención fuese para mí.

—¿Eso justifica que matase a tus padres?

Silencio.

—María del Carmen…

—Prefiero Maika.

—Bien, Maika, no me ha respondido.

—Ella querría cobrar la herencia antes de tiempo.

—Es una excusa muy floja.

—¿Es usted investigadora? No lo parece, ¿acaso cobrar un millón de euros no es excusa para cometer un homicidio?

—Obviando el insulto a mi profesionalidad, le diré que son dos homicidios, que se trata de progenitores y que usted cobrará la misma cantidad.

—Pero…

—No tiene usted la más mínima prueba de la autoría por parte de su hermana. Acusa sin más y no es consciente de que aporta el mismo motivo que la acusaría a usted también.

Maika se quedó boquiabierta.

—Me temo, María del Carmen, que usted perderá la cita en el salón de belleza. Empiece a hablar y trate de ser clara y concisa.

—Yo no sé nada, solo que Delia no estaba conforme.

—¿Conforme con qué?

—Bueno… yo… He pedido dinero a mis padres alguna que otra vez.

—¿Tiene problemas económicos?

—¡No!

—Nadie pide dinero si no lo necesita.

—Bueno, para alguna compra o para ir de vacaciones, era esporádicamente.

—Según nuestros informes sobre sus cuentas corrientes, ha recibido dinero de sus padres durante años y de forma mensual. Eso no es pedir dinero de forma esporádica, sino todo un sangrado. ¿Por qué necesita ese dinero?

—No sé…

—Para mantener su tren de vida, o para situarse en uno superior al que sus ingresos propios pueden proporcionarle.

—¿No tengo derecho a un abogado? Parece que me esté acusando.

—Llamaré a su abogado, si es que tiene uno o puede pagar a un letrado privado, o a uno de oficio en caso contrario, si usted se muestra como sospechosa. ¿Lo está siendo? ¿Se siente como sospechosa para que yo pueda tratarla como tal? Diga que sí, entonces le leeré sus derechos y pediré prisión preventiva contra usted en el acto.

—Yo no he matado a mis padres, se lo juro.

—Pues siga respondiendo, sea sincera y todos regresaremos a casa tras esta entrevista.

—Es que no sé nada.

—Dígame dónde estaba usted en el momento de la muerte de sus padres.

—En casa con mi marido.

—¿Solo él puede corroborar eso?

—No la comprendo.

—¿Usó el teléfono esa noche para que podamos geolocalizarla?

—No lo recuerdo.

—Su móvil, según los datos de mis compañeros de la división informática de la Científica, estaba apagado.

—Es posible.

—¿Suele tener el teléfono apagado y sin ponerle el cargador durante tantas horas?

—No… no es…

—No es habitual, lo sé. ¿Acaso no mira la hora en la pantalla por las tardes? ¿No llama a nadie de su entorno cercano? ¿No revisa el WhatsApp para responder o enviar mensajes? ¿No juega a algún juego? Todos estamos pendientes del teléfono móvil durante el día, y la tarde es el momento en el que más recurrimos a él, pero usted lo

tuvo apagado durante muchas horas. ¿Qué suceso ocurrió en su vida tan importante como para olvidarse del teléfono durante tanto tiempo?

—No hice nada, yo no hice más que estar en casa, se lo aseguro.

—No la creo, no puedo creerla. Al final, vamos a tener que llamar a un abogado y acusarla.

—Mi hermana nos odiaba a todos, a ellos y a mí. Delia siempre quiso tener el protagonismo.

—Esa canción está ya muy escuchada, María del Carmen.

—Maika…

—Maika, ¿tiene algo nuevo que añadir o damos por finalizada la entrevista?

—Ella los amenazó, Delia los amenazó de muerte.

—¿Cómo dice?

—Mi madre me contó que Delia le dijo hace unas semanas que, si me daban más dinero, los mataría para evitar que la herencia la gastase yo.

—Se trata de una conversación privada entre usted y su madre, ella está muerta y no puede corroborar esas palabras.

—Le juro que fue así.

—¿Palabra por palabra?

—Así es.

—¿Ella amenazó de muerte a sus padres por darle a usted dinero?

—Eso es lo que le he asegurado.

—Bien. Le he dicho antes que su madre no puede corroborar esa conversación, pero pediremos al operador de telefonía móvil las grabaciones de las conversaciones mantenidas y revisaremos la veracidad de la misma —mintió Esther, pues no se podían obtener esas grabaciones. Solo se podía grabar una conversación si el teléfono estaba pinchado por orden de la fiscalía o juez.

—¿Cómo?

—Ya me ha oído. Nuestros expertos informáticos sacarán esas conversaciones mantenidas entre usted y su madre, además de las de Delia, para dar datos fidedignos a los que acogernos los investigadores del caso.

—Pero…

—Pero ¿qué?

—Quizás me equivoqué en alguna palabra o…

—¿De qué me habla? Ha asegurado que fue así palabra por palabra. Dentro de unas horas tendremos esa transcripción de la conversación y sabremos quién dice la verdad, usted o su hermana.

Maika, que se había mostrado entera al comienzo de la entrevista, para luego ir bajando la guardia y derrochar nerviosismo, ahora parecía al borde del colapso.

—No sé si fue así la conversación, estoy nerviosa por esto y por la muerte de mis padres y no recuerdo las palabras exactas que me dijo mi madre.

—Pero asegura que los amenazó de muerte.

Silencio.

—¿Maika?

—No sé si fue eso o me lo…

Esther comenzó a tutearla para acercarse más a ella, para acorralarla.

—¿Te lo inventaste? ¿Creíste que eso podría pasar? ¿Era lo que pensabas que haría tu hermana en el futuro? Da igual la respuesta, es lo que pienso, solo pienso en que no sé nada de lo que ha ocurrido, salvo que estás creando un monstruo, una asesina, en tu hermana para justificar el crimen, para buscar una solución rápida y que te deje en buen lugar a ti. No me respondas, me da igual que me mires con esa cara de sorpresa. Maika, estás en el ojo del huracán, en el punto de mira de la investigación, al mismo nivel que tu hermana Delia, aunque no te guste oír eso. No quiero mentiras, no acepto las mentiras y las detecto a la legua, todas las que me has regalado hoy las he recibido a sabiendas de que eran datos falsos. Deja de mentir y coopera o necesitarás ese abogado más de lo que imaginas.

—Yo los quiero, los quería. —Lloraba desconsolada ante la subinspectora—. No quería que ocurriese esto.

—Pero ha sucedido. Necesitabas el dinero y aceleraste la partida de tus padres para cobrar la herencia.

—Te lo juro, no los maté, nunca lo haría, ellos me daban todo lo que necesitaba.

—No era suficiente dinero, querías más, lo querías todo.

—¡No! No lo quería todo, solo un poco al mes… —balbuceaba sin apenas entenderse lo que decía.

—¿Por qué acusaste a tu hermana?

—Porque ella no aprobaba eso, que me dieran dinero y que fuese diferente a ella.

—¿Qué es lo que te hace odiarla tanto como para culparla de algo tan cruel como matar a vuestros padres?

—Ella… ella no era perfecta, era un bicho raro, siempre lo cuestionaba todo; desde pequeñas, siempre iba en contra de lo que pensábamos en casa. Era un insecto, un monstruo, era diferente y provocaba vergüenza solo verla con ese aspecto de vampira. Ella era el centro de atención para mal, para señalarla en el vecindario, para sacar peores notas, para tener los novios más estrafalarios, luego novias. Delia no debió nacer, no tendría que haber sido parte de la familia.

—Esa decisión no te corresponde a ti.

—Ella no… Ella no debería haber nacido.

—¿A qué viene ese odio tan irracional hacia tu hermana? Ella no decidió ser parte de la familia, llegó al mismo tiempo que tú. Yo formo parte de una familia junto a hermanos diferentes a mí, pero no pienso ni pensaría nunca que están de más o que no deberían haber nacido.

—No lo sé…

—Eso me suena a las clases de la Universidad, a cuando estudié Psicología.

Silencio.

—Maika, ¿sabes lo que es el síndrome de la vida robada?

—No, no lo sé.

—Es cuando consideramos a un hermano, amigo, vecino o compañero del trabajo como un usurpador de nuestros logros. Cuando creemos firmemente que sus triunfos deberían ser nuestros y que así habría sido si ellos no hubieran existido.

—Yo…

—¿Tú qué? ¿Te has preguntado por qué ella reclamaba atención? ¿Por qué ella te quitaba protagonismo? Déjame decirte que solo te has centrado en ti, en tus expectativas. Las desilusiones han llegado después, desde que eras muy niña. ¿Sabes que las desilusiones son del mismo tamaño que las expectativas? Una persona desilusionada es alguien que esperaba algo que creía tener derecho a recibir, pero que no lo obtuvo. Tú te sentías con el derecho a recibir el cariño y la atención de todos a tu alrededor, pero no lo conseguías y eso te provocaba el odio hacia tu hermana, la que nunca debió nacer, la que era diferente a ti. O no tanto… seguro que erais iguales, pero tú decidiste diferenciarte y adoptar una personalidad lo más alejada a la de Delia posible. Ella era diferente, pero seguía llevándose parte del cariño, una parte que querías para ti sola. Eso hizo acumular el odio durante estos años, ¿no es verdad?

—No, yo no la odio.

—Es lo contrario a todo lo que me has dicho antes.

—No la envidio, no quiero lo que ella tiene.

—¿Qué tiene?

—No sé…

—Insisto, ¿qué tiene ella que tú ansias en este momento?

Silencio.

—¿María del Carmen?

—Maika.

—Maika, dime qué pasó en la infancia, qué pasa en la actualidad con Delia.

—No hay nada, nada.

—Eso ya me lo has dicho, pero la animadversión hacia ella desde

pequeña está más que presente en tus palabras. ¿Qué tiene ella que tú deseas y envidias?

—No envidio nada a mi hermana.

—No lo hagas tan difícil.

—El sobrevivir.

—¿Cómo has dicho?

—Joder, el sobrevivir, la capacidad para mantener su día a día. Yo necesitaba más cariño en la infancia y más dinero ahora.

—¿Tú no lo logras?

—No, tengo más gastos que ella.

—Tenemos acceso a los ingresos de tu marido y los que obtiene tu hermana, parece que tú podrías sobrevivir mucho mejor, es una opinión personal. ¿Acaso te crees merecedora de más dinero solo porque hayas decidido tener una vida diferente y más acomodada?

Silencio.

—Ella se llevaba el cariño de vuestros seres queridos y tú lo querías para ti, ahí comenzó el odio, luego llegó la vida adulta y viste que ella era autosuficiente, mientras que tú necesitabas más y más para mantener un nivel por encima de tus posibilidades. La odias, está claro que sí, y la odias porque ella no necesita aparentar nada, le vale con ser como es y es feliz con esa filosofía. Te molesta que tú no hayas logrado lo mismo, no hayas logrado esa felicidad.

—¡Está bien, la odio! ¡¡La odio!! ¡¡Joder!!

—¿Por eso la acusas sin pruebas?

—Ella no quería que nuestros padres me dieran dinero mensualmente, detestaba mi forma de vida, como si se pudiera permitir el lujo de criticarme.

—Tú lo haces con ella, lo has hecho desde que erais pequeñas. ¿Te molesta que otros te hagan a ti lo que tú les haces a ellos? Deja de mostrarte como una víctima, sé que te sientes como tal, pero no es la realidad. Por mucho que estemos convencidos de algo, eso no lo convierte en la verdad. Tu hermana es diferente a ti, no lo dudo, pero eso es algo que sucede en nuestro día a día con todas las personas que nos rodean y con las que interactuamos.

—Yo los quería, nunca los mataría. Esto es una locura. Solo entiendo que fue ella. ¿Quién si no? Pues yo no he sido.

—Está bien, puedes marcharte a casa, pero no salgas de Madrid sin avisar a la comisaría, ¿de acuerdo?

Eran las ocho de la tarde y, en el despacho de Moretti y Esther, recapitulaban los investigadores sobre lo obtenido del caso.

—Ha sido María del Carmen, Maika.

—¿Por qué estás tan segura?

—Porque era la que deseaba ese dinero, porque habla de sus padres en tiempo pasado, cuando no es habitual que lo hagan quienes han perdido a un ser querido en uno o dos días y porque es un caso fácil, como augurábamos.

—Quizás sea difícil, o mediano.

—¿Mediano?

—¿Quieres otro té?

—No, no lograré dormir esta noche con tanto estimulante. ¿Por qué has dicho lo de mediano?

—Porque los casos tienen una dificultad que no es siempre fácil o difícil.

—Ya había intuido eso, pero…

—¿No te planteas siquiera que haya un tercer sospechoso o un cuarto?

—¿Quién querría matar a esa pareja que no tenía enemigos?

—¿Y deudas?

—¿A qué te refieres? Tenían un patrimonio de dos millones.

—¿Cómo sabes eso?

—Es lo que ha dicho Maika.

—¿Y si ella no sabía el estado real de las cuentas de sus padres? Quizás estos no tuvieran tanto dinero, tal vez mucho menos de lo esperado.

—¿Has accedido a sus cuentas?

—Sí, ya que tú solo solicitaste las de las hijas y la pareja de María del Carmen.

—Vaya…

—Los padres habían dilapidado su fortuna en gastos superfluos y mantener a María del Carmen. Pidieron un préstamo hace dos meses por valor de medio millón de euros.

—¿Y bien?

—No podían devolverlo. Tendremos mañana al prestamista para interrogarlo.

—Joder…

—Ya ves que incluso los casos que parecen fáciles pueden sorprendernos.

—Tú sabías eso.

—Claro.

—Me has hecho un Agatha Christie, me has tenido como a una lectora que desconocía lo que el inspector había adivinado.

—Lo planteas desde el punto de vista equivocado.

—¿Desde qué punto de vista debo plantearlo?

—Has olvidado que aquí la investigadora eres tú.

Ambición y vanidad

La cita era a las nueve y no podría llegar antes de las diez, algo más que estudiado. Elísabeth se conocía al detalle el manual de trato a los hombres que ella misma había escrito. Tendría a Aitor a la espera, agobiado, dubitativo y desconfiando por minutos para luego sacarle una sonrisa que no esperaría a esas alturas. El Larios Café era perfecto como escenario, ya que fue donde se conocieron; un sitio que le daría confianza a Aitor al principio, pero que iría haciéndola desaparecer poco a poco a medida que ella no apareciese.

Se puso ropa más elegante que nunca para la ocasión, se maquilló y peinó para estar impecable, sacó parte del dinero de la mochila que guardaba en el canapé de la cama principal y lo metió en un maletín de esos que solo se veían en las películas. Dinero en efectivo, dos millones de euros en billetes de quinientos.

No solo conocía la ubicación de las cámaras del interior del local, también las de la Gran Vía y siempre desviaba la mirada para hacer desaparecer de las grabaciones su rostro. Así caminó despacio y decidida hacia el encuentro con su presa.

Entró en el local y fue a la mesa directamente, ya iría el camarero a su encuentro para llevarle el cóctel Martini de siempre. Aitor parecía desesperado, hasta que la vio entrar y cambió por completo su semblante.

—Siento la tardanza, tenía muchos mensajes del trabajo por responder.

—Ya pensaba que no vendrías.

—¿Te asustaba la idea?

—Un poco, si te soy sincero.

—Tu dinero está a salvo.

—Bueno, no era el dinero lo que esperaba perder, sino a ti.

—Eres un amor. —Ella se levantó y le dio un beso en la boca, a él le llegó el recuerdo de unos días antes, cuando se besaban al hacer el amor sin freno. Aitor se vio en su casa de campo de nuevo, pletórico de felicidad, incluso había olvidado el millón de euros en efectivo que le había dado a la chica.

—¿Y ese maletín? ¿Vienes directamente del trabajo?

Ella no pudo responder, pues el camarero le llevó el cóctel en ese momento. Le dio las gracias y un billete de cincuenta de forma disimulada, para seguir con la tradición, aunque a Aitor no le pasó desapercibido el detalle.

—¿Has pagado? Debías saber que estabas invitada.

—Y tú deberías saber también que no me gustan estos gestos de machismo. Es mi copa, la pago yo.

—Está bien, tienes razón.

Antes de continuar con la conversación, ella le pasó el maletín por debajo de la mesa hasta golpear su rodilla izquierda.

—Es tu dinero.

—¿Mi dinero?

—Me diste un millón en efectivo para ver qué podría hacer con él. Aquí tienes los resultados.

—Me dijiste que estarías dos o tres semanas moviéndolo.

—Ha habido suerte y el tiempo se ha acortado. ¿Quieres verlo ahora?

—¿Cómo? No, ¡por Dios! No puedo mirarlo aquí en mitad del local.

—Ve al baño y cuéntalo.

—Esto me está resultando como una película de gánsteres, me estoy poniendo nervioso.

—Ya te has terminado la cerveza, te invito a otra.

—No es necesario.

—Claro que sí. Tienes que contar el dinero.

—Me fio de ti.

—Eso no me vale. —Ella se mostraba seria, casi enfadada—. Tienes que contarlo aquí, ya sea en mitad de la sala o en el cuarto de baño.

Él la miró durante unos segundos y luego se levantó con el maletín en la mano. Ella le pidió una cerveza.

La copa se veía perlada de agua por la condensación, ya estaba sobre la mesa cuando regresó Aitor con el rostro desencajado, no había permanecido ni diez minutos en el baño y dio un largo trago antes de decir con asombro:

—¿Dos millones?

—No hables tan alto.

—Joder, me dijiste…

—La inversión ha funcionado mucho mejor, eso es impredecible, aunque siempre sé cuándo va a ser positiva. Puedes duplicar tu dinero o solo sacar un treinta o cuarenta por ciento, pero siempre se gana. Es mi trabajo, mis clientes me pagan mucho para hacerlos más ricos, además de invertir mi dinero en esto, tengo que buscar mi propio beneficio. Yo misma puse diez millones y he duplicado también la cifra en una sola semana.

—Joder, eres asombrosa.

Aitor parecía un niño observando cómo Papá Noel le había traído todo lo pedido la mañana de Navidad, incluso más.

—Me diste un millón y te devuelvo dos. Así ha ido la evolución del

mercado. Si me hubieses dado dos millones, o cuatro, o diez… imagina.

Aitor necesitó dar dos largos tragos más a su cerveza.

—Dios mío. ¿Y siempre en efectivo?

—Si me haces una transferencia, perderás algo más de la mitad de los beneficios en impuestos, como lo hacen los dividendos de acciones que suben y luego los de incremento de patrimonio.

—Comprendo…

—Dejemos de hablar de dinero, es mi día a día y necesito desconectar. ¿Cuándo volvemos a ir a tu casa de campo? Me lo he pasado de fábula. ¿O quizás un viaje a la costa? Me gustaría invitarte a un hotel en el que he pasado muchos buenos momentos, es el Hilton Maldivas.

—¿El Hilton Maldivas? ¿Ese de las cabañas en mitad del mar en un paraíso tropical?

—¿Lo conoces?

—Claro, lo he visto en fotos, pero cuesta una fortuna.

—Solo treinta mil la noche más gastos. Yo me encargo, esta vez me toca pagar a mí.

—Me siento como un hombre mantenido por primera vez y es incómodo.

—No digas eso. Me gusta estar contigo y el dinero no es problema, lo que gaste esos días lo ganaré en una sola jornada de bolsa con mis inversiones.

—Eres asombrosa, no puedo cerrar la boca al observarte. ¿Por qué yo?

—¿Por qué tú?

—Yo no valgo tanto, eres más joven, más hermosa, más exitosa…

—No me adules, soy una mujer normal. Y lo cierto es que estoy harta de niñatos guapos que se hacen fotos para el Instagram con mis coches y en nuestros viajes. Me he cansado de eso y quiero un hombre de verdad.

—Vaya, nunca me habían dicho algo tan halagador.

—Por favor, dejemos el tema, ¿te parece? Deja que me tome el cóctel tranquilamente, estoy agotada de tantas cifras y llamadas a clientes.

—Lo has terminado ya, esta vez te invito yo.

—Gracias, te lo acepto —dijo tras una sonrisa.

—Por cierto. —Aitor se mostraba azorado—. Olvídalo, no es el momento.

—No, dilo.

—Habías dicho que no querías hablar de dinero. No quiero agobiarte.

—Di lo que piensas.

—No, está fuera de lugar ahora.

—En absoluto. ¿Quieres hablar de mi trabajo o del dinero? No es problema, no me importa si es lo que tienes en mente. No te frenes en tus impulsos.

—Es que… pienso que puedo reunir unos millones más y…

—¿Invertirlos?

—Sí, sería fantástico ganar en una o dos semanas más de lo que lograría con los beneficios de la empresa en décadas.

—¿De cuánto hablas? Siento la frialdad en la pregunta, pero te hablo como inversora en estos momentos.

—No sé, cuatro o cinco millones.

—¿Tienes esa liquidez?

—Sí.

—¿Y contemplas la liquidez potencial? Bueno, olvida eso.

—¿Liquidez potencial? ¿De qué hablas?

—Nada, es una tontería. Cuatro o cinco millones está muy bien para comenzar a hacerte multimillonario.

—Por favor, no me hables como a un niño. Explícate.

Ahora sí que se mostraba Aitor como un niño, pero no ante los regalos de Navidad, sino ante los que podría recibir sin aumentaba su ambición y pedía a sus padres lo imposible.

—La liquidez potencial es la que se obtiene cuando uno tasa sus bienes inmuebles, valores, obligaciones, acciones, beneficios empresariales futuros, etcétera. Si tasas esos bienes de la forma adecuada y consigues un préstamo del banco avalado por los mismos bienes, tendrás una liquidez mucho mayor de la que tienes en mente.

—Joder… Lo siento, no quería decir un improperio. Es que nunca había pensado avalar un préstamo con lo que me ha costado tanto tiempo obtener.

—Si tienes cuatro millones, puedes obtener ocho. Si tienes ocho millones, puedes conseguir dieciséis.

—Si consigo duplicar cuatro, podría tener el doble otra vez en una o dos semanas más.

—Creía que eras más lanzado, que pensabas a lo grande.

—No es eso, es que…

—¿Tienes miedo?

—¿Miedo? Bueno, un poco. Las inversiones no siempre salen bien.

—Lo comprendo. No pasa nada, olvidamos el tema de conversación. ¿Te apetece el viaje a las Maldivas?

—Claro que sí, aunque no quiero que te gastes tanto en unos días de vacaciones.

—No es nada para mí. Ya te he dicho que lo recuperaré en unos días de inversión.

—Me siento mal, no quiero desconfiar de tu habilidad para

multiplicar el dinero. Solo es que me asusta ponerlo todo, incluidas mis casas, para una inversión.

—Pues no lo hagas, pon solo el dinero que tengas disponible.

—No quiero que…

—No te justifiques, me parece lógico que seas escéptico. No me conoces más que de unos días, semanas, y es lógico que desconfíes.

—No desconfío de ti.

—Lo sé, solo de aportar todo lo que tienes, toda tu vida. Me parece bien que inviertas solo lo que tienes de liquidez inmediata.

—¿Te lo envío en efectivo, como antes?

—Me vale un talón nominativo. En una semana te daré cifras, quizás en dos, te multiplicaré el capital y te lo entregaré en efectivo, como ahora, o en un talón o transferencia, aunque esta última será monitorizada por Hacienda y te cobrarán beneficios e impuestos, como te dije antes. De un beneficio de varios millones, lo más seguro es que pierdas la mitad.

—Sí. Te daré cuatro millones mañana en un talón y ya me lo devuelves en efectivo o con otro talón.

—Te devolveré varios talones, para que los cobres poco a poco y así no levantar sospechas de Hacienda. Tendrás ocho millones antes de que termine este mes.

—¿En serio?

—Tan en serio como que pasaremos las mejores vacaciones de nuestra vida en las Maldivas antes de que llegue el verano; un verano en el que pienso pasarme días haciendo el amor sin parar contigo, además de pasear por la playa.

Elísabeth llegó a su ático a las doce menos veinte de la noche, se desvistió, desmaquilló y fue al salón para consultar su ordenador portátil. Tenía hambre, pero sabía que Aitor le enviaría un mensaje antes de que ella sacase lo que tenía preparado para la cena del frigorífico.

<Cariño, siento haber dudado de ti. Dame cuatro o cinco días y te digo la cantidad que puedo darte para la inversión>

Tardó varios minutos en responder, lo justo para calentarse la cena y ponerla en el salón antes de degustarla, y así meterle algo de ansiedad al tipo.

<No pasa nada, es normal. Y si no quieres invertir, también sería lógico, ya ganas bastante con la empresa>

<La empresa es pequeña y da resultados poco a poco. Nada parecido a lo que obtienes tú>

«Lo sé, todos los empresarios consideran que sus empresas avanzan demasiado despacio. Por eso os volvéis locos al conocerme y, tras

pensar con la entrepierna, os llega de repente la ambición por superar en poder adquisitivo a la hembra que queréis dominar. Hombres…».

<Pues tú decides, sin presiones. No hagas una locura, si así lo ves. Dame lo que tengas disponible y yo lo duplicaré antes de que nos estemos bañando en una cabaña preciosa del Hilton Maldivas>

<Te lo daré todo, es mi muestra de confianza hacia ti, la que no tuve hace una hora en el Larios Café>

<No necesito muestras de confianza de dinero, me vale con ver tu mirada cuando estamos juntos. Te haré rico solo por placer, haré que nunca tengas problemas financieros y que te sientas orgulloso de mí a la vez>

Elísabeth apagó el ordenador tras recibir el mensaje empalagoso de su enésimo enamorado, también el enésimo engañado por su vanidad y sus ansias de hacerse rico para estar a la altura de una mujer que no existía en realidad.

«Se lo merecen, solo quieren dinero, tener más y más. ¿Por qué tendría que sentirme culpable yo, si ansío exactamente lo mismo?».

¿Asesinarlo tras la recepción del dinero? Por supuesto, igual que con los anteriores. Elísabeth no se podía permitir que la denunciase al saber que había sido estafado, que fuera buen fisionomista y ayudase a la Policía a hacer un retrato robot. Era importante atar cabos para no tener que cambiar su ropa elegante por el uniforme de poliéster de la prisión y sus viviendas de lujo por una celda cochambrosa de cuatro metros cuadrados.

Una aberración

Los casos «fáciles» mantenían ocupados a los investigadores mientras esperaban adelantos, nuevos descubrimientos en el caso de las desapariciones, al que Moretti había bautizado como «El caso de la viuda negra», poco original, pero apoyado por el comisario.

Asesinatos de lo más variopinto pasaban por sus manos cada día, casi todos con docenas de pistas y pruebas que delataban a los autores de inmediato, o que contaban con grabaciones de cámaras y testigos presenciales. Esther se sentía como imaginaba que lo haría un contable haciendo asientos de compras y ventas, a la espera de un cierre trimestral o presentación de impuestos que le diesen algo de emoción a su tarea.

Eran las doce y cuarto de la mañana, o mediodía, y tomaba el último té antes del almuerzo. Moretti seguía ensimismado en lo que ella imaginaba que serían pensamientos sobre el caso que llevaban ese día.

—¿En qué piensas? —preguntó Esther.

—¿Cómo?

—Te noto distante. ¿Estás con lo de la niña aparecida muerta en su dormitorio?

—No, lo cierto es que pensaba en las próximas vacaciones, estaría bien pasarlas junto a tu familia.

—Preferiría hablar de eso en casa, ahora quiero concentrarme en los casos.

—En todos los trabajos se habla de temas personales un rato; incluso los cirujanos hablan con sus compañeros durante las operaciones. Ayuda a relajarse.

—No sé, es que no quiero hablar ahora de eso, me parece que… Bueno, no quiero desviar mi atención. Esa niña…

—Tenía trece años, era una adolescente.

—Niña, adolescente, es lo mismo.

—No lo es si eso influye en el desarrollo de la investigación.

—¿A qué te refieres?

—Recuerda lo que viste y oíste en la casa.

—La descripción del lugar, las estancias y los padres de la víctima.

—Eso es.

—Pues no tengo hipótesis. La chica murió tras consumir una alta cantidad de pastillas para el insomnio, eran de su madre; no había señales de violencia en su cuerpo.

—Las fotos.
—¿Las fotos?
—Las de las paredes y muebles de la casa, me dijiste que en casi todas estaba con su padre, aparecía pocas veces la madre en ellas.
—Sí.
—¿La pose en las fotos era cariñosa?
—Supongo… aunque no sé muy bien a qué te refieres.
—¿Eran poses habituales entre padre e hija o más cariñosas?
—¡Joder!
—Responde, sé que las tienes memorizadas al detalle.
—Está bien, eran cariñosas.
—Si no fuese el padre, sino un novio de la chica, ¿serían poses típicas de una pareja sentimental?
—Estoy sintiendo náuseas.
—Responde.
Esther terminó el té de un sorbo.
—Sí, eran muy cercanas, siempre abrazándose, con besos y en algunas aparecía la chica sentada sobre el regazo del padre.
—Pues ya tenemos algo importante.
—¿Me estás diciendo en serio que la madre ha matado a la chica porque su marido estaba enamorado de ella? ¿Quieres que crea que él tenía una relación sentimental con su propia hija?
—No digo eso exactamente, pero no vayamos tan adelante en el desarrollo de la conjetura; vayamos más despacio. Las redes sociales y los mensajes de móvil de la chica.
—No se han encontrado peleas con amigos.
—¿Y con su novio? A pesar de la temprana edad, tenía novio.
—Los mensajes son cariñosos, algunos, incluso subidos de tono.
—Perfecto. Ya tienes toda la información, ahora úsala para resolver el caso.
Esther se frotó el cabello con desesperación.
—Hugo, me parece una aberración que pienses en una relación sentimental y/o sexual entre padre e hija.
—¿Que lo veas como una aberración ante tus ojos cargados de moralidad y valores inculcados en tu niñez, lo hace imposible?
—Seguro que hay otras explicaciones. Tal vez se trate realmente de un suicidio.
—¿Por qué iba a suicidarse? Vivía bien, no recibía malos tratos, todo lo contrario, caprichos por parte de sus padres; sacaba buenas notas, no sufría acoso en clases y tenía un novio con el que estaba manteniendo una relación que la llenaba de ilusión. Precisamente porque no tenía motivos para suicidarse, nos han pasado este caso a Homicidios.
—Alguien la obligaría a tomar esas pastillas, o se las metió en una

bebida.

—Ese es el final de la historia, tenemos que retroceder en el tiempo y descubrir el resto de la línea temporal. ¿Alguna idea?

—Creo que tú ya tienes una.

—Claro que sí, siempre me hago varias con los casos y voy descartando las menos probables.

—Si tuviese que elegir una con respecto a tus palabras e instinto, diría que la madre la mató por celos de su relación más cariñosa con su padre, o que lo hizo porque ama a su marido y quería eliminar a la competencia, aun siendo su propia hija.

—No está mal, demuestra que abres tu mente.

—Pero no es la tuya.

—No. Creo que lo hizo el padre porque vio que su niña era ya una mujer, o casi, que se había echado novio para sustituirle en el amor que sentía por ella.

—Pensaba que los crímenes pasionales cometidos por hombres eran más brutales, un estrangulamiento, golpes o un disparo. El veneno es algo más femenino.

—Eso era cierto en el pasado y así lo han mostrado las novelas negras victorianas. A día de hoy, las huellas dactilares en el cuello al estrangular te señalan al instante, además de que matar a golpes no es tan sencillo para todos, el tipo podría no querer ocasionarse un trauma con el recuerdo y prefirió usar las pastillas metidas en un refresco, como se halló en su estómago; hacerse a la idea de que ella no sufrió y que se quedó dormida para siempre.

—A pesar de lo que me repugna pensar en esa relación incestuosa, debo decir que es posible esa hipótesis. ¿Quieres que llamemos al padre de la chica para interrogarlo?

—Lleva una hora esperándote en la sala nueve.

—No me habías dicho… Cada día te detesto más.

—Lo sé. Vamos, así podremos almorzar tras tener su confesión grabada.

África pidió crema de marisco de primero y filetes de pechuga de pollo con patatas de segundo. Moretti se decantó por chuletas de cordero lechal y filete de emperador. Esther no tenía apetito, así que pidió sopa y una ensalada mixta, dos primeros platos que apenas tocó durante la ceremonia del almuerzo.

—¿Qué te pasa? No has probado apenas la comida.

—Afri, no me pasa nada.

—Mi madre siempre asegura que cuando alguien dice que no le pasa nada, es que la vida le ha dado una nueva lección.

—Vaya, tu madre es muy sabia.

—No sé si eso me lo dices en serio o en broma.

—En serio, te lo garantizo.

—Lo que le pasa a Esther —se añadió Moretti a la conversación—, es que ha aprendido que los valores morales y sociales adquiridos desde la niñez no valen nada cuando uno trabaja como policía.

—No me puedo creer que ese hombre llevase años abusando de su hija.

—Él se siente enamorado de ella, Esther, no te mortifiques por eso, ya que los pensamientos u obsesiones son propios de cada individuo y así lo has estudiado en la Universidad. El tipo se obsesionó con su propia hija y comenzó a abusar de ella incluso con el beneplácito de la misma, que seguro lo veía normal a esa edad temprana y sin valores adquiridos ni una mente que pudiese racionalizar lo que sucedía. Apuesto a que todo en la mente de la chica era como un juego, un secreto entre ella y su padre, así se lo hacía ver él en cada encuentro. Pero la niña se hizo adolescente y se sintió atraída por chicos de su edad, comenzó una relación con uno de ellos y los celos aparecieron en su padre. Que todo acabase así es una tragedia, así como todo lo vivido por la hija esos años, aunque ella ni siquiera sería consciente de que había sido abusada. Esa hipótesis es una de las dos que contemplo como móvil del asesinato, la otra es que el padre tenía miedo de que su hija contase a su novio su secreto, o de que la chica comprendiese con el paso del tiempo lo que realmente había pasado y lo denunciase.

—Lo narras todo con una frialdad…

—Pienso lo mismo.

—Esther, África, el mundo es como es, no como nos gustaría que fuese. Endurecer el estómago y ser capaz de ver más allá de lo que nos gustaría ver es lo que nos hace mejores investigadores. Una lección a aprender.

—Me asusta volverme tan fría y contemplar como algo normal esas atrocidades —dijo África sin contener el escalofrío que le recorría el cuerpo.

—Algo así me ha dicho Esther en el pasado, pero nosotros no somos Dios, ni jueces, solo husmeamos en busca de la verdad, de lo que ha sucedido. Detenemos criminales y dejamos que la justicia haga lo que tenga que hacer con ellos.

—El ser humano es odioso.

—África, ese es un enfoque muy sesgado. El ser humano es odioso cuando hace algo repulsivo, pero también es maravilloso cuando se comporta de la forma que deseamos y nos sorprende a la vez con su bondad y amabilidad. No pienses en personas como Hitler, sino en aquellas como da Vinci o la madre Teresa. Hay de todo en la vida, nuestra tarea es separar las manzanas podridas de las sanas.

—Espero que ese tipo se pudra en la cárcel toda la vida.

—Saldrá en menos de quince años, como todos, pero no es responsabilidad nuestra ese detalle.

La undécima vez

Cuatro días tardó en reunir el dinero total, once millones y medio de euros entre lo que tenía disponible en el banco, los dos millones que le había dado ella en el Larios Café y lo que había logrado con un préstamo personal concedido por el banco con aval a sus bienes inmuebles y su empresa. No estaba nada mal, sería su mejor inversión. Veintidós millones obtendría de vuelta en una semana o dos, eso era suficiente como para sentirse mejor que nunca, un triunfador, alguien que había logrado lo imposible en tiempo récord. Aitor se sentía tocando el cielo, estando con una chica perfecta, rica, saboreando tener el doble de dinero que antes y con un futuro impensable solo semanas atrás.

Elísabeth había releído el mensaje de texto de Aitor tres veces antes de tumbarse sobre la cama y gritar de felicidad y agitar los brazos y piernas como si estuviese dibujando un ángel en la nieve. Se levantó y, tras tomarse su tiempo, respondió con sobriedad que quedarían en un lugar diferente, algo más discreto para una transacción de esa magnitud, alejados de cámaras de vigilancia y de ojos indiscretos que la pudieran seguir a ella por su labor y a él por no declarar beneficios a Hacienda.

<Eso suena a espionaje>

<No te creas que mi trabajo no está observado, pero sé cuidarme y lograr que pase desapercibido para mis clientes>

<Ese sitio de Carabanchel suena sombrío, lo he visto al hacer una búsqueda en Internet y parece un tugurio>

<Es un tugurio, esa es la idea>

<Preferiría darte el dinero en mi casa o en la tuya>

<Allí estaríamos expuestos. ¿Quieres perder la mitad de las ganancias con Hacienda tras investigarte esta operación, la anterior y todas tus cuentas? Creo que no. Confía en mí, sé de lo que hablo, estoy acostumbrada a este tipo de negocios>

<Confío en ti>

<¿Te da miedo?>

<No tengo miedo a nada, solo pensaba que era un sitio inusual>

<Es mucho dinero, te lo duplicaré y eso será a espaldas del Estado. No podemos arriesgarnos a vernos otra vez en lugares como Larios Café para darnos dinero el uno al otro, o será sospechoso. Hago esto por ti, pero… comprendo que tengas recelo y será mejor que lo dejemos, que olvidemos esta transacción>

<No, en absoluto. Estaré allí con el dinero en varios talones, como habíamos acordado. Quiero verte y, si esto sale como la vez anterior, que me dé beneficios como me has prometido>

<Siempre cumplo mis promesas. También me apetece verte; tenemos que poner fecha a las vacaciones>

<Eso es lo que más ansío. Te veré en dos horas>

Elísabeth bajó la pantalla del portátil y fue a la ducha. Comenzaba el ritual final.

Salió del ático y se montó en un taxi que la dejó a tres calles del lugar del encuentro, caminaría hasta allí. Llevaba un traje negro de chaqueta y pantalón con zapatos de tacón a juego y la peluca peinada en un recogido desenfadado, casi no recordaba cómo era su cabello natural tras esos cinco años, pues solo lo veía en el espejo de la ducha y tenía que ocultarlo luego en la calota para colocar la peluca de turno encima. Llegó al lugar de reunión quince minutos tarde y vio a Aitor al fondo, parecía un cordero a punto de entrar en el matadero, justo lo que era.

—Siento haber llegado tarde, he venido en taxi y me ha costado encontrar uno.

—¿No has venido en tu coche?

—¿Dejar el Ferrari en esta calle?

—Tienes razón, estoy empezando a temer por mi coche aparcado fuera.

—No estaremos mucho tiempo aquí, dadas las circunstancias. ¿Has pedido una cerveza?

—Sí. Creo que aquí no sabrán hacerte un cóctel Martini como te gusta, como te lo hacen en el Larios Café.

—Pediré lo mismo que tú, es lo que me apetece ahora.

Y así se lo pidió al camarero. Permanecieron en silencio hasta que le llegó la cerveza a la chica. El lugar era como había adivinado y comprobado luego Aitor: lúgubre. Apenas había luz y solo un par de tertulianos bebían cerveza o vino barato en la barra; había cinco mesas con dos sillas ante cada una en un espacio reducido que solo disfrutaba de la luz y el sonido del televisor, mostrando un partido de fútbol del Real Madrid antiguo, nadie lo miraba. ¿De dónde se había sacado la chica ese lugar tan atípico? Eso no importaba, Aitor confiaba en ella, Elísabeth sabía lo que se hacía.

—Al menos está fría —dijo ella tras dar un sorbo y exhibir una sonrisa.

—Sí, muy fría.

—¿Cómo has pasado la semana? —Ella no preguntó directamente por el dinero, que le quemaba a él en forma de talones al portador en el bolsillo interior de la americana.

—Como siempre, no ha habido contratiempos, aunque en el banco

se extrañaron de que sacase tanto dinero al portador, dijeron que no es algo usual ni seguro

—Es comprensible, seguro que intuyen que es algo turbio, pero no dirán nada que acuse a un cliente importante; menos aún cuando en unos días ingreses el doble.

—Supongo, claro. ¿Qué tal tus días? Me siento como un espía —dijo esto último en un susurro tras acercarse a ella.

Elisabeth le dio un beso de improviso en los labios.

—Mi semana bien, como siempre. Ando muy liada con el análisis de los valores que suben y crecen en la bolsa.

—¿El Ibex-35?

—Eso no da dinero, hay que mirar bolsas como las de Nueva York y Tokio, que es donde se pueden descubrir perlas a capturar en el mar, donde están las acciones que te dan una sorpresa. En las bolsas pequeñas, como la española, solo puedes esperar un cinco o siete por ciento de rendimiento y después de tener el dinero bloqueado durante un año.

—Eres un portento, no comprendo cómo no estás trabajando para grandes empresas americanas.

—Esas pagan poco por lo que se obtiene. Das un veinte o treinta por ciento de rentabilidad y ellas te transmiten un uno o dos por ciento de prima de beneficios. Lo mejor es trabajar para mí misma y sacar un veinte de lo que haces ganar a los clientes.

—A mí no me has cobrado nada por lo que me has conseguido.

—Eso es diferente, eres mi pareja, eres mi familia.

—¿Soy tu familia?

—Así te veo, como una inversión de futuro en mi vida.

—Yo también a ti.

Tras esa conversación trivial, programada y bien ejecutada por Elísabeth, Aitor pasó a darle los talones a la chica.

—Esto es para ti.

—Debiste ser más discreto, pero me los guardo.

—No creo que los borrachos de la barra sean de Hacienda.

—No, pero nunca se sabe, hay que ser precavidos en estas operaciones.

Ambos miraban a los lados con intriga. Él lo hacía para descubrir a un inspector de Hacienda que lo arruinase todo. Ella, para no ser grabada por alguna cámara de vigilancia de los negocios de la calle y que a ella se le hubiera pasado por alto cuando estudió el lugar.

—Aitor, cielo, ¿quieres seguir adelante? Te lo digo porque puedo devolverte el dinero ahora mismo.

—¡No! Me fío de ti. Me fío de tu trabajo al cien por cien y darte todo lo que tengo es la muestra de ello.

—Está bien. No podemos estar mucho tiempo aquí, lo

comprenderás. ¿Dónde tienes tu coche?

—Está aparcado a una calle a la derecha, no he venido en el mismo de antes.

—¿Cómo?

—Es un Mercedes oscuro, no lo conocerás.

Claro que ella lo conocía, lo había visto en las fotos de Facebook de él la misma noche en que se conocieron, un C63 AMG deportivo.

—Bien, saldremos en un rato y te marchas a casa. Deja que te invite a una cerveza más, para no terminar esto tan pronto.

—Tengo que ir al baño.

—Ve, te espero.

Aitor regresó en menos de diez minutos y vio la nueva bebida sobre la mesa, estaba sediento a la vez que ansioso y expectante de lo que le iba a deparar su vida en breve. Se veía como multimillonario y junto a una chica joven y más adinerada que él con la que tener una familia y programar el futuro inmediato y a medio plazo; boda, hijos, barbacoas…

—¿Quieres tener hijos? —dijo tras dar un sorbo a la cerveza, que sabía diferente, Elísabeth habría pedido otra marca.

—No estaría mal, una parejita, niño y niña.

—¿Lo dices en serio? Me encantaría.

—A mí también. Brindemos por eso, bebe. —Y bebieron por deseos más diferentes de los que Aitor hubiera podido imaginar.

—Eres un sueño hecho realidad.

—Me sobrevaloras.

—En absoluto. Eres lo mejor que hubiera imaginado en la vida, has llegado como un deseo a una estrella fugaz.

—Eso es precioso. Tú también me llenas de ilusión.

—No imagino una vida sin ti. Siento que me va a estallar la cabeza, incluso creo que estas cervezas me han emborrachado.

—Vamos al coche, yo conduzco para llevarte a casa.

—No, estoy bien… creo.

—Insisto, estás cansado por tantas emociones. Vámonos, te llevo en tu coche y luego regreso en taxi a mi casa.

—Quédate conmigo en la mía.

—No está mal pensado, vamos.

Aitor se dejó llevar, cada vez estaba más mareado y no recordó el momento en el que ella lo introdujo en el asiento de atrás del vehículo, pronto el veneno terminaría su función. Ya no había nadie en la calle que pudiera reconocerla y la zona no contaba con cámaras de cajeros automáticos u otros negocios con videovigilancia en el exterior.

El coche era perfecto, se veía discreto con su color gris oscuro, pero era potente y rápido como para burlar un contratiempo con la

Policía. Ella se puso a los mandos y marchó al lugar de siempre, a las afueras de la ciudad y donde podría hacer desaparecer el cadáver del pobre imbécil que le había dado todo lo que tenía.

Llegó en veinticinco minutos y aparcó en el interior de la nave industrial que había alquilado cinco años atrás a un precio de risa porque estaba casi derruida. Solo se había gastado algo de dinero en poner una puerta de acceso mejor y comprar unas pocas herramientas que guardaba bajo una manta sucia en uno de los montones de escombros y chatarra que se diseminaban por el local. No tenía electricidad, así que usó los faros del coche para iluminar la escena y comenzó con el ritual, sería la undécima vez.

El descubrimiento

A pesar de tener casi noventa años, Felipe Blanco se mostraba ágil y risueño como un colegial, o casi. Moretti se alegró de que aceptase hablar con él tras tantos años retirado, además de comprobar que conservaba la mente lúcida. Tras abrirle la puerta de su vivienda, un espléndido piso de cuatrocientos metros cuadrados en plena calle Velázquez, el más sabio sociólogo que había dado España en un siglo lo recibió con un abrazo.

—Me alegro de volver a verte, han pasado muchos años, buen mozo.

—Es cierto, muchos años.

—¡Por Dios! ¿Estás ciego?

—Dios no tuvo nada que ver, fue una bala durante un caso. Pensaba que lo sabías.

—¿Saberlo?

—En muchas noticias de estos dos últimos años se ha hablado de mí en casos en los que participo como asesor de la Policía.

—No me fío de las noticias, no dicen más que sandeces pagadas por partidos políticos.

—Claro, debí suponerlo. Detectas las mentiras o la tergiversación al instante. Por cierto, la chica que me acompaña es la subinspectora Esther Gallardo.

—¡Vaya, qué chica más guapa!

—Gracias —respondió entre dientes Esther al anciano que los había recibido envuelto en una bata de seda azul marino. No iba a enfadarse por un comentario superficial cuando venía de alguien educado en otro siglo y que, a su edad, valoraba mucho la juventud y la belleza que el ya había perdido varias décadas atrás. Decidió recibir el comentario como el halago que también significaba para el anciano.

Pasaron al interior de la vivienda, lujosa aunque de un estilo más que pasado de moda. Se sentaron en el enorme y luminoso salón tras aceptar un café.

—Moretti, sigo pensando que estamos perdiendo el tiempo —dijo la subinspectora en un susurro cuando se vio a solas con su compañero.

—¿Acaso no nos han servido mis amigos y confidentes en los casos pasados?

—Si, pero…

—Confía en mí, no tenemos otra cosa por el momento.

—Está bien.

Su anfitrión apareció con la bandeja y la puso en la mesa de centro ante el sofá en el que se había sentado la pareja, sirvió los cafés y preguntó:

—¿Qué has venido a consultarme? Porque está claro que no es una visita de cortesía, vienes con tu compañera policía y percibo en vuestro semblante la prisa. Pues vamos al grano.

—No se te escapa nada… Tenemos un caso complicado entre manos; se trata de una mujer que conquista a personas bien posicionadas económicamente para sacarles todo su dinero y luego ellos desaparecen.

—Una *femme fatale*, entiendo. Dame más datos.

—Lleva cinco años operando en la comunidad de Madrid, aún no hemos investigado si podría haber actuado antes en otros lugares. La mujer no se deja ver en las cámaras de vigilancia de los lugares, todos de lujo, en los que se encuentra con sus víctimas; es delgada y elegante, con modales exquisitos.

—Y más joven que ellos.

—¿Cómo?

—A los incautos conquistados les gusta la juventud y frescura de la dama, será diez o quince años más joven que ellos, o al menos los aparenta.

—Es posible, aunque eso aún no lo sabemos, no la hemos identificado.

—Es obvio, será de lo que más se preocupe al ejecutar sus planes.

—La mujer elige empresarios que no tienen familia directa y actúa cada dos o tres meses.

—Es buena, está perfeccionando su método, no tarda en enamorarlos y conseguir que le confíen su dinero.

—¿Por qué ellos le dan ese dinero tan rápido? He pensado que para salvarla de un apuro financiero.

—No seas tan ingenuo, mi joven amigo.

Felipe Blanco comenzó a toser de una forma que hizo estremecer a sus visitantes.

—Lo siento, tengo los pulmones al límite, me queda poco; eso dice, al menos, mi oncólogo.

—No sabía nada, lo siento.

—¡Deja de lamentarte, puñetas! Ya he vivido más que la mayoría y mucho mejor que la inmensa mayoría, pronto estaré junto a mi Rosa.

Ni Hugo ni Esther supieron qué decir ante ese comentario, el anciano parecía aceptar su futuro inmediato con felicidad, era de recibo dejarle que así fuese. Esther pensó en su madre y se estremeció. Hugo pensó en sus padres y sonrió al pensar que ellos lo esperaban si es que existía otra vida, pero le importaba poco que no fuese así, pues

ya había vivido de la forma deseada en esta.

—Y bien, gruñón. ¿Por qué me has llamado ingenuo?

—Es fácil, ¿qué mueve al ser humano?

—El amor.

—Me alegra saber que estás enamorado, eso me dice que tienes un velo sobre los ojos. —Esther frunció el ceño, pero no dijo nada—. Pero te equivocas, lo que mueve a todos es la vanidad, la avaricia, el conseguir más y más de lo que lleva buscando toda su vida. Esas víctimas son empresarios adinerados que querían más dinero.

—¿Cómo…?

—Calla y escucha —le dijo a Esther, ante el asombro de esta—, esa mujer es más joven, bonita y sofisticada de lo que ellos habrían imaginado en una conquista, así que los empresarios han visto llegar el paraíso a sus vidas. Se han enamorado de ella físicamente y también de lo que ella les ofrecía: progreso. La mujer se lo trabaja bien y sabe lo que tiene que hacer y decir, es una profesional del método.

—Sigo sin comprenderte —dijo Moretti.

—Ella los engatusa con la promesa de que los hará más ricos, les saca el dinero limpiamente a base de promesas y tras enamorarlos, o así creen estar ellos, es algo evidente. Ningún empresario soltaría su fortuna por ayudar a una chica guapa que hubiera conocido hace días, semanas o meses si no fuera para multiplicar ese dinero. Salvo que hablemos de una maga que los hipnotice para eso, y yo no creo en la magia.

—¿Tenemos que buscar entre inversoras en bolsa?

—No lo descarto, aunque apostaría por una farsante.

—¿Por qué piensas eso?

Intervino Esther.

—Porque una inversora registrada tendría muchos datos personales en el registro de su actividad en las instituciones que te dan las licencias; sería fácil localizarla si seguimos sus rasgos físicos y también cotejando el dinero que ha movido tras los crímenes con el dinero que han sacado ellos de sus cuentas corrientes.

—Muy bien, eres guapa y también inteligente. La persona que buscáis es una impostora, una mujer que se hace pasar de forma magistral por inversora. Apuesto a que viste ropa muy cara, joyas, tiene modales estudiados, vive en un piso de alto nivel… ya sabes.

—No podemos revisar todos los inquilinos de los pisos caros de Madrid, serían miles.

—Busca alquileres de coches de lujo.

—¿Cómo?

—Si quiere aparentar ser una mujer exitosa y millonaria, seguro que alquila coches de lujo.

—Miles de personas al mes alquilan esos coches.

—Lo sé, pero puedes cotejar esos alquileres con quienes hayan pedido informes de cuentas al Registro Mercantil.

—No te comprendo.

—Te digo lo que haría yo en su lugar, poniéndome en sus zapatos. Si quieres saber la solvencia de un empresario, lo lógico es comprar en el Registro Mercantil un informe de cuentas sobre el estado de su empresa. Esa mujer es una profesional, solo se centrará en objetivos a los que pueda sacar el máximo beneficio. Serán miles de solicitudes, pero os podéis centrar en las que se hayan hecho sobre las empresas de las víctimas y cotejar con los alquileres de vehículos de lujo.

Moretti lanzó una mirada sin poder ver a Esther, esta asintió con la cabeza, aun sabiendo que él no lo vería. No hacía falta, los dos sabían que la conexión se había establecido.

—No imaginas lo útil que nos has sido, Felipe.

—Me alegra saberlo, aunque también me entristece que no lo hayas pensado por ti mismo.

—No soy tan buen sociólogo como tú, nadie en España lo es.

—Ni en Europa, pero había albergado esperanzas igualmente en ti.

—Siento haberte decepcionado.

—No pasa nada, es habitual que me decepcionen.

Moretti no supo qué añadir a eso, salvo despedirse tras darle las gracias de nuevo y prometerle que lo llamaría a menudo para preguntarle por su estado.

—Vete al cuerno, no quiero mensajes lastimeros. No me llames y deja que la vida siga su curso. Pienso morir feliz, ya lo he decidido.

—Como quieras. No sé si detestas también las despedidas, pero te lanzo la mía: fuiste un gran amigo de mis padres, te apreciaban mucho, también lo hago yo, viejo gruñón de los cojones. Te echaré de menos.

—Pues me parece muy bien. Marchaos de una vez, tengo muchas cosas que hacer.

Y así hizo la pareja, salieron y bajaron en el ascensor en silencio, luego fueron al coche oficial, que hoy conducía Esther, y regresaron a la comisaría.

Una vez allí:

—¿Crees que hemos perdido el tiempo, Esther?

—No, en absoluto, ese anciano amigo tuyo ha sido de mucha ayuda, ahora sabemos por dónde indagar. Es sociólogo.

—Sí, era el mejor.

—En la Universidad nos decían que la Psicología estaba algo vetada o tuerta sin compaginarla con la Sociología, que ambas especialidades eran como siamesas; aunque nunca me dio por estudiarla, no soy de observar el comportamientos de las personas, no me gusta inmiscuirme en la vida de los demás.

—La psicología analiza la mente de las personas, lo que me has dicho es algo contradictorio.

—Yo veía la Psicología como una forma de comprender al ser humano, aunque es cierto que, al estudiarla, me di cuenta que indagaba demasiado en los secretos y miserias de los demás. No quise hacer la otra carrera porque sentí que contaminaría aún más mi mente y, también porque ansiaba empezar lo antes posible en la academia.

—Curioso…

—¿Trabajaba tu amigo para la Policía?

—No, para un partido político.

—¿En serio?

—Nunca te miento. Los partidos políticos se pelean por tener a los mejores sociólogos, estos les dicen qué quiere la población y a consecuencia de eso hacen sus programas electorales, además de los discursos, escritos por periodistas a sueldo y con los datos de esos sociólogos.

—El mundo se va a la mierda.

—Totalmente.

—Voy a ponerme con alquileres de coches de lujo, también con apartamentos por el centro de más de cinco mil euros al mes de cuota para cotejar con las entradas en el registro mercantil que hayan consultado las empresas de los desaparecidos.

—Dile a África y Fernando que te ayuden, serán miles de datos.

—Lo sé, pensaba hacerlo.

—¿No prefieres ir a almorzar? Es la hora.

Esther miró su reloj de pulsera.

—Tienes razón, vayamos a comer y relajar la mente.

—Vas aprendiendo, me alegra comprobarlo.

—No me trates como a una niña pequeña que instruyes.

—No eres una niña pequeña, pero recuerda que me pagan para instruirte.

Esther frunció el ceño de nuevo, ya dos veces ese día, y se levantó, cogió el bolso y esperó al ciego para salir del edificio tras avisar con la mirada a África, que hizo lo mismo con Fernando. Los cuatro llegaron a un restaurante cercano a la comisaría, donde solían comer bien a base de menús que financiaba el comisario. Dentro del mismo, sentados a la mesa y a la espera de la comanda, hicieron un resumen del caso más importante que llevaban.

—Sabemos que hay una mujer tras las desapariciones, que les saca el dinero a los empresarios, seguramente porque les promete que los hará más ricos y eso toca su vanidad y el deseo de ser más adinerados de lo que ella es. Una buena actriz. Ahora también sabemos que podemos indagar en el Registro Mercantil para ver quién ha sacado las cuentas de resultados de sus empresas y cotejarlas con alquileres de

viviendas y coches de lujo. Será una tarea faraónica, pero es lo que toca para avanzar y tener nombres a perseguir. Quiero que os pongáis a husmear en esos datos esta misma tarde y os coordinéis para no repetir el trabajo como la semana pasada. ¿Todo el mundo sabe lo que debe hacer?

Asintieron todos a Moretti y comenzaron a comer.

La tarde fue larga y dura, pues eran miles y miles de datos a relacionar y luego ordenar para sacar similitudes entre ellos, como buscar una aguja en un pajar infinito. Moretti no podía aportar nada, así que se dedicó a llevar cafés y tés a sus compañeros, además de conversar con el comisario durante unos minutos.

—¿Cómo va el caso de las desapariciones?

—La viuda negra está cada vez más acorralada, pronto daremos con ella.

—Sabía que era algo grande desde que observé las similitudes de los diferentes casos.

—Tienes buen olfato, no lo has perdido al apoltronarte en el sillón de comisario.

—Espero que en dos décadas me sustituya Gallardo.

—No sé si sería feliz con tus tareas, parece que el motor que la mueve es el de resolver crímenes.

—Ya se cansará, todos nos cansamos.

—No creas, yo no lo he hecho.

—Tal vez hubiera sido así de recobrar la vista.

—¿Tú crees?

—No lo sé, es intuición. De todas formas, aún eres demasiado joven para cansarte.

—Me gusta investigar, no pedir a otros que lo hagan.

—Eso me deja en el lugar de un jefe gruñón que se dedica a apretar a sus empleados.

—Es una buena definición de lo que es un comisario. ¿No te apetecería llevar un caso difícil?

—Claro que sí, pero me agotaría en tres o cuatro días sin resultados, además de tener a mi mujer enfadada por no verme ni los fines de semana.

—Es cierto que ese es un precio a pagar por seguir sintiéndose uno vivo en este trabajo.

—¿Crees que me siento muerto?

—Lo pareces, cada día más gordo, calvo, malhumorado… Como si te estuvieses pudriendo poco a poco.

—Vete a la mierda, Hache.

—Hablando de ese apodo, Esther ha puesto estas últimas semanas

muchas películas de Mario Casas en la televisión, ¿no le habrás contado el motivo de que me llaméis algunos así?

—¿Yo? ¡Dios me libre!

—Simón, estoy ciego, no idiota, detecto las mentiras en los tonos de voz al instante.

—Vete de una vez a aportar en el caso, déjame en paz y sé productivo.

—Me vas a pagar una comida para los cuatro del equipo donde yo decida por haber hecho eso, que te quede claro.

—Deja esos restaurantes o tendrás el colesterol peor que el mío, puto ciego.

—Eso es cosa mía. Me debes una muy gorda por esa traición.

—Vamos, lárgate de una vez.

A las ocho menos diez, Esther le pasó un nombre a su compañero, que había regresado del despacho del comisario sin decir una palabra y se había mantenido en silencio todo ese tiempo.

—¿Irene Contreras?

—Sí.

—Suena a abnegada ama de casa.

—Dejando atrás tu comentario absurdo, te diré que es la mujer que más se repite en los alquileres de coches y las peticiones al Registro Mercantil, estas peticiones son para las empresas de los desaparecidos. No hay alquileres por el momento de viviendas de lujo a nombre de esa mujer.

—Los alquila con otro nombre, interesante…

—Lo esperabas, no finjas, yo también lo esperaba.

—Pues vamos a por ella.

—¿No consideras que es tarde?

—Nunca si tenemos la posibilidad de encontrar a nuestra criminal.

Llamaron a África y Fernando para salir en el coche hacia la dirección que tenían registrada de Irene Contreras, que, para asombro de todos, pertenecía a un edificio más que modesto del barrio de Usera.

Llegaron en menos de veinte minutos y fueron al telefonillo a llamar.

—¿Sí?

—¿Irene Contreras?

—Soy yo.

—Policía Nacional, tenemos que hablar con usted.

La mujer se asustó y eso fue percibido por su reacción, pero abrió la puerta y los investigadores subieron por las escaleras hasta el segundo piso.

Una mujer de unos setenta años los esperaba al otro lado de una puerta abierta por precaución hasta la mitad.

—¿Es usted Irene Contreras?

—Sí. ¿Qué ha pasado? —Se mostraba muy asustada.

—No pasa nada, señora, solo venimos a hacerle unas preguntas— dijo Moretti. La mujer los invitó a pasar.

El piso era pequeño, decorado más de cincuenta años atrás y con un hedor a rancio que hizo fruncir el ceño a los cuatro visitantes.

—Señora —empezó Moretti a sabiendas de que estaban en el lugar equivocado y ante la persona equivocada, así que tenía que terminar rápido y descubrir si la anciana tenía un vínculo con la asesina—. ¿Tiene hijas o nietas?

—¿Cómo dice?

—Ya me ha oído.

—Tengo una hija que vive en Zaragoza, solo tiene un hijo de doce años, me llaman poco, por cierto.

—Lo siento mucho. ¿Conoce a alguna mujer de unos treinta años? Supongo que sí, a muchas, pero céntrese en chicas guapas y con aspecto impecable, que parezcan damas de alta sociedad. ¿Tiene trato o vínculo con alguna?

—Vivo en un barrio humilde, ¿cómo iba a conocer a alguien de alta sociedad?

—No le digo que pertenezca esa mujer a esa categoría, sino que lo aparente.

—He servido en muchas casas en mi vida como empleada doméstica, como lo decían las que me llamaban para trabajar allí, pero no tengo amigas que sean de alta clase o lo parezcan, creo.

—Haga el esfuerzo de pensar y recordar.

—No, no lo recuerdo. Lo siento. ¿A qué viene esto?

—Hemos detectado una docena de alquileres de vehículos de lujo a su nombre, además de entradas al Registro Mercantil para consultar el estado de varias empresas.

—No sé qué es eso del Registro Mercantil y no tengo carné de conducir siquiera, tampoco podría pagar esos coches.

—Nos tememos que alguien haya podido usurpar su identidad, ¿no sabe si alguna amiga o vecina haya podido hacerlo?

—Por Dios, no.

—Está bien, muchas gracias por su atención. La dejamos seguir con sus tareas, tendrá usted que cenar en breve y ya la hemos interrumpido demasiado.

—No ha sido nada, recibo pocas visitas y se agradecen. Hice magdalenas de limón esta mañana y se pondrán malas, como siempre, porque no puedo comer azúcar; siempre se las doy a mis vecinas, pero preferiría que se las llevasen ustedes.

—Será un placer, pero no se pase, tenemos que mantener la línea.

—Ja, ja, ja, los jóvenes siempre con sus cosas de estar delgados. Ya verán que están muy ricas y no engordan.

—Gracias, se lo agradecemos.

La mujer metió cuatro magdalenas en sendos pliegos de papel de aluminio y se los tendió a sus visitantes, que aceptaron con una sonrisa y un gracias.

Una vez fuera de la vivienda, ya dentro del coche:

—Una pista en falso.

—Eso está claro, Esther. Nuestra criminal usa el nombre y el DNI de esta mujer para sus fechorías, para cubrir sus acciones. Tenemos que vigilar a la anciana para saber qué vínculo tiene con ella, si es que lo hay.

—Me pongo a ello mañana a primera hora.

Tras marcharse los inspectores, la anciana tomó el teléfono móvil que tenía guardado en una caja en la mesita de noche y llamó al único número que había registrado. Dos tonos y descolgaron al otro lado:

—¿Irene? ¿Ha pasado algo? ¿Necesitas algo?

—Ha venido la Policía.

Silencio.

—¿Aurora?

—¿Qué les has dicho?

—Nada.

—Nani…

—Nada, te lo aseguro. Me he hecho la ingenua.

—Me alegro.

—¿Andas en algo raro?

—¿Qué dices? Ya me conoces.

—Me pediste todos mis datos hace unos años y me dijiste que era para algo sobre Hacienda y que tú me cuidarías de eso.

—¿Y no lo he hecho? Te pago todos los meses para que vivas como una reina, como te mereces.

—Lo sé, no me quejo de eso, mi niña, pero me preocupo por esto que ha pasado ahora.

—Yo me encargo de todo. Te seguiré pagando y tú solo haz lo que debes hacer. No sabes nada, así se lo tienes que hacer saber si vuelven a hablar contigo.

—Pero es que yo no sé nada.

—Eso es, y así estará perfecto. No sabes nada y punto. Te llegará un sobre extra de dinero mañana. Tú no me conoces de nada. Y cuelga ya el teléfono, no lo uses más tiempo del que te dije.

—Claro, mi niña. Gracias.

—A ti. Te quiero.

Irene Contreras

Esa mañana habían comenzado a investigar a Irene Contreras a fondo, toda su vida, viajes, deudas con el banco, transacciones, trabajos y todo lo que pudieran obtener de ella de la forma más minuciosa. Tenían el valor de su casa y cómo la había obtenido tras una hipoteca con su marido, fallecido ocho años atrás, un fontanero abnegado; solo habían tenido una hija, que no parecía llamarla a menudo por teléfono, e Irene había aportado a la economía familiar con su trabajo como limpiadora de portales en la zona y viviendas de vecinas que requiriesen de sus servicios. Eso último no constaba en la información obtenida, pero Esther lo intuía al ver los pequeños ingresos que recibía en el banco. La anciana ingresaba rigurosamente en la cuenta corriente cantidades periódicas que solo podían provenir de clientes que le pagaban en efectivo por esos servicios menudos.

La subinspectora no tenía la certeza de la hipótesis que se había formado en su mente, pero era consciente de que la pensión de viudedad, ahora que no trabajaba, no era suficiente para que ella viviese cómodamente. Le preguntó a Moretti, frente a ella, y este ratificó su conjetura.

—¿Crees que encubre a alguien de su entorno a cambio de dinero?

—Es muy probable, Hugo. Con una pensión de poco más de cuatrocientos euros es difícil vivir en Madrid, aunque tengas el piso pagado. Esa mujer tenía un televisor caro en el salón y otros objetos que me extraña que se pudiera permitir.

—¿Tienes el listado de sus llamadas de teléfono de los últimos meses y años?

—Sí, voy a revisarlo de nuevo, aunque no espero encontrar algo jugoso.

—Lo supongo. Esa criminal se habrá cuidado de comunicarse con ella por teléfono. O quizás tenga un teléfono libre de escuchas, sin registrar; y de haberle pagado siempre en metálico.

—Lo sé.

—Aun así, ponte con la tarea y cerramos el informe diario.

—Quedan muchas horas, el día dará para mucho.

Esther envió los datos y las instrucciones a sus dos ayudantes y se pusieron a ello.

La subinspectora tenía que descubrir si la mujer que sacaba el dinero a los empresarios, haciéndolos desaparecer luego, de eso último no tenía la más mínima duda, era amiga o familiar de Irene Contreras;

también si Irene era sabedora de lo que hacía su amiga o familiar, pues sería cómplice de sus delitos. ¿Cómo hacerlo? ¿Sumirse en un mar infinito de datos informáticos a descifrar? No, lo mejor era regresar al barrio, a la calle de la anciana, y preguntar.

—Voy a salir.

—¿Cómo dices? —Moretti se mostró sorprendido—. ¿A dónde vas? ¿Ha ocurrido algo?

—No, es que quiero preguntar a vecinos del barrio sobre la anciana. ¿Quieres venir?

—Me gustaría, pero ¿un ciego acompañándote? Pensándolo mejor, obtendrás más participación si te acompaña alguien en activo, y va siendo hora de volar sin mi asesoramiento en todas las tareas.

—¿Voy con África?

—Te daría más resultado si vas con…

—¿Con Fernando?

—No había pensado en él, sino en alguien más mayor y experimentado.

A Esther le costó una conversación de más de veinte minutos, usando toda su psicología, para convencer al comisario Simón Ramos de que hiciese las tareas de compañero y consejero durante unas pocas horas.

—¿Estás loca? Tengo mucha tarea y para esas labores ya tienes a docenas de compañeros en la división, incluido Hache.

—Fue idea de Hugo y yo también creo que te vendría bien salir de la cueva unas horas, además de enseñarme algo con tu experiencia.

—Estáis locos, los dos lo estáis, cada vez me dais más miedo.

—Venga, apaga el ordenador y partamos, no te hagas de rogar, estoy notando que te encanta la idea.

—A buena hora decidí aceptarte en el programa…

—Capullo gruñón.

Condujo Esther hasta el barrio y aparcó donde pudo, les tocó caminar unos minutos hasta la calle de la anciana y empezar a llamar a las viviendas de sus vecinos.

Abrió al instante la vecina del primero-A.

—Buenos días —dijeron Esther y Simón al estar ante una mujer de mediana edad que llevaba un delantal muy salpicado sobre la ropa y se frotaba las manos con él como queriendo limpiarlas o secarlas.

—Me pillan haciendo la comida. ¿Ha pasado algo?

—¿Qué cree usted que ha pasado? —preguntó el comisario antes de que Esther pudiera abrir la boca.

—No sé, algún robo o pelea en el barrio, o de venta de drogas. Lo habitual por aquí.

—Pues no se trata de nada de eso. Venimos a hablar de su vecina Irene Contreras.

—¿De Irene? ¿Qué ha hecho esa buena mujer?

—Absolutamente nada, pero queremos que nos hable de ella.

—Se ha pasado toda la vida trabajando.

—¿Sigue trabajando ahora?

—No, lleva varios años sin hacerlo, ya se lo merece, claro.

—Claro. ¿Recibe visitas a menudo?

—¿Visitas? ¿Se refiere a vender droga?

—Es algo habitual en el barrio, eso ha dicho antes.

—No, por Dios. Esa mujer no recibe visitas.

—¿Ni siquiera de familiares?

—Ni eso. Tiene una hija, pero no se preocupa de ella, pobrecita. Seguro que luego aparece para vender el piso en cuanto Irene muera.

—¿Nadie la visita?

—Antes venía una chica; al parecer, se trata de una niña a la que siempre ha querido como a una hija, es de un matrimonio que la tenía contratada como limpiadora, pero hace tiempo que no la veo, años.

—Comprendo. Muchas gracias por su ayuda.

—¿Está esa pobre anciana en un lío?

—En absoluto —Simón exhibía un tono y semblante amables como nunca Esther había visto antes; incluso hacía ademán con las manos para quitarle importancia al asunto.

—Que pase buen día.

Y, tras cerrar la puerta con recelo la mujer, llamaron a la de enfrente, pero nadie contestó y subieron a la siguiente planta. Ya estaban frente a la puerta de Irene, así que, tras abrir la puerta su vecina, le preguntaron si podían hablar en el interior de la vivienda para tener la máxima discreción.

—Irene no ha hecho nada malo.

—Tranquilícese, señora, no hemos dicho nada sobre delitos, solo que queremos que nos cuente algunos detalles sobre su vecina y su día a día. ¿Lleva mucho tiempo viviendo frente a ella? —Esther dejaba que Simón siguiera con las entrevistas, se limitaba a aprender de él. A África, pensaba, le habría gustado estar allí; seguramente a Fernando también, pero Esther aún no tenía el mismo vínculo con los dos.

—Más de veinte años, desde que compramos el piso mi marido y yo. Ella creo que lleva más del doble de tiempo.

—Habrá entablado mucha amistad con ella en estos años, incluso con el marido de Irene, cuando este vivía.

—Claro, pero no sé nada de drogas y cosas de esas.

—¿Drogas? No estamos aquí para nada de eso, ni tenemos acusaciones contra ella, puede usted estar tranquila. Solo queremos hablar de sus visitas. ¿Sabe si recibe alguna a menudo? ¿Quizás

amigas que vienen a verla e interesarse por su estado?

—Venía una chica, pero hace unos pocos años que no la veo.

—¿Sabe de quién se trata?

—Era la hija de unos patrones en cuya casa Irene servía. La trataba como a una madre.

—Entiendo. ¿Dice que hace mucho que no la ve visitando a su vecina?

—Sí, hace años.

—¿Le ha dicho Irene que se haya enfadado con ella y por eso no ha venido a visitarla después?

—La verdad es que no, no me ha dicho nada.

—Es raro, cortar el vínculo de repente y sin comentarlo con sus amigas y vecinas… Lo lógico es que la ausencia repentina de esas visitas se debiese a alguna discusión entre ellas, o que la chica se marchase fuera de Madrid o que falleciese; pero en esos casos lo habría comentado Irene con usted.

La mujer miraba a Simón, luego a Esther, y seguía en esa secuencia sin saber qué decir ni recibir más preguntas.

—Por cierto —dijo de repente la subinspectora—. ¿Ha visto el piso de su vecina últimamente?

—Claro, entro a menudo allí.

—¿Ha visto su fantástica televisión, los adornos de los muebles y el robot aspirador?

—Claro que sí, son una maravilla.

—Son muy caros. Su vecina tiene unos ingresos muy limitados, no se puede permitir esos lujos. ¿Sabe cómo los ha pagado?

—Ella no vende droga, se lo aseguro. ¿Quién pensaría que esa buena anciana iba a hacer esa locura? La droga es lo que ha convertido este barrio humilde, que antes era bien seguro, en una cloaca llena de drogadictos y camellos.

—No hemos insinuado nada sobre drogas —añadió el comisario—. Solo queremos saber si usted sabe de alguien, quizás esa chica que antes la visitaba, que la ayuda económicamente.

—Es posible, eso me dice ella.

—¿Eso le dice?

—Sí.

—¿Sabe cómo se llama la chica?

—No, no recuerdo que me lo haya dicho.

—Qué extraño que nunca le haya dicho su nombre.

—Es que siempre la llama «mi ángel», desde que la chica era adolescente.

—¿Tiene Irene amigas de toda la vida en el edificio o en el barrio?

—¿Amigas de toda la vida?

—Personas de su edad con las que haya hablado de sus cosas, ya

sabe.

—Algunas ancianas hay con las que conversa de forma habitual.

—¿Puede decirnos sus nombres y dónde encontrarlas?

La mujer les dio una dirección en el mismo edificio y otras dos en los colindantes de la calle. Hacia la primera de ellas se dirigieron Esther y Simón, este último no recordaba su trabajo en el despacho, parecía jovial como un adolescente en su primera salida de fin de semana con sus amigos. Aunque estaba agotado por subir tantas escaleras.

En el cuarto piso vivía María Auxiliadora, una anciana que parecía haber cumplido los ochenta y eso hizo preguntarse a Esther cómo podría lidiar con las escaleras del edificio a diario, cuando Simón resoplaba como si hubiese corrido una maratón. Era viuda, apenas le quedaba cabello y se mostró amable al saludarlos, aunque algo más recelosa cuando supo que eran policías y le preguntaron por Irene.

—No sacáis la droga del barrio ni a los macarras que aprovechan para pegar o robar a las personas de bien, pero venís a interesaros por una pobre mujer que nunca ha hecho algo malo.

—Comprendemos su indignación y sabemos que la droga y la delincuencia en general son dos lacras para la sociedad y para estos barrios en particular, pero somos de Homicidios y nosotros nos encargamos de investigar…

—¿Cómo? ¿Irene es sospechosa de asesinato?

Simón lanzó una mirada asesina a Esther por haber metido la pata de esa forma, la subinspectora agachó la cabeza en silencio.

—Nadie es sospechoso de asesinato. —Tomó el rumbo de la conversación el comisario—. Ni siquiera se trata de eso, son desapariciones y a quien tratamos de encontrar es a una amiga de Irene, una chica que ella quiere como a una hija y a la que llama «mi ángel».

—¿A Aurora?

—¿Aurora? No conocíamos su nombre.

Otra mirada asesina del comisario a Esther por volver a hablar.

—¿No les ha dicho el nombre Irene?

—Vamos a preguntarle ahora, solo queríamos hablar con sus amigas. Por cierto, huele de maravilla, ¿está haciendo un cocido?

—Calentando los restos del de ayer.

—¡Qué barbaridad! Es usted una gran cocinera, ya me contará el secreto para que el mío huela así, y seguro que sabe a gloria.

—Bueno, es mi especialidad —dijo sonrojándose la anciana. El comisario había logrado de nuevo que una vecina se sintiese cómoda y participativa.

La mujer dio pocos datos de la chica, básicamente ninguno que ayudase a encontrarla, solo sobre cómo se llevaba con Irene Contreras

y los mismos que habían dado las anteriores vecinas: que era la hija de unos señores en cuya casa servía, que la visitaba a menudo y le daba algo de dinero, y que dejó de ir unos pocos años atrás.

—Ahora tendremos que hablar con Irene Contreras —dijo el comisario cuando estaban de nuevo en el rellano del portal—. No estaba en nuestra programación, pero tenemos que hacerlo para calmarla.

—Siento haber metido la pata.

—No pasa nada, estás aprendiendo.

—¿Por qué tenemos que calmarla? Vale, comprendo que su vecina y amiga le contará la conversación con nosotros y eso la alertará. Si es cómplice de la sospechosa, la avisará.

—Pues claro. Vamos antes de que la anciana del cuarto llame por teléfono a su amiga.

Irene abrió la puerta a los pocos segundos de llamar al timbre.

—¿Otra vez? —Le preguntó a Esther, eso indicaba que sus vecinas no la habían avisado de la presencia de la pareja de policías en el edificio.

—Quería preguntarle algunos detalles más.

—Ya le dije que no sé nada de esas cosas que me contó ayer. ¿Hoy no viene con el ciego? —dijo esto último mirando de arriba a abajo a Simón.

—Es un compañero diferente.

—Pues bien, pregunte.

El comisario fue quien asumió el rol de entrevistador mientras mandaba a la vez un mensaje desde su teléfono móvil.

—¿Recibe visitas de algún amigo o amiga a menudo, al margen de las amigas que tiene en la calle?

—No, no me visita nadie.

—¿Tampoco la llaman por teléfono?

—Ya dije la otra vez que solo tengo una hija y no llama mucho.

—¿Y qué me dice de Aurora? —La anciana hizo una mueca que no pasó desapercibida para la pareja—. Esa chica a la que quiere como a una hija y que llama «mi ángel» para referirse a ella. ¿Contó eso la otra vez?

Irene se mostró de repente algo asustada. Tardó un eterno minuto en responder ante la paciencia infinita de Esther y Simón.

—Aurora lleva tiempo sin llamar y pasarse por aquí, creo que hace unos años se marchó al extranjero.

—¿Cinco años, concretamente? —preguntó Esther.

—No lo sé, no recuerdo cuándo fue la última vez que vino.

—¿No sabe nada sobre ella desde entonces? —inquirió esta vez el comisario.

—No, nada.

—Está bien, solo tenemos una pregunta más que hacerle. ¿Cuáles son los apellidos de Aurora?

—No los recuerdo.

—Pero trabajó para sus padres como asistenta, ¿cómo es que no recuerda esos datos?

—Con la edad, la memoria no funciona tan bien como antes.

—Claro… Gracias por su atención.

Se marcharon del edificio.

—¿Vamos a hablar con más amigas de Irene?

—No, Gallardo, no nos contarían más de lo que ha dicho la anciana del cuarto.

—¿Por qué la has abordado de esa manera, preguntándole por Aurora? Pensaba que queríamos evitar que la alertase.

—Eso era ya imposible, la vecina del cuarto la pondrá sobre aviso en cuanto pasen unos minutos u horas. Lo único que podíamos hacer era usar eso en nuestro beneficio. Mandé un mensaje con el móvil para intervenir lo antes posible los teléfonos de Irene, por si llama a su protegida. Si algo hemos sacado en claro esta mañana, es que esta mujer sabe que Aurora está haciendo algo malo, que la está protegiendo y que se pondrá en contacto con ella para advertirla lo antes posible.

—¿Y si usa un teléfono sin registro o registrado a nombre de otra persona?

—Confiemos en que se haya asustado con nuestra presencia y las preguntas lo suficiente como para cometer el error de usar su móvil particular o el fijo.

—Confiamos en la suerte.

—Así es, nunca viene de más tener una ayuda de su parte.

—Nunca. Siento haber metido la pata antes.

—No pasa nada, no esperaba menos de una novata; simplemente no lo vuelvas a hacer. Llevas en esto casi dos años, pero el resto de agentes suelen estar haciendo tareas infinitamente menores con esa experiencia.

—Pero esperabas mucho más de mí.

—No, esperaba mucho menos. Recuerda que me impusieron tu contratación y entrada en Homicidios. Me siento más que orgulloso de aquella decisión, en contra de mi criterio, ya lo sabes.

—Pero pusiste a Moretti a mi lado para asesorarme, se ve que no he aprendido mucho, que me quedan años para lograr ese nivel que se espera de mí, necesito a Hugo cerca más tiempo.

—Claro, para eso está él a tu lado.

Simón había cambiado el tono de voz y miraba por la ventanilla del coche mientras regresaban a la comisaría. Esther comprendió la realidad: Simón no había caído en su trampa. La chica había metido la

pata de forma intencionada durante las entrevistas, quería hacer saber a su comisario que no estaba preparada para el puesto y que necesitaría a su compañero a su lado como mentor durante varios años más. Simón no había picado el anzuelo, solo fingía que ella no era valiosa sin Hugo Moretti a su lado, quizás porque quería que ella no se desilusionara con el trabajo al apartarla de su pareja sentimental o, tal vez, porque el propio Simón, deseaba seguir teniendo a su lado a un amigo y buen policía en el departamento.

Durante el almuerzo, que compartieron, como el día anterior Moretti, Esther, África y Fernando, se informaron de los adelantos obtenidos durante la mañana.

—África me pasó el listado de alquileres de coches de lujo realizados por mujeres —comenzó Fernando—, lo cotejé en nombres y tiempos con los alquileres de viviendas de más de cinco mil euros como ordenaste, pero no hay coincidencias.

África asintió a esas palabras.

—Tenemos a una sospechosa con varias identidades y eso hace que no podamos encontrarla, ya que usa documentos diferentes para alquilar su vivienda del que usa para los vehículos: el de Irene. Seguro que son falsos y no nos llevan a nada. Es una vía muerta, si investigamos a las que han alquilado los últimos coches y las últimas viviendas, en este mes, llegaremos a vías muertas.

—Tengamos paciencia —dijo Moretti—, informa de lo que has obtenido esta mañana a ellos —le dijo a Esther.

—Fui con el comisario al edificio de Irene Contreras, ahora sabemos que buscamos a una tal Aurora, que Irene es cómplice y tenemos pinchados sus teléfonos, aunque es más que probable que tenga otro fuera de registro o a nombre de otra persona.

—Podemos traer a la anciana e interrogarla a fondo —sugirió Fernando.

—Me parece cruel someter a un interrogatorio de máxima intensidad a una anciana que, quizás, protege a un ser querido sin saber del todo lo que la sospechosa ha hecho, además de la dificultad de sacar algo de ella si considera que no tiene nada que perder al protegerla. Intuimos con casi total seguridad que recibe dinero de su protegida cada mes, es un motivo más para volverse impermeable a nuestras preguntas.

—Así es, Esther. Tenemos que avanzar despacio, confiar en la suerte de esos pinchazos telefónicos y esperar con calma.

—Hay otra cosa, algo que no caí en pedir cuando hablábamos con Irene y me siento estúpida por no haberlo hecho. Si esa mujer trabajaba sirviendo en casas y una de esas casas era la de la familia de

Aurora…

—Querrías haberle pedido el nombre y apellidos de los padres, y si no se acordaba, que nos diese la dirección de la vivienda, eso no se olvida si uno ha ido cientos o miles de veces a ese lugar.

—Exacto. Tampoco pensó el comisario en ese momento en pedirle la información de la dirección.

—Claro que pensaría en ello, pero no serviría de nada. Os habría dado una dirección falsa y luego aseguraría que no recuerda con exactitud la dirección real. Esa mujer encubre a nuestra sospechosa porque tiene un vínculo casi familiar con ella, además de recibir, con casi total seguridad, dinero periódico de ella. Nos va a tocar ser más listos que Aurora y esa anciana —finalizó Moretti la conversación.

Aurora

Acababa de entrar en casa tras una jornada dura de gimnasio, ese día tocaba hacer piernas y glúteos, los más intensivos para mantener el cuerpo que les gustaba a los hombres y con el que ella se sentía mejor consigo misma. Dos horas y media de esfuerzo tres veces por semana para atrasar al máximo posible la llegada de la silueta de mujer madura que detestaba, ella quería tener un cuerpo de chica joven. También dedicó media hora a los abdominales para mantener la cintura firme y estrecha.

Elísabeth oyó el teléfono y fue corriendo a tomarlo, solo una persona podría estar llamándola y era demasiado importante como para obviar la llamada. Quizás la nana estaba en apuros, o…

—¿Nana?

—Aurora, te he llamado seis o siete veces.

—Estaba en el gimnasio, no me llevé este teléfono.

—La policía ha venido a preguntar por ti otra vez.

Un largo silencio.

—¿Mi niña?

—Sigo aquí. ¿Qué les has dicho?

—Solo saben tu nombre, nada de apellidos, pero parecen muy interesados. No se lo he dicho yo, te lo aseguro, habrá sido alguna de mis amigas del edificio, saben que venías antes y que eres la hija de un matrimonio en el que servía.

—Me alegro de que estés usando el teléfono que te di.

—Claro.

—No uses el tuyo propio ni el fijo.

—Lo sé, ya me lo dijiste. ¿Pasa algo malo?

—Nada malo, te lo aseguro. Te prometí que te pasaría dinero hoy, pero mejor lo hacemos mañana, si no te importa. Tú sigue diciéndole a la policía que no sabes nada de mí desde hace años, como acordamos.

—Mi ángel, ¿estás haciendo algo…?

—Parece como si no me conocieses, nana, sabes que no hago nada malo. Los policías estarán buscando otra cosa y están tanteando o dando palos de ciegos, son unos inútiles.

—Pero han venido dos veces y, cuando han preguntado por ti, me he asustado.

—No pasa nada. ¿Te han dicho que hablarán contigo más adelante?

—Sí, que no me vaya de la ciudad sin avisarlos.

—Comprendo. No te asustes, te garantizo que todo está bien. Mañana iré en persona a verte y darte el dinero, así te veo, que me apetece mucho tras este tiempo.

—¿Estarás en Madrid? ¡Qué bien, mi niña! Tengo muchas ganas de verte y darte un abrazo.

—Yo también a ti. Llegaré sin avisar, espero que por la mañana.

—Hasta mañana, mi ángel, duerme bien.

—Lo haré, igualmente.

Aurora colgó la llamada y se quedó mirando el teléfono móvil durante unos largos segundos, como si le quemase entre las manos, pero tampoco era capaz de soltarlo, lo aferraba con fuerza, era para ella como aferrarse a una vida pasada que no quería olvidar bajo ningún concepto, aunque esa vida sería capaz de arruinar todo su presente y futuro.

Tendría que hacer cambios en sus planes, cambios que no tenía previsto, pero que la salvarían, o al menos le darían un tiempo de margen para huir del país o, incluso, para hacer un último trabajo.

A las once en punto de la mañana siguiente salió de su piso con un sobre de mil euros en el bolsillo, como cada mes, aunque esta vez sería algo diferente; las veces anteriores se había limitado a entrar en el edificio y dejar el sobre en el buzón de su nani, ahora quería verla en persona y tratar de saber todo lo que pudiera haber hablado esta con la Policía; también Irene se habría enterado de lo que las vecinas le hubiesen contado a los investigadores.

Llegó en taxi a la puerta del centro de salud del barrio, pagó y caminó durante tres calles hasta estar en el edificio de enfrente que era su destino, allí permanecería unos largos minutos analizando los coches aparcados y buscando alguno en el que hubiese posibles policías vigilando. Vio dos que le dieron mala espina, así que sacó el teléfono móvil y llamó a Irene.

—¿Sí? ¿Ha pasado algo?

—Nada, nani, pero prefiero que nos veamos en la cafetería de Marta, ¿no te importa?

—Claro que no, voy a vestirme.

—Bien, no hay prisa.

Doce minutos después salió la anciana y se puso en camino hacia el lugar de encuentro. Aurora se mantuvo a la espera, ningún coche ni persona sospechosa salió tras ella. La anciana giró a la izquierda al final de la calle y la chica salió tras ella manteniendo esa distancia y con los ojos puestos en todas partes, así hasta llegar a la cafetería.

Irene estaba al fondo en una pequeña mesa para dos y ya tenía un

café ante ella.

—Mi niña, ya pensé que no vendrías, que te había ocurrido algo. Pensaba que estabas dentro esperándome.

—Nada, he tenido que ir a comprar tabaco antes.

—¿No lo habías dejado hace años?

—No hablemos de eso. Toma. —Le dio el sobre con el dinero de forma disimulada. Irene se lo guardó bajo la ropa, eso hizo esgrimir una sonrisa a Aurora.

—¿Estás bien? Te veo delgada, seguro que no estás comiendo lo suficiente.

—Nana…

—Vale, ya eres mayorcita y sabes cuidarte. ¿Y eso de la Policía?

—Precisamente iba a preguntarte por lo mismo.

—No han vuelto a venir de nuevo ni han llamado tras la segunda visita de ayer por la mañana. ¿Qué interés pueden tener en ti? Tú no podrías hacer nada malo.

—No he hecho nada malo, te lo garantizo.

—Pero… todo esto…

—¿A qué te refieres?

—Dejaste de venir a verme hace cinco años, lo del teléfono con el que solo puedo llamarte a ti, el dinero que me das… ahora lo de la Policía…

—Estarán buscando a alguien que se parece a mí o que se llama como yo.

—Pero preguntaron por mí, eso es lo raro.

—Los policías cada vez son más inútiles, no hagas caso a todo esto. Seguro que buscan a quien endosarle un delito.

—Hablaban de homicidios, eran policías que buscan asesinos. Eso le dijeron a mis vecinas.

—¿En serio? Me suena todo divertido. —Aurora fingió una risa socarrona lo mejor que pudo, pero, por el semblante de Irene, no parecía surtir mucho efecto.

—A mí me asusta, mi niña.

—¿Qué dijeron tus vecinas?

—¿Mis vecinas?

—Sí, ¿qué te han contado?, sería ayer la comidilla de la escalera.

—Pues me contaron que les hicieron muchas preguntas sobre mí y sobre ti.

—Pero ellas no saben nada de mí.

—Bueno, saben tu nombre y que me siento muy orgullosa de que seas una empresaria de éxito. Siempre supe, desde que eras una niña, que llegarías lejos y harías grandes cosas.

—Bueno, nana, eso es exagerar. No me va mal.

—Entonces, ¿me aseguras que no hay nada que temer, que no

tengo que preocuparme por ti?

—Olvida todo esto, solo es un malentendido. Ya has visto que he venido a verte y que sigo pendiente de ti.

—Eres un amor, no sabes lo que me ayuda este dinero, con la pensión…

—Lo sé. Date un capricho, sal a comprarte ropa o unos pendientes bonitos.

—Uy, una ya no está para esas cosas. A mi edad…

—No digas tonterías, estás como una rosa, te quedan muchos años por delante. Lo veo en tu sonrisa, quieres darte un capricho, pues hazlo, un día es un día.

—A ver si luego no voy a llegar a fin de mes.

—Claro que sí, y si necesitas más dinero, te daré lo que haga falta; me van las cosas bien y no tengo mejor forma de gastar lo que gano que en ti.

—Eso es porque no has formado una familia, yo te imaginaba casada y con niños.

—No empieces de nuevo, no tengo la necesidad de tener marido e hijos.

—Pero ya vas teniendo una edad…

—Va siendo hora de regresar, tengo mucho trabajo pendiente. Tenemos que despedirnos.

—¿Ya? Solo has estado unos minutos, ni siquiera te has pedido un café.

—Ya llego tarde a una reunión. La próxima vez nos vemos más tiempo.

—Vale, y te enseño la tele nueva, se ve fenomenal.

—Veremos una película o serie de esas románticas que te gustan.

—Precisamente ahora estoy viendo una serie turca que me tiene loca.

—Pues esa misma.

Se despidieron en la puerta de la cafetería con un fuerte abrazo y cada una tomó un destino diferente, Irene regresó a casa y Aurora fue a pedir un taxi; durante el trayecto en el mismo aprovechó para meditar sobre la conversación mantenida.

«¿Qué hago? ¿Sigo con las operaciones sabiendo que la Policía está al acecho? ¿Lo dejo todo y desaparezco para vivir cómodamente en otro país? ¿Qué pasa con nana? ¿Me olvido de ella o sigo buscando la forma de ayudarla? Ella se lo merece, fue una madre cuando yo no tenía una de forma presencial, más aún cuando mamá murió. No quiero abandonarla, pero todo esto se está descontrolando, a pesar de que sabía que podría pasar; desde el principio supe que, por muy bien que lo planificase todo, podrían encontrar mi rastro. Han dado con nana, eso significa que pueden llegar hasta mí si la presionan. Por

ahora tienen mi nombre de pila, pero Nana nunca dirá mis apellidos ni mi dirección, esta última ni siquiera la sabe. Claro que eso no me tranquiliza en absoluto».

Miró a través de la ventanilla cómo pasaban las calles, sucias, llenas de desechos sociales en ese barrio, como en casi todos los de la ciudad, o del país. Ella nunca quiso ser parte de ellos, lo tuvo claro desde la adolescencia, no iba a invertir décadas en estudiar para luego ver que no progresaba en una empresa, que se convertía en parte del sistema podrido, como lo habían hecho sus padres; felices solo cuando tenían quince míseros días de vacaciones en verano o navidad. No, ella no iba a malgastar su vida para terminarla tras una enfermedad, accidente o ver que seguía adelante como la de Irene, viendo pasar días iguales y subsistiendo como buenamente podía, de la caridad del Estado y también de la suya en los sobres que le daba. Aurora había observado el mundo y no le gustaba lo que veía en su futuro, así que decidió cambiarlo al coste que eso supusiera.

«El coste que eso suponga… Tengo que atar cabos, tengo que ser más inteligente que la Policía, tengo que sobrevivir, pero siguiendo con esta rutina que me hace vivir por encima de las ratas que suponen la inmensa mayoría de las personas que me rodean. Tengo que hacer lo que haga falta para lograrlo, aunque duela».

—Hugo, ¿por qué no hemos puesto vigilancia a Irene Contreras?

Moretti buscó a Esther con la mirada, aunque eso es una forma de hablar.

—¿Vigilancia? Pues porque no tenemos nada.

—¿Cómo que no? Las coincidencias de peticiones al Registro Mercantil y alquileres de coches de lujo.

—Pues eso, nada, solo es una línea de investigación, sin más. De hecho, fuiste con el comisario y, tras las entrevistas a la anciana y sus vecinos, no consideró que hubiese motivos suficientes para poner en marcha un dispositivo de vigilancia.

—Pero…

—Te he dicho en muchas ocasiones que debes plantearte todas las opciones, veo que no lo estas haciendo ahora.

—Ilústrame —dijo ella entre dientes.

—Tómatelo con calma, ¿de acuerdo? Analicemos la situación, lo que tenemos contra esa tal Aurora e Irene Contreras es un pálpito, una suposición que nos gustaría que fuese la senda correcta, pero, ¿y si se trata de una línea equivocada en la investigación? Quizás la mujer que buscamos, la que engatusa, saca dinero y hace desaparecer a los empresarios, es alguien que ha puesto como nombre y dirección los de una persona desconocida, al azar.

—Pero esa chica, Aurora, refuerza la hipótesis.

—Sin duda, pero no es determinante como para considerar a esa tal Aurora como nuestra sospechosa. Siempre cabe la posibilidad de que sea una coincidencia que nos da ánimos, pero luego nos los quita cuando se demuestra que nos hemos pasado semanas o meses buscando a quien resulta ser inocente. La sospechosa puede ser Aurora o cualquier otra persona, lo que hace que no tengamos la certeza necesaria para pedir el gasto de recursos a la comisaría.

—Entiendo…

—Lo dices con un tono que me hace saber, tras conocerte, que no estás conforme del todo, que apuestas por Aurora con todo.

—¿Tú no?

—Yo también, pero prefiero ser cauto. Ya habrá tiempo de poner vigilancias y otros recursos.

Desaparición

Simón Ramos había endosado tres casos a la pareja Moretti-Gallardo en los cuatro días que habían pasado desde que fue con la subinspectora a realizar tareas de campo, necesitaba liberar casos de su lista de espera y no podía aguardar a que se resolviese lo de las desapariciones, que podría tardar meses. Esa mañana recordaba las sensaciones percibidas al salir de la comisaría tras tantos años oxidándose en aquel despacho, dejando que otros solucionasen delitos mientras él se limitaba a agitar la batuta frente a los músicos de la orquesta.

Incluso había estado ausente en las conversaciones con su mujer durante esos días, su mente volaba a aquel edificio de extrarradio y a las caras de los vecinos que vio y con los que se entrevistó. Se sentía pletórico al haber sido de ayuda a Gallardo, dándole una lección de maestría, de experiencia, algo que la ayudase en su día a día. Se había sentido más vivo que nunca, más incluso, si su memoria no le fallaba, que cuando entró como agente de servicio.

Encendió el ordenador como cada mañana, tenía más de setenta correos electrónicos pendientes de leer, y debía responder a la mayoría. Aquello no era tan emocionante como perseguir a un criminal, ni por asomo.

Su secretaria le trajo un café como a él le gustaba, negro y sin azúcar, lo hizo en silencio y se marchó de igual modo, como siempre. Simón fue dando sorbos a medida que leía y respondía con las respectivas órdenes. Al terminar, la sensación de vacío llegó de nuevo.

«Necesito más, necesito de esa droga que supone estar dentro de los casos un poco más, no observando desde fuera».

Buscó el informe del caso en el registro interno informático y llamó por teléfono, nada. Lo hizo unos minutos después con el mismo resultado. Qué extraño, pensó. Esperó dos horas y repitió la operación.

«No puede ser… No, no creo que…».

Todas las alertas estaban encendidas en su mente. Llamó a Gallardo.

—¿Comisario?

—¿Has contactado con Irene Contreras durante estos días?

—No, ¿por?

—Por nada, solo eso.

—No me digas que no es nada, ¿por qué lo preguntas?

—Llevo unas horas intentando llamarla, pero no responde al

teléfono.

—Las ancianas suelen olvidar cargarlo o se lo dejan en casa cuando salen.

—No está apagado, y son muchas horas fuera de casa si es que ha salido.

—Vamos hacia allá.

—¿Gallardo?

—Sé que estoy con otros casos, pero esto es importante.

—Está bien, pienso igual, nos vemos en el aparcamiento en cinco minutos.

Moretti no sabía de qué había ido la conversación, pero su mente no paraba de indagar en las palabras de la chica y en el tono de voz que había esgrimido.

—¿Va todo bien?

—Voy con Simón a casa de la anciana.

—¿Qué anciana?

—La de los casos de desaparición, el caso de Aurora.

—¿Hay algún avance?

—No lo sé aún, te lo digo en cuanto sepa algo.

Esther se marchó con la seguridad de que no había sido concisa con Hugo, pero lo cierto era que no tenía nada que contarle tras las palabras del comisario sobre lo que pudiera haber ocurrido o no.

Se marcharon los dos en el coche de Esther, como cuatro días antes, y aparcaron esta vez algo más cerca del edificio de Irene Contreras.

No respondía al telefonillo tras cuatro llamadas, así que probaron suerte marcando el botón de una vecina. Por fin entraron en el portal. Subieron a la segunda planta y aporrearon la puerta durante un rato, sin éxito y hasta que apareció la vecina de enfrente, la que les había abierto antes en el edificio.

—Llevo días sin verla, desde que vinieron ustedes.

—Eso fue hace cuatro días.

—Desde esa tarde no la he visto, hablamos sobre lo ocurrido unas horas después, porque era la primera vez que veíamos a la Policía buscándola y eso nos preocupaba a todas. —La mujer hablaba entre susurros al comisario y Esther, como si se tratase de una confidencia más entre amigas.

—¿Es habitual que no esté en casa o que no la haya visto en tanto tiempo?

—No, la verdad es que no. Irene siempre está en casa, salvo cuando sale unos minutos al súper de la esquina a comprar comida.

—¿Le ha dicho ella que pensara marcharse de la ciudad?

—Por supuesto que no, se lo habría dicho a ustedes desde el principio.

—Gracias. Por cierto, ¿tiene una llave de la casa de Irene?

—¿Una llave?

—Sí, ya sabe, a veces un vecino nos da una llave por si acaso, para regar las plantas en vacaciones o entrar en el piso para comprobar que todo está bien.

—Sí, tengo una llave.

—¿Sería tan amable de dárnosla? O abra usted para que comprobemos que Irene está bien y nos marchemos con la seguridad de que no le ha pasado nada.

—Bueno… no sé si.

—Somos la Policía, ya lo sabe, no vamos a hacer nada, solo asegurarnos de que Irene no haya sufrido un accidente en casa o que esté ahora mal.

—Claro, claro, voy a por la llave.

Y así hizo la mujer, no tardó ni un minuto porque la tenía en el cajón de la mesita del recibidor de su casa. Abrió ella misma con respeto y, obedeciendo a los policías a su espalda, se apartó para que estos pasaran a buscar por la vivienda.

Esther y Simón indagaron en cada estancia, no había muestras de que Irene estuviese en el lugar, tampoco de que se hubiera marchado, pues tenía platos, vasos, cubiertos y sartenes por fregar, además de toda la ropa en los armarios y la maleta a buen recaudo en el altillo de uno de ellos. La experiencia les dictaba a ambos que había desaparecido de improviso y sin pretenderlo. Fueron a hablar con la vecina, que había entrado hasta el salón del piso.

—Señora, ¿asegura que esto es algo inusual en Irene?

—¿Cómo?

—Que no esté en casa ni dé señales de vida en varios días.

—Sí, no es normal.

—De acuerdo.

Antes de que Esther preguntase, el comisario ya estaba llamando al fiscal para pedir una orden de registro a fondo, un seguimiento de los pasos de la desaparecida y considerando a Irene oficialmente como sospechosa o, cuanto menos, como cómplice.

Esther sonrió al comprender que podría estar en lo cierto y darle a Moretti una lección de intuición, claro que no tenía ni idea de cómo esta circunstancia ayudaría en la detención de la sospechosa principal. Llamó a su compañero para darle las nuevas noticias y este le dijo que llegaría con el resto del equipo en pocos minutos.

Los de la científica aparecieron tras tomarse Esther y Simón un café en casa de la vecina, no era gran cosa, pero sabía mejor que el de la máquina de la comisaría. Gonzalo Iglesias, responsable del departamento, se ponía todo el equipo que lo convertía en una especie de astronauta mientras charlaba con el comisario en el rellano.

—¿Qué tengo que encontrar?

—Lo de siempre; busca huellas dactilares, restos orgánicos y todo tipo de documentos comprometedores.

—Joder, eso último podéis buscarlo vosotros mejor que yo.

—Pero no hemos querido contaminar la escena más de lo adecuado, bastante es que hemos entrado con los guantes de látex. No te pongas remilgado, cojones.

—Está bien, haré lo que pueda. Mis muchachos están a la espera.

—Pues dales órdenes y obtén algo lo antes posible.

Gonzalo le enseñó el dedo corazón de su mano derecha al comisario al ajustarse las gafas de protección y partió hacia el interior de la vivienda. Esther contuvo la carcajada y Simón trató de que no se notase su gesto de malhumor tras ese detalle.

Diez minutos más tarde llegaron Moretti, África y Fernando. Esther los recibió sin poder dar más noticias que la desaparición de Irene Contreras, aunque podría llegar en unos minutos, horas o días diciendo que estaba haciendo la compra o de regreso tras visitar a una amiga enferma; lo que desmontaría todo aquello en un santiamén dejando a los investigadores como estúpidos, pues no podrían demostrar que la anciana mentía, salvo tras encontrar algo comprometedor en su vivienda, cosa que pocos esperaban allí.

Para no esperar horas en mitad del rellano del edificio, fueron a la cafetería más cercana a especular sobre lo que podría haber ocurrido, claro que no había mucho sobre lo que especular.

—La anciana es cómplice.

—Por supuesto.

—Se ha marchado con la asesina a un lugar seguro.

—Tenemos que investigar más en los alquileres de viviendas de lujo, también de coches.

—Todo eso es plausible —puso cordura Moretti—. Investigar es nuestra tarea y para eso nos pagan. Tenemos que saber dónde se esconde la anciana, porque no es lógico que haya desaparecido si no está implicada. Si es cómplice de una criminal, tenemos que dar con ambas. Solo tenemos el nombre de Aurora y eso es menos que nada, así que toca mucho trabajo por delante. Si la científica saca averiguaciones, pues bienvenidas serán, pero tenemos que pensar que no contaremos con eso y que todo es tarea nuestra.

—Yo apuesto a que hay huellas de Aurora.

—Esther, no confíes tanto en eso; esa mujer, si se trata de nuestra sospechosa, se habrá cuidado de no dejar huellas en el piso de la anciana a la que ha seleccionado como titular de la cuenta desde la que se alquilan coches de lujo y pide referencias al Registro Mercantil. Además, tanto la anciana como las vecinas aseguran que Aurora lleva años sin aparecer por aquí, así que no quedarán huellas de su

presencia.

—Nunca se sabe.

—Es posible que aparezcan muchas huellas, pero podrían ser de vecinas, personas que no están fichadas. ¿Y si fueran de Aurora? Si nuestra sospechosa no está fichada tampoco, no aparecerá la solución en nuestro sistema.

—Joder.

—También es de recibo que Aurora, si está cometiendo estos delitos, haya entrado en casa de Irene Contreras con guantes para no dejar rastro cuando la visita.

—Lo imaginaba. ¿Quizás algún cabello para obtener su ADN?

—Si lleva años sin visitar a la anciana, habrá pocos cabellos, o ninguno, en el piso tras miles de limpiezas por parte de Irene, ¿no te parece? No me mires así, sé que te molesta que te lleven la contraria, pero tienes que entender que no todo va a salir como tú deseas.

—Y también sería un ADN no cotejable por el sistema si Aurora no está fichada.

—Obvio.

—¿Ha desaparecido de repente porque hemos dado con ella? ¿Ha desaparecido porque nuestra sospechosa la ha quitado de ahí para que no indaguemos más? ¿Quizás Aurora la ha matado y hecho desaparecer como a sus víctimas?

—Quizás sea cualquiera de esas premisas, no lo sé, no lo sabe nadie. Para eso investigamos, Esther.

—No me gusta este caso, hay demasiadas posibilidades.

—Por eso es un caso difícil. Tomemos el café en paz y luego vamos a hablar con Iglesias, a ver qué ha obtenido del registro del piso.

Y se terminaron el café los investigadores. Moretti se levantó el último, no parecía tener prisa en ello, como si supiese que Iglesias no tendría nada para ellos. Y así fue tras hablar con él, aunque solo hablaba de equipos informáticos hallados en la vivienda, ninguno, y las huellas halladas tardarían muchas horas en cotejarse con el registro de delincuentes del sistema.

—Si la tal Aurora no es una delincuente fichada, no tendremos una relación directa de esas huellas —dijo Moretti.

—Ya lo has dicho antes —apuntó Esther.

—Eso quiere decir que…

—Que estamos como al principio, sin saber si seguimos en la senda adecuada.

—No, Esther, eso quiere decir que estamos siguiendo la pista adecuada, pero que no tendremos a la anciana, a Irene Contreras, para exprimirla a fondo en un interrogatorio.

—Yo hubiera querido hacerlo.

—Ya, pero no teníamos pruebas entonces para hacerlo; es lo que

hay y es con lo que debemos trabajar, así funciona esto. Ahora buscamos a Irene Contreras y a una tal Aurora de la que solo sabemos ese nombre de pila. Vamos a ponernos con eso.

—¿Cómo vamos a sacar más de ella?

—Interrogad a las vecinas más a fondo, a ver si dicen cómo se llamaban los padres de Aurora y dónde vivían; teniendo la dirección, podremos descubrir apellidos y hacer una búsqueda a conciencia de la vida de la chica.

Cuatro días antes:

Irene se extrañó de recibir otra llamada de Aurora en el mismo día, ya que esta solía llamar cada quince o treinta. Quizás lo de la Policía la había alterado, aunque ella había dicho que se trataría seguramente de una confusión. Irene no estaba de acuerdo con ella, sabía que algo pasaba tras esos últimos cinco años en los que su niña había decidido alejarse, comenzar a darle dinero y mostrarse tan enigmática.

La anciana tomó el teléfono y preguntó algo asustada:

—¿Sí? ¿Aurora?

—Nana, tengo que verte en media hora, te paso a buscar en la puerta de la cafetería donde nos hemos visto esta mañana.

—¿Ha pasado algo grave? Es muy tarde, casi las once de la noche.

—Nada, no ha pasado nada, es para darte una sorpresa, un regalo. No le cuentes nada a las vecinas y ya verás qué cara ponen cuando lo vean.

—¿Cuando vean qué?

—¿No te he dicho que es una sorpresa? Ve a la puerta de la cafetería y ya verás. Por cierto, no olvides traer este teléfono contigo.

Irene se arregló de nuevo para salir, loca de contenta por ver a su niña dos veces en el mismo día y con la intriga de ese regalo que le iba a hacer, seguro que una joya preciosa. No se merecía tanto amor, no se merecía a esa niña que conoció hace más de veinte años y que quiso desde el primer momento como a una hija, pues la suya propia nunca le devolvió el cariño que ella le profesaba.

Tras salir por la puerta, se acordó de que no había cogido el teléfono móvil personal que le había pedido la niña, así que volvió a entrar a por él.

«Un día de estos olvidaré la cabeza en casa…».

Una vez en la puerta de la cafetería, se preguntó si podría esperarla dentro o debía quedarse allí, pues Aurora le había dicho que se verían allí, en la misma puerta. Obedeció. El coche llegó al cabo de dos minutos.

Aurora llegó en un Volkswagen Golf gris y le dio una voz a Irene, la anciana se giró y cambió el semblante por una sonrisa, como solía

hacer, no había gente por la calle a esa hora de la noche. Irene se acercó a la ventanilla bajada del asiento del acompañante.

—¿Tienes que aparcar? ¿Te espero dentro?

—No, entra.

Y la anciana obedeció.

—¡Qué bonito! ¿Este coche es tuyo?

—Es alquilado.

—Se ve nuevecito. ¿A dónde vamos?

—A dar un paseo.

—¿Me llevas a un sitio bonito a cenar? Es tarde y ya he cenado.

—Ya sé que cenas muy temprano, no es eso. Solo quiero enseñarte un lugar. ¿Has traído el teléfono móvil?

—Claro, no se me ha olvidado.

Tras conducir Aurora durante más de veinte minutos, llegaron ante la puerta de una nave industrial, la zona estaba completamente oscura a esa hora de la noche. La anciana se bajó del coche tras saber que habían llegado a su destino y preguntó:

—¿Qué es esto?

—Es una nave industrial que compré hace unos años, quiero montar un negocio dentro.

—Es muy grande. ¿Qué vas a montar dentro? Trabajas de azafata de vuelo, no sabía que querías montar una empresa.

—Sí, te lo explico dentro, para que la veas, me hace ilusión compartir esto contigo.

—Claro, mi niña, aunque huele muy mal ¿no? Y es muy tarde.

—No tenía otro momento.

La anciana entró tras la chica.

Hallazgo

Ignacio Fernández se levantó, como cada mañana, a las seis y media para comenzar con la rutina. Se duchó y luego fue a preparar el desayuno, dejando todo listo para su mujer y el niño, aunque el niño ya tenía veinte años y estaba en segundo de Derecho, a ver si terminaba la carrera y entraba en un buen bufete de abogados. Ese era su deseo y por él apostaba las ganancias de su empresa, que se basaban en los beneficios de una imprenta especializada en folletos comerciales de esos que se meten en los buzones de cada vecino de la ciudad. El negocio no iba mal, no lo oirían quejarse por la crisis, que era lo que hacían todos; la situación solo requería apretarse un poco más el cinturón, controlar los gastos personales, adaptarse a las nuevas circunstancias.

Dejó varias tostadas sobre la mesa, donde también había colocado la mantequilla para que no estuviese demasiado dura, además de mermelada, la cafetera italiana, vasos y cubiertos para su familia, y se marchó a la calle a buscar el coche, a saber dónde lo había aparcado por la zona en el barrio la tarde anterior; tenía que buscar una plaza de garaje en venta o alquiler, pero le había resultado imposible durante años. Por fin lo encontró y se montó en él, un Audi A4 blanco que había comprado hacía cinco años y que esperaba que le durase más de una década más, aunque no estaba del todo seguro si seguía aparcado cada noche en la calle.

Se dirigió a la nave industrial en la que tenía la imprenta, como cada jornada, una acción que era tan mecánica en esos últimos años que le pasaba por alto cada día. Al cabo de pocos minutos, cuando ya se hubiera tomado otro café y leído los pedidos nuevos o las reclamaciones de clientes en el correo electrónico en su oficina, llegarían Pablo y Elena, los dos operarios de la imprenta que le ayudaban en casi todas las tareas.

Pero antes siquiera de abrir la puerta de la nave industrial, ya desde que se bajó del coche… el hedor de siempre. Dicen que te acostumbras a los sonidos y olores estridentes con el paso del tiempo, pero no era su caso, cada vez el olor era más intenso; sus empleados se lo decían también casi cada día tras llegar.

Ignacio Fernández miró su reloj de pulsera, regalo de aniversario de su mujer cuatro años atrás, eran las siete y cuarenta y dos, había llegado algo más temprano que de costumbre.

Se dirigió en un impulso hacia la nave de al lado, la de la derecha,

desde donde venía el hedor, este se intensificaba a medida que se acercaba a la puerta de la entrada, antes nunca había hecho eso. El local parecía abandonado, aunque tenía una puerta y candados nuevos y se podían observar marcas de neumáticos recientes en la arena que daba acceso al lugar. Caminó alrededor de las paredes de la nave, los vidrios de las ventanas estaban rotos, pero no podía asomarse a ver el interior porque se hallaban a tres metros de altura y no veía escalera por la que subirse. El olor era familiar para él desde pequeño, cuando descubrió el cadáver de un gran perro en avanzado estado de descomposición mientras daba un paseo en el campo con sus padres. ¿Estaban entrando animales en el local y acababan muriendo dentro? No había un solo resquicio por el que acceder alrededor de la nave, era imposible que perros y gatos callejeros pudieran entrar.

Se hacía tarde, ya había invertido más tiempo de la cuenta en la tarea y debía ponerse con su trabajo. Así lo hizo. Unos minutos después llegó Elena.

—Ignacio, el olor es más fuerte que nunca. —Fue su saludo.

—Lo he notado también.

—Huele a perro muerto.

—Como siempre.

—Quizás hayan matado a alguno con veneno en un local cercano.

—Bueno, ponte con las octavillas de las elecciones, llevamos mucho retraso.

—Claro, ahora mismo. Me sirvo un café y empiezo.

Pablo llegó dos minutos después e hizo el mismo comentario que su compañera.

—Sí, huele horrible, ya lo noto incluso desde dentro del despacho.

—¿Y si llamamos a la Policía?

—Nos tendrán todo el día con preguntas, quizás nos atrasemos con las octavillas electorales y no podemos permitirnos perder ese contrato. Se tratará de un perro muerto, siempre hay varios perros abandonados por la zona.

—Pero hace años que huele así, y cada vez peor.

Ignacio se mordió la lengua, no podía hacer gran cosa cuando tenía tanto trabajo atrasado en la imprenta.

A las seis de la tarde, cuando sus dos empleados se marcharon, comenzó a dar vueltas al mismo asunto. Habían adelantado mucho con la tarea y el hedor persistía. Él iba a quedarse dos horas más, como siempre, enviando correos electrónicos a clientes para que supieran que todo iba siguiendo su curso, además de responder a demandas de trabajos futuros. Encontró pocas consultas de presupuestos, así que terminó antes de lo esperado y comenzó con la rutina de apagar el ordenador y las luces de la nave, aún entraba la claridad del atardecer por las ventanas, aunque estaban sucias por

llevar tres años sin limpiarse.

Y otra vez la sensación, el hedor, el recuerdo de su niñez…

«¿Y si no es un perro?».

Sacó el teléfono móvil de su bolsillo y marcó el número de emergencias.

Tomás llevaba patrullando sin incidencias desde que terminó de almorzar con Daniel, su compañero. Aún era pronto, pero ya miraban ambos el reloj para calcular los minutos que quedaban para el fin de la jornada. El turno de tarde no era tan jodido como el de la noche, pero siempre era mejor el de la mañana, no solía haber altercados y tenían toda la tarde libre para sus asuntos personales, y las noches para dormir o salir con los amigos.

Circulaban por el conocido como Barrio de la Peseta, al sur de la ciudad y cercano al centro comercial Islazul. No habían recibido un solo aviso en esas horas, así que solo pararon para amonestar verbalmente a varios chicos que circulaban por la acera con patinetes eléctricos y para comprar unos refrescos en un colmado. Entonces llegó la llamada de la central, informaban sobre un ciudadano que llevaba tiempo oliendo en las cercanías de su local como si hubiese un animal muerto.

A Daniel, cuando cortaron la conexión con la central, le pareció una pérdida de tiempo. ¿Ir a buscar el cadáver de un perro muerto?

—Es nuestro trabajo, nunca se sabe —dijo Tomás, y se puso en marcha hacia allí.

—¿Nunca se sabe? ¿Te refieres a un cadáver humano?

—No lo sé.

—Deja de ver películas y series de detectives.

—Oye, tío, es nuestro trabajo, es una llamada de la central y hay que ir. Si no quieres, llama al responsable y le dices que pasas del aviso.

—Vale, ya lo pillo, solo me desahogaba. ¿La A-42? Tendremos que regresar de nuevo para volver a casa tras dejar el coche en la comisaría.

—No protestes más, joder.

—Me estoy meando.

—Siempre te estás meando, deberías ir al urólogo.

—Eso es para viejos, además, no pienso permitir que me metan un dedo en el culo.

—Eso no lo hacen siempre, a mi padre se lo hicieron cuando tenía más de cincuenta años y para ver el estado de la próstata.

—Me da igual, no pienso ir.

—Pues yo no voy a parar para que mees en la cuneta, menuda

imagen, nos sacarán fotos desde los móviles en la carretera y las subirán a las redes sociales.

—Capullo.

Tomás no añadió nada, pero puso la sirena y las luces para poder ir más rápido y que su compañero orinase en la zona a la que iban, quizás el denunciante tenía un baño disponible.

Llegaron al cabo de unos quince minutos y encontraron al hombre en la puerta de una nave industrial, había un Audi blanco a su lado. El tipo parecía nervioso.

—¿Ignacio Fernández? —preguntó Tomás al bajarse del coche patrulla.

—Sí, los esperaba, han tardado mucho.

—¿Qué es lo que…? —Tomás no terminó la pregunta, se había percatado del hedor. Miró a su compañero y se cruzaron una mirada cómplice entre ellos.

—Es ese olor, viene de aquella nave —dijo Ignacio, señalando a la derecha.

—Quédese aquí, no se marche. —Y los dos agentes se encaminaron al origen de la denuncia, comprobando que se acrecentaba el hedor a muerte a medida que se acercaban al lugar.

Una vez frente a la puerta:

—Esto hiede más que un perro, aunque sea grande.

—Lo noto.

—Comprueba la puerta.

—Tiene un candado enorme.

—Demos una vuelta alrededor.

Y así lo hicieron, hasta encontrarse frente a frente.

—Has tardado mucho.

—He aprovechado para mear. No hay por dónde entrar.

—¿Y si el olor viene de la zona? Quizás haya un perro o una persona descomponiéndose cerca del local.

—Vayamos a ver.

Y se pusieron a ello durante casi una hora.

Nada.

—El olor solo puede venir del interior, tenemos que llamar a la central —dijo Tomás.

—Nos tendrán aquí hasta la madrugada.

—No pensemos en eso. No hay forma de que un animal haya entrado dentro de este local, pero el olor proviene de él, tenemos que avisar por si se trata de cadáveres de personas y no de animales.

—Joder, está bien, llama.

Tomás esperó la llegada de refuerzos durante casi una hora, lo que le pareció un año por las quejas constantes de su compañero y del denunciante, ambos querían marcharse a casa, pero era su labor

permanecer allí, como la suya propia. Ya era casi de noche.

Las luces parpadeantes llegaron y procedieron a romper el candado de la cerradura tras la orden de la fiscalía. El oficial al cargo del asunto rezó para que aquello no fuese una falsa alarma y encontrasen dentro el producto de una empresa dedicada a la taxidermia, pero no encontraron más que escombros y basura por doquier. No había luz en el interior y la noche no dejaba entrar nada más que oscuridad por las ventanas, así que esperaron otros veinte minutos a que se colocasen los focos.

—Nos queda una larga noche por delante, podéis marcharos, pero estad con el teléfono a mano por si os llamamos —dijo el oficial a los dos agentes y al empresario que había puesto la denuncia.

Seiscientos metros cuadrados de espacio ocupado por lo que parecía basura a los lados sobre un suelo de tierra. El hedor era insoportable, a pesar de un centenar de ambientadores de esos de supermercado que se ubicaban por doquier. Allí había algo que estaban tratando de ocultar, ¿quién había puesto esos ambientadores? ¿Un candado y cadena nuevos en un local que parecía abandonado?

Esther y Moretti habían llegado a casa para preparar la cena, ducharse y descansar tras una larga jornada resolviendo, o tratando de hacerlo, casos de esos que parecían fáciles, aunque no siempre lo eran.

—Vamos a tenerlo complicado con lo del anciano hallado muerto en su casa tras semanas sin que nadie tuviese contacto con él.

—Sí, no es lógico que sus vecinos y familiares no hayan denunciado su ausencia, además del olor que desprendía la puerta cuando hemos llegado, se extendía por todo el edificio y no es de recibo que no lo denunciasen antes, siento la reiteración.

—Eso no quita que pueda haber muerto de causas naturales.

—Es nuestro trabajo saber si eso ha sucedido o no, Esther.

—Entiendo.

El ciego se fue a duchar mientras ella preparaba algo ligero de cena en la cocina, esa noche no tenía ganas de explayarse, así que recalentó restos de las comidas pasadas y abrió una botella de un buen tinto reserva para compensar. Quizás hiciera una ensalada de acompañamiento.

Aún no había oído que Moretti terminase en el baño cuando sonó su teléfono móvil, quizás fuese su hermana mayor, Gloria, no habían hablado desde hacía días, desde la barbacoa familiar.

Pero era una llamada de la central, del recepcionista del turno de noche.

Hugo salió por fin del baño y se la encontró frente a la puerta, no la podía ver, pero sentía su presencia allí parada y en silencio.

—¿Esther? ¿Qué pasa?

—Tenemos que salir ya, quítate el pijama.

—¿Cómo? ¿La cena?

—La cena llegará después. Vamos, es algo importante.

—¿De qué me hablas?

—Te lo cuento durante el trayecto.

—¿Has llamado a África y a Fernando?

—Les he mandado un mensaje.

Así lo hizo ella, detallando lo poco que sabía, pero que era suficiente para comprender que se encontraban ante un caso importante. Moretti estuvo en silencio todo el tiempo, oyendo y cavilando sobre lo que podría suponer el hallazgo. África avisó como respuesta en un mensaje que iba a recoger en el Audi a Fernando para encontrarse con ellos en el lugar de los hechos, tardarían unos veinte minutos más.

Llegó la pareja de investigadores cuando ya había todo un circo montado: una docena de agentes de la científica con trajes blancos, otra docena de agentes de apoyo, luces azules por doquier, de las patrullas y de las ambulancias que retiraban cuerpos tapados.

—¿Es una broma? —murmuró Esther.

—¿De qué hablas?

—Hugo, esto es gordo, no paran de salir cadáveres.

—Otro caso de los difíciles, y nunca hemos llevado dos a la vez, eso sumado a los que tenemos que resolver de los supuestamente fáciles que nos da Simón.

—Hablando del rey de Roma…

—¿Cómo dices? ¿Simón está aquí a esta hora?

—¿Quieres apostar?

—Eso es hacer trampa, yo no puedo verlo.

Simón los recibió malhumorado, algo de esperar cuando se trataba de esas horas y tras descubrir algo que sería con total seguridad un grano en el culo de la comisaría que dirigía.

—No voy a disculparme por haberos hecho venir, ya que yo también estoy aquí en lugar de cenando en pijama. En esta nave industrial se están desenterrando cuerpos sin parar, algunos llevan varios años descomponiéndose, por ahora van ocho sacados y la cosa apunta a que seguirán apareciendo. Hay materiales como palas para enterrarlos y ambientadores domésticos para ocultar el olor, pero no están siendo efectivos a medida que nuestro homicida, u homicidas, han ido añadiendo más cuerpos y removido un suelo de tierra que tiene impregnado el hedor a muerte. Entrad dentro y hablad con Iglesias, que estará de los nervios. También ha venido Mariángeles, no se ha puesto el tinte esta semana y está también que trina, no la enfadéis más de lo que ya está.

Ellos asintieron en silencio y pasaron al interior de la nave tras ponerse las fundas en los pies y los guantes de látex. La forense estaba a pocos metros y hacia ella se dirigieron. El hedor era insoportable, más aún que estar presenciando una autopsia.

—¡Vaya! Mi pareja favorita.

—Tenemos el mismo sueño y ganas de cenar que tú, no te pases hoy, que está siendo igual de duro para todos.

—Tranquilo, Hache, no seré mala.

—¡No me llames Hache, joder!

—Los cuerpos no presentan señales de violencia —comenzó ella sin hacer caso al comentario de Moretti—, y se ve, por el estado de descomposición, que cada uno ha muerto con un tiempo de diferencia con respecto a los demás, eso indica que el asesino no los ha matado a la vez.

—Comprendo —dijo el exinspector.

—Hablaba con tu perro lazarillo.

Esther evitó la risa.

—Bien, Mari, dime algo más.

—No hay nada más hasta que analice la piel a conciencia, los restos entre sus uñas y los órganos.

—¿No tienes una opinión?

—¿Opinión? Uf, no se trata de golpes ni de muerte natural, eso último está claro por la forma de deshacerse de los cuerpos y que no haya marcas de violencia, así que pudo ser veneno o algún tipo de asfixia. Eso me llevará tiempo en mi oficina investigando.

—Comprendo, tendrás muchos cuerpos que diseccionar.

—Acaban de descubrir el noveno y la cosa apunta a que serán unos cuantos más.

Tanto Esther como su compañero se estremecieron con la cifra.

—Está bien, será una noche larga y complicada.

—Díselo también a los conductores de ambulancias, que no paran de ir y venir desde aquí a mis dominios. A saber cuántos cuerpos encontramos y si seréis capaces de lidiar con la prensa, seguro que alguno de los agentes los ha llamado a cambio de un par de billetes de cincuenta para que narren el caso del año en las televisiones, radio e Internet.

—Joder, no había pensado en eso.

—Moretti, relájate, nadie te pedirá una rueda de prensa.

—Muy graciosa. Te dejamos, creo que Iglesias nos dará más datos.

—Está a tu derecha, a veinte pasos. No lo puedes ver, pero Esther te llevará a su lado en cuanto localice al astronauta que le queda el traje blanco ajustado en la cintura y que camina con la leve cojera típica por un ataque de gota. Es lo que tienen los días de humedad en Madrid.

—Gracias por el dato. Por cierto, no puedo verte, pero sí percibir por el olfato que llevas el cabello sucio, ¿no te ha dado tiempo a teñirte y lavarlo?

—¡Que te jodan, Hache!

Moretti reía aún tras haber contactado con Gonzalo Iglesias, responsable del departamento de Criminalística. Esther lo llevó del brazo sin reñirle, como había hecho en ocasiones anteriores, tras su típico cruce de palabras con la forense.

—¿Esther, Hache?

—¿Tú también? Me cago en…

—Vale, vale… Ya veo que vienes de hablar con Mari.

—Sí, ¿qué tienes para nosotros?

—Ya te lo habrá dicho Esther, esto es una locura; hemos cavado en la mitad de la nave y no paran de salir cadáveres, a saber si todo el local está sembrado de cuerpos, eso sería récord histórico en el país.

—Y en el continente, te lo aseguro.

—Tenemos las documentaciones de los cadáveres, están metidas en bolsas de plástico para analizar, es el montón de allí —le dijo a Esther señalando con el dedo.

—¿Pisadas, huellas, pelos?

—Hay de todo, pero están por analizar, como comprenderás.

—Dale máxima prioridad.

—No hace falta que me lo pidas, ya lo ha hecho el comisario.

—¿Tienes mentol? Me estoy mareando, pues no he cenado.

—Mariángeles seguro que lleva.

—Prefiero no volver a hablar con ella, está de un humor de perros.

—Lo he comprobado.

—Esther, pídele el mentol y luego ve a comprobar las documentaciones.

—Claro.

La chica se marchó a cumplir con la orden, aunque Moretti no era su superior, todo lo contrario, pero sabía que eso los ayudaría.

—Gonzalo, ¿qué coño ha pasado aquí?

—Eso te toca descubrirlo a ti, a tu equipo. Yo solo veo un cementerio, aquí han enterrado a personas para tapar un delito, y te garantizo que no ha sido el robo, porque llevan relojes, cadenas de oro al cuello y dinero en las carteras. El asesino o ellos no querían más que hacerlos desaparecer.

—Es extraño…

—No te voy a decir que busques al dueño del local, eso ya lo has pensado tú.

—Claro.

—Siento el detalle, pero es que llevo a un investigador de Homicidios frustrado dentro.

—Ja, ja, ja, no me vengas con esas. Eres el mejor en tu trabajo.

—Pero solo descubro pelos, escamas de piel, huellas y esas cosas, me gustaría finalizar un crimen, me refiero a resolverlo, no a cometerlo.

—Te he entendido.

Esther llegó con el mentol y untó a Hugo bajo la nariz de forma generosa, ella ya se había puesto una buena cantidad también para estabilizar su estómago. Y se marchó en silencio a rebuscar entre las identificaciones archivadas de las víctimas.

—Gonzalo —continuó Moretti con la conversación—, ¿qué más piensas sobre lo que has visto?

—¿Me lo preguntas en serio o es una de tus bromas?

—Te lo pregunto totalmente en serio.

El responsable de Criminalística observó al exinspector durante unos segundos, luego contempló la panorámica a su alrededor.

—Esto es obra de un loco o de alguien que tenía alguna cuenta pendiente con las víctimas, aunque es raro que los haya matado y enterrado con meses de diferencia entre ellos.

—Siempre es así.

—¿Cómo dices?

—Que siempre se trata de un loco o de alguien con una cuenta pendiente con la víctima. El tercer motivo para enterrar un cadáver es que hayas matado sin pretenderlo, que se trate de un accidente, pero no alquilas o compras una nave industrial para enterrar a una decena de personas que puedas matar en accidentes.

—Comprendo. Gracias por la lección.

—Es gratis. Voy a ver a Esther, indícame dónde está o guíame hasta ella.

—Claro. —Y eso último hizo Gonzalo.

La chica ya había revisado tres carteras y estaba con la cuarta.

—¿Esther?

—No te lo vas a creer.

—Son los desaparecidos del caso de Aurora que seguimos.

La chica levantó la mirada hacia su compañero con la boca abierta.

—¿Cómo sabes…?

—Psicología. Ya te he dicho que se aprende con este trabajo. Está bien, lo he adivinado por tu tono de voz, ese «no te lo vas a creer» indica que se trata de algo que ya sabemos o investigamos, y algo así, de esta magnitud, solo puede significar eso.

—Pues sí, son los desaparecidos.

—Después de todo, quedarnos sin cenar y casi sin dormir esta noche no será tan grave si sabemos que no tendremos dos casos difíciles, sino que avanzamos en el mismo.

—Es una forma macabra de definirlo.

—¿Esperabas que los desparecidos apareciesen de repente en paraísos tropicales?

—No, claro que no, ya lo sabes, aunque tampoco enterrados todos juntos en un local a pocos kilómetros de casa.

—Nunca se sabe dónde se hallará el cadáver buscado, tampoco dónde se encontrará la pista que nos llevará a descubrir la solución.

—No será aquí, ¿verdad?

—No lo descarto, hay muchos cuerpos y pueden encontrarse pistas. Estoy abierto a todo, aunque tú y yo no avanzaremos mucho esta noche. Vámonos a casa y esperemos a que Forense y Criminalística nos den resultados en las próximas horas y días. Estoy cansado.

—Yo también.

África y Fernando llevaban pocos minutos por la zona, aunque no podían hacer más que esperar para acercarse a Esther y Moretti y preguntar de qué iba todo aquello. Ellos compartieron lo averiguado y África se mostró muy entusiasmada con el avance en el caso.

Un agente llegó corriendo hacia ellos, se detuvo en seco y esperó hasta que ellos le dirigieron la mirada.

—¿Sí?

—Hay un hallazgo desde la central.

—Pues dilo, no te quedes ahí pasmado —le dijo Moretti.

—El local está alquilado desde hace cinco años a una tal Irene Contreras.

Esther miró a Hugo, este no movió un músculo. Ya lo esperaba.

—Esther, quédate hasta que saquen todos los cuerpos, yo me voy a casa.

—¿Cómo dices?

—Ya me has oído.

—No puedes…

—No puedo darte órdenes, pero lo harás.

—¿Por qué?

—Porque quiero que te quedes aquí hasta que saquen el cuerpo de Irene.

—¿Estás seguro de que eso ocurrirá?

—Apostaría todo lo que tengo.

—Yo me quedo contigo —dijo África.

—Yo también —apuntó Fernando.

Y Hugo se marchó en un coche patrulla conducido por un agente.

Paso en falso de África

El agente Fernando Costa veía salir otro cuerpo hacia la ambulancia. Le impactaba la escena, tanto el despliegue que allí había como el silencio, a modo de respeto, que se percibía por todo el lugar y entre los agentes de la Científica y Forense; también las luces parpadeantes azules que se filtraban al interior del local desde la puerta y los ventanales rotos, imposibles de ocultar por la luz blanca e intensa de los focos de la Científica. Los agujeros en el suelo por doquier… aquello parecía un cementerio que hubieran decidido cambiar de ubicación tras sacar de sus tumbas a los inquilinos. Pero el hedor… eso no lo olvidaría nunca, era tan nauseabundo que le provocaba mareos.

—Toma.

Se sobresaltó al oír la voz de África, había aparecido a su lado con algo en la mano que ahora tendía hacia él.

—¿Cómo?

—Ponte mentol bajo la nariz o acabarás vomitando o mareado.

—Gracias. —Tomó el tarro y el olor del reactivo hizo milagros en su mente, se sentía más lúcido que nunca de repente; incluso recuperó el equilibrio por completo.

—Guau.

—¿Nunca lo habías usado?

—Tengo que reconocer que en la academia, cuando visitaba el Anatómico Forense y contemplaba cadáveres de los que tienen allí para los alumnos de la Policía, nunca vi o sentí algo tan intenso como ahora. Esto es una locura.

—Lo sé, lo estoy sintiendo también.

Fernando miraba en todas direcciones sin posar la vista definitivamente en un punto.

—¿Cuántos cuerpos más saldrán?

—¿Quién sabe? Aquí estaremos hasta que aparezca el de Irene Contreras.

—¿Estás segura de que eso sucederá?

—Confío en el instinto de Moretti, sé que no se equivoca nunca, eso me lo ha dicho Esther y ella no suele dar mérito a otros sin motivo.

—Eres muy amiga de ella.

—¿Cómo dices?

—Quiero decir que has hecho buenas migas con la subinspectora.

—Algo así. La admiro, ha sido capaz de demostrar su valía cuando todos la tenían por un estorbo o una policía que obtenía sus logros a base de engaños a inspectores. Cuando nadie daba nada por ella, ha demostrado unas aptitudes excepcionales. También me sorprende Hugo, tras quedarse ciego, ha podido regresar y ser tanto o más útil que antes, cuando era el mejor inspector de Homicidios. Si Hugo dice que aparecerá el cuerpo de Irene y Esther confía en eso…

—Está claro, el cuerpo aparecerá.

—Me alegra saber que piensas como yo. Si quieres, luego podemos ir a desayunar antes de redactar un informe breve para ellos.

—No sé, estoy muy cansado y, si sale el cuerpo de Irene, habrá mucho trabajo mañana.

—Claro, no podemos descuidar el caso.

Fernando se apartó para hacer lo mismo que ella: averiguar si salían más cuerpos, registrar los nombres y demás datos de sus documentaciones y observar el coordinado baile que se reproducía a su alrededor, como una orquesta que seguía las órdenes del director y cada instrumento era tocado de la forma perfecta. Técnicos de la científica excavando, otros sacando cuerpos encontrados y llamando a la forense; los chicos de Mariángeles analizando y tomando datos; los efectivos de Gonzalo Iglesias buscando entre las uñas de los cuerpos y sacando muestras de cabellos, fibras y otras pruebas para meter en bolsitas de plástico; los enfermeros llevando los cuerpos a las ambulancias, que no paraban de ir al Anatómico y regresar con sus sirenas a todo volumen. África se quedó durante unos largos minutos observando el ballet perfectamente ensayado y ejecutado que tenía ante los ojos. Era hipnótico, nunca antes había visto algo así ni imaginado que pudiera ser testigo de una escena tan macabra como bella en cuanto a lo que significaba el buen trabajo de sus compañeros.

Mariángeles le dio una voz, ella no la oyó, seguía ensimismada. La forense volvió a gritar y por fin África reaccionó al ver que no paraba la mujer de hacerle aspavientos. La chica corrió hacia el lugar y llegó al mismo tiempo que Gallardo, que había permanecido fuera de la nave haciendo llamadas de teléfono a la central.

—¿Qué tienes? —preguntó la subinspectora.

—Este cadáver solo lleva unos días enterrado.

Esther y África miraron el cuerpo, estaba cubierto de tierra, pero se observaban claramente sus rasgos faciales, parecía a punto de abrir los ojos y darles un susto a todos. Una anciana con los ojos cerrados en mitad de un agujero de menos de un metro de profundidad. Un lugar que nadie elegiría para terminar de una forma violenta, tampoco apacible, alejada de amigos y familiares, de una tumba o nicho al que pudieran ir a rezar cada años sus seres queridos; como si esas personas

no los tuvieran, como si fuesen desechos a los que arrojar al olvido en un agujero del suelo de una asquerosa nave industrial abandonada tras cumplir con la función que un despiadado asesino hubiera planeado.

Gallardo reconoció a la anciana en el acto.

Era el cuerpo que llevaba menos tiempo allí, así que Esther, en un impulso, le pidió a la forense que empezase con él al día siguiente en las autopsias.

—¿Por qué me pides eso?

—No lo sé, supongo que por alguno habrá que empezar y esta mujer tenía un vínculo con la supuesta asesina, quizás sea con la que más probabilidades tenga de haber cometido un error.

—Puedo empezar con cualquiera, pero lo haré por este cadáver si me lo pides, pues a mí me importa poco comenzar por uno u otro.

—Gracias.

Fernando ya había llegado a su lado, lo había oído todo sin decir una palabra.

—Chicos, me marcho a casa, haced lo propio.

—Está bien —dijo África tras lanzar una mirada a Fernando— ¿Has averiguado algo, Esther?

—No, el turno de noche va muy lento y hay mucho que investigar, además de llamar a los familiares de cada víctima. Mañana será un día de perros.

—Por si eso no fuera suficiente —apuntaba Fernando—, me dice Iglesias que por ahora no hay huellas de pisadas ni dactilares. Quien haya hecho esto ha usado siempre guantes y las mismas fundas de zapatos que nosotros ahora.

Las dos chicas no apuntaron nada a ese dato, casi como si lo esperasen.

Y llegó la prensa, solo un furgón; alguien de allí había dado el soplo a cambio de unos euros y ahora la cosa se pondría caliente. La prensa siempre llegaba con la intención de cumplir su tarea de informar, pero desde el punto de vista de los investigadores solo provocaban malestar con sus preguntas, presión por resolver el caso, mentiras disfrazadas de verdad por parte de reporteros y presentadores de televisión. África llevaba muy poco en Homicidios, pero le había bastado el caso anterior para comprobar que un caso mediático se convertía en una pesadilla.

—¿Los has visto?

—Sí, ya tienen incluso la cámara de vídeo encendida.

—Vámonos antes de que nos molesten.

Tras marcharse Esther, Fernando subió al asiento del acompañante del coche de África, aparcado entre las patrullas y ambulancias, y partieron hacia la casa de Fernando en silencio mientras se observaba

al fondo, en el cielo, la claridad del amanecer llegando sin haber avisado.

—Vaya noche de locura —dijo la chica para romper el hielo.

—Sí, estoy molido, no sé si podré dormir algo antes de entrar mañana a las ocho y media en la comisaría.

—Lo mismo te digo. Vaya noche… Pero hemos avanzado en el caso, es lo importante.

—Sí, claro.

—Mañana indagaremos en la vida de Irene Contreras, en sus cuentas corrientes, sus amigos, su últimas actuaciones; lo haremos de nuevo.

—Es el procedimiento.

—Te veo algo distante.

—Solo estoy cansado.

—Vale, pronto descansarás.

—A ver si puedo, vaya locura de caso.

—Sí… Yo también estoy que no me tengo en pie.

—Trata de dormir.

—Gracias por preocuparte.

—¿Cómo?

—Ya casi hemos llegado a tu casa.

—¿Eh? Sí. Gracias por llevarme y traerme.

—Para eso están los compañeros, y los amigos, ¿no?

—Claro. Hasta mañana —dijo el agente como despedida antes de accionar la maneta de la puerta del coche.

—Espera. —Solo fue un impulso, algo que no había planeado, o quizás sí, no sabría definirlo en ese momento. Se acercó para darle un beso en la boca a Fernando y este se apartó en el último instante. La situación se volvió incómoda para los dos, que se miraban con asombro.

—Tengo que… tengo que irme.

—Claro, perdona. Quiero decir… ya nos vemos mañana.

—Sí, mañana…

Y África vio cómo el chico se marchaba del coche para desaparecer tras la puerta del edificio y sin haberse dado la vuelta para mirarla. La calle estaba desierta a esa hora y la luz del amanecer ya casi haría eclipsar las de las farolas de la ciudad. Le costó un eterno minuto volver a arrancar el motor del coche, le temblaban las manos y no sabía qué pensar tras lo ocurrido.

«Dios mío, qué vergüenza, no podré volver a mirarle a los ojos nunca más», se dijo a sí misma. «¿Podría pedir que destinasen a Fernando a otra comisaría? ¿Quizás yo acabase en otro lugar? ¿Tal vez Esther…?».

Y la llamó en un impulso.

Se quedó mirando el teléfono móvil entre las manos, aparcada aún con el motor encendido enfrente de la casa de Fernando, como si hubiese hecho una gamberrada de la que sabía que la iban a descubrir tarde o temprano.

«No, lo siento, no debí llamar, son las seis y media, joder, qué locura».

Fue a pulsar el botón rojo cuando descolgaron desde el otro lado.

—¿África?

«Mierda, demasiado tarde».

—¿Esther?

—Claro, me has llamado. ¿Ha pasado algo?

—No… no sé… No debí molestarte, necesitas descansar también.

—No me dejes con la intriga, ¿para qué me has llamado? Nos hemos despedido hace solo veinte minutos.

—No es por el caso, no es un tema de trabajo, te lo puedo decir mañana.

—¿De qué hablas? Vamos, dilo.

—No te lo voy a repetir, ahora no podré dormir si no me lo cuentas.

Esther oyó suspiros profundos al otro lado, como si África estuviera reuniendo el valor para hablar.

—Es Fernando.

—¿Qué ha pasado con él?

—Nada, solo es que… he intentado besarlo.

—Joder, te ha rechazado el beso.

—Pareces adivina.

—Deja que me lave los dientes, estoy contigo de nuevo en un minuto, sigue hablando.

—No sé qué más contarte, debería irme a casa, pero estoy parada con el motor en marcha frente a la casa de Fernando. ¿Crees que…?

—Sal de ahí, vete a casa a ducharte y cambiarte, nos vemos en una hora en la comisaría, tampoco es que vayamos a dormir mucho a estas horas de la mañana.

—No quiero…

—Deja de decir tonterías. Obedece.

—Pero…

—No cortes la comunicación, salvo cuando estés en el baño duchándote, quiero seguir hablando contigo.

—Me queda un largo trayecto para llegar a mi casa y ducharme, no quiero ocuparte con mis tonterías.

—Sigues pensando en Fernando, como me has dicho en varias ocasiones antes.

—No debí ilusionarme con él.

—No digas eso. No escucho el motor de tu coche. Vamos, tienes

cosas que hacer.

—Sí, es cierto. —La agente salió del lugar por fin y puso rumbo a su casa. —Ya salgo, voy de camino.

—No me digas de nuevo lo que ha pasado, dime lo que has sentido.

—Me siento como una estúpida.

—Que no te haya correspondido no significa que seas una estúpida. Te habías hecho ilusiones.

—Ya lo sabes.

—Las ilusiones están ahí, no se pueden obviar, no puedes mirar para otro lado, son las expectativas que te habías hecho. Fernando no las ha cumplido.

—En absoluto.

—Bueno, piensa que eso es cosa tuya, es lo que tú habías pensado que pasaría, pero no ha pasado.

—¿Se supone que tratas de ayudarme?

—Claro que sí, siento si crees que no lo hago, pero no puedo cumplir con tus deseos. Deseabas que él te correspondiese, pero no lo ha hecho, es lo que tienes que asumir. El dolor que sientes ahora es tan grande como el deseo que tenías hace horas de realizar tus metas. Te has marcado un futuro irreal, creado a partir de sueños, y ese futuro ahora no se muestra como lo habías diseñado.

—Lo sé.

—Sé que lo sabes.

—Qué fría y directa eres, joder.

—Sé que no es lo que esperabas de mí, querías que te consolase con frases tipo «Fernando no vale tanto como tú», «ya encontrarás a un chico que vea cuánto vales» o «Ya verás que insistiendo logras que se enamore de ti», pero una cosa es lo que quieres oír y otra lo que necesitas oír.

—Qué sabia eres, cómo te envidio.

—Deja de decir tonterías, nunca he tenido para mí esos consejos.

—¿Qué puedo hacer, Esther?

—Pues vivir, seguir adelante. No se consiguen todas las metas que uno se propone. El futuro que uno planifica siempre es positivo, pero no todos los pasos que damos o todos los deseos que tenemos se cumplirán, aprende a vivir con ello. Lucha por tu futuro junto a Fernando, aunque este no se presente finalmente, o déjalo pasar y busca otros. No sé qué más decirte.

—¿No tienes más consejos?

—¿A estas horas de la mañana y sin apenas haber dormido? Pues no.

—Vaya.

—Es que me pillas con el cerebro al mínimo, siento no serte de

más ayuda hasta que me tome un café bien cargado.

—Claro. Soy yo la que siente ser tan egoísta.

—No, no te lamentes, es que estoy medio dormida, y eso que el hallazgo de esta noche es para quitar el sueño a cualquiera, una auténtica locura lo que esconde esa nave industrial; pero, al menos, hemos podido dar un paso más en el caso; ha sido un buen golpe de suerte.

—Irene Contreras apareció, como augurasteis Moretti y tú. Aparecieron todos los desaparecidos. Sí, el caso avanza.

—Me alegra saberlo, pero lo de Fernando es algo que te ocupa toda la mente ahora.

—Siento decir que sí.

—Te ayudaré en lo que pueda.

—Ya lo haces, ya lo has hecho.

—No creo que eso haya sucedido. Tengo que ponerme con la psicología y ayudarte.

—Eso es secundario, Esther.

—Para ti no.

—Ya hablamos de eso en una hora. Voy a ducharme.

—Yo también, pero no dejo de pensar en eso, quieres tener una amiga cerca, lo intuyo.

—Chica lista… me siento fatal.

—Estoy a tu lado. Dúchate si has llegado a casa, tómate un café bien cargado y nos vemos en la comisaría. A ver si has aclarado la mente.

—Eso espero.

La vida de un policía, sobre todo de un departamento como Homicidios, es lo más parecido a sentirse eternamente un estudiante universitario, uno que sale los jueves por la noche y va a clase a primera hora del viernes sin apenas haber dormido. Dormir se convertía en un lujo, igual que tener un fin de semana libre o más de cinco días seguidos de vacaciones. Los criminales no descansaban, así que tampoco podían hacerlo ellos. Eso lo enseñaban los profesores de la academia, pero no parecía tan duro como era luego experimentarlo durante años y décadas.

África fue a buscar a Hugo y Esther esa mañana, había decidido no dormir y mantenerse medianamente lúcida a base de café y pensamientos que la hacían parecer cada vez más patética a sus ojos. La pareja solía ir a la comisaría en el coche de Gallardo o en taxi, pero se encontraron con la sorpresa. Esther le lanzó una mirada cómplice a la agente en cuanto la vio. Moretti se percató de que algo pasaba al notar el silencio durante el trayecto.

—¿Ha pasado algo? —preguntó el ciego.

—¿Algo?

—Estáis muy calladas.

—Solo el descubrimiento de la anciana entre los cuerpos.

—No me refería al caso, los hallazgos en los casos no provocan estos silencios. ¿Y por qué no está Fernando en el coche? ¿Por qué has venido solo a por nosotros?

Esther sonrió.

—No se te escapa una. A un buen policía no se le puede ocultar un dato.

—No me regales el oído, África. Si es algo personal, pues solo dilo y no me inmiscuyo.

—No es nada, solo que no he dormido y estoy muy cansada.

—¿Sabes que detecto las mentiras?

—Es la verdad, no he dormido y estoy cansada.

—África, ya sabes que me refería a que hay algo más, ese algo es lo que no te ha dejado dormir. Soy ciego, no estúpido.

—Lo siento, no quería…

—Ya compruebo que es algo personal, basta con que me digas eso, no hace falta ni mentir ni pedir disculpas. África, tu vida es tuya y la compartes con quien deseas. Por cierto, me alegro de que confíes en Esther para esos menesteres, ahora comprendo que la llamada de anoche que nos despertó fue tuya. Esther te ayudará mucho, es buena psicóloga, aunque tendrás que lidiar con lo directa y fría que se muestra a la hora de dar consejos.

—Ya lo he comprobado.

—Bien, pues aclarado el enigma, espero que esta mañana nos centremos todos en avanzar con el caso y luego, cuando llegue la hora del almuerzo, os vayáis solas a hablar de temas personales. Yo comeré con Simón o cualquier inspector.

—Pareces enfadado.

—En absoluto, Esther, te lo aseguro. Solo quiero que todo siga su curso, tanto el caso como el asunto personal que tenga África en este momento, que ambas cuestiones se solucionen. Para avanzar en la vida hay que seguir dando pasos y dejar atrás tanto los casos como lo que nos afecta en nuestra vida de forma íntima. Doy por sentado que la llamada de anoche fue por algo muy íntimo, lo percibo en el ambiente ahora. Estas son cosas que van quedando en el olvido, o que forman parte de las experiencias de las que todos aprendemos.

—No te equivocas.

—Me alegra saber que no he metido la pata.

Llegaron a la comisaría y África dejó el coche en el aparcamiento interior, en silencio, meditando si no debía compartir con Moretti su «problema» con Fernando, pues el exinspector la había oído y apoyado

en su asunto anterior durante el caso en el hotel del fantasma. Quizás más adelante, si es que seguía obsesionada con su compañero.

En el despacho compartido por Moretti y Esther, comenzaron con la búsqueda del contrato de alquiler de Irene Contreras del local, claramente efectuado por la que ya consideraban una asesina y no sospechosa. Encontrar a la tal Aurora era su principal tarea, pues se trataba sin duda de la pieza que faltaba para terminar el puzle.

Fue fácil dar con la propietaria, una tal Dolores Macías que atendió al teléfono con amabilidad, también con preocupación cuando se enteró que había un caso de homicidios tras su propiedad. No hacía falta verse con ella en persona, dio todos los datos y documentos del alquiler por mensaje electrónico, aunque solo aparecían el nombre y el número de cuenta de Irene. La mujer no recordaba mucho a la chica con la que había concretado el acuerdo, no lo suficiente como para un retrato robot, solo que era de unos veinticinco años, atractiva, morena, delgada, de metro setenta y poco y segura de sí misma, elegante y con modales. No podía dar más datos, ni rasgos faciales que la diferenciasen del resto ni marcas, tatuajes o cicatrices. Solo vio a la mujer durante unos minutos cinco años atrás.

África y Fernando se habían repartido la tarea de buscar a otros propietarios de los locales cercanos, por si alguno había visto llegar a la chica que buscaban, o un coche aparcado frente al local. Ninguno de ellos había coincidido nunca. Era lógico, la asesina iría de noche o durante la madrugada a ocultar los restos de sus crímenes enterrando a las víctimas. Esos locales tenían cámaras de seguridad en las fachadas, pero apuntaban hacia sus puertas, no hacia el local que les interesaba a los policías.

Habían encontrado los cuerpos, pero no tenían el paso más que necesitaban para acercarse a la identidad de la asesina.

—Esther.

—Dime.

—¿Crees que Irene le pudo decir a alguna vecina de confianza los apellidos de Aurora?

—Es posible, aunque la gente no suele hablar de los seres queridos mencionando más que el nombre de pila.

—Lo sé. Es por aferrarme a algo. Quizás Irene dijo la dirección de la casa de Aurora a sus amigas cuando trabajaba en ella como asistenta.

—Eso es más probable, puedo ir y presionar un poco más, aunque ya lo hemos hecho sin resultados.

—Estaría bien, no tenemos otra vía para avanzar.

—¿Los extractos bancarios?

—Si te refieres a que Irene cobrase sus servicios por transferencia, ya te garantizo que no se suele pagar al personal de servicio de otra

forma que en efectivo, aunque luego los ingrese en ventanilla en el banco.

—Lo había pensado, pero lo comenté por si hubiese una excepción en este caso.

—Indaga un poco más en la cuenta de la anciana, pero poco hallarás y tardarás varios días.

—¿Tanto?

—Si Irene cobró por transferencia alguna vez de sus clientes, esos datos estarán en los más profundo de los archivos informáticos de los bancos, ya que han pasado muchos años desde que se jubiló. Tendrás que llamar al banco y enviar una orden judicial, pídesela a Simón lo antes posible.

—De acuerdo, aunque no sé si merecerá la pena tanto tiempo de espera y tantas horas mirando extractos cuando las posibilidades de que haya recibido pagos por esa vía son tan remotas.

—Ve con África a preguntar a las vecinas de Irene, luego id a comer y usa todo ese tiempo para barajar también si merece la pena indagar en las cuentas.

Esther asintió y se marchó para ir a la mesa de África.

Una idea

Esther volvió a visitar a María Auxiliadora, la anciana que vivía en el piso de arriba de Irene Contreras, esta vez no iba acompañada por el comisario, sino por África, que condujo el coche sin decir una palabra. Durante el trayecto, la subinspectora le preguntó los motivos de su silencio, ella respondió que no sabía de qué hablar.

—Entiendo que quieres aprovechar que vamos solas para seguir con el tema de Fernando, pero lo consideras inoportuno porque estamos trabajando.

—No se te escapa nada.

—Pues durante el almuerzo ya abordamos el tema, ¿te parece?

—Claro, perfecto.

—No es que no me importe lo que te preocupa, solo que debemos hacer caso a Hugo y centrarnos en el trabajo.

—Lo sé, hay tiempo para todo.

María Auxiliadora llevaba la misma ropa, una bata marrón que tendría más de veinte años; apostaban las dos chicas que debajo el pijama no sería más actual.

—Buenos días, siento molestarla de nuevo, pero tenemos que hacerle más preguntas.

—¿Más? Si es que yo no sé nada de esa chica que venía a visitar a Irene.

—Quizás con calma pueda recordar sus apellidos.

—No recuerdo que ella lo dijera, nunca la oí decir más que Aurora.

—Es muy importante, no la molestaríamos de no ser así.

—¿Y por qué no le preguntan a Irene?

Esther miró a África durante un segundo y regresó a la anciana.

—Bueno, esto es complicado… Irene ha fallecido.

La mujer se sorprendió hasta el punto de perder el equilibrio y necesitar que las dos chicas la sujetasen y luego la llevaron con cuidado al salón para sentarla en el sofá.

Tras unos minutos tratando de calmarla, la anciana volvió a la conversación.

—¿Cómo es que…? ¿Muerta? ¿Cuándo ha sido? La vi hace poco. No he visto llegar a los de la funeraria, ¿dónde se hace el velatorio?

—Tranquilícese, por favor. Irene no ha fallecido en su casa, ha sido encontrada a las afueras.

—¿Las afueras? ¿En Guadalajara o Segovia?

—No tan lejos, pero eso no importa ahora. Necesito que se calme

un poco más, ¿quiere que le preparemos en su cocina una tila o le traigamos algún calmante que tenga entre sus medicinas?

—No, no quiero nada.

—¿Por qué ha dicho antes lo de Segovia o Guadalajara? ¿Tenía Irene familiares o amigos allí?

—No, creo que no, pero yo sí y he pensado… ¡Dios mío, qué tragedia!

—Sabemos que algo así es trágico y que la afecta como amiga y vecina de ella durante tantos años, pero es de vital importancia que trate de recordar los apellidos de Aurora.

—No los recuerdo… es la verdad, solo la llamaba así o «mi niña». ¿Por qué es importante saber sus apellidos?

—Eso no podemos decírselo. Digamos que es importante para avanzar en el caso.

—¿Importante? ¿El caso? ¿Qué tiene que ver Aurora con la muerte de Irene?

—Quizás nada, quizás todo. Aurora era la que tenía la relación más estrecha con Irene, pero no podemos contactar con la chica si no tenemos sus apellidos.

—Pues no los sé, no recuerdo haberlos oído nunca.

—¿Sabe si los padres de Aurora pagaban sus servicios como asistenta en metálico o por transferencia?

—¡Uy! ¿Cómo iba a saber eso yo?

—Claro. ¿Y con otros clientes? ¿Le dijo alguna vez Irene que cobrase por el banco su trabajo?

—No recuerdo eso tampoco.

—Pues muchas gracias por su colaboración.

—¿Ya se marchan? ¿Dónde puedo ir a ver a Irene?

—Está en dependencias oficiales, su entierro se pospondrá unos días.

—¿Unos días?

—Intentaré llamarla para que vaya a velarla.

—Por favor, no te olvides, me gustaría despedirme de ella.

—Lo entiendo, la llamaré.

Esther tuvo en ese momento una idea, más bien un pálpito, sería de gran ayuda al caso vigilar de forma discreta el velatorio de Irene, quizás apareciese su asesina; solo tenían que publicar esquelas en todos los periódicos con la información sobre el lugar y día del sepelio. Aurora la había matado para ocultar sus movimientos, eso era incuestionable, pero la asesina parecía querer a la anciana, por eso la visitaba a menudo y le enviaba dinero para subsistir; quizás el sentimiento de culpabilidad provocase el error que todo asesino comete para ser descubierto, tal vez Aurora se dejase ver por el velatorio o el entierro y pudiese atraparla.

Se despidieron de María Auxiliadora y fueron a la segunda planta, en la que llamaron a la puerta de enfrente de Irene. La vecina por fin les abrió la puerta.

—Ya pensábamos que no habría nadie en la casa.

—Las he observado por la mirilla, no me gusta abrir si no reconozco a quien llama.

—Estuve aquí hace unos días.

—Sí, recuerdo tu cara, aunque venías con un viejo.

—Ahora es una compañera. Tenemos que seguir hablando de Irene.

—Ya dije que esa buena mujer no ha hecho nada ni está metida en tema de drogas.

—Dudo que lo esté ahora, pues ha muerto.

Un minuto en silencio para que la mujer asimilase la situación.

—¿Cómo que ha muerto?

—¿Podemos entrar en su casa para hablar más cómodamente?

—Claro… pasen. ¿Cómo ha…?

—Ha sido encontrada muerta.

—¿En casa? No hemos visto nada.

—No, ha sido algo lejos. ¿Desde cuándo no la ve?

—Creo que hace unos pocos días, desde que vinieron ustedes por primera vez y luego hablamos de lo que podía estar pasando.

—¿Qué le dijo su vecina? —preguntó Esther cuando ya se sentaban en el salón.

—¿Decirme?

—Sobre lo ocurrido, sobre nuestra visita para preguntar por su amiga Aurora, ya sabe, la chica que solía visitarla a menudo.

—Le pregunté sobre eso, pero me dijo que no sabía nada de ella desde hacía mucho tiempo.

—Nos consta que Aurora seguía manteniendo contacto con Irene, aunque no viniera a verla personalmente. El nivel de vida de su vecina dependía del dinero que Aurora le pasaba cada mes.

—Yo no sé nada de eso. El dinero que Irene recibiese era cosa suya.

—¿Está diciendo en serio que nunca le habló de esa ayuda o del trato que mantenía con ella? Comparten el rellano de la escalera, se conocen desde hace muchos años, ¿seguro que no sabe nada más? Esto no es un cotilleo, se trata de algo serio, de la muerte de Irene.

—No estaba metida en drogas, se lo aseguro. Cuando se vive en este barrio durante tantos años, se saben esas cosas. A casa de Irene no iban camellos ni toxicómanos.

—No hablamos de drogas, no estamos aquí por ese asunto.

—¿Entonces?

—A Irene la han matado.

—¿Cómo ha dicho?

—Ya me ha oído. Ha aparecido muerta a las afueras.

—¿Es lo de esa noticia de más de diez personas encontradas muertas en una nave industrial a las afueras que vi anoche y que ahora todos dicen en la tele?

—Siento decirle que sí.

África miró a Esther de soslayo, aunque la subinspectora no pudiera percatarse del detalle. Se acababa de extralimitar, no podía contar esos datos porque podrían acaba en la prensa en pocas horas; pero necesitaba que la vecina fuese más participativa; quizás la mujer no daba datos esenciales por el mutismo entre amigas y ante las preguntas de una extraña que llevaba una placa de la Policía en un barrio donde los del Cuerpo no seran bien recibidos.

—¡Dios bendito!

—Por favor, necesitamos toda la ayuda posible. ¿Sabe los apellidos de Aurora? Es de vital importancia.

—¿Esa chica es la asesina?

—Solo puedo decirle al respecto que existe la posibilidad de que así sea.

África volvió a mirar a Esther, la agente estaba alarmada, su amiga estaba dando más datos de los que estaba autorizada a dar. Se iban a meter en un buen lío en la comisaría.

—¿La niña de Irene su asesina? Eso es imposible.

—Ojalá sea así, eso queremos todos, pero no podemos avanzar en la investigación y descubrir quién ha matado a su vecina y amiga sin contactar con Aurora. ¿Seguro que no recuerda sus apellidos?

—No sé… creo que García o Sánchez, no estoy segura, no lo recuerdo con claridad.

«Mierda, ya podrían ser apellidos menos comunes».

—¿No lo recuerda con más exactitud? Piense en las conversaciones con su vecina, quizás le llegue el momento en el que le dijo ese apellido con más claridad.

—Quizás fuese Sánchez, sí, era Sánchez.

—¿Se lo dijo junto al nombre de Aurora? ¿Tal vez se lo dijo con el de sus padres, los clientes que tenía en la casa que limpiaba?

—No, no recuerdo nada más, hace muchos años que Irene no limpia… no limpiaba casas. Pero sí que creo que era Aurora Sánchez.

—Pues muchas gracias por su ayuda.

—¿Van a atrapar a esa chica? ¿Dónde puedo ir a ver a Irene para despedirme?

—La llamaré para decirle eso último. Con respecto a Aurora, aún investigamos, quizás estemos equivocados, no haga caso a mis palabras ni cuente nada, por favor, sobre todo si viene la televisión al edificio.

—¿La televisión va a venir?

—Por favor, ¿no me ha oído? Si quiere que hagamos bien nuestro trabajo, no diga nada a nadie, ni a los vecinos ni a la televisión, en caso de que esta aparezca. Es algo crucial.

—Claro, no diré nada.

—No me fío de las vecinas, hablarán.

—Lo sé, África, pero no había más remedio que presionar a esas mujeres. No me atreví con la anciana del cuarto, pero tomé la decisión de hacerlo con la vecina de enfrente de Irene. Eso nos dio un apellido.

—No nos sirve de mucho.

—Lo sé, hubiera sido mejor que el apellido fuese Mingorance o algo igual de inusual, pero es lo que hay. A veces se apuesta y gana, otras se pierde.

—¿Nos traerá problemas la filtración con el comisario?

—Solo a mí.

—Pensaba que éramos un equipo.

—Lo somos, pero ese asunto solo me traerá consecuencias negativas a mí.

—No quiero que te aparten del caso o de la división.

—Espero que no lo hagan por tan poco, no he vendido nada a la prensa ni he aceptado sobornos, así que solo me caerá una bronca, es algo a lo que una debe acostumbrarse en el oficio.

—Aurora Sánchez… habrá miles en Madrid.

—O más, y no tenemos otro dato para contrastar. Quizás obteniendo las fotos de todas ellas y haciéndoselas mirar a las vecinas de Irene y a la propietaria del local que Aurora alquiló.

—Es una buena idea.

—Pero esa mujer se mimetiza, África, se cambia el aspecto físico cada vez que aborda a una nueva víctima. Es algo demasiado débil para que nos resulte ventajoso.

—No perdemos nada indagando por esa línea.

—No, no perdemos; porque nos centraremos en mujeres de un rango estrecho de edad y que sea atractiva. Vamos a almorzar y me cuentas más sobre lo ocurrido con Fernando.

—Ya me había olvidado de él.

—Pues siento habértelo recordado.

—No pasa nada.

—Tienes que olvidarlo.

—Lo sé.

—No te conviene, no es sano que te enamores de un compañero.

—Tú lo estás de Hugo.

—¿Lo estoy?

—¿Esther?

—Joder…

El almuerzo no fue tan ameno como a la subinspectora le habría gustado, o como ella había imaginado un puñado de horas antes, acabando siendo ella la protagonista de la conversación, en lugar de lo contrario.

Tras una hora de confidencias:

—Dejemos de hablar de mí y de Hugo, no me has dicho nada de Fernando.

—No me ha parecido tan importante en la conversación.

—Pero no paras de pensar en él.

—Se me ha olvidado con lo que me has dicho sobre Moretti.

—No te montes una película con ello, no es que no lo quiera, solo es que tengo mis dudas, creo que todas las parejas las tienen sobre su relación.

—¿Crees que él también tiene esas dudas?

Esther calló y se quedó más seria en su semblante de lo que África había visto desde que la conocía.

—Pues no lo sé, quizás no.

—¿Le has dicho eso a él? Ya sabes, me refiero a tus dudas sobre tus sentimientos.

—Claro que no.

—¿Por qué motivo?

—No lo sé… quizás porque me asusta perderlo, decirle que no confío al cien por cien en mis sentimientos hacia él y que se marche.

—Si te da miedo que se vaya de tu lado, es que lo amas.

—¿Acaso has estudiado Psicología?

—¿Cómo? No, es que…

—Perdona, me he puesto arisca, a la defensiva. Tienes razón, será que lo amo.

—O que lo necesitas a tu lado en la vida.

—¿Cómo dices?

—No quiero que te enfades de nuevo.

—Joder, lo siento, no era mi intención, Afri. Pero me gusta que me digas eso, que me muestres lo que me cuesta ver por mí misma.

—Solo ha sido un pensamiento lanzado en voz alta.

—No te disculpes más.

—Es que no sé si estas… ya sabes, con Hugo porque lo necesitas en tu vida como alguien que te da estabilidad en todos los sentidos, o por que lo amas sinceramente.

—Buena deducción.

—¿Y bien?

—Necesitaría algo de tiempo para responderte.

—Entonces…

—Lo sé, ya te he respondido con la duda. ¿En serio que no quieres hablar de Fernando?

—No, ¿para qué? Solo es una estúpida obsesión, como siempre en mi vida con los hombres. A él ni siquiera le gusto, habría aceptado el beso en caso contrario. Prefiero dejar que el tiempo pase y calme mis pensamientos.

—Pero lo tienes al lado cada día.

—Sí, eso es duro, pero me hará más fuerte con el tiempo.

—Espero que sea así y que no te derrumbes de repente si… ya sabes, si él comienza una relación con otra chica.

—No lo había pensado. Tendré que asimilarlo y seguir con mi vida.

—Sabes que cuentas conmigo si necesitas hablar o un hombro sobre el que llorar, llegado el momento.

—Claro, gracias por estar ahí.

—Deja de agradecer y regresemos a la comisaría.

Moretti estaba aún en el restaurante con el comisario, se habían permitido el lujo de elegir un lugar en el que la carne asada era el principal reclamo, lo que conllevaba pagar una factura inusual.

—La próxima vez elijo yo, ya que soy el que paga.

—No protestes ahora, cuando comías se te veía como a un niño ante una tarta de chocolate en su cumpleaños.

—No imaginaba que tendría que pagar casi cuatrocientos euros. Eres un capullo, Hache.

—La próxima vez pago yo. Y no me llames Hache, joder.

—Apenas hemos hablado del caso, pensaba que sería el tema de conversación, y no que me preguntarías por mi vida estos últimos meses.

—Qué poco valoras a un amigo que se interesa por ti.

—Vete a la mierda, estoy enfadado por la factura, así que dame una resolución del caso lo antes posible para compensarme.

—En eso estamos.

—Pero no te has ido a almorzar con tu equipo para tratar el tema.

—Bueno, las chicas se han ido a hacer tareas importantes.

—¿Cómo de importantes?

—Entrevistarse otra vez con las vecinas de la anciana, la víctima más reciente encontrada en el local.

—Esos son tareas rutinarias, no me jodas.

—Quién sabe… Necesitamos los apellidos de Aurora, la protegida de Irene Contreras y máxima candidata a asesina, o un retrato robot fiable.

—¿Esa es vuestra línea de investigación?

—No hay otra.

—Los extractos bancarios de la anciana.
—Solo hay gastos cotidianos e ingresos de la pensión.
—¿El teléfono móvil?
—Lo tenemos más que revisado, pero no hay llamadas de Aurora, apenas hay llamadas de nadie.
—Eso es que se comunicaban con otro o por una vía diferente.
—No se ha encontrado otro terminal en la casa ni en la nave industrial donde fue hallado su cuerpo.
—¿Cámaras de vigilancia de la calle?
—Ni de la calle ni del barrio entero, apenas hay.
—Negocios donde ella pudiera haberse reunido en los últimos días con Aurora.
—¿Te refieres a cafeterías y restaurantes?
—Es una posibilidad.
—Sí, podría contemplar esa vía, preguntar si han visto a la anciana acompañada de una chica joven, aunque, si no hay cámaras de vídeo, ¿de qué serviría ese dato si nadie recuerda con exactitud el rostro de Aurora?
—Joder, Hugo, haced vuestro trabajo. Busca la forma de llegar hasta esa chica y cerrad el caso antes de que tengamos que soportar a la prensa durante meses.
—En eso estamos, en buscar esa línea de investigación que nos lleve hasta ella. La chica no es invisible, tarde o temprano aparecerá.
—Seguro que lo hace, seguro que ya tiene a otro incauto que le da todo su dinero para acabar enterrado tras haber sido desplumado.
—Eso que dices me ha dado una idea.
—¿Qué idea?
—Quizás te la cuente más adelante.
—Cómo te detesto.
—Pero has comido como un rey.

Nueva presa

Había conocido a Andrés de las Heras el día anterior en el Gran Casino de Madrid, el lugar más lujoso de la ciudad y posiblemente del país, en plena calle Alcalá, a menos de diez minutos caminando desde su ático de la Gran Vía.

Se trataba de un empresario textil que no se acercaba ni de lejos a Amancio Ortega, pero que contaba con más de setenta sucursales de importación de ropa para tiendas del sector. Eso había comprobado Aurora al investigarlo en Google, en su propia página web, en las redes sociales y tras pedir un informe al Registro Mercantil. Más de trescientos millones de euros valía su empresa. Un diamante que no podía dejar pasar bajo ningún concepto. Había entablado conversación con él durante más de una hora y las sensaciones eran más que positivas; un negocio redondo, el último pardillo a desplumar antes de marcharse a vivir de las rentas.

El tipo se había divorciado un año atrás y perdido una enorme suma de dinero en concepto de compensación a su ya exmujer y de pensión de manutención a sus dos hijos. Seguro que no quería volver a conocer a una mujer sin recursos, otra que pudiera hacerle lo mismo. Los hombres son así, la mayoría; no les gusta tropezar de nuevo con la misma piedra. Que ella fuese inversora bursátil por cuenta propia y adinerada fue lo que hizo que se relajase al estar conversando juntos de un modo cercano, amigable. Y que el tipo dijera que su exmujer tenía la custodia de los dos niños, aún pequeños, lo que hizo relajarse a la chica; que estuviese aún casado y/o que los hijos fuesen ya mayores, lo hubiera descartado por completo.

Se habían despedido con un «hasta mañana» adornado de sonrisas y miradas cómplices. El tipo parecía la víctima perfecta y así lo había comprobado ella después al investigar durante la cena en su casa.

El problema llegó al poner el televisor y comprobar que la Policía había dado con el lugar en el que se deshacía de sus víctimas, las imágenes del noticiario solo mostraban el exterior del local y el despliegue policial y de ambulancias en la fachada.

«Mierda».

La Policía había dado con el local, con los cuerpos. ¿Cómo de cerca estaban de ella en ese momento?

La ansiedad llegó de repente y no pudo terminar de cenar, se tomó dos comprimidos de benzodiacepina y permaneció a la espera de noticias. No decían nada sobre una pista fiable, hablaba el comisario a

la prensa, nadie la buscaba a ella directamente, eso es lo que parecía. Los ansiolíticos no hacían efecto, seguía muy nerviosa, así que aceleró el proceso escanciando una botella de vino tinto; se sirvió una copa llena hasta el borde.

Puso varios canales de noticias, incluso la radio, y buscó en portales de Internet donde avisaban de sucesos al instante. Nadie la buscaba, nadie hablaba de ella o aportaba datos.

¿Podía sentirse segura? ¿Tenía aún margen de actuación para poder marcharse tras una última operación? Ella sentía que sí, aunque el miedo había llegado por primera vez en esos cinco años. Era lo que sabía que podría llegar, o lo que esperaba que llegase sí o sí, pero es que acababa de aparecer de improviso. Se sentía preparada para ese momento, hasta que ese momento llegó sin avisar.

Miró el reloj, casi la una y veinte de la noche. Se le había olvidado mandar el mensaje de teléfono de rigor a Andrés de las Heras. ¿Demasiado tarde? ¿Seguiría adelante con el último tipo a estafar? ¿Debería marcharse lo antes posible? ¿Qué habría podido decir Irene de ella a la Policía? Aurora estaba alquilada con un DNI falso y tardarían muchos días o semanas en descubrirla, quizás meses… o nunca. Tenía tiempo de sobra para elevar sus ingresos. No podía dejarlo ahora, justo cuando iba a obtener una suma que no podía dejar pasar. Las oportunidades están para aprovecharlas, era uno de sus lemas.

Envió el mensaje finalmente.

<Me ha encantado compartir este momento contigo. Siento si estabas dormido y te he despertado, pero quería decírtelo tras terminar de trabajar>

La respuesta tardó más en llegar que de costumbre, claro que la hora de la noche era un atenuante.

<También me alegro de haberte conocido, pareces una mujer sorprendente. Mañana nos vemos de nuevo. Espero que no nos surja un inconveniente para cancelar la cita. Hasta mañana>

No respondió, ya estaba todo dicho. La operación seguía adelante. ¿La cancelaría por la mañana? Eso dependía de las noticias de la televisión y la radio, de los avances policiales. Ahora tendría que sumar una incógnita nueva a sus operaciones, una que sabía que llegaría tarde o temprano, pero que se había encontrado de repente y tenía que barajar como la más importante de todas. ¿Cómo de cerca de ella estaba la Policía? ¿De cuánto tiempo disponía para marcharse y ponerse a salvo? ¿Compensaba sacarle a Andrés de las Heras unos quince o veinte millones de euros si corría el riesgo de ser atrapada?

Dejó los restos de la cena sobre la mesa del salón, ya se encargaría a la mañana siguiente la asistenta de recogerlos y limpiarlos. Se marchó al baño para lavarse los dientes.

Y al verse ante el espejo:

«Ya no eres tan joven, aunque sigues en forma y cada vez atrapas mejores piezas… Quizás yendo a otro país. Tenías que haber aprendido inglés y haberte ido a los Estados Unidos, allí habríamos multiplicado por diez las ganancias durante estos años. Bueno, tenemos dinero de sobra para vivir cómodamente en un país sudamericano. Quizás, si se tercia la ocasión, encontremos a algún millonario brasileño, argentino o de dónde sea y logremos un pellizco más».

Se acercó tras terminar su monólogo interior al espejo y contempló el buen resultado del bótox y del ácido hialurónico. Bajo su punto de vista, se había quitado cinco años de encima. Se veía radiante. Comenzó a aplicarse las cremas rejuvenecedoras e hidratantes tras lavarse los dientes y luego fue a dormir, aunque le costaría mucho. Antes no había tenido que conciliar el sueño sabiendo que la habían descubierto, aunque no iban a por ella, por ahora; antes no había tenido que matar y enterrar a su nana, a la que quería y protegía como a una madre; antes no se había visto en una situación en la que tuviese que ponerse a ejecutar su plan de fuga del país.

Sería una noche larga, muy larga.

Se despertó siendo consciente de que no había podido pegar ojo hasta más allá de las cinco de la madrugada. Maldita fue la hora en la que olvidó bajar la persiana.

Aurora se levantó, fue a orinar al cuarto de baño, se cercioró de que el teléfono móvil no tenía otra alarma que la despertase, y bajó la persiana antes de meterse en la cama de nuevo. Aunque no logró dormir un minuto más, solo dar vueltas en el mar embravecido de sábanas que la cubrían.

Tenía miedo, mucho miedo. No había hecho todo aquello para acabar en una cárcel de la que no saldría hasta haber cumplido los cincuenta años y verse sin dinero para vivir como ella quería hacerlo. Tenía casi todo lo estafado a sus víctimas en efectivo y talones al portador en bolsas en el canapé bajo el colchón. Si la Policía aparecía de repente, en el registro lo perdería todo. ¿Qué haría la Policía con el dinero? Se preguntó de repente. ¿Se lo daría a los herederos de los estúpidos que se dejaron engañar? ¿Se lo quedaría para ellos y usar en sus gastos? Ni lo sabía ni le importaba, solo que ella no lo tendría tras salir de la cárcel. Podría meterlo todo en una caja de seguridad de un banco, aunque en esos sitios no se puede abrir una cuenta o caja usando documentación falsa y ella no quería usar su DNI real; tampoco le quedaban muchos días en España. No, lo mejor sería dejar el dinero donde estaba hasta sacarlo en su partida.

Aurora se levantó a las diez menos veinte, justo cuando oyó entrar a la asistenta, que tenía llave del piso. Fue a recibirla casi desnuda y sin ser consciente de ello. La empleada se asustó.

—Buenos días —dijo Aurora.

—Buenos días, señora, no esperaba verla, suele estar en el gimnasio a estas horas.

—Se me han pegado las sábanas hoy. No te pongas a limpiar, hazme el desayuno, un café bien cargado y fruta troceada. Y recuerda que hoy tienes que hacer la compra.

—Lo sé, la haré tras limpiar y recogerlo todo. Le preparo el desayuno ya.

—Gracias.

El gimnasio no podía evitarlo, era una de sus rutinas principales; no, era su droga, lo necesitaba a diario, incluso iba los fines de semana. ¿Qué mejor manera de empezar el día que sintiéndose exhausta, relajada y cansada por un ejercicio que hacía potenciar su cuerpo y equipararlo al de mujeres más jóvenes? Le gustaba cómo la miraban los chicos de allí, sobre todo los más jóvenes y de cuerpos esculturales; no se interesaba por ellos, no los quería para echar un polvo ni para mantener una relación sentimental, pero el deseo que desprendían sus ojos al verla con la ajustada y escueta ropa le hacía comprender que era aún una mujer deseable y con posibilidades. No aceptaba a aquellos musculosos chicos más jóvenes cuando se acercaban a ayudarla en una máquina o a darle consejos, ellos no eran su objetivo; si supieran a qué se dedicaba… si supieran el final que aguardaba a los que ella se acercaba íntimamente… Se podría haber saciado sexualmente con varios de esos chicos, pero el sexo no le interesaba, no había sentido deseo nunca, solo por el dinero, no por saciarse en la cama. Ella tenía sus objetivos bien claros y en eso estaba.

Ese día tocaba piernas y glúteos, tres días a la semana hacía esa rutina. Prensa, mochila, sentadillas, zancadas, alzadas de caderas, cuádriceps, bíceps femorales, abductores, aductores y terminaba con gemelos. Se daba semejante paliza que acababa bajando las escaleras del gimnasio agarrada con fuerza a la barandilla por el temblor de las piernas.

Llegó a casa y se duchó, era casi la una y media del mediodía. Con el albornoz puesto y oyendo a la asistenta haciendo la comida al fondo, puso las noticias de nuevo, aunque ya había estado mirando en el móvil durante el entrenamiento las páginas de Internet de sucesos. Sabía que acababa de entrar en una fase de su vida en la que escuchar los avances de su caso sería lo primordial. No parecía haber adelantos, quedaban muchos días para hacer las autopsias y análisis de la zona y restos, como pelos, huellas, fibras… Eso decía la televisión. A estas

alturas no se hablaba de otra cosa, era la noticia del año. Ella, como protagonista de la misma, se sentía como si fuese la paloma que nadie espera en un número de magia, pero que aparece de entre las manos del mago de repente. No quería aparecer, no quería que la viesen. Para permanecer aún oculta en el doble fondo del sombrero, tendría que ser inteligente y no cometer un error, también poder desaparecer del país antes de que llamasen los uniformados a la puerta de su ático, pues la Policía era la mano indiscreta del mago. Echaría de menos el ático, le había cogido mucho cariño, aunque lo alquiló como un simple lugar estratégicamente colocado para operar, un sitio que abandonaría si las cosas se ponían feas, pero que se había convertido en su hogar durante esos cinco años.

Comió un plato de arroz con pavo, maíz, nueces y atún, tras marcharse la asistenta. La televisión no se movía de los canales de noticias. Le apetecía dormir una siesta ligera, pero prefirió irse a caminar y terminó en El Retiro, hacía más de un año que no paseaba por entre sus jardines, el lago, la rosaleda o el palacio de cristal. Se sintió libre durante las dos horas de paseo, como si no pudieran encontrarla nunca, pero no se puede decir nunca.

Los turistas se mezclaban por el lugar con los pocos madrileños que le daban la oportunidad al parque de vez en cuando, una pena, claro que ella era una de esas personas que, habiendo nacido en la ciudad, valoraban poco lo que esta podía ofrecerles.

Aurora se había hecho una experta en la habilidad de analizar a quienes tenía delante, le hubiera venido de perlas estudiar Sociología. Contemplaba sin parar a las personas que tenía a su alrededor, sus acciones y reacciones, no solo a las posibles presas en los locales a los que iba para cazarlos, también al resto del mundo. Podría adivinar con total certeza si eran felices o no, si estaban de vacaciones o solo dando un paseo, si amaban a la pareja que iba a su lado o no, si se sentían cansados, si se sentían realizados con su vida en esos momentos, si tenían preocupaciones, si tenían hambre o sed. Era algo innato, desde siempre había ocurrido. Algo muy útil en la profesión atípica que había elegido.

De regreso a casa, detectar a los carteristas, casi todos ellos eran niñas rumanas, fue demasiado fácil; tampoco tenían que ser sociólogas esas niñas para saber que los idiotas que caminaban con mochilas a las espaldas, despistados por completo y con ropa y calzado cómodos, a la vez que se paraban cada dos por tres para contemplar un escaparate o hacer una foto de la Gran Vía, eran turistas descuidados. Ya había visto robarles en docenas de ocasiones sin que las víctimas se diesen cuenta. ¿Denunciarlas? ¿Llamar a la policía o advertir a las víctimas? Pues no, ella misma no quería que la descubriesen en sus acciones y empatizaba con esas niñas que se buscaban la vida como buenamente

podían. Ella fue una niña así una vez.

Lo cierto es que ella no era rumana ni le había faltado comida o ropa nunca, no había tenido que robar para vivir en un hogar de esos que llaman feliz y acomodado, incluyendo una mujer de la limpieza, Irene Contreras, a la que acabó llamando nani o nana y que se convirtió en una madre más para ella. No había crecido con carencias, pero sí con deseos no logrados. Aurora siempre quiso tener más y más, ropa de marca, teléfono móvil iPhone, dinero para sus caprichos... Pero sus padres no podían o querían dárselo, quizás esto último para que conociese el valor del dinero, el sacrificio en esfuerzo que implicaba obtenerlo. Ella comprendió muy rápido la lección inversa, por decirlo de algún modo. Si sus padres no le habían colmado de sus caprichos, tendría que buscar a quien lo hiciese. ¿Un novio y posterior marido adinerado? Era una opción, pero sería mucho mejor conseguir ese dinero de forma más rápida y fácil y seguir avanzando, además de no depender de la caridad de un hombre a diario durante toda la vida. Era bonita y ya desde los trece años, cuando se desarrolló como adolescente y creció más de diez centímetros en un solo año, vio el efecto que provocaba en los hombres, incluso los que tenían la edad de su padre. Si tienes un cebo que atrae y atrapa a grandes peces, lo tienes todo para obtener lo que quieres de la vida.

Esa fue su filosofía desde esa temprana edad y no se centró en conseguir un novio guapo que le prometiese la luna para lograr el sexo que pretendiese el chico de turno, sino para aprender cómo llegar mucho más alto. Y así estuvo formándose a sí misma durante años, hasta lanzarse, justo tras la muerte de sus padres en un accidente de coche, a lograr su objetivo. Sofisticación, parecer una dama de alta sociedad y poder económico, tener la mentira perfecta para los hombres, hacerse ver como la mujer perfecta a conquistar sin ser conscientes de que habían sido ellos los conquistados; que pensasen que ella era esa chica imposible, con la que siempre habían soñado, y que no podían dejar escapar bajo ningún concepto.

«Hay quien se pasa cinco o más años en la Universidad para aprender un oficio y luego mendigar un empleo mal pagado. Yo usé ese tiempo para aprender a hacer algo que me diese dinero de verdad en tiempo récord y teniendo todas las horas del mundo ociosas para mis aficiones y caprichos».

Llegó al edificio por primera vez en cinco años analizando la calle por si había personas que pudieran ser policías de incógnito. Se sentía observada, vigilada, en peligro; eso la excitaba, pero no para bien, no sexualmente; estar en alerta era una mierda. Al menos, era capaz de fingir ante los demás: la empleada del hogar, los otros usuarios del gimnasio, su nueva presa... Esa misma tarde había quedado con él y seguiría con el plan, tenía que tener la mente lúcida para no cometer

un error.

Había elegido un traje negro de Chanel de chaqueta con corte masculino, aunque ceñido a su cuerpo, con zapato de tacón y blusa blanca de seda, llevaba el portafolios Montblanc de mil quinientos euros y el cabello recogido en una pinza, el detalle informal que necesitaba para aparentar ser una alta ejecutiva adinerada, pero algo cansada tras toda una jornada de estrés. Unas discretas, aunque elegantes, perlas en pendientes y collar daban el toque final.

No paraba de mirar a su alrededor al caminar por la calle, ni siquiera lo hacía de forma consciente, la alerta estaba ahí permanentemente, incluso antes había pensado que sonaría el portero automático de su piso con la llegada de la Policía en cualquier momento.

«Así no se puede vivir, tengo que terminar con el último trabajo y marcharme bien lejos».

Había comprado esa tarde una peluca de cabello natural, como las anteriores, esta vez morena y de corte Bob con flequillo, no se parecía en nada a su aspecto natural ni a los usados anteriormente, sería el cambio de imagen perfecto para su viaje al extranjero, en el que usaría su pasaporte y DNI falsos destinados para tal fin.

Llegó al Gran Casino de Madrid para comprobar que su presa estaba en la misma mesa del día anterior, esta vez llevaba un traje gris oscuro con camisa blanca, todo confeccionado a medida. No parecía nervioso, eso era nuevo.

Se disculpó por la tardanza, como siempre, alegando que se había liado en el trabajo con una reunión improvisada con un cliente.

—Debe de ser fascinante el mundo de las finanzas. Siempre lo he pensado, más aún cuando me hice amigo de un especulador de la bolsa de Madrid, a menudo me cuenta el estrés de determinados momentos, también la satisfacción cuando se consiguen grandes beneficios en poco tiempo.

—No me dijiste ayer que tenías un amigo con el mismo empleo que yo.

—No hablemos de trabajo ahora, salvo para decirte que no parece que lleves todo el día trabajando, estás impecable. ¿Cómo consigues que no se arrugue la ropa?

—Ese es mi secreto —dijo a la vez que sonreía y guiñaba un ojo—, cuando llego a la oficina, me quito la ropa y trabajo en chándal.

—¡Ja, ja, ja! Eres formidable. Pide una copa y cuéntame algo más que me haga desconectar de este día de perros.

Aurora pensó a toda prisa mientras hacía una seña al camarero, ¿qué demonios contarle? Nadie le había preguntado antes por

anécdotas graciosas sobre su trabajo. Improvisó mientras le traían el cóctel.

—En una ocasión, invertí diez millones de un cliente en acciones de una empresa que estaba al borde de la quiebra; al mandarle el informe previo al cliente, este entró en pánico y se puso muy violento verbalmente, llegó a insultarme. Yo tenía un chivatazo de un contacto en una gran multinacional, uno de esos que tienes que pagar con un porcentaje de los beneficios; esa empresa internacional estaba a punto de comprar a la que estaba en quiebra y las acciones de esta última se dispararían. En resumen, le hice ganar más de treinta millones netos y acabó pidiéndome matrimonio, supongo que de forma efusiva y figurada. Aún lo tengo como cliente y ha multiplicado su dinero exponencialmente.

—Más que una anécdota, parece autopromoción. Perdona que te lo diga.

«Joder, este tipo no es idiota».

—En absoluto, me encanta mi trabajo y sé que soy buena, pero es que no tengo anécdotas interesantes para contar, mi trabajo es muy aburrido, análisis de números y previsiones de crecimientos o bajadas de los mismos, solo eso.

—¿Invertiste tu dinero en esa operación además del de los demás clientes que tienes? Sería lo lógico.

«No, no es idiota, es más inteligente de lo esperado. Se centra más en esos datos que en mis miradas y sonrisas».

—Es una locura invertir más de lo lógico en una operación, atraes a los inspectores de la Comisión Nacional del Mercado de Valores, además de alertar de que se trata de una compra de acciones con tintes más que sospechosos. En este sector hay que andarse con pies de plomo para no dar un tropiezo.

—Pero trabajas en esto para lucrarte con las comisiones, así que sería una buena inversión meter tu dinero cuando sabes que se va a triplicar.

—Entonces, no trabajaría para clientes, solo para mí.

—¿Y no es lo perfecto? Así ganas mucho más al llevarte todos los beneficios en lugar de solo comisiones por los beneficios de los clientes.

«Menudo intelectual me ha tocado, ¿he dado un paso en falso? ¿Me he equivocado de presa? Los demás eran tipos divorciados o solteros que se centraban en mi físico, luego en mis cualidades y, por último, querían hacerse ricos con mi trabajo».

Llegó el cóctel y ella dio las gracias al camarero. Salvada por la campana.

—¿Me has citado para hablar de trabajo? Me está dado dolor de cabeza.

—Lo siento, no era mi intención. Brindemos por esta segunda cita, si es que es una cita.

—Claro. Brindemos. Cuéntame algo tú, ayer me hablaste sobre tu situación familiar y tu empresa, pero me dijiste muy poco.

—Bueno, sabes que llevo dos años divorciado, que veo a mis hijos poco, esa zorra está consiguiendo apartarlos de mí, seguro que el día de mañana solo vendrán a verme para que les dé dinero. La empresa va fenomenal, estamos a punto de crecer sustancialmente, aunque no llega a ser como las que están en la bolsa, a las que conoces por analizarlas.

—Nunca se sabe, todo es cuestión de capital, si este aumenta, te verás en el Ibex-35.

—Sería un sueño.

—No dejes de soñar nunca, ese es mi lema.

—Un buen lema, sencillo y directo. Brindemos de nuevo por él.

—Si alguna vez quieres invertir capital en bolsa, no dudes en contar conmigo; te haría una planificación.

—No lo he hecho con mi amigo inversor nunca, he confiado siempre en mi labor para hacer crecer la empresa a ritmo lento, pero constante.

—Ya lo supongo. ¿Y lo del divorcio?

—¿A qué te refieres?

—Te dejarías gran parte de tu capital en el acuerdo. Vaya, lo siento, eso es algo demasiado personal. Hablemos de otra cosa menos negativa.

—No, no pasa nada. Es cierto que perdí mucho dinero, la mitad, en concreto, y ahora tengo más gastos para mantener a mi exmujer y los chicos y costear mi nueva casa. Tengo que admitir que tuve mis reticencias entonces, no iba a arriesgar el dinero que me quedó tras el acuerdo de divorcio, ya que de él dependía la empresa; ahora me he recuperado y estoy más abierto a nuevas fuentes de ingreso.

—¿Sí? Pues puedo darte consejos de inversión.

—Prefiero no hablar de eso. Háblame de ti.

—¿De mí?

—De tu pasado. Habrás tenido parejas, tendrás un motivo para no haber tenido hijos y seguro que muchas anécdotas de tu infancia con tus padres, también de tu adolescencia.

—Pues sí que nos estamos interrogando a fondo…

—Es lo que tienen las primeras citas, ¿no?

—Supongo que sí, pero llevo mucho sin una cita, me centro en mi trabajo y… con mi anterior pareja no terminé bien, así que quedé un poco tocada y me siento algo incómoda al compartir esos momentos, claro que puedo hablar de mi infancia.

—Adelante.

Ella clavó otra vez sus ojos verdes en los marrones de Andrés, con una mirada más que estudiada, y comenzó a narrarle sus vacaciones en la niñez, además del trato con sus padres, anécdotas del colegio y demás. Todo sincero, ella sabía que esa sinceridad era como una llave maestra que abre puertas en el interior de quien las escucha, te convierte en más cercana, en una amiga en quien confiar. Y siguió hasta que Andrés intervino.

—Va siendo hora de pedir otras dos copas, además de narrarte mi infancia al nivel que lo has hecho tú.

«Menos mal, he bajado tu guardia, aunque ahora me toca escuchar con cara sonriente e interesada una historia que no me interesa en absoluto, solo espero no bostezar».

Un plan descabellado

África estaba tan enfrascada en el ordenador, buscando y ordenando datos, que no se percató de la llegada de Fernando hasta que este habló a menos de un metro de distancia.

—¡Ah! Joder, qué susto.

—Solo te traía un café.

—Gracias, ya casi terminé este —dijo a la vez que señalaba la taza a la derecha de su mesa.

—¿Cómo llevas la búsqueda?

—No encuentro nada, ¿y tú?

El agente lanzo un hondo suspiro.

—Igual, tampoco creo que vayamos a encontrar nada.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque la televisión, la prensa y la radio no paran de hablar del caso. Esa tal Aurora se habrá marchado del país, estará ya en una playa del Caribe.

—Confío en el criterio de Esther y Moretti.

—Yo también, pero…

—Pero ¿qué? —Era Esther, que acababa de aparecer a su lado.

—Subinspectora.

—Fernando, prefiero que me llamen Esther o Gallardo.

—Lo sé, disculpa.

—No pasa nada. Os he visto cuchicheando y me he preguntado si tenéis un avance, pareja.

Llamarlos así hizo que el rostro de África se tornase del mismo color rojo que su cabello. Esther se percató del momento y trató de enmendar el error

—¿Y bien? ¿Nada? ¿Pensáis que no es una buena estrategia?

—No es eso… —titubeó Fernando.

—No tenemos otra vía —dijo Esther—, no hay otra forma de actuar salvo vigilando los alquileres de coches de lujo.

—Pero ya no usará más el nombre de Irene Contreras, seguro que tiene más identidades falsas.

—Es más que posible.

—Entonces, me das la razón, esto no sirve de nada.

—¿Tienes una idea mejor, Fernando?

—Mandar una orden de detención a los cuerpos internacionales.

—Eso no es viable por dos motivos, no tenemos su foto, solo nombre y primer apellido, así que la Interpol no detendrá a todas las

Aurora Sánchez del mundo; tampoco tenemos una sola prueba contra ella, solo indicios, aunque sean muchos; no hay huellas dactilares, cabellos o grabaciones y testigos de sus crímenes.

—¿Y si se consigue un cabello en la nave industrial que no corresponda con las víctimas enterradas? —preguntó África.

—Tendríamos un ADN sospechoso, que podría ser de la asesina o de alguien que un día estuvo allí, quizás un mendigo pasando la noche años atrás, seguiría sin ser una prueba concluyente.

—¿Has encontrado algo en el registro de identidades?

—Tengo más de novecientas Aurora Sánchez nacidas y residentes en la comunidad de Madrid, estoy descartando a las que no tienen una edad comprendida entre los veinticinco y los cuarenta años, luego descartaré a las que ya no vivan en la comunidad y las que hayan fallecido, a continuación seleccionaré a las que sean más atractivas físicamente, aunque no confío mucho en eso, ya que en la foto del DNI no sale bien casi nadie. Yo salgo horrible.

—Yo también —musitó África.

—Bueno, es un comienzo —añadió Fernando—, si la cifra final no es muy alta, podemos repartirnos a las candidatas para ir a visitarlas.

—Claro, pero tampoco avanzaremos mucho con eso. —Los dos agentes miraban a la subinspectora sin comprender lo que quería decir —. Me refiero a que nuestra asesina estará viviendo en una dirección que no será la que aparece registrada en su DNI porque la haya alquilado o comprado a otro nombre con un DNI falso.

—Pero eso no es tan drástico, porque podremos eliminar a las Aurora Sánchez que sí vivan en sus domicilios y que tengan coartadas.

—Lo había pensado, esa es la parte final de esta línea de actuación. Seguid con lo de los coches, quiero saber si alguna chica de ese rango de edad ha alquilado uno o lo va a hacer en estos días, así cotejaremos con las coartadas que recibamos, quizás Aurora sí viva donde está registrada, no quiero descartar esa posibilidad, no quiero dejar cabos sueltos.

Esther se marchó y los dos agentes se miraron en silencio, África aún estaba algo ruborizada.

—Lo de la identidad de Aurora me parece muy buena línea.

—Eso si es que se apellida Sánchez, esperemos que su vecina no se haya equivocado.

—Es cierto. El caso avanza demasiado despacio; ojalá la atrapemos, aunque esa mujer tiene todas las bazas a su favor para desaparecer y que no la encontremos nunca.

En el despacho compartido de Moretti y Gallardo:

—Has tardado mucho —dijo el exinspector al sentir que la chica

entraba.

—Me he parado a hablar con África y Fernando, no confían en lo de los alquileres de coches.

—Son inteligentes. La asesina no recurrirá a los mismos medios de las veces anteriores, cambiará su forma de operar, eso si no se ha marchado.

—¿Qué probabilidad le das a esa segunda opción?

—Un noventa por ciento, quizás más.

—Joder…

—Es lo que haría yo, también lo que harías tú si vieses en las noticias que te están acechando.

—Claro, es lógico. ¿Tendremos que dar por perdido el caso y resignarnos?

—Lo que tenemos que hacer es nuestro trabajo, que pasa por seguir investigando por donde podamos.

—Sigo con las identidades de todas las Aurora Sánchez de Madrid.

—Esperemos que esa vecina no se haya equivocado de apellido.

—Yo también.

—Por cierto, Esther. Si el caso no se soluciona, pues que así sea. Nuestro trabajo no es realmente solucionar crímenes y atrapar asesinos.

—Nuestro trabajo es esforzarnos al máximo en la tarea de lograrlo; lo sé, ya me lo has dicho más veces.

—Sé que recuerdas que te lo he dicho, ahora te toca demostrar que lo has asimilado.

Ella asintió con un leve gesto de cabeza y regresó al ordenador, a la lista interminable de mujeres que se llamaban Aurora Sánchez. Esther siempre había tenido ese nombre de pila como uno de los más bonitos que conocía, pero ahora le provocaba asco y pereza a partes iguales, ahora no le pondría ese nombre a una hija ni por todo el oro del mundo.

Tras casi toda la jornada trabajando en ello, parando para comer y tratar de evadirse unos minutos con las conversaciones entre los compañeros, había aislado veintisiete Aurora Sánchez que estaban en ese rango de edad y se veían atractivas en sus fotos del DNI, en esas iba a centrarse para seguir indagando. Moretti, África y Fernando coincidían en que la asesina podría salir menos agraciada en la foto y se quedaría fuera de la investigación, salvándose por el momento, pero Esther tenía su propia teoría.

«Te dedicas a seducir a los hombres para sacarles el dinero, eres vanidosa; seguro que cuidas cada detalle de ti misma tanto como lo haces en tu trabajo criminal. No, tú no tendrías un DNI con una fotografía en la que no salieses radiante, tú no te harías una foto en una cabina automática, ni tampoco irías al típico fotógrafo de local a

pie de calle para hacértela, tú has contratado a un buen profesional que te habrá incluso retocado para estar mejor que en persona. Apuesto por ello con todo lo que tengo».

Quedaban quince minutos para el fin de la jornada y la subinspectora no tenía que mirar de nuevo las fotos de los veintisiete DNI, los tenía registrados con total nitidez en su memoria eidética; tocaba usarla una vez más para el trabajo, para descubrir soluciones a los casos. Cerró los ojos y fue pasando mentalmente de una foto a otra, y luego otra vez. ¿Cuál de esas chicas sería la que más fácilmente pudiera seducir a los empresarios en tan poco tiempo? Les sacaba el dinero en cuestión de dos o tres semanas, no solo era una chica con un gran poder psicológico para la manipulación, sino también muy atractiva físicamente. Le gustaría enseñarle las fotos a Hugo para que le dijese cuáles eran las más atractivas para él, y así empezar a entrevistarse con ellas en primer lugar el día siguiente, pero su compañero no podía ver esas fotos. Y entonces le llegó la idea, apareció como un alud que de repente provoca un crujido en el silencio de la montaña, para luego modificar todo el paisaje de un modo salvaje y despiadado, arrasando con todo.

—Hugo.

—Dime, ¿quieres irte a casa ya? Debe de ser la hora.

—No, es sobre el trabajo.

—¿Tienes algo nuevo?

—Quizás una línea de investigación diferente que pueda funcionar.

—Adelante.

—¿Recuerdas cuando entré en los locales clandestinos de pervertidos en el caso en el que nos suspendieron de empleo?

—Eso no lo olvidaría nunca, aunque no tenga tu memoria prodigiosa. No me asustes.

—No, esta vez no se trata de mí, sino de ti.

Ya estaban en casa, se habían duchado y preparaban entre los dos la cena; y, por supuesto, seguían dialogando —o más bien discutiendo — sobre la idea de Esther.

—No lo veo. Por mucho que lo plantees como algo fácil, siento que hay muchas lagunas.

—Ya te he dicho que sí, que reconozco que hay muchos lugares de lujo en Madrid donde la chica pueda actuar, pero, si descartamos aquellos en los que ya ha aparecido y que no querrá arriesgarse a volver a ellos, la lista se reduce muchísimo. Es más, si no se ha marchado al extranjero porque quiere dar un último golpe, recurrirá al mejor de todos, al que haya reservado para su misión final.

—¿Y tú sabes cuál es?

La chica salteaba espárragos verdes con tacos de jamón y un diente de ajo en la sartén mientras él estaba cortando el pan en rebanadas delgadas, como le gustaban a ella.

—Claro que sí. ¿Quieres un huevo con el salteado?

—No me dejes con la intriga, dime dónde crees que actuará. Hoy no quiero huevo.

—No es un tema de suspense, es que… me da algo de vergüenza decirlo.

—¿Vergüenza?

—Se trata del lugar en el que siempre… Está bien, te lo digo, es el lugar en el que siempre me hubiera gustado celebrar mi boda.

Hugo se quedó con la boca abierta.

—No imaginaba que tú hubieras soñado con casarte.

—No seas gilipollas. Era una niña, fui con mis padres a la boda de su jefe y se celebró la cena allí.

—¿Tan bonito es como para que se grabase de esa forma en tu memoria?

—La novia estaba radiante, como todas las novias, y el lugar era el único que había visto a la altura del aspecto de una novia. Un palacio enorme con una luz y una decoración que…

—El Gran Casino de Madrid.

—¿Has estado en él? Qué digo, claro que sí.

—Creo que aún soy socio, no recuerdo haber cancelado la suscripción. Mis padres también lo eran, cenaban a menudo allí con amigos o clientes.

—No quiero parecer pedante al decir que esperaba esa respuesta.

—¿Crees que Aurora Sánchez estará como socia del lugar?

—No lo sé, no creo que sea necesario para ir a tomar algo a la cafetería restaurante.

—Es cierto.

—Podrías…

—Esther, no me siento cómodo con la idea.

—Es solo por probar. África, Fernando y yo estaríamos al acecho.

—Eso ya lo sé, pero…

—¿Pero qué?

—Esa chica usa su atractivo, no se acercará a un ciego que no pueda verla.

—Olvidas que, si no se ha marchado por dar un último golpe, estará desesperada.

—Vaya, gracias.

—No lo digo porque seas un mal partido, no me interrumpas más, por favor.

—Adelante.

—Me refiero a que querrá dar un golpe épico y podemos diseñarle

una víctima a medida, intentar adelantarnos a sus pasos y poder acecharla. Te crearíamos desde aquí, en la división Científica, una identidad nueva con todo lo que eso conlleva, páginas web, redes sociales, un pasado escabroso y atractivo, con una esposa que te abandona tras quedarte ciego y se lleva la mitad de toda tu fortuna, sin hijos ni hermanos ni padres, con una empresa que genera mucho dinero, entradas en el Registro Mercantil con el excelente estado de las cuentas de tu empresa. Crearíamos un caramelo delicioso a las puertas del colegio en el que estudia esa asesina.

—¿Y si ella no está operando en ese lugar? ¿Y si ella está allí, pero no se acerca a mí porque no lo ve viable?

—Entonces abortaríamos la misión.

—Son demasiados recursos invertidos en una apuesta loca.

—¿Me estás llamando loca?

—Ni se te ocurra ir por ahí.

—Vale, reconozco que es arriesgado y con pocas probabilidades de éxito.

—Yo diría nulas.

—No seas tan pesimista.

—Realista.

—Confía en mí.

—Siempre lo hago, pero mi trabajo también es asesorarte y decirte cuándo te equivocas.

—Y lo agradezco, pero es una línea de actuación paralela factible, reconócelo.

—Vale, lo reconozco, suena bien; pero hay muchas incógnitas y añádele todos los inconvenientes que conlleva el no controlar lo que la asesina hace o hará.

—A la comisaría no le costará nada, puedes pagarte de sobra los cócteles que te tomes mientras esperas a que Aurora aparezca y se acerque.

—No lo hará, lo más seguro es que no aparezca, y, si lo hace, no tiene por qué acercarse a mí.

—Si aparece, se acercará.

—¿Por qué estás tan segura?

—Primero, porque eres mucho más atractivo que los empresarios que ha abordado antes; segundo, porque ser ciego hará que ella te considere más débil, vulnerable a sus palabras; Aurora pensará que contigo será más fácil, que eres un seductor que ha perdido la capacidad de seducir y que esa nostalgia te hace más débil. Si añadimos una buena cuenta millonaria a tu nombre, la que tienes, y ropa adecuada…

—¿Ropa adecuada? Pensaba que vestía bien.

—Vistes elegante y te queda la ropa muy bien porque tienes un

cuerpo fabuloso.

—Vaya, gracias por el detalle, nunca me lo habías dicho. ¿Y qué has dicho antes de lo de la capacidad de seducir perdida por la ceguera?

—Calla, petardo. Te pondremos ropa a medida de las primeras marcas y usarás uno de esos relojes heredados de tu padre.

—No me gusta sacar de casa esos relojes, salvo para una ocasión especial. Guardaba el Patek Philippe para el día en que me casase, ya que antes habías hablado de tus sueños de boda.

—Pues te pones ese.

—¿Mejor para un caso que para una boda en la que sea el novio?

—El fin justifica los medios. ¿Cuánto vale?

—¿En una subasta? Pues podría alcanzar ahora el millón de euros.

—Perfecto. Lo llevarás un día en el que es necesario y que estarás escoltado por tres policías. Ya llegará la boda.

—Preferiría uno de los Bulgari.

—Tú hazme caso.

—Como siempre; a sus órdenes, mi sargento.

—No te burles y vamos a comer, que esto se enfría muy deprisa, ¿quieres vino tinto o blanco?

—Blanco. Por cierto, has dicho antes que tendría que comprar ropa nueva, pensaba que solo iba a invertir en las consumiciones en el lugar.

—No te pongas tacaño ahora, te gastas una fortuna en restaurantes y me compraste un bolso Hermès de ocho mil euros hace pocas semanas para mi cumpleaños.

—Sí, que no usas.

—¿Cómo sabes que no lo llevo al trabajo a diario?

—Por el olor de tu bolso de siempre.

—¿Huele mal?

—Un poco, usa el mío.

—Capullo.

—Me insultas tras convencerme de que actúe como cebo de una asesina y que financie toda la operación.

—Así soy yo, ya me conoces.

—Sí, y no me olvido de eso que has dicho, lo de que me lo ponga luego para la boda.

—Miedo me da esa memoria tuya que mejora por momentos.

Cenaron en silencio, al principio pusieron un canal de noticias, pero decidieron que esa no era forma de desconectar y pasaron a elegir una película que Moretti acabaría aborreciendo con el paso del tiempo por ver demasiadas veces: la primera de la saga de Harry Potter, la pasión de Esther.

La chica recogió la mesa cuando él se fue a dormir, le prometió

que iría a la cama en pocos minutos, pero no pudo evitar tomar el teléfono y preguntarse si deseaba llamar más a su hermana mayor o a África. Siguiendo los consejos del psicólogo que la trataba del narcisismo, se decantó por esta última.

—¿Esther?

—¿Te he despertado?

—No, pero estaba a punto de meterme en la cama.

Gallardo se tumbó en el sofá del salón, ya con la televisión apagada.

—Vete a dormir.

—No, me has llamado. ¿Ha pasado algo?

—Nada personal ni avances con el caso, solo quería decirte la idea que he tenido con lo de Aurora.

—Dime.

Esther le hizo un extenso resumen.

—Es fantástico, colocarle un cebo me parece un buen paso.

—Hugo tiene sus dudas.

—¿Por qué motivo?

—No se siente cómodo haciendo trabajo de campo, es lógico por su ceguera; enfrentarse a una asesina cara a cara… ya sabes. También porque piensa que ella no estará allí, sino en otro local o ya fugada.

—Es lógico.

—Lo sé, pero tengo ese presentimiento.

—Pues seguimos adelante con él. Quiero decir que, seguimos si Hugo está de acuerdo, tampoco vamos a obligarlo a hacer lo que no desea o considera que no es positivo; es el consejero del equipo.

—Eso mismo me ha dicho él, que no quiere y que recomienda seguir la senda que estamos llevando.

—Pero lo de los coches de lujo o entrevistar a docenas de Aurora Sánchez, además de indagar en las coartadas de todas, es una locura de trabajo.

—Ya lo convenceré para que esa sea la tercera línea de investigación. Por una u otra, encontraremos a nuestra asesina.

—Vaya, veo que te lo has tomado otra vez muy a lo personal.

—¿Cómo dices?

—No quería que sonase tan seco.

—Pero lo has dicho, es lo que piensas, que me tomo los casos como si no hubiera nada más importante en mi vida.

—Bueno, estás usando a tu pareja como cebo para atrapar a una asesina.

Silencio.

—¿Esther?

—Sigo aquí.

—Lo siento si te ha molestado.

—No, no me ha molestado, solo pensaba en tus palabras. Es cierto, uso a mi propia pareja como cebo, lo meto en peligro para atrapar a una asesina. No tengo corazón.

—Claro que lo tienes, yo lo veo, lo he visto desde que te conozco. Solo tienes que relajarte en tu vida y aclararte en cuanto a lo que más te importa realmente. ¿Usarías a tu hermana Gloria como cebo?

—¡Dios, no!

—Pues eso.

—Soy una inconsciente, no me doy cuenta de lo que digo, de lo que deseo siquiera.

—Lo bueno de meditarlo y de conversar con amigas y compañeras como yo es que te hacen verlo y puedes dar marcha atrás.

—Soy un monstruo, Afri.

—No digas eso.

—Claro que lo digo, lo soy porque sigo queriendo que Hugo sea el cebo. Quiero resolver el caso a toda costa.

Sin saberlo Esther, a través de la puerta sin cerrar del dormitorio, Hugo estaba oyendo la conversación.

Egoísmo

Esther se despertó tras soñar con un cumpleaños, quizás fuese el séptimo o el octavo, eso lo sabría cuando su mente estuviese al cien por cien, ahora solo se estiraba los brazos y piernas en la cama para sentirse de nuevo en el mundo real. En el cumpleaños no recibía atención y cariño por parte de sus padres y hermanos, simplemente la felicitaban y le daban regalos como calcetines, un jersey de lana horrible y un vale de descuento para un supermercado; ella, como niña pequeña, los miraba sin comprender, esperando que apareciesen regalos de verdad, juguetes, pero estos no llegaban; no había tarta, ni celebración con la canción típica, ni besos ni abrazos, solo miradas distantes. Al despertar comprendió al instante que era otro sueño absurdo, pero se puso a analizarlo.

«¿No me preocupo por mi familia? ¿No los merezco? ¿Estoy descuidando a mis seres queridos? ¿Ellos se están distanciando poco a poco de mí? ¿Algún día tendré que darlos por perdidos? ¿Y Hugo?».

¿Dónde estaba Hugo? Solía despertar siempre entre sus brazos, con el chico metiendo la nariz en su cuello para respirar el olor de su cabello y su piel. Esa mañana no estaba.

El sonido desde la cocina.

La chica se levantó y fue a buscarlo.

—Te has despertado muy temprano.

—Sí, he tenido el sueño ligero.

—Te ayudo a hacer el desayuno.

—No, mejor date una ducha mientras yo termino.

—¿Ya te has duchado?

—Sí.

—Pues sí que has dormido poco.

—Lo suficiente.

Esther se fue al dormitorio para tomar una muda de ropa interior y lo que iba a ponerse ese día con la sensación de que su pareja estaba distante, seca; ni siquiera Moretti había dirigido su rostro hacia ella para hablarle, como hacía de costumbre. Se sentía como si no hubiera salido aún del sueño anterior, pero no, estaba bien despierta.

Comprobó que Hugo ya había desayunado cuando ella salió de la ducha para regresar a la cocina. Quiso preguntarle el motivo para no esperarla y desayunar juntos, como siempre, pero se lo calló y se sentó a la mesa mientras él iba recogiendo todo lo utilizado para trocear fruta y hacer el café. Se marcharon a la comisaría en silencio en el

coche de ella y, al entrar en el despacho, Hugo preguntó lo de siempre, «¿quieres un té verde? Voy a la cocina a por un café para mí».

—Claro… ¡Un segundo!

—¿Sí?

—¿Qué te pasa? ¿Has tenido mala noche? Te noto extraño.

—Sí, una mala noche.

—¿Una pesadilla? Yo he tenido una con mi familia, era niña y en mi cumpleaños todos estaban raros conmigo, me trataban con sequedad y distancia, además de hacerme regalos horribles, ni siquiera había tarta, velas y la canción.

—Quizás sea porque sientes que solo piensas en ti, que no te preocupas como debieras por las personas que te quieren.

—¿Eso siento? ¿Qué has soñado tú?

—Nada, ya lo olvidé. —Y el exinspector se marchó a la cocina.

«¿Qué demonios te sucede? ¿He hecho algo malo? ¿Por qué estás así?».

Esther no era capaz ni de mirar los correos electrónicos en la pantalla del ordenador. Algo había pasado y ella no sabía el qué; le quemaba la intriga y, por más que repasaba mentalmente lo que había podido hacer en los últimos días que molestase a su compañero, solo llegaba a su memoria la conversación para convencerlo de que hiciese de cebo con la asesina que perseguían en el caso principal. ¿Eso era todo? ¿Eso provocaba el enfado de Hugo? Le había dicho antes de marcharse a la cocina «quizás sea porque sientes que solo piensas en ti, que no te preocupas como debieras por las personas que te quieren». ¿Se refería a la familia de Esther o a él también? ¿Le había pedido que se arriesgase porque su vida, la de Moretti, le importaba menos que resolver el caso?

Se reclinó en el sillón para ver la cocina a través de los tabiques de cristal del despacho, Hugo no regresaba, así que llamó a su hermana Gloria, no le gustaba hacerlo para no contravenir el tratamiento contra su patología, pero ahora la necesitaba más que nunca.

—¿Esther? ¿Ha pasado algo?

—No lo sé.

—¿Es personal o tema del trabajo?

—Tampoco lo sé. ¿Te pillo mal?

—No, puedes comentarme.

—Hugo ha despertado esta mañana muy raro, sigue así. No sé qué he podido hacer.

—Quizás sea un tema suyo personal, no tiene por qué ser algo relacionado contigo.

—Pero no puedo quitarme eso de la cabeza. Esta noche soñé que estaba en mi octavo cumpleaños, pero que toda la familia me dabais la

espalda; no sé si guarda relación con algo que he hecho.

—La psicóloga eres tú.

—Pienso, también Hugo, que no cuido a mis seres queridos y eso hace que los vaya perdiendo; en realidad ha dicho que no cuido a las personas que me quieren.

—No veo que hagas eso, no nos descuidas a los de la familia. ¿Te ha pasado algo últimamente con él?

—Le pedí que hiciese algo en un caso difícil que llevamos.

—¿Algo difícil? No sé a qué te refieres.

—Que se pusiera de cebo para atrapar a una asesina en serie.

—Joder.

—¿Qué? Es policía.

—Lo era, ahora solo es asesor y está ciego.

—Pero lo estaríamos observando varios policías desde la distancia, protegiéndolo.

—Eso no importa. Cuando nos privan del sentido mayor que tenemos los seres humanos, nos sentimos vulnerables, sobre todo ante peligros. Pedirle que se enfrente cara a cara a una asesina solo por poder capturarla es como decirle que su vida te importa menos que resolver un caso.

—Yo no lo veo así.

—Tú nunca ves la realidad tal como es, por eso vas a un psicólogo.

Silencio.

—Mierda… Esther, no quería decir eso —añadió Gloria.

—Pero es la verdad, prefiero recibirla sin edulcorantes.

—Da marcha atrás, seguro que hay otros oficiales o inspectores en la comisaría que pueden hacer de cebo en ese caso.

—Sí, tienes razón. Gracias por el consejo y ponerme los pies en el suelo de nuevo. Te tengo que dejar, llega Hugo al despacho.

—El consejo es para que lo medites, no para que lo cumplas, recuerda tu tratamiento, no soy tu oráculo mágico.

—Lo sé, te quiero. Besos para todos. Adiós.

Colgó al mismo tiempo que Moretti entraba en el despacho, sin esperar la respuesta de su hermana.

Tras recibir el té, ella dio las gracias y preguntó:

—¿Cómo has tardado tanto? ¿Has coincidido con Simón en la cocina o con algún otro inspector?

—No, es que me apetecía tomarme el café allí a solas.

—Hugo, ¿se puede saber qué te pasa?

—¿A mí? No sé por qué preguntas eso.

—Estás raro hoy, tu tono de voz, tu semblante, tus conversaciones, todo me indica que te pasa algo. ¿No vas a compartirlo conmigo?

—No me pasa nada. Estamos trabajando en el caso y en eso me centro.

—El caso… He pensado que no quiero que seas el cebo de la asesina.

—¿A qué viene eso ahora? Ayer estabas más que convencida y por eso trataste de meterme en el asunto a toda costa.

—Fui egoísta.

—¿Has hablado con tu hermana?

—No, ¿por qué dices eso?

—Por que solo cambias de opinión de esa forma cuando tu hermana te dice que te has equivocado.

—No he hablado con Gloria. —Mintió por segunda vez, tratando de que su tono de voz no la delatase ante quien ahora la conocía más que nadie—. He pensado que es una locura, que arriesgar tu vida no merece la pena en este ni en ningún caso.

—¿Y cómo has cambiado de opinión tan rápido?

—Creo que otro inspector u oficial podría hacer la misma labor en el caso.

—Quiero ir yo.

—¿Cómo dices?

—Ya lo has oído. Iré yo.

—Pero anoche no estabas convencido, te daba miedo.

—Lo he meditado y he decidido que debo hacerlo, que debo entrar de una forma más directa en la investigación y que este caso es perfecto para ello.

—No quiero perderte.

—En eso no pensabas anoche.

—Estaba cansada y desesperada por un caso que no avanza, no me gusta pensar en la idea de no resolver un caso, más aún los difíciles. Sé que soy egoísta, mucho, y trato de contenerlo todo lo que puedo; pero cuando me siento cansada y derrotada por el trabajo, no controlo del todo lo que pienso y digo.

—Olvidemos eso, no quiero hablar del tema, pero sí seguir con lo de usar un cebo. Ya hablamos ayer de lo que necesitaríamos para la misión y no quiero invertir dinero en que otro inspector, por muy capaz que sea, ocupe mi puesto.

—¿Por qué no?

—No sé si estaría implicado en el caso como lo estamos nosotros, tampoco que sea capaz de representar el papel de empresario adinerado. Yo no soy empresario, pero me he criado en el entorno de la alta sociedad junto a mis padres, sé cómo comportarme, el protocolo en el vestir, caminar, gesticular, la forma de hablar… Y tampoco quiero gastarme el dinero en comprar trajes de grandes diseñadores a medida para otra persona y que lleve mis relojes, la mayoría son herencia o regalos de mis padres y les tengo mucho cariño.

—Vaya.

—Pues sí, también soy un poco egoísta, quiero participar, ser el protagonista. ¿Cómo tienes pensado organizarlo todo?

—Había pensado en meter a un agente, Fernando, como camarero en la barra, quizás te ayude a contactar con las mujeres que sean sospechosas, ya sabes.

—¿Sospechosas?

—Sí, me refiero a que alguna de las Aurora Sánchez que he seleccionado por su edad, aspecto físico y que residen en la comunidad de Madrid apareciese por allí; aunque no sé si la reconocería en el caso de que llevase una peluca y un maquillaje que diferencie mucho sus rasgos con respecto al DNI. África y yo estaremos en una mesa al lado de la tuya analizándolo todo.

—Prefiero que no estés.

—¿Por qué dices eso?

—Has salido en la televisión por los casos anteriores, no quiero que Aurora te reconozca.

—Tú también has salido.

—Pero puedo cambiar de aspecto con más facilidad y rapidez que tú, por eso no me afeité esta mañana. Me cortaré el pelo y dejaré crecer la barba un poco más.

—Me gusta tu pelo así de largo, en plan crápula que se resiste a reconocer la edad que tiene.

—Vaya, gracias.

—Dejemos esta conversación y vamos a ponernos con ello. Cuando tenga a todas las candidatas, le pasaré las fotos del DNI a Fernando para que las memorice, también los nombres completos y demás datos a África para que indague sobre las chicas en redes sociales. Y ahora nos iremos de compras tú y yo para perfilar tu aspecto. Mañana será la primera tarde que probaremos suerte.

—Tendrás que llamar al local. Bueno, eso lo haré yo, así te quito volumen de trabajo. Contactaré con el gerente del Gran Casino y le diré que hay una investigación secreta de la Policía y que necesitamos a un agente infiltrado como camarero.

—Pues está todo planificado.

—No del todo. Dijiste ayer que nos entrevistaríamos con las Aurora Sánchez de la lista para conocerlas en persona y comprobar sus coartadas.

—Ahora no estoy segura de hacerlo, sería como…

—Como si avisáramos a la asesina y que esta se marchase del país hoy mismo.

—Eso es. Parece que me lees el pensamiento.

—No, solo es experiencia, has acabado comprendiendo que algunos pasos acaban siendo en falso. Es bueno que medites las

órdenes a dar al equipo antes de hacerlo, dejarte llevar por un impulso te hará cometer errores. Da las órdenes siempre por la mañana, cuando estás lúcida, y medita las mismas que te han surgido durante la noche, cuando tienes la mente cansada.

—Una buena lección, gracias por ella.

—Deja de dar las gracias por todo y ponte a organizar la operación.

Esther no perdió un segundo en la tarea, tenía que terminar de perfilar el listado y tener toda la documentación para presentársela a África y Fernando, además de informarles de por dónde iban a caminar en el caso en los próximos días.

Justo antes de la parada del almuerzo, ya estaba todo dicho y la subinspectora se marchó con Moretti a comer, antes también informaron al comisario de sus intenciones, este les dio carta blanca, aunque con matices: «no voy a pagarte los trajes nuevos, aunque no tengo inconveniente en costear las consumiciones en el lugar durante esos días, pero no me fío de que pidas licores de quinientos euros la copa, Moretti».

Eran las cuatro y media de la tarde cuando la pareja entraba en el local, Esther nunca había estado en la tienda de Gucci de la calle Serrano, le pareció un mundo desconocido, como estar dentro de una película de ciencia ficción. El espacio no era muy grande, con el suelo forrado de alfombras persas y muy despejado; observó a su alrededor menos ropa de la que había imaginado. Las empleadas parecían damas de alta sociedad e iban enfundadas en vestidos negros que le quedaban como hechos a medida. Y los precios impresos en las etiquetas eran prohibitivos. No se veían por ningún lado los trajes que buscaban, pero Moretti tomó el mando en un mundo que conocía de sobra y, tras unas palabras casi susurradas a la empleada, los hicieron pasar a una sala para clientes VIP. Allí todo cambió, Hugo se probó siete trajes y Esther eligió tres. Le tomaron medidas para ajustarlos a su anatomía a la perfección; también se llevaron tres camisas, dos corbatas y dos pares de gemelos. No compraron zapatos porque de eso ya iba servido el exinspector en el vestidor de su casa.

—No te quejarás, Hugo, solo hemos gastado veinte mil y pico de euros —dijo la chica con sorna.

—No me importó gastar en una ocasión como la del caso fantasma, porque era una inversión con muchas posibilidades, pero esto es un presentimiento que dudo que nos lleve con garantías hasta la asesina.

—¿Temes que mis decisiones gasten tu herencia en los casos venideros?

—No me importa tanto el dinero, pero no quiero pecar de incauto

y perderlo en vano.

—Nunca te he preguntado, supongo que porque no he cobrado nunca una herencia; mi madre, al morir, le dejó el usufructo a mi padre y sé que no tendré gran cosa cuando este falte, que espero que sea dentro de mucho tiempo. ¿En qué tenías pensado gastar tu dinero?

—No pensé en eso tras la muerte de mis padres, antes no tenía esos pensamientos.

—¿Antes? ¿Y ahora es diferente?

—He pensado últimamente en comprar una casa grande y bonita, con mucho terreno y cercana al mar, donde pudiera dar paseos por la orilla y también por algún monte cercano contigo y olvidarnos de los casos.

Esther se llevó la mano izquierda a la boca para evitar el llanto, iba conduciendo y tuvo que bajar la velocidad hasta parar a un lado en el paseo de la Castellana para estabilizarse emocionalmente.

—¿Ya hemos llegado? Qué pronto.

Ella no respondió, no confiaba en que su voz no delatase su situación mental. Lloraba sin poder contenerlo, en silencio.

—¿Esther? ¿Qué pasa?

Silencio.

—¿Esther? ¿Ha pasado algo?

—No te merezco.

—¿Qué dices? ¿Estás llorando?

—Por favor, déjame unos minutos en paz, no puedo…

Y él obedeció, como siempre que se veía en esa tesitura. Había mucho trabajo que hacer por parte del psicólogo que había contratado.

Cuando Moretti, tras unos minutos eternos, intentó preguntar si ella se encontraba mejor, una sirena rompió el silencio para asustarlos a ambos. Esther vio cómo aparcaba una patrulla de la Policía Local justo delante de su coche. Se bajó un agente uniformado y fue caminando despacio hasta la puerta de ella.

—Buenas tardes, ¿ocurre algo?

—¿Cómo? —respondió ella tras bajar la ventanilla. Hugo notó que seguía acongojada por el tono de voz.

—Están parados en un lateral de la carretera, no pueden estar aquí, salvo que se les haya averiado el coche, pinchado una rueda o se hayan quedado sin combustible, pueden a provocar un accidente; y no veo que hayan colocado señales visuales para advertir al resto de conductores y eso es una infracción grave.

—No, yo solo… —Esther trataba de controlar los nervios—. No me sentía bien para seguir conduciendo.

—¿Por qué no conduce su acompañante? ¿Acaso han bebido?

Moretti tomó el mando de la conversación.

—Buenas tardes, agente. Policía Nacional, estamos cubriendo un caso.

—¿Tienen sus identificaciones?

Esther enseñó la suya.

El agente pidió por radio que se comprobase la credencial, el asunto llevó solo unos segundos. Tras eso:

—Subinspectora, siento haberla molestado, pero el vehículo está parado en un lugar peligroso, es un riesgo para la circulación.

Esther suspiró hondo para recomponerse.

—Lo sé, lamento lo sucedido. Ya nos marchamos.

—¿Se encuentra bien? Podemos escoltarles.

—No será necesario, gracias.

El agente no quedó muy conforme, pero no deseaba meterse en un jaleo con sus superiores por molestar a inspectores de otro cuerpo de seguridad del Estado.

—Bien, me marcho, hagan lo mismo, por favor.

Ni Esther ni Moretti respondieron. La chica partió de regreso a la comisaría en un silencio respetado por su compañero y pareja sentimental.

Ya en el despacho, a falta de dos horas para terminar la jornada:

—Esther, ¿no vas a decir nada?

—¿Cómo? —Ella había apartado la vista de la pantalla del ordenador.

—No quiero que esto se quede sin hablar, ya sabes que el secreto para las buenas relaciones es hablar y soltar lo que uno lleva dentro. Lo ocurrido hace horas en la carretera…

—Ya… No sé qué decir.

—Haz el esfuerzo. ¿Has ido esta semana al psicólogo?

—Sí.

—¿Y bien?

—Me cuesta.

—Lo sé. Pero tienes que hacerlo.

—Anoche solo pensaba en mí.

—Eso ya me lo dijiste.

—No solo pensaba en solucionar el caso, sino en sacrificar a quienes me importan, solo porque en ese momento no me importaban tanto.

—Hablas de mí.

—Claro. No te valoraba, no te tenía en cuenta como debes. Me siento como una mierda.

—Lo imagino, pero es importante que hayas cambiado de opinión tras despertar esta mañana.

—No tan importante para mí, sigo sintiéndome como un monstruo.

—Yo no te veo así.

—Porque estás enamorado de mí, aunque yo no lo merezca.

—Quizás no lo mereces, pero no puedo hacer otra cosa.

—Joder…

—Te oí anoche.

—¿Cómo?

—Te oí hablando con África, cuando le decías que el caso era más importante para ti que mi seguridad o mi vida.

La chica se derrumbó sobre el sillón y comenzó a llorar de nuevo, esta vez de una forma incontenida.

—Por Dios, Esther, deja de llorar, deja de lamentarte y empieza a mirar hacia delante, no a lo que has hecho. Usa esos pensamientos para no volver a repetir tus acciones, tus deseos. Deja de llorar, de ser tan débil, y vuélvete la chica que fuiste en algún momento, la que soñaba y quería lanzarse al mundo a comérselo, ahora solo pareces una niña pequeña que teme que el mundo se la comerá a ella. No necesitas a hermanas que te salven, que te sostengan en pie, puedes sostenerte sola y pensar con claridad sin los consejos de terceros.

—No puedo, no sé…

—Claro que puedes y sabes, pero te da miedo. Vence al miedo y sal del pozo en el que tú sola has decidido meterte.

—No soy capaz.

—Claro que lo eres, has resuelto todos los casos anteriores por tus propios méritos, eso debería decirte que eres fuerte y capaz.

—Te tenía a ti, al comisario, a los confidentes y los demás agentes que nos han ayudado, como Nacho.

—Nacho no volverá, céntrate en el presente, ahora tenemos a África y Fernando, también al comisario, a la Científica y a la Forense. Sigues arropada. La manta cambiará de forma y color, pero te seguirá arropando igual, como lo hago yo. Y recuerda que esa manta abriga, pero no es necesaria para mantenerse viva.

—Menudas metáforas… Eres mucho mejor psicólogo que yo.

—Siempre me dices eso. Deja de meter la cabeza en el hoyo de una vez y levántala, abriendo los ojos, para ver el mundo sin temor a que este te haga daño.

—Me siento como una mierda por lo de anoche.

—Eso lo he olvidado, es una suerte no tener tu memoria eidética, y ahora estamos enfrascados en un caso que es como caminar por un lodazal, ayúdanos a avanzar más deprisa, solo tú puedes hacerlo. Todos estamos esperando tus decisiones.

—Mis decisiones son erróneas, solo llevan a seres queridos a la muerte, como pasó con Nacho, como podría suceder ahora contigo.

—Deja de llorar y lamentarte, joder. Piensa en los casos, en el equipo, en mí, en tus padres, hermanos y sobrinos. Hazte fuerte.

—No imaginas lo que me cuesta encontrar esa fortaleza.

—Solo la encuentras al lado de la familia, encerrándote en un capullo de seda que te aporta seguridad.
—Así es.
—No te has curado del narcisismo. Deja esa zona de confort y comprende que todo lo que te rodea es lo mismo, el mundo. No importa si estás al lado de tu familia, las cosas malas suceden sin poder controlarlas. Estabas con tu familia cuando tu madre murió.
—No quiero hablar de eso.
—Nunca quieres hablar de eso, pero es lo que más necesitas. Quizás en un estado como el tuyo, se distancia lo que uno quiere de lo que más necesita.
—Es que no quiero…
—Lo sé, pero también sé que lo necesitas. Háblame de tu madre. Cuéntame un recuerdo bonito con ella.
—No me apetece, la verdad.
—No te lo pido como consejero, ni como compañero del trabajo, tampoco como amigo, sino como pareja que has elegido tener a tu lado para el presente y el futuro.
—No me hagas esto.
—Es lo que necesitas, aunque no quieras.
Esther se atusó el cabello, como hacía frecuentemente cuando estaba algo agobiada, también suspiró hondo dos veces con la mirada perdida en algún punto infinito tras el teclado del ordenador.
—Mi madre no quería que fuese policía.
—Lo sé, temía por tu seguridad.
—No solo temía por mi seguridad en los casos, porque me matasen o hiriesen en un altercado, también porque era consciente de que no era capaz de llevar casos.
—No confiaba en ti.
—No, no lo hacía, no me veía capaz de nada que no fuese fácil, tradicional… ya sabes.
—¿Tradicional?
—Ser una ama de casa abnegada, como le hubiera gustado a mi novio en aquel entonces, llevando la casa y educando a nuestros hijos sin más. Una mujer de esas que llaman «de toda la vida».
—¿Sientes que te separas de su vida y de lo que ella hizo? ¿Trabajas en algo masculino a sus ojos en vez de buscar un desarrollo tradicional de familia? ¿Tu madre esperaba de ti que fueses una madre y esposa sin más metas que esperar en el hogar a que todo fluyera como era lo esperado?
—Algo así, por eso le gustaba tanto aquel chico, pero él no quiso seguir conmigo.
—Eso es porque no vio en ti a la chica que eres, una que va en la dirección que ha elegido por sí misma.

—Me cuesta decirlo, pero sé que defraudé a mi madre, a mi familia, también a mi pareja.

—Eso es una locura, es culparte a ti misma por pensar de forma diferente a ellos, culparte por defraudarles, cuando deberían ser ellos los que se mortificasen por esperar de ti que fueses diferente a como deseaban de forma egoísta que fueras. Nadie tiene derecho a elegir el camino de los demás. Si tú querías buscar otras metas, personales, profesionales, ellos debieron apoyarte.

—No todo el mundo es como tú. Por eso me siento una privilegiada al haberte encontrado, también siento dolor por no valorarte como debiera.

—Olvida eso último. Ponte con el caso como solo tú podrías hacerlo y luego, ya en casa, me haces una cena épica.

Y ella sonrió, aunque casi sin ganas, por primera vez en todo el día.

«¿Cómo puedo ser tan egoísta cuando me rodeo de personas tan maravillosas que se preocupan por mí? ¿Cómo puedo no verte cuando te tengo delante cada día y es maravilloso que estés conmigo? ¿Cómo he podido pensar más en el caso que en tu vida?».

Cambio de planes

Aurora se veía forzada a acelerar el proceso en su nueva misión con dos inconvenientes añadidos, que el tipo seleccionado parecía más avispado que los demás, algo menos interesado en una relación de futuro con ella que en sus negocios; y también que la Policía la acechaba y no sabía de cuánto tiempo disponía para marcharse del país con el dinero sin ser arrestada. Ese reto la estimulaba, pero no tanto como para hacer que se olvidara de lo que podría pasar si todo saliese mal.

Había quedado con Andrés de las Heras esa tarde, la tercera vez en cuatro días. Ella solía quedar la tercera vez tras dos semanas o más de trato telefónico con la presa, pero ahora no disponía de ese tiempo para esperar tanto. El tipo había dicho que sí y tocaba la tercera conversación, porque ella era animal de costumbres, como se definía a sí misma en sus «proyectos empresariales». La tercera conversación siempre era la más difícil y, tras el tiempo esperado desde la segunda, solían las presas estar más que dispuestas a cooperar. ¿Lo estaría esta última en tan breve espacio de tiempo?

Llegó al Gran Casino de Madrid con un traje de pantalón y chaqueta de seda blanco y blusa turquesa, grandes gafas de sol y un bolso de Loewe del mismo color que la blusa. Todos los ojos se posaron en ella nada más entrar, de hombres, mujeres e incluso de los empleados. Ella se mostró indiferente, como si no lo percibiese, pero lo hacía y provocar esas miradas le daba seguridad.

Andrés esperaba en la mesa de siempre, tomando una copa de ron añejo, su bebida favorita tras un día de trabajo. Se levantó al verla para esperar a que ella estuviese sentada. Aurora pidió su habitual cóctel Martini a un camarero que no había visto antes en el lugar.

—Has sido más puntual esta vez que hace dos días.

«Vaya, te molesta la impuntualidad. Es algo común en los hombres, pero no suelen decirlo hasta que no llevan muchos meses o años con su pareja. Tú me lo has dicho demasiado pronto».

—Hoy he salido de la oficina antes.

—Pues me alegro, no me gusta esperar. ¿Qué tal tu día?

—Bien, como siempre. Las bolsas han cerrado de forma positiva para mis inversiones.

—Me alegro.

—¿Qué tal el tuyo?

—Te respondo lo mismo, como siempre, peleas con proveedores

por sus precios y sus tiempos de entrega y con clientes por sus retrasos en los pagos, sin olvidarme de empleados que hay que apretar para que no pierdan las ganas de trabajar.

—Vaya, parece un mal día.

—Lo parece, sí, pero es lo habitual.

—¿Nunca has pensado en dejar de trabajar? ¿En dejar la empresa en manos de administradores?

—No me fío de nadie que no sea yo, me ha costado mucho levantar el negocio desde cero; es algo que me recuerdo cada día para seguir peleando y llevando el timón.

—Comprendo, pero seguro que tienes dinero suficiente para sentirte seguro durante toda la vida.

—No me quejo económicamente, es cierto, pero soy un trabajador, siempre lo he sido. ¿Has oído alguna vez…? Claro que sí, te preguntaba por lo que la gente llama clase media o clase alta social y económica.

—Claro.

—Me dan pena esos imbéciles que se consideran clase media-alta o clase alta cuando no son más que clase obrera. Se creen superiores por vivir en una casa con servicio doméstico, tener dos o tres coches Mercedes o BMW y disfrutar de un destino turístico privilegiado en verano durante quince días. La realidad es que no podrían mantener su tren de vida ni siquiera un año entero si perdieran sus empleos, dependen de esos ingresos para mantener su estado actual; eso es clase trabajadora o clase obrera, pero se niegan a aceptarlo. Yo podría subsistir unos cinco o seis años con mis ahorros, o veinte si vendo la empresa con todas sus sucursales, no está nada mal, podría mantener el mismo nivel de vida durante ese tiempo. Pero sigo con los pies en el suelo y me considero un obrero, me tengo por un trabajador más cuyo esfuerzo hace que esa fortuna me dé más confianza en el futuro, además de dar sustento a cientos de familias que dependen de mí.

—Eso es encomiable, sin duda, pero podrías multiplicar por dos o por tres tu capital si entras en el mercado bursátil.

—Es arriesgado.

—Hay muchos tipos de inversión, muchos tipos de valores en función del riesgo.

—Para multiplicar el capital, hay que aumentar mucho el riesgo.

—Depende de tu inversor. Yo tengo una tasa de eficiencia del setenta y tres por ciento.

—Conozco el mercado por mi amigo inversor y esa tasa de eficiencia no la había escuchado nunca.

«Mierda, este tipo se ha informado muy bien».

—Yo no pertenezco al mundillo que tu amigo conoce, no trabajo para una empresa de las típicas que están afiliadas a la Bolsa de

Madrid. Soy una inversora independiente, como te dije las veces anteriores, tengo clientes por todo el planeta y me centro en las bolsas de Nueva York y Tokio, es donde está la mayor cantidad de dinero. Analizo los movimientos de las empresas que allí operan y juego con chivatazos, información privilegiada de empleados sobre fusiones, absorciones y quiebras, es donde están los grandes beneficios.

—Pero esa información privilegiada es ilegal y está perseguida por la Comisión Nacional del Mercado de Valores.

—Veo que sabes sobre el tema —dijo con una sonrisa y tono alto de seguridad, luego tomó un largo sorbo de su cóctel para dar una pausa de efecto—. Por supuesto que la CNMV persigue ese tipo de inversiones fraudulentas, pero se centra en los movimientos del Ibex-35, no en los mercados extranjeros, no tiene jurisdicción en ellos, por decirlo de forma simple.

—Esos mercados tienen sus propios mecanismos para evitar fraudes y conductas inapropiadas, suelen llamar a la Interpol para que se hagan cargo de los inversores que no han obrado con ética y honradez.

«Mierda».

—Veo que tu amigo te ha instruido bien.

—También he investigado por mi cuenta, sobre todo desde que te conocí y me hablaste de tu trabajo. ¿No te da miedo que te investiguen o te procesen por lo que haces?

—Claro que sí, pero… perdona, voy a pedir otro cóctel.

—Bien.

«No se ha ofrecido a invitarme. Esta presa está perdida, tengo que deshacerme de ella o tratar de afianzarla de nuevo para ganármela definitivamente».

El camarero salió de la barra al ver su señal y se acercó, era joven y guapo, con unos ojos azules que atrapaban. Ella pidió otro cóctel y el chico se marchó a preparárselo.

—Yo llevo cinco años operando de esta forma, antes estuve dos en una sociedad registrada y me dedicaba a empresas nacionales, pero los beneficios rara vez pasaban del diez por ciento para los clientes; durante esos dos años fui haciendo cálculos y análisis de mercados mayores, indagando en empresas, contactando con confidentes que iba obteniendo de aquí y de allá, muchos venían tras la recomendación de otros. Probé a hacer simulaciones y la cosa funcionó. Me marché de la empresa con la cartera de clientes y les ofrecí a todos algo mejor. Desde entonces no he sido investigada ni mis clientes han tenido problemas con las autoridades, clientes que han multiplicado en semanas o meses su capital gracias a mis inversiones.

—¿Eso te gustaría hacer con mi capital, multiplicarlo?

—Bueno, solo si tú lo deseas.

Andrés de las Heras comenzó a reír y Aurora supo en ese instante que todo estaba completamente perdido.

—¿Darte mi dinero para no volver a verte jamás? ¿Me crees tan estúpido? No sé cuántas veces te habrá funcionado esto, pero no ahora. ¿Quién puede creerse un cuento de la lechera como el que tú narras, sin cifras ni datos concretos? No soy un pardillo, mejor busca a otra presa. Y te recomiendo que no lleves la ropa impecablemente planchada cuando dices que llevas todo el día trabajando.

—Me siento ofendida.

—Olvida esa cara de sorpresa, no te funciona. Claro que si quieres demostrar que eres auténtica, que esto no es una estafa, abre el bolso con el que supuestamente llevas todo el día en el trabajo y muéstrame documentos, o enséñame tu listado de llamadas del teléfono, tendrás docenas de llamadas a clientes. Adelante, hazlo. Yo, por mi parte, estoy tan seguro de que eres un fraude que te apuesto un millón de euros a que no tienes nada. Vamos, no me mires así, si eres tan bueno haciendo dinero en tiempo récord, aquí tienes la oportunidad de ganar un millón en segundos.

La chica fue a decir algo, pero cambió de opinión en el acto, no merecía la pena tratar de salvar lo que estaba más que perdido. Tampoco quería que el tipo se enfadase y levantara la voz, ahora que estaba siendo perseguida por la Policía sería lo peor que podría ocurrirle. Y Andrés se levantó por fin con una sonrisa triunfal.

—Adiós, da gracias a que no te denuncie, no quiero perder mi tiempo con la Policía. Te toca pagar las consumiciones. —Y se marchó.

Aurora ya llevaba dos experiencias inesperadas en pocos días, la de haber sido descubierta por la Policía, aunque no supieran nada aún sobre ella, y la de una presa a la que había abordado de la forma equivocada, o se había precipitado en el tiempo con ella, o las dos cosas a la vez.

El camarero se acercaba con el cóctel en la mano y ella tuvo el impulso, por primera vez en su vida, de coger de la mano a un chico, llevarlo al cuarto de baño del local y follárselo como si fuera el último polvo que fuese a echar en su vida, calmar la tensión que se había acumulado sin parar en su cuerpo y su mente y que el gimnasio esa mañana no había logrado aplacar. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Marcharse a casa a hacer la maleta y escapar con el dinero por Portugal, como tenía pensado desde el principio? ¿Tomar un avión en Faro con destino a Buenos Aires? El camarero dejó la copa sobre la mesa en silencio, pero no se marchó, ella lo veía de soslayo, mientras su mirada se perdía en la nueva copa, sus pantalones negros ajustados permanecían a un metro de distancia. ¿Por qué no se iba? Aurora levantó la mirada y conectó con la suya, ¿iba a pedirle que pagase ya?

¿Tal vez tener un momento de sexo en los lavabos? No, eso último solo lo pensaba ella. El chico hizo un gesto cómplice, movió la cabeza solo unos milímetros hacia la izquierda de la chica. Aurora esgrimió un semblante de no entender nada y el chico invadió su espacio vital para susurrar:

—El caballero de su izquierda me ha dicho antes que su voz suena como música y que su perfume es imposible de olvidar.

«¿Cómo?».

La chica observó al tipo, atractivo a rabiar, de no más de treinta y cinco años y vestido como un lord inglés, que se sentaba en la mesa de al lado; antes no se había fijado en él, ¿cómo hacerlo, con lo que estaba aconteciendo con Andrés de las Heras?

—¿Ha dicho eso de mí? —preguntó en un susurro.

—Así es.

—No lo conozco.

—Es un empresario de las telecomunicaciones, quedó ciego hace poco; la prensa social dice que su mujer lo abandonó hace unos meses. Lo siento si he sido indiscreto, pero como ha dicho eso de usted, he pensado que debía… Bueno, espero que disfrute de la copa, la dejo a solas.

—Espera.

Aurora volvió a mirar al ciego. Uf, un ciego que no viese su atractivo físico, su elegancia y modales al caminar y gesticular… aunque eso también era un reto. Se había propuesto dar un último golpe y Andrés de las Heras había sido un fiasco, o no del todo si ahora tenía una nueva oportunidad con otro incauto. No perdía nada por acercarse a la mesa con modales y una buena excusa y averiguar algo del caballero que había aparecido como por arte de magia. No llevaba ese día la cámara de vídeo en el bolso para grabar la conversación y luego investigar, pero como el tipo era ciego, podría usar el móvil como grabadora o apuntar en notas lo que le iba contando sobre sus datos personales sin que se diese cuenta.

No es de recibo dar la espalda a las oportunidades que aparecen de la nada.

«La nana Irene decía que Dios cierra una puerta y luego abre una ventana; aunque me duele pensar en ella en estos momentos, pero es como si estuviera presente y guiándome. Guíame, nani. ¿El ciego es mi último caso? Bueno, eso lo sabré tras una larga conversación».

Se levantó con la copa en la mano derecha y el bolso en la izquierda, se acercó a la mesa y preguntó:

—¿Le importa si me siento con usted?

—¿Disculpe? —El caballero se levantó como accionado por un resorte.

—Siento ser indiscreta, pero mi acompañante ha sido descortés y

se ha marchado de malos modos.

—Espero que ese acompañante no se haya ido sin pagar las consumiciones de la dama con la que estaba, sería de muy mal gusto.

—Es usted muy galante, pero puedo pagarme las consumiciones yo misma.

—Perdone entonces mi impertinencia, claro que puede acompañarme si no desea estar sola. Yo tampoco disfruto de estar solo en este momento y agradecería su compañía, me gusta su voz y su perfume.

—Gracias, es muy amable. El perfume es de Chanel.

Aurora se sentó y luego lo hizo el caballero.

—¿Cómo se llama?

—Victoria, Victoria Llanés.

—Yo me llamo Hugo Sandoval. ¿Tienes un apellido catalán?

—Así es. No me había percatado de que era usted ciego.

—Qué le vamos a hacer… Pero puede tutearme, al menos si desea seguir en mi compañía.

—¿Por qué no? No conoce una todos los días a alguien con esos modales, pareces un aristócrata, Hugo.

—¡Ja, ja, ja! Nada de eso, aunque me codeo desde pequeño con ellos.

—Suena interesante, aunque la mayoría de aristócratas parecen muy aburridos.

—Ja, ja, ja. Lo son.

—Por cierto, deja que te invite, Hugo. ¿Qué estás tomando?

—*Bourbon*, aunque no tienes que invitarme.

—Es lo mínimo tras tu cortesía.

—Pues gracias.

La chica llamó al camarero de antes y pidió la copa para su acompañante. Mientras la consumición llegaba, ella comenzó su cortejo.

—¿Qué es lo que lleva a un caballero a estar solo una tarde como esta?

—Podría preguntar lo mismo de una dama, pero ya me has contado que tu acompañante no ha valorado tu compañía.

—Es una larga historia, un novio, ahora exnovio, que ha conocido a alguien más joven.

—¿Más joven? Por tu voz no calculo que tengas más de treinta años.

—Esa es la cifra exacta.

—Vaya, una jovencita… ¿A qué te dedicas, si no consideras mi pregunta una indiscreción?

—Me dedico a la bolsa, soy inversora en los mercados de Nueva York y Tokio.

—¡Guau!, eso suena fascinante.

—Bueno, es un trabajo como cualquier otro. ¿A qué te dedicas tú?

—A las telecomunicaciones, tengo una empresa modesta que presta servicios a otras más grandes.

—Eso parece interesante.

—Quizás con el tiempo, en unos años, nos convirtamos en una grande.

—Es fabuloso tener ambición y querer prosperar, mis clientes desean hacerlo y yo me ocupo de multiplicar su dinero.

—¿En serio? No suena nada mal. Es el deseo de todo el mundo, multiplicar su capital, en una empresa es la forma de crecer más rápido.

—Claro que sí.

—Háblame de ese trabajo tuyo.

—En otra ocasión, Hugo. Estoy descansando tras una larga jornada y me gustaría conocer algo más personal de ti.

—Vaya, no esperaba esa propuesta.

—¿Qué esperabas de esta conversación?

—Solo eso, conocer a alguien tan elegante desde la distancia y más aún al primer contacto.

—Gracias por el halago, aunque no hay mucho que decir. Tengo treinta y cinco años y me he criado en una familia acomodada, no pienso pedir perdón por ello. Estudié Económicas y Derecho y monté una empresa con la ayuda de mis padres, ahora estoy huérfano y el negocio ha superado los beneficios con creces que obtenía mi padre con su negocio, así que eso es un objetivo vital logrado, ya me entiendes; uno siempre quiere enorgullecerse de sus logros y superar a sus progenitores en cuanto a metas alcanzadas en la vida, aunque esté mal decirlo.

—No está mal, es algo natural, como una liberación. Yo también he superado los logros de mis padres. Continúa.

—No hay mucho más, me casé con mi amor de adolescencia, Esther, pero esta me dejó tras quedar ciego y no tengo hijos. Fin.

—Vaya, es un resumen escueto pero que dice mucho de ti.

—¿Qué me dices de ti? ¿Sabrías hacer un resumen igual?

—Bueno, tampoco me quedan mis padres, murieron en un accidente de coche cuando era adolescente. Estudié finanzas y empecé a trabajar en una empresa que operaba en la bolsa española, pero decidí apuntar más alto tras estudiar los mercados americano y japonés y ahora voy por libre. No tengo pareja ni hijos.

—Pues sí que has hecho un resumen tan bueno como el mío. Ahora solo queda detallar las aficiones para conocernos del todo.

—¿Eso es lo que quieres? —preguntó ella con tono sutil pero también seductor tras dar un sorbo al cóctel.

—No estaría mal ¿no te parece?
—Empieza tú.
—Me gusta el campo y la playa por igual, no esa playa en la que compartes dos metros de arena con gente que grita y te invade, sino la que disfrutas dando un paseo en invierno para oír el mar embravecido o navegando en mi barco hacia una cala desierta en verano, en la que disfrutar de buena comida y una siesta tranquila, o con la compañía perfecta.
—No está nada mal, ¿quién reprobaría eso? Suena fenomenal, también con animales, me gustan todos; tendrían varios perros, también algún burrito en una casa de campo.
—¿Estás de broma?
—Claro que no.
—¿Un burro?
—Son adorables.
—No los he tratado, pero me fío de tu criterio.
—Un burrito pequeño y de cabello lanudo, uno que se acerque al oírte para que lo acaricies y lo acompañes en un paseo.
—Nunca había conocido a una persona que pensase así, que tuviese ese amor por los animales.
—No por todos, detesto a las arañas, me dan pánico.
—¿A quién no?
—Ja, ja, ja, claro.

Una vez en el piso de Moretti, tras cenar el exinspector con Esther, ambos repasaron el momento. Lo habían grabado con la cámara que llevaba él y otra que tenía África, sentada todo el tiempo en la mesa de al lado.
—Es ella.
—Lo sé, es ella.
—Entonces, ¿por qué te muestras tan distante, casi enfadada? Pensaba que te sentirías orgullosa de haber acertado en una apuesta tan difícil.
—No sé…
—¿Esther?
—No es nada, es que estoy cansada.
—No logras engañarme, sé que hay algo más.
La chica no dijo nada, se levantó y comenzó a llevar platos, cubiertos y vasos a la cocina. Dio dos viajes mientras el ciego la oía caminar sin insistir en la conversación. La chica regresó y se sentó en el sofá, él hizo lo mismo luego y trató de abrazarla, ella se mostró algo reacia a ello.
—¿Qué te pasa? ¿A qué viene esa actitud?

—Tengo calor, no quiero que me abraces.

—No hace calor, además, tú siempre tienes frío y agradeces los abrazos y caricias.

—Hoy no.

—¿Se puede saber qué te pasa? ¿Estás distanciándote de mí?

—No… No es más que… estoy cansada.

—Suéltalo.

—Lo de esta tarde.

—¿Esta tarde?

—En el Gran Casino.

—¿No ha salido como tú querías?

—Sí y… no. No me he sentido cómoda mientras oía y veía con la cámara lo que sucedía entre esa mujer y tú.

—Asesina. Es una asesina que meteremos entre rejas, no lo olvides.

—Pero la conversación…

—¿Qué esperabas? ¿Estás celosa?

—No.

—Mientes, claro que lo estás. ¿Hubieras preferido que la rechazase desde que se acercó? No habríamos descubierto a la persona que buscamos.

—Pero esa forma en la que hablabas con ella… No me he sentido a gusto viéndote con la faceta de seductor que has tenido antes de conocerme.

—Pero ahora soy diferente y me gusta más ser así.

—Entiéndeme, no es algo que hayas hecho mal, simplemente me ha venido la baja autoestima, me he sentido muy insegura al verte flirtear.

—Si te vieses en la misma situación, ¿qué hubieras hecho en una misión?

Esther recordó las incursiones en el caso fantasma con su compañero Nacho, detalles que no había contado a nadie ni lo haría nunca; aquel chico se llevó el secreto a la tumba. Lo que hicieron aquellas noches fue muchísimo más que flirtear y todo fue idea de la propia Esther. Moretti tenía razón, era lo que se debía hacer, pero ella no podía… No lograría nunca olvidar las imágenes y la voz de su pareja flirteando con esa mujer tan atractiva. Esther se consideraba tan inferior en cuanto a físico como a conversación con ella, que apretaba los dientes con fuerza al recordar, una vez y otra y otra más en su mente, lo que había vivido mientras era testigo desde el coche a las afueras del local. Quizás llegase una mujer así a la vida de Hugo, una que no fuese una asesina, una que no investigaran, solo que apareciese sin más, y que lo apartase de ella.

—Supongo que yo actuaría como requiere la situación —respondió por fin.

—Esther, te noto rara, fría, distante; eso ya se repite mucho estos días.

—Llamaré al psicólogo, lo necesito.

—¿Por qué lo necesitas? Cuéntame a mí lo que piensas, lo que te hace estar así.

—No es lo mismo, no me siento capaz por ahora de compartirlo.

—Yo lo comparto todo contigo.

—Pero tú eres más fuerte y seguro de ti mismo.

—Me considero una persona normal.

—Yo no lo soy.

—Estás trabajando en ello, sigue haciéndolo.

—Me he puesto celosa.

—Lo sé, me alegra de que hayas tenido el valor de decirlo.

—No me siento orgullosa de decirlo, es una muestra de debilidad, de desconfianza hacia mi pareja y de inseguridad hacia mí misma.

—Lo sé.

—No es todo.

—¿A qué te refieres?

—Me cuesta decirlo, me cuesta mucho confesarte esto…

—¿El qué?

Esther se puso a saltar en mitad del salón ante el asombro de Moretti, que la oía hacerlo.

—¿Qué haces?

—Deja que me libere.

—¿Liberarte?

—Sí, tengo algo importante que decirte.

—Me intrigas.

—¿No te preocupa?

—¿Debería preocuparme?

—Me enrollé con Nacho.

—¿Cómo dices?

—Ya lo has oído. Y fueron dos veces. ¿Estás enfadado?

—Pero si Nacho era gay.

—No nos enrollamos en plan deseo sexual que tuviéramos el uno por el otro, que no había en absoluto, solo por el caso.

—¿Fue en el local ese de pervertidos en el que tuvimos varias muertes de personas influyentes?

—Claro, en el que murió Nacho.

Moretti comenzó a reír a carcajadas. Esther lo miraba atónita.

—¿A qué viene esa risa? ¡No te comportes así, gilipollas!

—No me río de ti ni de Nacho ni de lo que me has dicho que hicisteis, solo me ha venido un pensamiento de repente y no he podido contenerme.

—¿Un pensamiento?

—Os pagué cinco mil euros a cada uno en cada incursión, son veinte mil más el traje que le compré a Nacho.

—Lo dicho, eres un gilipollas.

—Pero reconoce que lo de hoy conmigo no ha sido nada comparado con aquello.

—No es la misma situación, es una desconocida. Nacho era nuestro compañero, era gay… teníamos que pasar desapercibidos en el lugar para el éxito de la misión y no llamar la atención. Son atenuantes.

—No uses palabras de abogados, los detesto.

—Tus padres eran abogados.

—Los detestaba en la época en la que libraban a criminales de la cárcel. ¿Te sientes más liberada tras decírmelo?

—Lo cierto es que no. ¡Joder! ¿Por qué no te enfadas conmigo?

—Bueno, es que no era la misma situación, esta es una desconocida, Nacho era nuestro compañero, era gay… teníais que pasar desapercibidos en el lugar para el éxito de la misión y no llamar la atención. Son atenuantes.

—¿Vas a repetir mis palabras para burlarte? ¿Sabes cómo te detesto en este momento?

—Pues claro que sí. Anda, ven y dame un abrazo de una vez.

Ella obedeció a regañadientes, pero lo apretó con todas sus fuerzas.

—Esta noche te voy a hacer el amor como nunca antes, Esther.

—Como se te ocurra pensar en esa zorra mientras estamos en la cama…

—No lo haré si tú tampoco piensas en Nacho.

—Ya te has quedado sin polvo. —Y se fue corriendo al cuarto de baño.

—¡Ja, ja, ja! Venga, ven y terminemos esa botella de vino.

Ella gritó desde el baño:

—¡No, que me emborracho y haces conmigo lo que quieres!

Una esposa guerrera

El café estaba recién hecho, aunque olía como siempre, por eso Esther, y ahora también África, se decantaron por una infusión de té verde al llegar a la comisaría.

—¿Ya no quedan pastas? Pues sí que duran poco, los compañeros no deberían llevarse un puñado a sus mesas cuando entran por la mañana.

—No pasa nada, Afri. ¿No has desayunado?

—Olvidé hacer la compra ayer, Esther, y solo tenía café y leche en la cocina; apenas me queda sacarina.

—Luego nos tomamos un descanso y compramos algo en el súper de la esquina.

—Chicas, un poco de atención, estamos aquí para la reunión y tengo prisa. —El comisario había puesto orden para que Esther o Moretti hiciesen el resumen de la jornada anterior y del caso que seguían.

—Ayer contactamos con la asesina —comenzó el ciego—. Se acercó, como bien había vaticinado Gallardo, además de adivinar el sitio, y tuvimos una conversación en la que trató de convencerme de sus habilidades para aumentar el dinero de sus clientes maniobrando en las bolsas extranjeras.

—No la detuvisteis, fue inteligente, ya que no tenemos nada en firme contra ella, nada que la vincule a los asesinatos ni a las salidas de dinero de sus presas anteriores.

—Es evidente, debemos acercarnos más a ella, dejarla actuar, seguir con su plan. De habernos delatado, de haberla detenido, ahora estaría en libertad por falta de pruebas y con la potestad de marcharse del país sin poder detenerla.

—Así es, no tendríamos orden judicial sin pruebas sólidas; el simple vínculo con Irene no es suficiente. Claro que seguir con el plan implica que te matará, Hugo.

—Bueno, tengo a un equipo conmigo que evitará eso, espero. —Sonrió sin poder ver los rostros de Esther, África y Fernando.

—¿En qué situación ha quedado la asesina?

—Me mandó un mensaje anoche, horas tras nuestro encuentro, para decirme que estaba encantada con haberme conocido, en fin, lo esperado.

—¿Habéis investigado el número de teléfono desde el que te mandó el mensaje?

—Iglesias lo ha hecho antes incluso de lo esperado, es un número pirata.

—Como siempre. Es nuestra asesina.

—Aún no tenemos nada y, por supuesto, no esperamos una confesión de la misma, tenemos que seguir avanzando estos días.

—Bien, no perdáis la senda. ¿Cuándo es la siguiente cita? ¿Necesitáis un dispositivo de apoyo por si trata de huir?

—Creemos que no, que no lo hará si no me delato como policía. Ella seguirá con su maniobra de convencerme de que le dé dinero tras enamorarme; es su forma de actuar. Aún tendrá preparados varios encuentros más.

—Está bien, confío en vosotros, dadme resultados pronto.

—Esperamos hacerlo esta misma semana.

El comisario se marchó de la cocina.

—Bien, ya habéis oído. Tenemos a Aurora, ahora es una cazadora convertida en presa, así que nuestra principal misión es que ella no lo sepa, que se sienta una depredadora a salvo hasta que sea demasiado tarde.

—Hugo, ¿cuándo la atraparemos?

—Fácil, Fernando, cuando esté a punto de matarme; la pillaréis con las manos en la masa y no podrá objetar nada ante las acusaciones. Si no admite haber matado a Irene Contreras y las demás víctimas, no se librará de mi intento de asesinato. Es más, ahora no tenemos la posibilidad de registrar su domicilio, donde seguro hay pruebas de sus crímenes, incluso puede haber dinero o talones, pero si trata de matarme podremos entrar a husmear hasta debajo de las baldosas.

Esther había permanecido callada todo el tiempo, se le revolvía el estómago pensando que Moretti viera más veces a la chica o que la relación intimase, cosa que seguro que tendría que ocurrir para llegar al extremo de confianza que la asesina necesitaba para sacarle el dinero. Ahora alzó la voz.

—¿Y si eso solo ocurre tras darle tu dinero? Ella ha matado a sus anteriores víctimas tras sacarles sus ahorros. ¿Le darás tu dinero?

—Si es necesario, lo haré, podré recuperarlo después, si es que salgo con vida del caso y la atrapáis con el dinero. Además, el dinero no lo es todo en la vida, hay cosas mucho más importantes.

Esther quería abrazarlo, quería hacerlo con todas las ganas del mundo, pero no lo hizo, ni siquiera movió un músculo de la cara. Se sentía como una mierda.

«Como lo que soy».

Rosa llevaba toda la tarde limpiando la casa, no el típico pase de

escoba y fregona tras quitar el polvo a los muebles, sino esa limpieza anual que toca para dejar las persianas como nuevas, los balcones, las lámparas, la parte de arriba de los muebles altos de la casa, sacar brillo a la plata y demás tareas horribles que la dejaban molida y sin ganas de hacer la cena al llegar a casa, claro que siempre podían encargar comida a algún restaurante de la zona o personarse allí directamente para relajarse un par de horas.

Como siempre, estaba agobiada por la cantidad de tiempo que pasaba su marido en el trabajo, aunque ese era un tema del que prefería no hablar con él más, ya que dicho trabajo era el amor de su vida, y no ella. Así debió comprenderlo cuando se casó con él, incluso cuando eran novios y Simón aún patrullaba las calles. Rosa seguía enamorada como cuando eran dos adolescentes que buscaban un lugar donde hacer el amor sin ser pillados en el coche que él le birlaba a su padre algunas noches. La de veces que regresó a casa pensando que habían hecho una locura, que sus padres la matarían si se enteraban que se podría quedar embarazada por no usar preservativo o porque este se había roto o salido durante el acto.

Y allí estaban, muchas décadas después, sin haber podido tener hijos. Si hubiera visto su futuro antes… quizás lo hubieran hecho más veces sin protección para tener más posibilidades; no esperar a los treinta años para buscar la prole y descubrir que era imposible por la dichosa esterilidad que le diagnosticaron.

«En la adolescencia es más fácil, hay muchas más posibilidades, claro que no sé si hubiese sido posible en aquellos años, pero no se puede pensar en lo que hubiera pasado si esto o aquello hubiera sido diferente cuando se mira hacía atrás desde el presente. Hay que pensar solo en lo que uno ha logrado, no en lo que ha dejado sin resolver. Tenemos un matrimonio estable tras décadas y somos felices a pesar de no haber tenido hijos».

Esa noche le apetecía comida tailandesa, que había descubierto siete años atrás y siendo reacia a probarla en primera instancia. Sí, le apetecía mucho y seguro que a Simón también cuando se lo propusiese.

Casi había terminado de limpiar, le dolían mucho los brazos y la espalda, sintiendo el sudor pegajoso por todo el cuerpo… pero la casa se veía impecable. Guardó todos los productos de limpieza y metió los trapos usados en la lavadora, también introdujo la escalera plegable en el armario trastero de la habitación que usaban para la plancha y que siempre pensaron que sería para su primer hijo. Ahora estaba llena de trastos por todas partes, incluso algunas cajas de cartón repletas de copias de documentos de los casos que había seguido su marido en el pasado y que eran importantes para él, aunque ella sabía que no valían más que para recordarle que fue un gran investigador o

para encender fuego en una chimenea de casa de campo.

Miró el reloj en la pantalla de su teléfono móvil, eran las siete menos veinte de la tarde. Tomó una muda de ropa interior del dormitorio y fue a darse una ducha. En buena hora habían reformado el piso para, entre otras cosas, cambiar la bañera por un plato de ducha, pues le apetecía darse un baño relajante, algo que no podía hacer más que cuando iban de vacaciones a hoteles cada año y, con el paso de los mismos, iban siendo cada vez más cortas. Aún recordaba cuando se bañaban juntos en ese mismo cuarto de baño, con el piso recién comprado, apenas cabían los dos, pero no les importaba la incomodidad ni que se derramase algo de agua, que luego tenían que limpiar con la fregona. Las relaciones avanzaban siempre cuesta abajo, observando con pesar cómo se iba perdiendo la pasión y luego el cariño y los detalles bonitos. No era culpa solo de Simón, suele ser algo mutuo, ambos se iban adormilando poco a poco y dejándose llevar por el tedio de sus quehaceres diarios, un tedio que afectaba a la conexión entre los dos, como si se fuesen alejando tan despacio que no lo percibieran salvo cuando echaban la vista al pasado y recordaban los momentos vividos años atrás. Había que reavivar la pasión y el cariño, eso lo tenía ella claro y había trabajado en ello desde el comienzo de la relación, no solo ella de forma unilateral, también recordándole a Simón que tenía que remar a su lado para que la barca del matrimonio avanzase en línea recta y a buen ritmo.

El comisario llegó a casa cuando su esposa ya llevaba más de media hora arreglada, se había puesto un vestido que no usaba desde hacía años y había invertido una hora en peinarse y maquillarse. Simón la observó, allí parada en mitad del salón, como si contemplase una visión inesperada.

—No me he olvidado de tu cumpleaños ni del aniversario, de eso estoy seguro.

—No seas tonto, no se trata de eso. ¿Acaso no hemos dicho muchas veces que cualquier día es bueno para tener un momento bonito para nosotros?

—Claro, claro… Deja que me duche y vista y nos vamos a cenar. ¿Has pensado en algo especial?

—Tailandés, el de siempre.

—Sabía que dirías eso, no paras de hablar de él desde que lo descubriste.

Una hora más tarde, ya habían pedido sus platos favoritos en el restaurante y conversaban animadamente. Él se había puesto un traje limpio que usaba para las bodas y otros momentos importantes, le quedaba un poco pequeño.

—Tenemos que hacer esto más a menudo.

—Siempre me lo dices.

—Siempre te lo digo, pero tienes que poner también de tu parte, Simón.

—Lo sé, lo sé. Perdona por seguir casado con el oficio. No te voy a prometer nada más, ya estás más que cansada de oírlo sin que me esfuerce en hacerlo; pero te aseguro que lo pienso cuando estoy en la oficina, solo que me olvido con el volumen de trabajo y llego a casa destrozado.

—Eso es, llegas demasiado agotado a casa y se te olvida.

—Me conoces mejor que yo mismo.

—Dejemos el tema de conversación, ¿qué caso es ese tan importante?

—Siempre hay uno importante, o dos o tres, siempre hay casos interesantes que me quitan el sueño y me distraen de ti, de lo que importa realmente.

—Pues dime el que más te preocupa. ¿Es ese del que has tenido que hacer varias ruedas de prensa? ¿El que llevan, para variar, Moretti y la chica nueva de la memoria rara?

—¿De verdad quieres que hable de trabajo en un momento como este?

—Solo quiero que te sientas a gusto. A mí no me apetece contarte todo lo que he hecho hoy, haciendo la limpieza a fondo anual de la casa, aunque mañana tengo que seguir para terminarla.

—Deberías haber esperado al domingo para que lo hiciéramos entre los dos, o contratado a una ayudante, tenemos dinero de sobra para esas cosas.

—Me gusta encargarme por mí misma de la casa; además, los anteriores domingos has estado trabajando y no podía demorarlo más ni pedirte que abandonases tus tareas para hacer algo que tiene menos importancia que tus casos.

—Tienes razón, no estoy apenas en casa, tengo que pedirte perdón de nuevo.

—No pongas esa cara, no me importa, se lo que significa para ti tu trabajo y no quiero que pases el poco tiempo libre que te queda en limpiar la casa, eso es tarea mía.

—Es de los dos.

—No, tú traes el sueldo que nos mantiene, tú tienes tu trabajo y yo asumo el mío en el hogar.

—No te merezco.

—Eso me lo dices mucho.

—Porque es la verdad.

—Bueno, ¿me cuentas lo del caso o no?

Les trajeron el primer plato y comenzaron a comer.

—No hay mucho que decir, ya lo has oído y visto en la televisión, tenemos muchos cuerpos hallados en un local a las afueras de la

ciudad, se trata de una mujer que engatusa a empresarios para sacarles el dinero y luego los mata.

—¿Por qué los mata?

—Para eliminar del todo su rastro, es obvio.

—Pero su familia…

—No tienen padres, hermanos ni hijos.

—¡Vaya!

—Es muy inteligente, los seduce, les hace creer que van a tener una vida feliz junto a ella y que, también, van a multiplicar su dinero.

—Una viuda negra.

—Totalmente. ¿Cómo está el *som tam*?

—Delicioso, como siempre. ¿Y tu *pad siuw*?

—Al punto de sal. Ha sido un acierto que quisieras comer aquí hoy.

—Gracias, suponía que tú también querrías. ¿Y esa mujer? ¿No se sabe nada sobre ella? ¿No tenéis su identificación, o como se diga?

—No tenemos su foto ni tampoco sus datos para buscarla, me refiero al DNI o huellas dactilares; solo el nombre: Aurora Sánchez, que es poco.

—Pues sí que es inteligente.

—Yo diría que sabe hacer su trabajo. Esos son los delincuentes más difíciles de atrapar, los que conocen cómo actuar sin ser vistos ni descubiertos cuando actúan.

—Ya cometerá un error.

—Pues espero que lo haga pronto, porque lleva once o más crímenes y no hay rastro utilizable de ella.

—Se habrá marchado del país, con todo este revuelo mediático…

—No creemos eso. Moretti ha contactado con ella.

—¿Cómo? ¿La tenéis por fin?

—No tenemos nada definitivo; si la siguiéramos hasta su casa, al no tener nada de lo que acusarla formalmente, no podríamos ni registrar la vivienda.

—Pero tendrá un teléfono y un ordenador con el que habrá contactado con las víctimas.

—El teléfono es pirata, no está registrado, además, serían indicios, no pruebas, pues no ha dejado rastro en las escenas de los crímenes ni en el local en el que enterró a las víctimas. Estamos por ahora con las manos atadas.

—Si ha contactado con Moretti, el equipo podrá hacerle un gran seguimiento.

—No lo he contemplado hasta el momento en que me han informado de ese dato. Es cierto que la primera vez que contactó con ella, no había muchas posibilidades de éxito, pero ahora, tras lo ocurrido, tengo más confianza y pondré a varias patrullas a seguir a la

mujer.

—Seguro que resuelves el caso pronto y puedes descansar.

—Eso no ocurre cuando uno es comisario, siempre hay más casos que llegan tras los que se resuelven, muchos.

—Pues debes aprender a desconectar de ellos.

—Siempre me dices eso.

—También que desconectar del trabajo es el primer paso para ser feliz, estar relajado y para tener una vida personal sin agobios. Delega en tus inspectores.

—Estás guerrera… quieres que te haga el amor esta noche.

—Ya me conoces.

Segunda cita

Todas las alertas estaban encendidas en su mente, aunque no sabía si era por la nueva —y última— presa o porque el tiempo corría en contra de ella. Hugo se había comportado en su primer encuentro como los anteriores, dispuesto a conocerla, interesado en ella, gentil y educado, con una seguridad en sí mismo que connotaba un poco de nerviosismo y de sentirse… ¿cómo podría definirlo Aurora en esos momentos? Sí, como un adolescente ilusionado. Así se mostraba Hugo, igual que los anteriores. Eso le daba seguridad a ella, pero perdía la misma al pensar constantemente en que apareciese la Policía para detenerla y acabar con sus planes de futuro, los que había estudiado durante años.

Esa tarde habían quedado de nuevo, pero ella se veía horrible ante el espejo, no había dormido bien, no lo hacía en los últimos días, y las ojeras habían aparecido para añadirle unos años más. Hugo, siendo ciego, no podría verlas, pero ese detalle no evitaba que ella se sintiese menos bella y, por lo tanto, más insegura al caminar entre la gente, al mostrarse entre desconocidos; eso la mortificaba. No podía hacer nada más que aplicar corrector anti ojeras antes de aplicarse la base de maquillaje habitual.

Otro pensamiento rondaba por su cabeza desde la tarde anterior, era la primera vez que se sentía atraída por una presa, la primera vez que no la veía como una res antes de entrar en el matadero. Se había acostado con los anteriores para lograr más confianza de ellos, para que se sintiesen en una nube de ilusión, eso los hacía más fáciles de controlar, de manipular y llevar hacia donde ella quería tenerlos. Pero Hugo era más atractivo, su físico, su rostro, su voz, su forma de hablar… Todo en él provocaba el deseo; y ella nunca había sentido deseo por un chico, ni siquiera en la adolescencia, siempre había visto a los hombres como babosos patéticos que juegan a seducir para lograr su objetivo: llevar a la chica a la cama, un juego en el que ella sabía que podía ganar, pues siempre gana el que menos deseo tiene, el que manipula y juega con las mejores cartas. Tampoco es que Aurora se sintiese muy diferente en cuanto a seguridad respecto a las veces anteriores. Teniendo en cuenta esa premisa, podría controlar sus impulsos. Los hombres tenían un deseo: el sexo, ella tenía otro: sacarles el máximo dinero.

Estuvo pensando en él todo el día, mientras entrenaba en el gimnasio, también cuando se duchaba después, al almorzar y al tratar

de dormir algo de siesta que reparase su mente y cuerpo; incluso cuando se vestía y maquillaba para salir a la cita. Se podría haber puesto un pantalón vaquero, camiseta de algodón y zapatillas cómodas de deporte, Hugo no lo percibiría durante la conversación, pero ella era incapaz de salir de caza, ni a dar un paseo, sin arreglarse con lo máximo que tuviese en el armario vestidor, eso formaba parte de ella, estaba fusionado a su ADN.

Esa misma mañana en la comisaría:

—¿Estás seguro de que quieres seguir adelante con esto?

—¿Por qué me has preguntado eso tres veces desde anoche?

Esther no sabía qué responder. Bueno, sí que lo sabía, pero no quería hacerlo.

—Esther, fuiste tú la que me convenció para que fuese el cebo de la asesina. Insististe hace solo dos o tres días, a pesar de que yo no quería. Ahora te muestras insegura, ¿a qué viene esa inseguridad?

—No lo sé.

—Claro que lo sabes.

—No me gusta verte con esa mujer.

—¿Te preocupa eso más que el hecho de que pueda matarme?

—Claro que no, pero no soporto ver las grabaciones, se me quedan para siempre en la memoria.

—Recuerda en esos momentos, cuando veas las grabaciones y también cuando las rememores, que fuiste tú la que tuvo la idea de que sucediese.

—¿Te acostarías con ella?

—Sabes que no.

—Pero ella podría proponértelo. Es una posibilidad.

—Sí, es una posibilidad, pero sabré mantenerme firme y convencerla de que es demasiado pronto o algo así.

—No sois adolescentes de quince años que se acaban de conocer en una primera cita. Cuando lleves tres, cuatro o cinco encuentros, sería lógico tener sexo.

—Pues ya me las arreglaré para que eso no suceda. ¿Acaso no confías en mí?

—Claro que sí, pero no en ella.

—Ese es un argumento típico de personas celosas, lo sabes de sobra. Si confías en mí, no importa lo que ella insista o las armas que use para tratar de convencerme. Si ejercieses como psicóloga, le dirías lo mismo a un celoso o una celosa que entrase en tu consulta como paciente para curarse. Los celos no son una prueba de amor, sino una muestra de debilidad, de inseguridad hacia uno mismo y de desconfianza hacia su pareja.

—Lo sé, no tienes que decírmelo.

—Pues trabaja en esa inseguridad, es la que te hace ser narcisista. Hoy tienes cita con el psicólogo.

—Sí, pero tenemos el seguimiento.

—Estaré seguro en la cita esta tarde con África y Fernando a mi lado. Además, Simón me ha concedido dos patrullas que actuarán como seguridad y también para seguir a Aurora de regreso a su casa y descubrir dónde vive. Estaré a salvo con ellos.

—Pero no me sentiré bien si no estoy allí también.

—Pues aprende a desconectar, a apartar tu mente de pensamientos que solo te hacen daño o te mantienen intranquila. Este es un trabajo en el que necesitas hacer eso, además de confiar en tus compañeros. Y como pareja, bueno, no tengo que decirte lo importante que es en una relación sentimental confiar ciegamente; de otro modo estarás sufriendo, y no es sano sufrir, ni en el trabajo ni en casa.

La chica asintió con la cabeza. Hugo sabía que ella lo había hecho, aunque no confiaba mucho en que se solucionase el problema tan pronto, sería cuestión de trabajar en ello durante meses o años.

El resto del equipo de investigación siguió con sus tareas hasta las seis y media de la tarde, momento en el que se reunieron en la cocina con el comisario para planificar la nueva misión.

—Gracias —dijo Esther al recibir de África el último té que se tomaría ese día.

—Por nada. Ya me he enterado que no estarás con nosotros en el operativo.

—Tengo cita con el psicólogo.

—No importa, te pasaré la transcripción de la grabación.

—Ni siquiera sé si quiero verla.

—¿Y eso? Claro, te sientes incómoda al ver a Moretti flirteando con una chica.

—Sé que es parte de su trabajo y, además, que yo misma tuve la idea, pero me siento tan incómoda…

—Piensa que en pocos días o semanas el caso se habrá cerrado con éxito, es un caso de esos importantes que dan muchos puntos. ¿No te sientes afortunada de formar parte de él? ¿De resolverlo? ¿De obtener mérito por ello?

—No pienso en el mérito.

—¿Piensas en el riesgo que correrá Hugo?

—También en eso, pero más aún en que pueda sentir algo por otra mujer.

—Sabes que esa Aurora no es tan bonita como tú y que Hugo está enamorado de ti como no he conocido antes un amor así en mi vida.

—A pesar de eso, no puedo evitar que en mi interior…

—¡Chicas! ¿Dejamos los cuchicheos para otro momento? —El

comisario se había puesto firme, quería terminar con la reunión lo antes posible porque tenía una rueda de prensa para informar de avances que no había conseguido, pero que los periodistas le exigirían en unos minutos.

—Está bien, Simón, te comunicamos que el caso sigue como ayer, no tenemos nuevas pruebas de los departamentos de Científica ni Forense, así que haremos otra incursión con la sospechosa en dos horas.

—A ver qué sacas de ella, Hache.

—No me llames Hache —dijo de forma seca, como siempre—. Haré lo que pueda, interpretaré el papel como ayer.

—Trata de sonsacarle una declaración.

—No seas ingenuo. Esa mujer se marcharía del país esta misma noche si intuye que estoy interrogándola. Prefiero que siga siendo ella la que tenga el control, la que dirija la operación que tiene pensada conmigo. Si la dejamos actuar, tratará de sacarme el dinero y matarme a continuación, ahí es donde tenemos que estar para impedírselo; no solo por capturarla, también para evitar que me asesine, cosa que no me hace mucha ilusión.

—Bien, los agentes de apoyo la seguirán de regreso a casa y la vigilarán para conocer sus movimientos.

—Intenta que una patrulla vaya en coche y la otra a pie, no sabemos si vive cerca del local en el que hemos quedado y un coche camuflado a seis kilómetros por hora podría llamar su atención.

—Ya había pensado en eso, no soy un novato.

—No, por supuesto, solo algo oxidado.

—Te detesto.

—Me quieres, por eso pagarás una buena comida o cena a todo el equipo que intervenga cuando esto acabe.

—No seas tan optimista. Quizás te compre un ramo bonito de flores para tu entierro, de mi propio bolsillo, si todo sale mal.

—Menudo capullo estás hecho.

Y se terminó la reunión.

—Buenas tardes, Gallardo, me alegro de que no cancelase o faltase sin previo aviso a su cita.

—Ya le dije que no lo haría más.

—Es fantástico, por usted y también por mí, como facultativo, que por ahora vaya cumpliendo esa promesa. ¿Qué tal la semana?

—Investigando un nuevo caso, además de mantener las directrices que me dio, no he llamado a mi hermana más que para saber cómo se encontraban ella y su familia, además de no apoyarme de forma egoísta en mi pareja.

—¿Por qué ha parpadeado de esa forma y ha apartado la mirada al decir esa última frase?

—Joder.

—¿Gallardo?

—Creo que he fallado, me he dejado llevar por el egoísmo y he metido a mi pareja en un caso peligroso. Ahora me arrepiento, pero es demasiado tarde.

—Detállelo más.

—He convencido a mi pareja para ser el cebo en una operación de Homicidios, lo he puesto en peligro.

—Teme por su futuro.

—Claro.

—¿Y qué más?

—¿Más?

—Claro. Está usted tratándose el narcisismo, así que habrá algún motivo que la afecta de forma directa para haber cambiado de idea y pensar que se ha equivocado.

—No puedo engañarle, ¿verdad?

—Nunca. Continúe.

—Me siento insegura.

—Es algo normal, forma parte de su personalidad por ahora. ¿Qué le genera esa inseguridad en estos momentos?

—Que mi pareja se enamore de la asesina.

—¿Es consciente de que eso suena infantil?

Esther lo miró asombrada.

—¿Cómo dice?

—Digo que no tiene sentido. Ha dicho que su pareja está en un caso peligroso, ¿cómo puede pensar en que él se olvide de usted y se marche con una asesina? No tiene lógica, debería verlo por sí misma.

—Debería, pero no lo hago.

—Su pareja estará viviendo un momento de angustia; es ciego, como he podido comprobar al conocerlo el primer día, se está jugando mucho por resolver el caso. Usted debería apoyarlo, no pensar que hará una locura como irse con la homicida.

—Dicho de esa forma… Sí, soy una estúpida.

—No, lo que le ocurre es que tiene filtros equivocados en la mente, unos que la dirigen hacia pensamientos ilógicos y alarmistas porque sigue con la debilidad y la inseguridad que la acechan constantemente. Usted tiene que ganar seguridad, luego llegará la fortaleza y, más adelante, la valentía que necesita para afrontar la vida, su trabajo, sus relaciones y sus deseos de una forma adecuada. Tenemos que trabajar en esa seguridad. Usted es eficaz en su trabajo, mantiene una relación con un hombre que está enamorado, tiene una familia que la quiere y la arropa, tiene amigos; pero parece no verlo,

es como si se sintiese sola entre ellos y ante los logros laborales; es como si considerase que viaja sola en una barca a la deriva, sin remos, a la merced de un mar embravecido. ¿Por qué se siente así?

—No lo sé.

—Indague en su interior, la respuesta está dentro de usted. Tiene que dejar de sentir miedo por todo, por cada paso que da en la vida, por cada decisión que debe tomar. Debe ver la vida como algo maravilloso que se extiende en el tiempo ante usted, cada minuto, hora, día, mes… es un regalo que debe disfrutar, no temer de él.

—Pero suceden cosas.

—¿Qué cosas? Supongo que se refiere a las negativas, a las que nos causan dolor.

—Claro.

—¿Se está refiriendo a la muerte de su madre y a descubrir que su primera pareja estable no estaba enamorada y no quería avanzar en la relación?

—Sí.

—¿Sabe cuántas personas pierden a su madre y siguen adelante?

—Yo la quería más que…

—No, no la quería más que el resto de personas, solo la necesitaba, tenía una dependencia emocional de ella. Habrá estudiado que esas dependencias no son positivas. No se trata de más amor o sensibilidad, se trata de debilidad y dependencia, como se muestra débil un toxicómano ante la heroína que consume y que necesita. ¿Acaso usted no trataría de hacérselo ver a un paciente que estuviese en esa tesitura?

—Supongo que sí, aunque no lo veo igual.

—Pues es lo mismo. Usted necesita a su madre cerca y siente esa necesidad, esa dependencia, por eso se muestra débil al no tener lo que desea. ¿Y qué pasa con su anterior pareja?

—No sé a qué se refiere.

—Él la defraudó, la hizo pensar que los hombres la querrán un día, pero se olvidarán al siguiente. Eso es lo que siente. Usted cree que sucederá lo mismo con su actual pareja, que la abandonará o le demostrará que ya no la quiere, por eso es reacia a mostrar sentimientos, a sentirlos incluso, cree que lo mejor es convertirse en una persona hermética, ajena a sentimientos, para así no sufrir en el futuro que ha imaginado, pero que no tiene por qué llegar.

—El futuro siempre llega.

—¿En serio? Hace un siglo, los mejores pensadores del mundo imaginaron un futuro para la humanidad que no se parece en nada al que vivimos ahora, ni social ni económica ni política ni tecnológicamente hablando. Eran los mejores y se equivocaron. No hay coches voladores en ciudades de cristal idílicas; ya sabe a qué me

refiero, lo habrá visto en ilustraciones. ¿Qué la hace a usted capaz de adivinar el futuro de su relación y de su vida en general? ¿Acaso es mejor que ellos? ¿Acaso es tan inteligente como para adivinar con exactitud lo que va a acontecer en su vida en unos años?

Esther no fue capaz de responder.

—Solo hay una cosa en su mente: el miedo. Usted tiene miedo, lo ha alimentado desde hace años y deja que él tome el control y dirija su vida. Luche contra ese miedo y logrará vencerlo y ser feliz. ¿Acaso no desea ser feliz?

—Sí.

—Pues trabaje cada día en ello. Siga pensando en los deseos y necesidades de las personas que tiene a su alrededor, también en ayudarlos en sus miedos personales. Debe hacerse constantemente las preguntas adecuadas a sí misma, ¿qué me da miedo? ¿Está justificado ese miedo? ¿Cómo puedo vencerlo? ¿Qué me hace feliz? ¿Es fácil lograr esa felicidad? ¿Tendré el valor de buscarla? Márchese a casa con la tarea de responder esas preguntas, de avanzar en su vida. Puede conseguirlo, yo confío en ello. Demuéstrese a sí misma que puede avanzar, curarse, mejorar en su patología, y verá que todo su mundo alrededor adquiere más luz, colores y calidez. Su situación mejorará mucho si se esfuerza en comprender que el problema no viene de fuera, sino que está en su interior; y, lo más importante de todo, que usted tiene el control y la capacidad para expulsarlo.

Moretti llegó al Gran Casino de Madrid con similar aspecto al del día anterior: un traje nuevo a medida, complementos, actitud y la vitalidad de verse como activo en un caso importante tras más de dos años desde que había perdido la vista. Aunque sentiría la ausencia de Esther a su lado. La chica no estaba bien, no asimilaba con normalidad lo que ella misma había planificado, pero era tarea de ella trabajar en su mente y él debía dejarla meditar y comprender que hay que responsabilizarse de las decisiones tomadas.

Como ocurrió el día antes también… mejor dicho, como solía suceder en lugares diseñados para personas de un poder adquisitivo muy elevado, un empleado se percató de su ceguera y rápidamente se acercó para ofrecerle su ayuda.

—Gracias, muy amable.

—Le recuerdo de ayer a esta misma hora, señor; la mesa que ocupó está libre, ¿desea repetir?

—Estaría bien.

—¿Desea tomar lo mismo?

—¿Acaso lo recuerdas?

—No, pero le aseguro que el camarero sí.

«Vaya que si lo recordará, el camarero que me atendió, y que lo hará hoy también, es Fernando».

—Gracias.

Al cabo de dos minutos, Moretti sintió cómo le dejaban la comanda sobre la mesa tras un «aquí tiene su copa, señor». Contuvo las ganas de reír al escuchar el tono forzado para parecer más elegante y refinado del agente de policía. Tanteó durante dos segundos la zona en la que había oído que el vaso de cristal tocaba la mesa de madera, dio un sorbo y se mantuvo a la espera con el vaso en la mano.

Casi se había terminado el *bourbon*, calculaba que habían pasado unos veinte minutos, quizás más, cuando percibió el perfume de la chica, luego su saludo.

—Buenas tardes, Hugo, siento llegar tarde.

—¿Mucho lío en la oficina?

—Sí, suele suceder. Por las tardes, a partir de las cinco, suelo llamar por teléfono a mis inversores para decirles cómo van las cuentas, cómo están sus inversiones tras los movimientos del mercado y de las acciones en las que está metido su dinero.

—Deberías enviarles un correo electrónico con algún tipo de gráfico detallando la evolución.

—Uf, ellos prefieren el trato más directo, oír mi voz.

—Es que es muy bonita.

—Vaya, gracias, me has sonrojado. Pero lo digo en serio, apuestan sumas de dinero que suponen los ahorros de su vida y quieren respuestas positivas y directas.

—¿Nunca pierdes dinero en las inversiones? Pensaba que la bolsa era difícil, que es complicado obtener grandes beneficios con seguridad.

—Te respondo tras pedir una copa, si no te importa.

—Claro.

—Por cierto —dijo mientras hacía un ademán al camarero—, ¿siempre vistes de esa forma tan elegante?

—Gracias, no sé ni lo que llevo puesto, lo elige una empleada de mi casa, espero no conjuntar azul marino con negro.

—No, vas de gris con detalles sutiles beis y camisa blanca, sublime.

—Ahora me sonrojas tú a mí.

«Estoy flirteando, es lo que debo hacer, dejarme llevar por Aurora; ¿debo frenarme para que Esther no se sienta incómoda al ver las grabaciones? Claro que no, debo seguir en mi papel, este es un caso importante, tengo que ayudar a detener a esta asesina y que pague por lo que ha hecho. Lo de Esther tiene que solucionarlo ella con el psicólogo, espero que le esté yendo bien en la cita de hoy».

El camarero trajo el cóctel Martini y ella dio un sorbo antes de decir:

—¿De qué hablábamos?

—De la fiabilidad de las inversiones, de cuando se pierde dinero con ellas.

—Es cierto. Pues te comento que la fiabilidad la marca el mercado y los movimientos previos, incluso de años antes, que han tenido esas acciones en momentos determinados, también de la estación del año en la que nos encontremos y de otros factores algo más enrevesados y conflictivos de contar.

—¿Conflictivos?

—Me refiero a contactos con altos cargos de las compañías que dan chivatazos sobre inminentes absorciones o fusiones que harán fluctuar el valor de las acciones, sobre todo al alza.

—¿Eso es legal?

—No del todo, pero es muy complicado de descubrir por los mecanismos de control de las bolsas. Imagina que eres Elon Musk y decides invertir diez mil millones de dólares en una empresa norteamericana que dos días después anuncia una fusión y se duplica el precio de sus acciones, esos mecanismos de control internos de la NYSE lo investigarían a fondo, sabiendo que ha habido una mala praxis. Pero si invierte solo diez o veinte millones en esa empresa, la operación queda muy tapada; quiero decir que sería difícil de descubrir porque los mecanismos de control solo se fijan e investigan las ganancias desorbitadas.

—Me parece lógico, aunque pienso que es difícil conseguir esos chivatazos de los altos ejecutivos, ¿de dónde salen?

—Mejor no hablemos de trabajo, ¿te parece? Tengo la cabeza saturada de números y cálculos.

—Me parece bien. ¿De qué deseas hablar? —Una retirada a tiempo es como una victoria. Moretti no debió acorralarla para que se sintiese incómoda, debía hacer todo lo contrario, convencerla de que estaba logrando su objetivo. Había dado un mal paso y ahora tocaba enmendarlo.

—¿De qué deseas hablar tú? —El tono de la chica era seco.

—Me gustaría olvidarme del trabajo de ambos y que nos viéramos solo para hablar de nosotros, de una forma más personal, apenas nos conocemos. Quizás podríamos quedar en otro sitio más acogedor o planificar un día en algún destino menos impersonal. ¿Te apetecería quedar este sábado o domingo para ir al campo a pasear y comer en un asador donde hacen una ternera argentina de primera?

—Suena fenomenal. También tengo un cliente que es propietario de un hotel en República Dominicana, podríamos pasar unos días allí. Por supuesto que te invitaría, me apetece mucho.

—¿República Dominicana? Eso parece fabuloso, aunque apenas nos conocemos, ¿no te parece algo precipitado? ¿Quizás en unas

semanas más?

—Claro. Ahora me siento avergonzada por ir tan rápido, no he querido parecer desesperada, aunque es cierto que me gustas mucho y me siento… pletórica a tu lado. Pensarás que soy una idiota.

—En absoluto, ¿por qué iba a pensar eso?

—Seguro que te sabes atractivo y que ahora piensas que soy una mujer fea y desesperada por atrapar a un hombre idílico.

—Nunca me habían llamado así. Y, por cierto, ya me dijo el camarero que eres preciosa, elegante y muchos más adjetivos positivos.

—Ni en un lugar así te puedes fiar de los camareros.

—¡Ja, ja, ja! Me has dado el comentario más apropiado que podría esperar. Dejemos lo de República Dominicana para más adelante y sigamos conociéndonos. Cuéntame algo de tu infancia.

—Empieza tú.

—Veo que tienes tus traumas infantiles, como casi todo el mundo. Está bien, te diré que mis padres eran abogados y querían que yo siguiese sus pasos…

Desde el coche en el que estaba África, se atestiguaba perfectamente la conversación gracias a la cámara oculta que llevaba el exinspector en un botón de la camisa. La agente no dejaba de mirar a la cara a Aurora en todo momento, asombrada de cómo la chica era capaz de manejar la situación cuando se suponía que era Moretti el que tenía que llevarla a su terreno. Ya le gustaría a África tener la seguridad que mostraba la asesina, además del aspecto, la forma de moverse, la elegancia… Esa mujer parecía haber sido diseñada a conciencia para seducir y manejar a los hombres a su antojo.

«Esta tía es la leche, sería capaz de seducir a un actor de Hollywood como Dicaprio o a un futbolista como Cristiano Ronaldo en menos de una hora. Vaya tono de voz que usa, vaya modales, vaya miradas y gestos, aunque estos últimos no los pueda apreciar Moretti. En esta cita va más directa y me alegro de que Esther no esté a mi lado viéndolo, porque esto no lo soportaría ninguna pareja sentimental. Quizás ensaye en casa viendo estos vídeos una y otra vez para conseguir que Fernando se vuelva loco por mí».

A la hora de la cena en casa de Moretti y Esther, la pareja hacía balance de la tarde. Esther hablaba sin parar de los avances que sentía con el psicólogo.

—Cada vez me es más fácil abrirme y soltar lo que llevo dentro, vaciarme de negatividad e inseguridad.

—Me alegro. ¿Qué le has contado?

—No puedo decirlo, me da algo de apuro. ¿Vamos a cenar ajetes

tiernos con jamón?

—De acuerdo, pero añade uno o dos huevos revueltos a la sartén.

—Tenemos que controlar el colesterol.

—Hace dos días que no comemos huevos. Sigue contándome sobre la sesión, lo que puedas decirme, sabes que me hubiera gustado acompañarte.

—Y a mí más a ti con la misión del caso.

—Lo sé.

—Te añado los huevos, aunque a regañadientes. Con respecto a la terapia, solo puedo decirte que va bien, que me siento a gusto, aunque estoy aún incómoda cuando hablo de mis intimidades con el psicólogo, cosa que ya suponía porque lo he estudiado y sé que los pacientes… pues ya comprenderás.

—Lo imagino.

—¿Y tu misión?

—Sigue como esperábamos, Aurora está confiada y eso hace avanzar el caso.

—También su propio caso.

—Por supuesto, eso es de vital importancia, no tenemos otra forma de atraparla.

—Me sigue asustando la idea de que tengamos que atraparla justo cuando esté a punto de matarte.

—Confío en ti y en el resto del equipo.

—Ya me lo has dicho, pero nadie es infalible.

—Tú eres infalible, has resuelto todos los casos desde que has llegado.

—Siempre hay una primera vez en que uno falla, eso me lo has enseñado tú.

—Confiemos en que no sea esta vez.

—La comida está lista.

—Te ayudo a poner la mesa.

—Gracias.

—Continúa, te escucho.

—Ella me ha ofrecido un plan romántico en República Dominicana.

—¿En serio?

—Sí, lo he rechazado, le he dicho que vayamos más despacio; tenemos programado el sábado ir al campo a pasar el día.

—¿Al campo? ¿Todo el día?

—Una ruta por un paraje natural y almorzar en un buen sitio, seguir con la conversación y, seguramente, aproveche ella para ofrecerme multiplicar mi dinero con sus supuestas inversiones.

Silencio.

—¿Esther?

—Sí, te oigo. Será difícil seguirte sin ser descubiertos en una cita así.

—Solo podré llevar la cámara oculta, pero estoy tranquilo; me siento seguro porque sé que ella no hará nada si antes no le he dado mi dinero. No se saldrá de su forma de actuar. Supongo que no es eso lo que te preocupa.

—Ya sabes que me arrepiento de haberte forzado a hacer esto, que creo ahora que debió hacerlo otro policía.

—Sabes que has acertado en tu planificación, no des pasos atrás, menos aún si son basados en sentimientos, debes dejar a un lado lo personal en el trabajo.

—Tú nunca lo has hecho, en todas mis incursiones te has mostrado reacio porque tus sentimientos hacia mí te frenaban a la hora de pensar que estábamos haciendo lo correcto.

—Tómatelo ahora como un ejercicio necesario para avanzar; estás al otro lado y, quizás, comprendas lo que yo sentía. También lo hago yo, ahora comprendo lo que supone tener como compañera a quien tiene que verme en una situación incómoda. ¿Qué tal si cenamos y tratamos de desconectar?

—Eso es más fácil de decir que de hacer… Vamos a cenar, sí, no se vaya a enfriar la comida y tengo hambre.

—¿Quieres que hablemos de esto durante la cena?

—No lo sé. Dame unos minutos.

Un beso en los labios

Se había reunido toda la familia paterna en la casa con jardín de los padres de su primo Daniel para celebrar el séptimo cumpleaños del niño. Ella no quería ir, asistir a una fiesta con su familia era un incordio y más si se trataba de una barbacoa, cuya comida no le gustaba, y tener que soportar a sus primos pequeños y las típicas conversaciones de sus padres y tíos sobre política, economía y lo mal que iba el país. Comida horrible y compañía horrible. Por suerte, llevaba el teléfono móvil para ver vídeos de Internet y el cargador para cuando se quedase sin batería.

Su madre le llevó verdura, todo un detalle, así podría comer algo sumida en el hedor y el humo de la carne muerta chamuscada.

Las primeras horas pasaron eternas. Primero llegaron los besos y abrazos forzados, acompañados de frases como «qué grande estás» «ya eres toda una mujer» o «vaya vestido que te has puesto, parece que vayas a una fiesta con tus amigas». No le pasaron desapercibidas las miradas de sus dos tíos, los hermanos de su padre, todo un repaso anatómico al que ella estaba acostumbrada desde hacía un año, cuando dio el estirón y le crecieron los pechos, motivo para atraer las miradas de vecinos y todo espécimen con bragueta con el que se cruzaba por la calle.

Se quedó sin batería en el móvil justo después de comer, así que salió del jardín para entrar en la vivienda y buscar un enchufe cercano a los sofás del salón, allí encontró uno y se sentó para seguir usando el dispositivo mientras se cargaba. Chateaba con sus amigas cuando apareció su tío Manuel, le dijo «guapa» y siguió su camino, se veía que el hombre ya llevaba más cervezas de la cuenta, como los demás mayores de la reunión, e iba al baño a aliviar la vejiga. Ella no prestó atención más allá de responder con una sonrisa leve. Siguió enfrascada en el teléfono hasta que sintió una presencia a su lado; se dio un susto de muerte al comprobar que su padre la miraba fijamente, sentado en el mismo sofá a escasos centímetros.

—Lo siento papá, no es que no quiera estar con la familia, es que me he quedado sin batería en el móvil y…

—No pasa nada —dijo él, tenía el rostro encendido por las horas al sol y el alcohol consumido.

Le puso una mano en el muslo. Ella se sobresaltó un poco, era una zona de la pierna más elevada de lo que admitía la confianza.

—¿Papá?

—Te aburres, es normal. Seguro que ahora solo piensas en chicos y querrías estar con uno en lugar de perder el tiempo con viejos y niños pequeños. —Se le trababa la lengua al hablar y miraba su escote, también su boca de vez en cuando, lo que la ponía cada vez más nerviosa, ella miraba la puerta que daba al jardín, por si entraba alguien que rompiese con la atmósfera incómoda que se había generado.

—Me aburro un poco, claro, pero estoy bien.

—Solo tienes catorce años y estás cada vez más bonita, casi no me he dado cuenta de cuándo te has convertido en una mujer, antes te veía como a una niña. Ya nunca te sientas en mis rodillas.

—Peso demasiado y soy mayor para eso.

—Claro, aunque a mí no me importaría el peso.

La mano de su padre subió unos centímetros en el muslo. Ella dio un pequeño respingo.

—Papá…

—Estás cada vez más guapa, no he visto a una chica tan atractiva en la vida, ni siquiera a tu madre cuando nos conocimos. No sé cómo he podido tener una hija así. —Y subió un poco más la mano, ya rozaba la braguita de la chica bajo el vestido.

—Creo que te están llamando, quizás mamá quiera algo en el jardín, o los titos.

—Es cierto, no te molesto más y te dejo con el teléfono, pero no vayas a hacer una tontería con un chico de esos que conozcas, ¿de acuerdo? —Lo dijo a la vez que paseaba la mano por encima de la braga, tocando la zona más íntima de su hija sobre la fina tela.

Se marchó y ella tuvo un escalofrío, se sintió aliviada, pero preocupada a la vez por lo que habría podido pasar si no hubiera tanta gente en la casa. Era la primera vez que un hombre llegaba tan lejos en su anatomía, ¡y se trataba de su propio padre! Se sentía sucia y el peligro no la abandonaba. Su propio padre… Nunca volvería verlo con los mismos ojos. En ese momento no podía hacer caso al móvil, solo se preguntaba si tendría más encontronazos de ese tipo con él, momentos donde no hubiera nadie en su casa y que él aprovechase para llegar aún más lejos. No, era imposible, todo era fruto del alcohol y él no bebía salvo en ocasiones especiales como esa. Los chicos, aunque sean hombres adultos, se comportan de un modo diferente, peor, cuando han bebido. Le daba asco, mucho. ¿Tendría que contárselo a su madre? ¿La creería si su padre lo negaba? Mejor mantenerlo en secreto, como una experiencia más, quizás aprender de ella en el futuro con los chicos u hombres que conociese.

Dejó el móvil cargándose y se marchó al jardín, allí no se divertiría, pero se sentiría a salvo rodeada de toda la familia.

Aurora despertó empapada de sudor, y eso que no era una noche calurosa en Madrid. Se levantó para beber un vaso de agua en la cocina, necesitaba caminar para despejar la mente del todo, o para borrar un recuerdo que había aparecido en forma de sueño sin haber sido convocado. Deambuló por la casa con el vaso de agua entre las manos durante unos minutos, al otro lado de las ventanas del salón solo se apreciaba la oscuridad de la noche, teñida de ese tono anaranjado que llegaba de las farolas de la calle.

Aurora no lograba quitarse el recuerdo de la cabeza, fue la primera vez que su padre tuvo un acercamiento indebido, la primera vez que se sintió incómoda y en una situación que no debía haber sucedido, pero luego llegaron más, muchas más en los años que tardó en fallecer, junto a su madre, y en las que llegó más lejos, hasta el final.

Sabía que no iba a lograr conciliar el sueño de nuevo, así que se puso a planificar la siguiente reunión con Hugo, la que sería su última presa, al menos en España. Revisó de nuevo sus datos en Internet y redes sociales, eso hizo que se olvidara del sueño. También recordó los dos momentos vividos en sendas citas que había mantenido en el Gran Casino de Madrid. El tipo parecía perfecto para poner la guinda al pastel de su plan, no al plan de ahora, sino al que se había labrado hacía mucho para lograr que los hombres le solucionasen la vida; desde adolescente decidió que ese sucio deseo que despertaba en ellos le diese un beneficio que a ellos les castigara como contraprestación.

Hugo era ciego, no la había mirado como los hombres anteriores en su vida, tampoco podría hacerlo, pero eso no importaba. Los hombres eran horribles cuando pensaban con la entrepierna, todos. Ella lo había aprendido de la peor forma y no iba dejar de pensar así.

Los ojos de Hugo… pensaba en ellos, no parecían tener vida, eso era diferente en sus experiencias con los anteriores, mirarlo hacía que pensara que no todos son iguales; quizás con la pérdida de la visión se volviesen más humanos, menos cazadores con el deseo de obtener, incluso por la fuerza, lo que deseaban de una mujer.

No, no podía bajar la guardia, no podía dejarse llevar por pensamientos y emociones nuevas, algo que no podría controlar con eficacia. Tenía que ser más lista, más precavida, tenía que seguir con el plan con la misma frialdad con la que había obrado en el pasado. Hugo le daría su dinero y ella acabaría con él justo antes de desaparecer del país.

A los catorce años supo que no podía fiarse de los hombres, ni siquiera de su propio padre; vivió un infierno en silencio en su casa mientras planificaba concienzudamente todo lo necesario para los próximos años. Y toda aquella planificación no la iba a echar por tierra precisamente ahora.

Era temprano, pero sabía que su gimnasio ya estaba abierto, así que se preparó para adelantar el entrenamiento del día.

Se había despertado tras soñar que estaba en una persecución con un asesino, pensó que lo tenía justo delante, pero este la engañó para aparecer por detrás y dispararle a bocajarro en la cabeza. La imagen del cañón apuntándole cuando ella se giró y el sonido del disparo fueron lo que provocaron que se despertase irguiendo su cuerpo en la cama como accionado por un resorte.

Esther respiraba de forma acelerada en la oscuridad del dormitorio. Por suerte, no parecía haber despertado a Hugo. Salió de la cama con todo el sigilo que pudo y se fue a sentar al sofá del salón, el mismo en el que había revisado la grabación del encuentro entre Moretti y Aurora Sánchez antes de acostarse. La conversación mantenida entre ambos era aún más cercana y cariñosa que la anterior, lo que provocó que tuviese el estómago encogido durante el visionado y que siguiera arrepentida por la idea de meter a su pareja en el caso de forma activa.

No había disfrutado precisamente de la experiencia, aunque fue ella la que se empeñó en hacerlo, era su labor como responsable del caso, debía conocer el avance que habían logrado. Claro que podría haberle pedido un resumen a Moretti, incluso a África o Fernando, pero ella necesitaba ese momento autodestructivo; no era la primera vez ni sería la última.

«Joder, qué asco le he cogido a esa zorra de Aurora Sánchez, cómo me gustaría tenerla delante en un enfrentamiento armado y matarla, o liarme a golpes en un *ring* o en un *tatami*».

Suspiró hondo con los ojos cerrados y se frotó la cara con ambas manos. Se tumbó en el sofá, aunque no para dormir, solo para estar más cómoda durante el tiempo que restase hasta el amanecer. Ni siquiera había mirado la hora en la pantalla del teléfono móvil, lo había dejado sobre la mesita de noche sin pensar en él. ¿Llamar a su hermana a esas horas? Imposible, y menos para romper con el tratamiento de psicología que seguía; tampoco a África, que sería más de lo mismo. Hablar de ello con Hugo se le antojaba la misma locura, solo oiría reproches sobre su inseguridad. No importaba que las palabras fuesen suavizadas o condescendientes, ella sabría que estaba siendo consolada como una niña con un berrinche, y eso era malo, era negativo para su mente. Tenía que trabajar en sus pensamientos por sí misma y lograr superar los miedos para salir adelante sin ayuda externa.

—¡Joder, qué susto!

—Eres tú la que me ha asustado, no estabas en la cama. Pensé que

habías ido al baño, pero no regresabas y he salido a buscarte.

—No podía dormir y decidí tumbarme aquí.

—No me digas eso, los dos sabemos que no podrías dormir aquí igual de bien que en la cama. Dime lo que te pasa.

—Solo una pesadilla.

—¿Me la cuentas?

—Una persecución, me dispararon a bocajarro y desperté.

—Me alegro, quiero decir que me alegro de que no sea otra con tu madre o con otros miembros de tu familia.

—Sí, yo también, aunque una pesadilla no deja de ser una puta pesadilla.

—Comprendo. ¿Qué significa?

—Que he tomado decisiones pensando de forma egoísta y queriendo obtener un beneficio, pero he logrado todo lo contrario.

—¿Es por el caso?

—Supongo.

—¿Lo supones? Sé que lo sabes, has tenido esa pesadilla tras visionar el encuentro de ayer entre Aurora y yo, no fue buena idea.

—Es mi tarea, mi obligación, tengo que buscar en sus gestos y en sus palabras. No solo soy la responsable del caso, también la única del equipo que puede descubrir algo más allá de su forma de actuar.

—Lo sé, pero sabes que no puedes implicarte en un caso a nivel emocional o Simón te apartará de inmediato.

—No me vengas con esas, parece la amenaza a un niño, una de esas infantiles para convencerle de que se coma las verduras de la cena. Simón no hará eso, sabe que atraparemos a la asesina y confía en nosotros, confía en mí.

—Menuda confianza tienes en ti misma…

—Seguro que aún es muy temprano, pero si no podemos volver a dormir, va siendo hora de darse una ducha y desayunar.

—Está bien, así podremos ir antes a la comisaría y seguir con el caso, planificar los nuevos pasos y las órdenes a dar a África y Fernando. También toca redactar el informe para Simón, lo esperará sobre su mesa cuando llegue.

Llegaron a las siete y cuarto a la comisaría, donde se pusieron con las tareas en silencio. Hugo no quería molestar a la chica con la conversación de su inseguridad y Esther tampoco deseaba iniciar una charla que los llevase a lo mismo. Ella se puso con el informe para el comisario tras comprobar que en el correo electrónico no tenía mensajes sobre avances y él, como siempre, se mantuvo a la espera en su mesa y tras traer un té verde a la chica y un café para sí.

A las ocho envió Gallardo el informe provisional con los avances al comisario; un cuarto de hora más tarde recibió un simple «vais por el camino adecuado, seguid así y no dejéis de informarme» como

respuesta. Los agentes de las patrullas que siguieron a Aurora Sánchez hasta su casa también enviaron un mensaje. La chica vivía en plena Gran Vía, en un ático que, tras investigar un poco, descubrieron que era alquilado, nada que no sospecharan. Habían hecho guardia cerca de la puerta toda la noche y ella había salido al amanecer para ir a un gimnasio cercano.

Era el día más frenético en lo que llevaban con el caso, pues hubo muchos más movimientos en la mañana, el más importante no fue que los agentes que seguían a Aurora la vigilasen en su camino hacia el gimnasio, sino la llegada de Fernando a la puerta del despacho.

—¿Estáis ocupados? ¿Os molesto?

—En absoluto, adelante.

—He pensado que os gustaría saber que tengo las huellas dactilares de la asesina.

—¿Cómo? —preguntó Esther.

Respondió Moretti por el agente:

—El vaso del cóctel de ayer.

—En efecto, guardé la copa en una bolsa de plástico y la envié a la Científica antes de irme a casa, ya están procesando esas huellas.

—Gracias, Fernando —dijo Moretti—. No servirán para encontrar su DNI si no está fichada, pero podremos cotejarlas con las huellas que se hayan podido encontrar en el piso de Irene Contreras y en el local donde esta, además de diez personas más, aparecieron asesinadas y enterradas.

—Espero que sea un dato importante para resolver el caso.

—Eso nunca se sabe, pero gracias por la iniciativa. Ni yo mismo pensé en eso y me arrepiento.

Esther tampoco había pensado en ese detalle y se avergonzaba de decirlo, no como Hugo, que lo había hecho de esa forma tan natural y humilde, a pesar de su experiencia.

—A ver si tenemos suerte y esas huellas nos llevan a solucionar el caso antes de tener que avanzar hasta el final, hasta el punto en que arriesgue mi vida. Es muy posible que me hayas salvado y que ese paso adelante con iniciativa nos haga ganar mucho tiempo y ahorrar recursos. Gracias.

El chico se marchó con una sonrisa de orgullo.

Tras más de un minuto en completo silencio:

—¿Esther? Estás muy callada.

—Debí pensar en lo de la huella yo misma.

—Tampoco servirá de mucho ese hallazgo.

—¿Cómo dices?

Era ciego, pero ya conseguía adivinar por los tonos de voz que su interlocutor, en este caso interlocutora, estaba sorprendida.

—Le doy muy pocas posibilidades de éxito a esas huellas. La

asesina lleva cinco años o más obrando a su antojo sin haber sido descubierta, eso indica que es inteligente y que lo ha planificado todo al detalle. ¿Crees que no usaría guantes en sus crímenes? No habrá huellas; quizás en el piso de Irene Contreras, pero no serán consideradas como concluyentes por el fiscal porque eran amigas.

—Si no consideras ese hallazgo un avance, ¿por qué le has dicho eso a Fernando?

—El chico está motivado, mucho más de lo que he visto en el resto de agentes desde que llegué a esta comisaría. Es positivo dar una palmada a la espalda a los compañeros que se esfuerzan, no lo olvides.

«Yo nunca lo he hecho con África, y eso que ella ha ayudado muchísimo en los casos anteriores…».

—Intentaré no olvidarlo y ponerlo en práctica desde ahora, te lo prometo. Por cierto.

—Dime.

—Sabías que lo de las huellas no implicaba un avance y por eso no le pediste el vaso de la chica tampoco en el primer encuentro en el Gran Casino ¿verdad?

—Claro.

«Joder… lo que me queda por aprender. Hugo, te detesto cuando haces esto, cuando me dejas claro que solo soy una novata, aunque tengo que reconocer que eso es lo que soy».

Esther se levantó y partió a hablar con la agente que se había convertido en su mejor amiga, estuvo más de veinte minutos halagando su trabajo y diciéndole que siguiera así, que se sentía orgullosa de ella. Antes de regresar al despacho, hizo lo propio con Fernando.

—¿Se puede saber qué le pasa a la subinspectora Gallardo? —Fernando Costa había llamado por el teléfono interno a África Sánchez.

—¿A qué te refieres? ¿También te ha dado las gracias y ánimos para seguir trabajando así?

—Sí, me ha extrañado.

—Esther es muy suya, ya la irás conociendo. Es normal que reaccione de una forma que no esperas.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, es algo muy personal de ella.

—Trabajamos a sus órdenes, pensaba que yo soy parte del equipo, pero si hay secretos…

—Joder, no sé si puedo decirte… En fin, ella padece narcisismo, es una patología, por lo que he oído. Se está tratando con un buen psicólogo; no la afecta en sus capacidades, pero sí en la forma de relacionarse con los demás.

—Vaya, no tenía ni idea.

—Guarda el secreto, solo lo sabemos Moretti, tú y yo.

—Descuida. ¿Sabes de qué forma le afecta en su relación con la gente?

—No lo sé, creo que le cuesta comportarse y hablar con las personas de su entorno, es como si no comprendiese las normas de protocolo o de sociabilidad, a veces no elige las palabras adecuadas al hablar y otras no es capaz de mostrarse más cercana cuando se trata de amigos.

—Comprendo, eso explica que sea tan distante y seca.

—Te trata diferente cuando te tiene confianza, te lo garantizo, pero eso no lo logra de forma rápida ni fácil.

—Bien, pues volvamos al trabajo, no te interrumpo más.

—No lo habías hecho; además, había pensado preguntarte si te apetecía tomar algo tras la jornada, o quizás cenar; bueno, para hablar del caso y esas cosas.

—No sé, quizás, depende de lo cansado que termine la jornada. Ya te digo yo algo.

«No lo ha rechazado, no se ha negado, eso es que hay posibilidades. ¿Se lo cuento a Esther? Mejor no, ella me dirá que me centre en trabajar y tiene razón. Tampoco quiero que me baje los pies al suelo diciéndome que lo de cenar no es una cita romántica cuando es entre compañeros al salir del trabajo, se está muy bien sobre la nube soñando con el futuro que deseo».

Fernando había colgado el teléfono a tiempo y tras dar la respuesta que consideraba adecuada, una que no lo comprometiese a tener una cita, pero también la que no hiciese enfadar a la chica por el rechazo y que provocase tensión en el grupo de trabajo. Había llegado el último, quizás fuese considerado el más prescindible y lo recomendaran al comisario para volver a tareas de patrullas. África era la mejor amiga de la subinspectora al cargo de los casos más importantes, los que quería cubrir él para escalar y ascender. No deseaba que Gallardo, por petición de su amiga, lo apartase del proyecto. Se preguntaba en estos momentos si debía acceder finalmente a tener una relación con la agente para seguir en el grupo. ¿Tendría que entablar un noviazgo y tener sexo con ella durante un tiempo para afianzar su puesto en el equipo? ¿Sería capaz de hacer eso por lograr sus metas profesionales? Tendría que meditar mucho sobre ello. No es que África no le pareciera una chica atractiva, tanto en su interior como en el físico, el problema es que no encontraba la conexión, ese punto que llaman *feeling* o morbo mutuo; no la deseaba. Era algo personal, la gente conecta o no lo hace con uno, y Fernando no había conectado con ella de esa forma.

«¿Hasta cuándo lograré mantenerla a raya? ¿Tendré que dar un paso más? No quiero sentirme como si me prostituyese por avanzar en

el departamento. Menudo pastel envenenado me han puesto entre los labios al ofrecerme esta labor. A pesar de ello, me siento mucho mejor aquí que persiguiendo delincuentes comunes o mediando en trifulcas domésticas».

La tensión entre ellos dos siguió durante el resto de la jornada, en la que Gonzalo Iglesias, responsable del departamento de Criminalística, informó sobre las huellas de la copa del Martini, no se equivocó Moretti, pues no se habían hallado esas huellas en el local donde aparecieron los cuerpos, tampoco en la casa de Irene Contreras. Debían continuar con el plan original, con las citas entre Aurora Sánchez y Moretti, además de seguir desde la distancia todos los movimientos de la chica.

La reunión en la cocina antes de marcharse todos fue como esperaban, así que no duró ni diez minutos. Ya salía del edificio Fernando cuando África lo abordó a la carrera.

—¡Fernando!

El agente se giró.

—¿Sí?

—Bueno, me preguntaba si habías recordado lo de tomar algo o cenar antes de ir a casa.

El chico la miró durante unos segundos.

—Podemos tomar una cerveza, claro, pero estoy cansado y tengo que limpiar en casa. Cenar no será posible.

—Puedo ir a tu casa, entre los dos limpiaremos más rápido y luego podemos pedir comida a algún restaurante.

—No sé… Está bien.

—¿Has venido en tu coche?

—Sí.

—Puedo seguirte o déjalo aquí en el aparcamiento. Vamos en el oficial y mañana te recojo para traerte.

Fernando se sentía claramente nervioso con la oferta, pero accedió.

Esther y Moretti se marcharon a casa en taxi y, al llegar, comenzaron a preparar la cena.

—Te siento dispersa, ¿sigues preocupada por el hecho de que tenga que verme más veces con Aurora?

—No, no pensaba en eso.

—¿En qué piensas?

—En Afri, se ha ido con Fernando, ¿no te has fijado? Lo siento, no he querido decir…

—No te disculpes, es una forma de hablar, ya lo sé. No lo he visto, tampoco me lo has contado durante el trayecto hacia aquí.

—Afri va a meter la pata.

—Te preocupas por ella, eso es bueno. Seguro que no piensas en el caso, sino en las repercusiones que tendrá que ellos se distancien.

—No quiero que le hagan daño. Fernando no siente lo mismo por ella que a la inversa.

—Son mayorcitos, tendrán que solucionar sus cosas por sí mismos.

—Pero debería hacer más por ella, convencerla de que tiene que olvidarse de esa locura y esperar a que llegue su amor verdadero.

—Suena a película Disney.

—No te burles.

—No lo hago. Todo recibimos palos, los sentimentales están ahí, en un lugar privilegiado, pero son importantes para hacernos crecer.

—Siento que debería llamarla y decirle que no se lance, que no haga una locura con Fernando.

—Deja que tome sus decisiones.

—Es que creo que esa conversación será más fácil y rápida que la que me tocará mañana cuando ella me diga que la ha rechazado.

—No podemos intervenir en las vidas de los demás, en sus acciones y decisiones; tenemos que dejar que brote el libre albedrío.

—Eso suena religioso.

—Da igual cómo suene. Cenemos ya y vayamos a dormir, estoy muy cansado. Me ducharé mañana, ahora no puedo con el cuerpo.

—Será la edad.

—Qué graciosa, como si tú fueses una adolescente…

La cena fue distendida, ni siquiera encendieron la televisión, se limitaron a hablar de las siguientes vacaciones que se tomarían y de la próxima cita con la hermana de Esther, días antes habían pasado un momento muy distendido para olvidarse del trabajo.

—También podemos alquilar una casa de campo cercana, aquí en el comunidad, que esté a menos de cien kilómetros y pasar un fin de semana de relax.

—¿Te apetece?

—¿A ti no?

—Suena bien, así salimos de la rutina y nos vamos del piso.

—¿No te gusta mi piso?

—No digas tonterías, ya sabes a qué me refiero. A veces hay que salir de la vida cotidiana para regresar con las pilas cargadas. Tu piso es precioso.

—Puedes cambiar la decoración para adaptarla a tu gusto. Puedo contratar una empresa de interiorismo y tú les dices lo que deseas.

—No me disgusta la decoración, me parece bonita, aunque… me lo pienso para el futuro, quizás le venga bien a tu vivienda un toque más actual y femenino.

—¿Más actual? ¿Mi piso está desfasado?

—Un poco; es bonito, pero demasiado sobrio. Un toque más

moderno y dictado por una mujer le sentaría bien.

—¡Ja, ja, ja! Ahora no sé si te estás burlando de mí.

—Pues te quedas con la intriga. Vamos a recoger la mesa. Vete a dormir luego, ya voy poniendo yo el lavavajillas.

Moretti obedeció y entre ambos llevaron todo desde el salón comedor hasta la cocina. Allí se quedó ella sola tras darle un beso a su pareja.

El pensamiento de la subinspectora se fue de nuevo hacia África. El reloj marcaba las once menos cuarto, quizás aún estaba a tiempo de decirle que no se lanzase, que no cometiese una imprudencia que tuviera consecuencias nefastas para ella a nivel sentimental y profesional. Prefirió hacer caso a Hugo y dejar que la chica tomase sus propias decisiones sin interferencias a modo de consejos que África no iba a seguir. ¿Lo había decidido por su amiga o por ella? ¿Era algo altruista o egoísta, ya que Esther se sentía cansada como para soportar una conversación de dos horas con alguien llorando y a quien consolar?

«Estará pensando con la entrepierna, pero más aún con el corazón, no hay forma de frenarla, salvo que sea ella la que se estrelle contra el muro y frene por sí sola. Fernando no parece sentir por ella lo mismo, así que mañana me tocará una charla infinita de consolación. Es lo que se hace por las amigas, por todos los amigos, pensar en ellos y sus necesidades, olvidando las mías. Ya empiezo a empatizar de verdad, el tratamiento funciona y me alegro».

Tenía todo limpio y recogido en la cocina cuando fue al cuarto de baño y sonó su teléfono móvil.

Era África.

«Mierda».

—¿Sí? ¿Afri?

—¿Estabas dormida? ¿Te he despertado?

—No, estoy en el baño, ya me iba a la cama. ¿Qué ha pasado?

—Fernando.

—No seas tan escueta, cuéntame más.

—Lo llevé a su casa, lo ayudé a limpiar durante más de una hora, no sabes la de mierda que tenía su piso.

—Ve al grano.

—Es verdad, perdona. Luego pedimos comida para cenar a un restaurante mexicano.

—¿Mexicano? No dormirás esta noche tras comer burritos.

—¡Ja, ja, ja! Lo sé, aunque las quesadillas estaban de muerte. El caso es que bebí mucha cerveza y me lancé.

—Joder, Afri…

—Otra vez.

—Lo sé, otra vez.

—Me ha besado.

—¿Cómo?

—Lo que oyes, me correspondió al beso. ¿No es alucinante?

—¿Sigues en su casa?

—No, ya he regresado a la mía.

—¿Y cómo es que no ha habido nada más?

—¿Sexo? Es que él está cansado y me dijo que necesitaba dormir. Le pregunté si quería que me quedase con él, pero me dijo que quizás otro día.

—Afri, estás en una nube.

—Ya te digo.

—Ten cuidado si la nube es muy alta y te caes de ella.

—No me digas eso, me gusta esa sensación de estar en la nube.

—Lo sé, nos gusta a todos.

—Pero ¿no me has oído? Me ha dado un beso en los labios.

Un día de sexo

El saco apenas se movía con los golpes que le daba, claro que, por su tamaño y solidez, ella calculaba que pesaría más del doble que una persona, aunque solo eran cuarenta kilos de fibra de ropa envuelta en cuero sintético. Estuvo más de media hora ejercitando los golpes tras realizar un circuito de pesas de una hora. Jamás había sudado tanto. Esa mañana tenía la necesidad de eliminar tensión como nunca antes y se había decidido por pedir guantes y vendas de boxeo al recepcionista del gimnasio. No sabía golpear, pero pensó que no sería difícil dar golpes a un objeto que no te los devolvía; craso error, le dolían los nudillos, las muñecas, los hombros y la espalda, y sentía que tendría agujetas durante una semana. No, no era tan fácil como lo veía cuando eran otros socios del gimnasio los que golpeaban los sacos.

El chico apareció de improviso.

—¿Dolorida?

Ella se giró. Él tendría poco más de veinte años, alto, guapo, bien trabajado en el cuerpo y sonrisa de suficiencia. Ya lo había visto por el lugar muchas veces, casi siempre revoloteando de socia en socia del gimnasio.

—¿Perdona?

—Te he visto pegarle al saco; bueno, te he visto por aquí desde hace meses, pero solo hacías pesas. El saco es más exigente, te dolerán los nudillos durante un mes.

—Vaya, gracias por el dato.

—No es broma, los cartílagos de los nudillos se deshacen como si fueran agua tras golpear con fuerza a un saco o a una persona, sientes que se te han partido los huesos porque el dolor dura muchísimo tiempo, pero solo es eso; luego puedes pegar igual o más fuerte sin que vuelva a doler.

—Pues qué bien, de haberlo sabido…

—Es que el saco no es solo para pegar fuerte, puedes golpearlo más suavemente para entrenar tu habilidad, hacer estrategias con coreografías de golpes y aprender a defenderte. Te lo hubiera dicho antes de que empezases, pero me pareció que no querías que te molestasen, siempre se te ve tan concentrada y a lo tuyo…

No dejaba de sonreír. Aurora se sorprendió al comprobar que también ella le sonreía.

—Me hubiera venido bien que me lo dijeras, además de

enseñarme.

—Lo puedo hacer mañana, si no acusas mucho el dolor.

—Claro.

—Me llamo Juanjo.

—Isabel. —Era el nombre que había dado, junto con DNI falso, en la recepción del gimnasio al apuntarse.

—Encantado, Isabel. ¿Ya terminaste de entrenar?

—¿Eh? Sí.

—Lo digo por si vas a ducharte o te marchas a casa para ducharte allí.

—¿Ducharme?

—Bueno, ha sonado algo raro. Lo que quería decirte es que podemos tomar un café en la misma cafetería del gimnasio o en alguna de la calle.

Aurora estaba destrozada tras tanto ejercicio, apenas se tenía en pie y le temblaban las manos, pero acabó accediendo a la invitación; acumulaba aún mucha tensión de esa que no se calma con el ejercicio del gimnasio, sino con otro en un lugar muy diferente.

La conversación durante el café fue tan divertida para Juanjo como aburrida para ella, iba sobre entrenamiento, pero ella fingió con éxito que le parecía fascinante, hasta accedió a que el chico le diese consejos sobre cómo hacer mejores ejercicios con pesas y máquinas.

Unas miradas cómplices.

Hormonas al cien por cien de su capacidad.

Acabaron en el apartamento de Juanjo.

La ropa comenzó a caer en el pasillo, creando un sendero de prendas hasta el cuarto de baño; allí, ya desnudos, él la alzó entre los brazos como si Aurora no pesase más que una almohada, la metió en la cabina de la ducha y gritaron al recibir el agua fría, ni siquiera fueron conscientes de cuándo comenzó a salir caliente, pues él ya le dedicaba su atención a la entrepierna. Ella apretaba con fuerza la cabeza del chico contra su sexo y meneaba la cadera adelante y atrás sin ser consciente de que lo hacía, hasta que tuvo el primer orgasmo en la boca de Juanjo, que no paró en ningún momento de besar, lamer y chupar. Tras unos segundos para recuperarse, ella se puso de rodillas y le dedicó un trabajo oral como nunca antes había hecho, se sentía satisfecha y agradecida, así que no paró cuando él la avisó de que ya llegaba al clímax. Aurora escupió en el suelo del plato de ducha y se enjuagó la boca con el agua que seguía saliendo caliente.

De ahí pasaron al dormitorio tras secarse no muy eficazmente, seguían con más ganas los dos y eso se demostró con una hora y media de sexo extra sobre la cama; el sudor y otros fluidos sobre la piel hicieron necesaria otra ducha más, esta vez más relajada.

Lo necesitaba, Aurora lo necesitaba tras la tensión que sentía

crecer durante esos días, quizás durante los años que llevaba en su labor, pues era la primera vez que tenía sexo con un chico que la atrajese y con el único fin de saciarse, sin más, sin buscar dinero o confianza por parte de su compañero de cama.

Juanjo vio como se vestía y le preguntó:

—¿Ya te vas?

—Tengo cosas que hacer.

—¿Volveremos a repetir? Me gustaría.

—Claro —mintió ella.

Esther se había despertado con la libido por las nubes y buscó el cuerpo cálido de Hugo bajo las sábanas. No esperó a que este se despertase y comenzó de forma egoísta a desnudarlo para llegar a su miembro, estaba relajado, pero ella sabía cómo ponerlo en forma en tiempo récord.

Moretti despertó y llevó por instinto sus manos a la cabeza de la chica, que subía y bajaba a la altura de su cadera y le provocaba un éxtasis tremendo.

—Guau, hacía mucho tiempo que no me despertabas de esta forma.

—Estoy caliente —dijo ella tras liberar la boca de su tarea principal. Luego siguió con ella.

—No te recrees mucho, estoy casi a punto.

—Ya lo noto. —Y la chica se sentó sobre él despacio, sintiendo cómo la invadía por completo; luego comenzó a moverse arriba y abajo de forma pausada al principio, más rápido a medida que sus gemidos inundaban el espacio del dormitorio.

Ella se sació al cabo de pocos minutos y se derrumbó hacia la derecha, su lado de la cama, aún tenía a Hugo dentro.

—Dame un poco de tiempo —dijo él.

—Claro.

Hugo la embistió con más fuerza ahora, era su momento, acariciaba su espalda, el trasero y los muslos a la vez que besaba sin parar sus pechos, mordiendo para hacer el daño justo que a ella le gustaba obtener.

Esther sentía cómo la erección tomaba tintes épicos, conocía a su pareja y sabía que iba a eyacular, así que le susurró al oído, como a él le gustaba, frases salidas de tono.

—Vamos córrete, córrete dentro de mí. Te quiero.

—Te quiero.

—Lo sé. Córrete, mi vida. ¡Dios, qué dura la tienes!

—Joder, joder, joder…

Y Hugo, tras sentir como si hubiese recibido una descarga eléctrica recorriendo su cuerpo, paró de moverse para dejarse caer despacio

sobre su lado de la cama. Había llegado al éxtasis a la vez que ella en su tercera vez.

Pasaron unos minutos acariciándose sin prisas el uno al otro. Luego ella dijo:

—¿Te ha gustado?

—Claro, hacía tiempo que no lo hacíamos al despertar.

—No hay que descuidar las buenas costumbres.

—Joder, cómo te amo, zorrita.

—¿Zorrita?

—¡Ja, ja, ja! Se me ha escapado con la emoción del momento. Es que eres una princesa fuera de la cama y toda una zorrita dentro. Eres perfecta.

—¿Tengo que agradecerte que me llames zorra?

—Ya te digo que sí, te lo aseguro. Perfecta eres.

Y Esther comenzó a reír sin control en la cama.

La jornada en la comisaría comenzó como de costumbre, llegaron todos a su hora y comenzaron con la rutina: revisar correos electrónicos de departamentos de apoyo, enviar mensajes al comisario con la planificación del día y organizarse para lo que tendría que pasar en la tarde, cuando fueran de nuevo al Gran Casino de Madrid a la tercera cita con Aurora. Esa era la única parte que no controlaban de la programación, pues dependía de los movimientos de la chica. Que esta estuviese vigilada constantemente por dos patrullas no era un alivio en absoluto, pero en algo ayudaba.

Moretti había quedado con ella antes de marcharse a esa ruta planificada por el campo y ella había accedido, cosa que sabían los investigadores que sucedería porque la asesina estaba agobiada por la presión policial y querría terminar lo antes posible con su misión.

Conversaciones entre Esther y Moretti, entre la chica y África y Fernando… El día transcurrió rápido, incluso la pausa para comer; y luego llegó la tarde y el momento en el que el exinspector tenía que reunirse de nuevo con la asesina que no podían detener hasta tener pruebas concluyentes o pillarla con las manos en la masa, que era el plan de los investigadores.

—No dices nada. —Estaban en el dormitorio principal en casa de Moretti y él se había puesto un traje a medida que hacía subir el deseo de su pareja al verlo.

—No sé qué quieres que diga.

—¿Estoy bien?

—Estás guapísimo, perfecto, así lo verá ella también.

—Noto algo de celos en tus palabras.

—Quiero que el caso termine lo antes posible.

—Yo también, quizás sea hoy mismo.
—Es pronto, aún te quedará mucho trabajo, como intimar, para tenerla donde queremos.
—¿Intimar?
—Ya lo sabes.
—No voy a acostarme con ella.
—¿Y si lo requiere el caso?
—Como si lo requiere el futuro del planeta entero. No me acostaré con nadie que no quiera, no me acostaré con nadie que no seas tú, nunca.
Ella lo besó en los labios a la vez que lo abrazaba.
—Nunca me habías besado de esa forma, como si fuese la última vez que pudieras hacerlo.
—¿No te importa llegar algo tarde a la cita? Ella siempre llega tarde, quizás ni se entere.
—¿Llegar tarde? ¿Para qué quieres que llegue tarde?
Esther no dijo una palabra, solo lo desnudó a toda prisa, igual hizo con su propia ropa, y acabaron haciendo el amor de un modo más intenso, incluso salvaje, que en la mañana. Moretti necesitó una ducha y vestirse a ritmo forzado para salir de la casa una hora más tarde de lo previsto. África conducía el coche oficial a toda velocidad por las calles de Madrid hacia su destino, aunque teniendo que soportar los atascos, semáforos y pitidos de los demás coches, con conductores enfadados por tener que cederle el paso.
Llegó acompañado de un empleado a la mesa de costumbre, ese empleado era, obviamente, Fernando en su tarea de camarero improvisado. El agente lo condujo hacia donde Aurora ya llevaba diez minutos esperando y le dijo que le llevaría su copa, como en los días anteriores.
—Buenas tardes.
—Pensaba que ya no vendrías.
—Me han entretenido unos temas personales, te pido disculpas.
—No pasa nada.
—Es de mal gusto llegar tarde, debí llamar o mandar mensaje, culpa mía.
—Si has estado ocupado… Sé lo que es eso y me pasa a menudo. ¿Qué tal tu día? Cuéntame.
—Una pesadilla con los empleados, no quiero aburrirte. ¿Y el tuyo?
—Lo de siempre. Las bolsas internacionales han tenido altibajos, ha salido en las noticias especializadas, aunque estas no informan de todo lo que sucede, solo de lo más destacado. Mis clientes me han llamado para pedir explicaciones.
—¿Muchas pérdidas?

—Nada de pérdidas, pero ellos llaman igualmente porque no suelen recordar en qué valores he metido su dinero en los días anteriores.

—Comprendo.

—Se han llevado su pico, cientos de miles de euros en un solo día.

—¡Guau! No está nada mal.

—Podrían haber sido millones en una buena jornada. Cuando los acostumbras a ganar mucho, pues los estás malacostumbrando.

—Te comprendo. No hablemos de trabajo ni dinero.

—Me parece bien. ¿De qué te apetece hablar, Hugo?

—No lo sé, háblame más de ti, aún sé poco, eres todo un enigma.

—No hay gran cosa que contar, ya sabes que fui una niña de orígenes humildes y que tuve que labrarme el futuro en un mundo muy difícil, hermético y aún diseñado para los hombres.

—Pero eres la mejor, o de los mejores, y eso habrá tapado muchas bocas.

—Me halagas, incluso me sonrojas. ¿Cómo va tu trabajo?

—Dijimos que no hablaríamos de trabajo, pero va todo bien, está en manos de buenos administradores y los informes dicen que la crisis no afecta.

—Me alegra saberlo.

Fernando llegó con la bebida de Moretti y se marchó con el mismo sigilo que había llegado. El ciego oyó dónde depositaban el vaso y lo tomó tras pocos segundos tanteando para dar un largo sorbo, lo necesitaba tras el momento de sexo con Esther y luego haber tenido que acelerar el paso para no llegar tarde.

—A ver… uno es ambicioso y le gustaría ganar más, aunque solo sea por realización personal, ya me comprendes.

—Lo sé, lo he oído en mis clientes desde el principio. ¿No has pensado en invertir?

—Me da pereza la bolsa, tampoco la conozco ni me he lanzado a buscar agentes que moviesen mi capital disponible.

—Aunque no sea partidaria de seguir con la conversación laboral, te aviso que, si algún día te lanzas y quieres invertir dándome la confianza de mover tu dinero, podrías triplicar tu capital en solo un mes.

—Eso suena increíble.

Aurora tomó su mano para acariciarla suavemente. Desde la barra, Fernando sonrió. Desde el coche de África, las dos chicas pusieron una mueca de desagrado, sobre todo Esther, que apretaba los dientes emitiendo un sonido horrible mientras miraba en la pantalla lo que grababa la cámara oculta.

—Háblame de esos valores en los que invertirías —añadió Hugo con aparente interés y sin retirar su mano.

—Son empresas pequeñas, de esas casi desconocidas que cotizan en valores muy bajos y con movimientos estables.

—¿Esas pueden crecer y triplicar su valor de la noche a la mañana?

—Siempre que haya una fusión con una mucho más grande. También se puede invertir en las grandes justo antes de que se fusionen o absorban a las pequeñas para crecer, aunque eso da mucha menos rentabilidad por la operación.

—Todo me suena a chino, nunca he comprendido la economía y las finanzas, solo sé de los informes de mis administradores sobre el crecimiento de mi negocio.

—Entiendo que parecen tecnicismos, pero no lo son, solo resúmenes para profanos, aunque, si no los entiendes, entonces no profundizo más en ellos. En fin, hablemos de una escapada, no de quedar para una copa, me apetece avanzar en esto contigo. Y dejemos lo de las inversiones para más adelante, si es que sigues interesado.

—Lo estoy, también en que pasemos unos días juntos lejos de Madrid. ¿Has pensado en algo?

—Lo cierto es que sí, tengo un cliente al que he hecho ganar mucho dinero, es uno de los propietarios de un hotel en las Maldivas, podríamos escaparnos una semana allí. ¿Te gusta el Caribe?

—Claro, aunque creo que las Maldivas están en el océano Índico, al sur de la India.

Esther rompió a reír y cambió de postura en el asiento, ya sentía el trasero dormido.

—¿De qué te ríes?

—La tipa va de culta y no sabe ni dónde están las Maldivas.

—Yo también pensaba que estaban en el Caribe.

—Bueno, pero tú no cuentas, tú no vas de listilla por la vida.

—No sé yo si eso me consuela…

—Calla y mira, no deja de acariciarle la mano, le daba ahora un puñetazo que le quitaba esa sonrisa de zorra que tiene. —La subinspectora acabó dando el golpe, aunque al salpicadero, cuando vio que Aurora acariciaba la cara de Moretti, incluso pensó que le estallaría el *airbag* en la cara, cosa que no le hubiera importado en ese momento, pero le dolía la muñeca.

África la miraba de reojo, sin apartar del todo la mirada del monitor en el que veían todo lo que grababa la cámara oculta.

La situación había llegando al punto caliente que Esther se temía, aunque fuese lo apropiado para seguir con el caso. ¿Se iban a marchar solos a las Maldivas? ¿Sería capaz Hugo de no tener sexo con la asesina? Las preguntas se acumulaban y mezclaban a la vez con la inseguridad de Esther. Fernando solo podía observar desde la barra, a la espera de llevarles otra copa, sin saber de qué demonios estaban

hablando, solo analizando su lenguaje corporal para aprender más en el oficio.

—Tengo otro cliente que posee hoteles en el Caribe, me habrá patinado el mapa con el cansancio que acumulo. Sí, en el Índico, ¿te apetece?

—¿Las Maldivas? Suena idílico —respondió el exinspector.

—Yo me encargo del costo de la estancia, tendría un precio ridículo por la amistad con mi cliente, también de los vuelos en primera; he obtenido enormes ganancias este mes y no supondrá ningún esfuerzo.

—Nunca me había invitado una chica a algo tan caro.

—Pues ahora mismo, viendo que te has terminado la copa, y yo la mía, voy también a invitar a otra ronda y vamos perfilando ese viaje.

—Me apetece mucho. Tanto la copa como el viaje, en él podremos hablar de esas inversiones.

—¿Tienes capital disponible?

—Varias decenas de millones.

—No suena del todo mal. ¿Es empresarial?

—Supongo que unos treinta millones de capital por parte de las empresas.

—Algunos clientes, tras varios meses de ganancias, han metido capital personal e, incluso, prestamos preconcebidos avalados por sus bienes inmuebles y acciones en otras empresas.

—¡Guau! Pues, en ese caso, serían casi cien millones.

—Ahora soy yo la que pienso en ese guau.

Ya en casa de Moretti:

—¿En serio piensas irte con una asesina a las Maldivas una semana?

—Pienso que no será necesario.

—¿A qué te refieres?

—Quizás la convenza para darle el dinero antes de irnos de viaje, es lo que ella quiere, su objetivo en esta partida de ajedrez que parece que jugamos, se ahorrará el importe de los vuelos y las estancias en el hotel. Será perfecto para ella.

—Pero podría desconfiar de que todo fuese demasiado bueno y deprisa, esa mujer no es estúpida.

—Ya lo sabemos por su forma de actuar estos años, pero recuerda que está desesperada tras haber sido descubierto el lugar en el que enterraba a sus víctimas. Si no ha huido aún es porque quiere dar un último golpe, lo estuvimos analizando hace una semana. Si no se ha marchado es por ambición, por llevarse más dinero. Si le prometo cien millones, esa ambición será su talón de Aquiles, cometerá el error que

llevamos tiempo esperando.

—Pero tendrás que dárselos y luego nosotros vigilarte a conciencia para que no te mate.

—Dentro de tu inseguridad, que detecto desde que comenzamos esto, ¿no te da seguridad que prefiera perder ese dinero y arriesgar mi vida antes de irme a donde ella quiera intimar conmigo para afianzar la relación que cree tener?

—Dan igual las opciones, todas me parecen arriesgadas.

—Lo comprendo, pero piensa con la mente de una investigadora de primer nivel y no como la de una pareja celosa e insegura. Usa tu inteligencia y tu capacidad de razonamiento.

—Quiero terminar con todo esto rápido y que no tenga nada que lamentar después.

—No habrá nada que lamentar si todos nos concentramos. ¿Estás concentrada al cien por cien?

—Claro que sí.

—Pues no lo parece, la cena huele a quemado.

—¡Mierda!

Aurora llegó a casa, se puso el pijama y se sirvió la comida para llevarla al salón. Todo había salido a pedir de boca. La reunión con Hugo había dado sus frutos. ¿Invertir doscientos mil euros en un viaje a Las Maldivas si lograba luego cien millones de euros? Era mejor que invertir en bolsa realmente y lograr un mísero ocho por ciento de beneficios, si es que la operación salía positiva. Todo iba sobre ruedas.

El caso es que el tipo le gustaba de verdad, no había sentido eso antes con las presas, que seguían pareciendo corderos a punto de entrar en el matadero. Hugo era diferente, no solo atractivo, también con carisma y seguridad en sí mismo. No le habría importado mantener una relación estable, de futuro, con él en otra época, pero ahora estaba perseguida por la Policía y no había más escapatoria que acumular el máximo de dinero posible para huir a un lugar seguro, sin tratado de extradición, en el que pudieran localizarla y enviarla de nuevo a España para ser juzgada por estafa y asesinato. Sabía lo que había hecho y lo que supondría que la juzgasen en España. Ni por asomo entraba ese final en su mente y menos a tan temprana edad.

Y recibió el mensaje de audio de WhatsApp cuando acababa de llevar el plato y resto de cosas a la cocina tras la cena.

<Me encantará ese viaje contigo a las Maldivas, no sabes lo a gusto que me siento cuando te veo y la ilusión que… No quiero parecer ansioso, pero has llegado a mi vida como un soplo de aire fresco, mucho más que eso, como lo que necesitaba para no seguir hundiéndome. El caso es que he hecho números, lo han hecho mis

administradores, y puedo disponer de esos cien millones para invertir. No sé si es suficiente, no sé si estás acostumbrada a montantes mucho más elevados. Ya me dirás tú>

Aurora tuvo que leer el mensaje cinco veces para creerse que aquello estaba sucediendo. Sería una cifra a sumar a sus ahorros para garantizarle el tren de vida que deseaba seguir disfrutando en cualquier lugar del mundo.

Respondió tras respirar hondo y elegir las palabras adecuadas.

<No hay cifra pequeña, es una cantidad que se puede mover entre una docena de inversiones para diversificar sin llamar la atención>

<¿Cómo lo hacemos? No sé cómo va esto>

<Para que Hacienda y la Comisión Nacional del Mercado de Valores no la detecte, lo mejor es que esa cantidad se transfiera en talones al portador de cantidades que no excedan de medio millón>

<No sé cómo se hace eso, pero lo pido a mis administradores mañana mismo>

<Avísame cuando lo tengas y empiezo a mover tu capital, te daré informes a diario>

<Y no te olvides de ese viaje>

<No lo hago ni lo haré>

<No me has dicho aún cuál será tu comisión>

<Suelo cobrar el veinte por ciento de las ganancias, pero lo dejaré en un diez si lo hacemos lo antes posible. O en un cero por ciento si vamos a las Maldivas primero y regresamos como lo que me gustaría que fuésemos, una pareja estable y con planes de futuro>

<Suena maravilloso. No me refiero a lo de la comisión, sino al proyecto de futuro>

<Desde que te he conocido, Hugo, no paro de pensar en ti. Espero no desviar mi instinto en las inversiones al tenerte presente en la cabeza como mi máxima prioridad>

<Seguro que no lo haces, eres una fantástica profesional. Confío en ti. Quizás pronto dejemos de trabajar y vivamos de los beneficios sin pensar en trabajo>

<Suena muy bien. Es tarde, te dejo para que descanses, para que lo hagamos los dos. Hablamos mañana>

<Claro, un fuerte abrazo>

<Otro para ti y un beso enorme>

Aurora sonrió tras dejar el teléfono sobre la mesita frente al sofá. Cuando comenzó con su plan, no contemplaba que pudiera obtener en una sola operación tanto beneficio. ¿Cómo iba a parar ahora? Quizás en su próximo lugar de residencia pudiera obtener presas de ese o más nivel. Comenzó a verse a sí misma operando desde un yate gigantesco en alta mar, lejos de jurisdicciones. ¿Cuánto costaba un yate de esos? ¿Cuánto le costaría mantenerlo siempre en movimiento? Soñaba…

llevaba mucho tiempo soñando y ahora parecía que todo iba a hacerse realidad. Solo quedaba una operación para avanzar al siguiente nivel. Hugo era un tipo que le había hecho bajar la guardia, pero solo era un pez más en el mar, el más grande que había pescado, luego llegarían muchos más, seguro que más grandes.

Y se puso a consultar en Internet el precio de yates de más de veinte metros de eslora, mansiones flotantes desde las que operar en el mar Caribe, o en el Índico, qué más daba.

Moretti se mostró incómodo, a pesar de que había logrado, aparentemente, su objetivo en el caso.

Esther, siendo testigo de la conversación a través de la audiodescripción, se había mantenido tensa, especialmente desde que oyó desde el móvil de Moretti lo del beso. Pero de repente se puso alerta por otro motivo.

—¿Esther?

—¿Sí?

—Espero tu opinión.

—No me ha gustado.

—Lo entiendo, el tono cariñoso…

—No, eso lo esperaba, es lo normal en la línea que estamos siguiendo contra ella. Es el tono de voz.

—No he detectado nada extraño en su tono.

—Yo sí.

—Ilústrame.

Esther se levantó del sofá y comenzó a caminar despacio y en círculos por el salón.

—Es que… Se trata de la evolución —dijo la chica por fin.

—¿Evolución? ¿Me vas a hablar de Darwin?

—No seas sarcástico.

—No lo soy.

—Me refiero a que todo en la vida tiene una evolución. Esa mujer, Aurora, también evoluciona en cuanto a lo que va avanzando en la relación contigo, se adapta a cada conversación. Son micro cambios, no sabría cómo definirlo mejor. Incluso nuestra propia relación ha ido evolucionando poco a poco desde que nos conocemos, con sus subidas y bajadas.

—Lo sé.

—Pues eso. Psicológicamente, Aurora tendría que haber seguido un proceso desde que os conocisteis.

—Y no se ha producido.

—Al principio sí, en las tres conversaciones en el Gran Casino sí se ha producido. Pero ahora ha dado un paso atrás.

—No te sigo. Y me estás poniendo nervioso al no dejar de oírte caminando por el salón.

—Esto me relaja. Lo que quiero decir es que parece que Aurora ha dado un paso atrás. Antes parecía que se sentía realmente atraída por ti, pero, tras oír la cantidad de dinero que puede sacarte, ha vuelto de repente a su meta principal de desplumarte, acabar contigo y desaparecer después.

—Bueno, es lo que pretendía yo al darle esa cifra tan elevada, apartarla de su meta de seducirme hasta tener sexo y terminar con esto lo antes posible. Lo antes posible para ella: tener el dinero en solo unos pocos días; y también para nosotros: acelerar la resolución del caso y meterla entre rejas.

—No sé si me siento segura con eso.

—Deja que me encargue yo de eso, no soy un agente novato, tampoco un inspector venido a menos mentalmente solo por haberse quedado ciego, tienes que confiar más en mí. A veces pienso que me tienes como un mero asesor, pero de esos a los que escuchar o hacerles caso cada vez menos porque acumulas una experiencia que te hace sentir más segura.

—Es posible, te pido disculpas, pero…

—No digas pero, anulas todo lo que has dicho antes. Confía en mí. Mi tarea en este caso es la de ganarme su confianza, dejar que me lleve a su terreno pensando que ella tiene el control. La tuya y del resto del equipo es la de mantenerme con vida y capturarla cuando cometa un error fatal.

—Ese error fatal es el que me asusta.

—Lo sé, lo has dicho muchas veces. Concéntrate en tu labor y todo saldrá perfecto.

—Nunca sale perfecto, siempre hay bajas.

—Deja de pensar en Nacho, por favor.

Esther no dijo nada, se limitó a marcharse al cuarto de baño. Era la hora de irse a dormir.

Lo que tenga que suceder

Se había despertado sobresaltada, tampoco ayudó a su seguridad el sentirse en un lugar extraño de repente. La luz que entraba por las rendijas de la ventana provenía de la izquierda, cuando en su casa la ventana estaba a la derecha; los olores; la textura de las sábanas; el hecho de estar desnuda y no con el pijama habitual…

Había tenido una pesadilla con su violador, el tipo que cambió todo su mundo años atrás, el que la hizo replantearse el objetivo fundamental en la vida, el que provocó que acabase siendo policía. El muy asqueroso apareció de nuevo sin permiso para arruinarle el descanso y la felicidad que merecía.

África se vio incorporada en la cama, sentada y controlando la respiración mientras trataba de salir del todo del sueño y ser consciente de lo que la rodeaba.

Fernando.

Lo vio dormido a su lado, más bien adivinó que era él por su silueta en la penumbra y porque los recuerdos de la noche anterior llegaron de repente.

Habían quedado para tomar algo tras la incursión de Moretti por tercera vez el Gran Casino de Madrid. Ella había llevado a la pareja de investigadores a su casa y luego se decidió a marchar a la suya propia, pero envió antes un mensaje a su compañero y este le respondió: <claro, una cena ligera y una copa>. Ella fue a su casa y de ahí partieron en el coche oficial a un local que conocía el agente, apartado del bullicio del centro y con facilidades para aparcar cerca del restaurante.

Se había mostrado insegura, nerviosa, pero él era todo sonrisas y eso la ayudó a relajarse. Una cerveza, unas tapas, otra cerveza más y, sin saber cómo, habían acabado de nuevo en el apartamento de él para dar rienda suelta a su deseo.

Ella se había empleado a fondo en complacerlo. Él estaba cansado y se dejó hacer hasta llegar al orgasmo. A ella le habría gustado que aquello durase más y culminar también con el éxtasis, pero ya habría tiempo para eso. Esperaba… soñaba con que hubiera más noches así y sin presiones ni estrés por el trabajo. «El cansancio tras una larga jornada es algo que mata mucho la pasión», se dijo.

Lo observaba sumida en una casi absoluta oscuridad, a sus ojos era un dios griego esculpido en mármol por el propio Miguel Ángel. Ni siquiera roncaba, eso era una ventaja de cara al futuro. El futuro, solo

pensaba en él, un futuro viviendo junto a quien amaba. ¡Qué ganas de contárselo a Esther! Aunque era demasiado pronto como para despertarla para eso, esperaría a verla en la comisaría en unas horas.

«Unas horas. ¡Joder! Tengo que ducharme y cambiarme de uniforme, además de lavarme el pelo. ¿Me marcho sin despedirme? No quiero que Fernando piense que lo he usado para una noche. Tampoco deseo sacarlo de su sueño para decirle que tengo que marcharme a casa para hacer mis cosas. ¡Dios, qué dilema!».

Lo veía dormir tan plácidamente que se decantó por irse en silencio y dejarlo descansar.

Se vistió y salió del apartamento con todo el sigilo que pudo y regresó a donde recordaba que había aparcado el coche; casi amanecía y ya refrescaba. De regreso a su casa solo pensaba en el momento vivido, en los besos, los abrazos, las caricias, la piel desnuda de Fernando deslizándose suavemente bajo la suya, los gemidos y jadeos del chico mientras la penetraba y luego llegaba al orgasmo.

Iba caliente, no se había saciado.

Aparcó cerca de la puerta de su edificio y fue corriendo para que el tiempo no la atrapase antes de hacer todo lo que había planificado.

Se quitó la ropa a toda prisa y entró en la ducha, se duchó a la vez que se masturbaba pensando en la noche pasada, sumida en los recuerdos del miembro duro de Fernando en su interior, en la boca y en la vagina; llegó al orgasmo teniendo que aferrarse al grifo para no perder el equilibrio. Se aclaró el pelo y el cuerpo, se secó a conciencia y fue al dormitorio para sacar ropa interior y un uniforme limpios. Preparó un café, no había tiempo para nada más, se lo bebió caliente hasta abrasarle la boca mientras ponía la ropa sucia en la lavadora y encendía la misma. Ya tendería las prendas al regresar tras esa jornada. Salió corriendo para conducir hacia la casa de Moretti y Esther, agotada, pero también aliviada y feliz.

La pareja de investigadores apareció por la puerta del edificio cuando ella frenaba para poner el coche en doble fila.

—Buenos días, África —dijeron al unísono los dos.

—Buenos días.

—¿Qué tal la noche? —preguntó Esther.

—Fantástica.

Esther Gallardo supo al instante que había algo que contar por parte de la agente, aunque no sintió la felicidad que África irradiaba, sino preocupación. Sabía, o intuía, lo que podía haber pasado y no deparaba nada bueno para su amiga. Conocía la cantidad de relaciones que podía mantener una pareja y que solo dos de ellas eran satisfactorias: aquella en la que los dos estaban enamorados y también la que mantenían dos personas que solo se querían para un rato divertido, para sexo esporádico. África no acababa de vivir ninguna de

esas dos posibilidades; estaba enamorada de un chico que no sentía lo mismo por ella. Las relaciones descompensadas, aquellas en las que no había reciprocidad de intereses o sentimientos, eran tóxicas para el que daba más que el otro. Lo había vivido en sus experiencias anteriores, casi siempre de forma dominante. Esther sabía de lo que hablaba. Si África estaba enamorada y Fernando no, sería un desastre para la chica.

—Luego hablamos tomando un café, ¿quieres?

—Claro —respondió ella con entusiasmo.

Y llegaron a la comisaría al cabo de dos minutos. Allí se separaron para ir a sus respectivos puestos de trabajo. Aunque una mirada de África a la subinspectora le hizo saber a esta que iría a la cocina a por un café tras encender el ordenador.

Se encontraron en el lugar de reunión y la agente la puso al corriente de las novedades sentimentales.

—Menos mal que Moretti y el comisario no están aquí, no lo aprobarían.

—Lo sé, Esther, pero me moría de ganar por contarte, no quise despertarte anoche.

—Fue un detalle, porque estaba destrozada y necesitaba dormir.

—¿Qué me dices de lo mío?

Esther dio un sorbo al té, estaba caliente y se quemó la lengua y los labios, pero necesitaba unos segundos para responder.

—¿Crees que tener sexo te garantiza que él te quiera como tú lo quieres a él?

—¿Por qué me dices eso?

—Solo uso la cordura.

—¿Sabías que Hugo te amaba cuando te acostaste con él?

—Joder… Lo cierto es que lo pensaba antes de eso.

—Yo también lo pienso de Fernando desde antes de meterme en su cama.

«Es diferente, Afri, es muy diferente… pero no sé cómo hacértelo saber. Me siento atada de pies y manos en las armas de la psicología para hacerte comprender que se ve el mundo diferente aunque aparente ser lo mismo para todos».

—No es solo tener una noche de sexo, Afri, es mucho más.

—¿Mucho más? Dime.

Esther se frotó el cabello, pasándolo de un lado al otro, como solía hacer a menudo antes de responder algo complicado.

—Se trata del trato día a día, de las miradas, del tono de voz, de sensaciones que no tienen nada que ver con la atracción sexual, de algo que no sabes describir, pero que te llena de sonrisas la boca, el estómago y el corazón. Un chico que te ama tiene que enamorarte despacio y con su cercanía, con estar ahí no solo cuando lo necesitas,

también cuando no.

—Quizás no todos los chicos sean iguales, o no todas las relaciones sean iguales. Tal vez cada mujer tiene que vivir experiencias bonitas sin que se parezcan a las de sus amigas.

—Sabes que yo también te tengo por una amiga y que te quiero mucho, pero también tengo la necesidad de decirte que tengas cuidado, no sea que todo se trate de un espejismo.

—¿Por qué tendría que ser lo mío un espejismo y lo tuyo, una realidad?

—No hagas eso.

—¿Qué hago?

—Tu tono, estás a la defensiva ahora. No te ataco, solo trato de ayudarte con sensatez.

—¿Tuviste la misma en tu relación con Hugo?

—No lo sé, ni lo recuerdo.

—Tú lo recuerdas todo.

—Es cierto… Perdona. Traté de tenerla, pero con Hugo todo fue más despacio y fue él quien tomó las decisiones, el que dio los pasos a seguir. Yo solo fui interpretando las señales.

—Eso he hecho yo.

—Entonces, no hay nada más que hablar.

—Tienes razón. No hay nada más que hablar, todo saldrá como tenga que salir, como pasa siempre.

—Te noto distante, como diciéndome lo que quiero oír.

—¿Qué quieres que te diga, Esther? Lo que tenga que ser, será. Así funciona esto.

—Será precioso.

—Eso deseo también, pero no te veo convencida, es como si pensaras que no puedo tener el derecho a vivir una relación idílica como la tuya.

—Joder, eso no existe. No hay relaciones idílicas, solo relaciones. Tendrás que vivir el día de mañana con eso, con defectos tuyos que acepte tu pareja y con defectos que aceptes tú de ella. Solo eso. No te puedo decir más.

—Fernando no será perfecto, yo tampoco. Viviremos con eso.

—Pues genial por los dos.

El silencio tras esa última frase hizo comprender a Esther que se había terminado la conversación y se levanto para marcharse a su despacho y seguir con la tarea en el caso.

África Sánchez la observó con recelo al marcharse, no había recibido las palabras de apoyo que buscaba tras una noche tan maravillosa. ¿Estaba Esther celosa de ella? ¿Tenía celos de su felicidad? ¿Por qué había intentado arruinar el momento dulce que había comenzado a vivir? Era su amiga, tendría que apoyarla como lo

había hecho en el pasado, tanto laboral como personalmente. ¿Ya no era la chica que le acariciaba el cabello cuando dormían juntas? Quizás no, tal vez la envidia por su situación las había distanciado. Miró hacia la mesa que ocupaba Fernando Costa, aún el agente no había llegado, pero lo haría en breve. Solo necesitaba en esos momentos su presencia, poder verlo cuando girase la cabeza, que él le devolviese la mirada, quizás una cómplice tras lo ocurrido en la noche. Sí, solo necesitaba eso.

Esther llegó al despacho y Moretti le preguntó:

—¿Cómo es que no has revisado los correos nada más llegar, como siempre?

—Fui a hablar con África, nada, un tema personal.

—Comprendo, espero que todo vaya bien.

—No estoy segura de eso, pero vamos a centrarnos en el caso. Hoy tienes que preparar lo de los talones al portador para Aurora Sánchez.

—Es cierto, que vengan los de Criminalística ya para prepararlo todo.

Y así transcurrió la jornada hasta las ocho de la tarde, con dos docenas de agentes alrededor de Hugo Moretti mientras Esther se encargaba de gestionar el dispositivo de vigilancia más grande que la ciudad de Madrid, o todo el país, hubieran contemplado en su historia. Sin saberlo Gallardo, África y Fernando, solo informados de ello el comisario y Gonzalo Iglesias, se trenzó toda una tela de araña para capturar a otra araña viuda negra, una muy escurridiza que tendría que dejar de tejer su hilo ese día.

Llegada la hora, Moretti tomó el teléfono en el despacho, a solas con Gallardo, y envió un mensaje de voz.

<¿Hola? No sé si te pillo trabajando. Llevo todo el día pensando en lo de ayer, en lo que me dijiste de las inversiones. He hecho los deberes y movilizado a mis administradores, además de consultar con mis intermediarios en las entidades bancarias en las que tengo mi capital. He reunido solo ochenta millones en talones de medio millón, como me dijiste. Si es poco… ya sabes, dímelo y espero a mañana>

La respuesta tardó en llegar, tiempo suficiente para que Esther le preguntase.

—¿Tan pronto? ¿Lo vamos a hacer ya?

—¿Para qué esperar más?

—Pensaba que…

—¿Qué? No voy a ir a las Maldivas, ya te lo dije.

—Pero, a cambio, lo precipitas todo y puede que ella se escabulla y no la encontremos.

—¿Qué prefieres?

Esther calló, en ese tiempo llegó la respuesta de Aurora.

<No tenías por qué precipitarte. ¿Estás seguro de querer invertir

tanto dinero?>

Moretti miró a Esther, esta tardó unos segundos en asentir con la cabeza.

<Confío en ti. Yo pago el próximo viaje, ¿te apetece un mes por Indonesia? ¿Desconectar en esas playas y no querer regresar nunca más?>

Aurora respondió al cabo de más de un minuto.

<Suena de ensueño, Hugo>

<Bien, pues dime cómo lo hacemos>

<Mañana te mando la dirección de un lugar más discreto que el Gran Casino de Madrid, donde puedas darme los talones y te informo del resto. ¿Vendrás conmigo a mi casa a pasar la noche luego? Me apetece y no sé si estoy yendo deprisa>

<Después de darte el dinero de que dispongo, no me parece nada precipitado. Vamos juntos hasta el final en todos los aspectos. Así lo veo yo>

<Y yo también, pero recuerda que puedes volverte atrás con lo de la inversión cuando desees. Yo no saco nada con los beneficios por ser una operación para ti. Si mañana vienes sin los talones, pues pondremos fecha a las vacaciones y ya más adelante, si cambiases de opinión, podríamos mover una parte del capital que tengas para ver qué tal sale la operación>

<Claro, sin presiones>

<Pasa buena noche, te echo de menos>

<Yo a ti también>

Esther miró cómo Moretti dejaba el teléfono móvil sobre la mesa de su escritorio, en silencio. Luego el exinspector se reclinó para respirar hondo.

—¿Hugo?

—¿Esther?

—¿Estás seguro de eso?

—Ya está hecho, lo que tenga que suceder, sucederá.

Comienza el golpe final

Había llegado el gran día, algo precipitado, por supuesto, pero eso no cambiaba en absoluto los planes establecidos. Aurora se afanaba en hacer dos maletas de gran tamaño con su mejor ropa, zapatos, unos pocos recuerdos personales y dejar suficiente espacio para el dinero en talones al portador que tenía acumulados. Maquillajes y otras cosas sin importancia ya se compraría a su llegada a Panamá, primer destino tras volar desde Madrid o Faro.

Hacer el equipaje no era lo que más le ocupaba la mente, se preocupaba por su seguridad, que la Policía apareciese en el último momento, también por el golpe final; este tenía que salir a la perfección porque le reportaría ochenta millones de euros y, además, toda la planificación tendría que ser diferente a las anteriores, especialmente en lo de acabar con la presa y luego hacerla desaparecer, ya que no podría enterrarla en el local de siempre. Para eso último se planteaba varias opciones, como dejarlo tirado en una cuneta de una carretera de salida de Madrid, donde tardarían días en encontrarlo y ella ya estaría a salvo a miles de kilómetros, o darle unas puñaladas y dejarlo en mitad de una calle oscura sin reloj y cartera para que la Policía pensase que se trataba de un robo violento; pero tenía una opción mejor y más sencilla, una que haría que el cuerpo tardase mucho más en ser encontrado. Para ello pagó a su casero seis meses más de alquiler con el mensaje de que así no se olvidaría del pago mensual.

Esa mañana fue más tarde al gimnasio, no solo por las tareas que tuvo que realizar, también para evitar encontrarse con el socio con el que se había acostado y así no sufrir algo de acoso para repetir la experiencia. Necesitaba el gimnasio a diario, era una droga para ella, la única, aparte del ansia por tener más y más dinero.

Regresó a casa para almorzar y le dijo a su asistenta que no contaría más con sus servicios, la compensó con tres mil euros para que buscase otra casa y esta se marchó tras terminar sus tareas y despedirse agradecida por el pago. Aurora, para que la chica se fuese más ilusionada, le prometió que la recomendaría entre sus amigos y vecinos para que encontrase otra casa en la que servir; quizás un detalle para compensar que había matado a Irene, su nani, la chica que sirvió durante años a sus padres y a ella misma.

Trató de dormir una siesta para relajarse y estar plena de energías y de mente durante la última y más importante operación, pero le fue

imposible y pasó la tarde buscando canales de noticias en la televisión y en el ordenador portátil por si había avances en el caso del que todos hablaban, por si habían adivinado su identidad y la Policía había descubierto dónde vivía. Nada, pero eso no la tranquilizaba lo más mínimo.

Antes de salir de casa, tras maquillarse, peinarse y vestirse, se tomó un valium para calmar el pulso. Observó el pasillo que daba acceso al apartamento de lujo que había disfrutado durante los últimos años y suspiró, en unas horas lo visitaría con Hugo por última vez y se marcharía para siempre.

El equipo de los casos imposibles, como lo llamaba el comisario, se había marchado a casa a las seis de la tarde, dos horas antes de lo habitual para preparar la cuarta y, quizás, definitiva cita con la asesina en serie que perseguían. Tanto Fernando como África estaban en el piso de Moretti y Esther, allí repasaban el plan.

—Esta reunión es la decisiva, todo tiene que estar perfectamente organizado y tenemos que anticiparnos a los movimientos de Aurora, de eso depende mi vida. No podemos detenerla cuando acepte mis talones al portador, eso no sería una prueba de sus delitos. Tenemos sus huellas del vaso que obtuvo Fernando en el Gran Casino de Madrid y hemos comprobado que se trata de ella, pero sigue sin ser algo vinculante, ya que no estaban en la nave en la que hallamos a las víctimas. Gonzalo Iglesias me ha proporcionado talones al portador falsos, pero Aurora querrá atar cabos, como ha hecho en el pasado, y matarme; tenemos que atraparla antes de que eso suceda. No sabemos cómo ni dónde ni cuándo lo hará, así que pongamos al límite todos nuestros sentidos esta tarde.

—Usará veneno, como con los anteriores, eso ha detectado Mariángeles Fuentes en sus autopsias —dijo Esther.

—El equipo médico estará ahí con nosotros para contrarrestarlo.

—Quizás esta vez actúe de una forma diferente.

—Le ha funcionado bien en las veces que lo ha usado.

—Pero sabe que no puede obrar igual, Hugo, que no puede llevarte a la nave industrial porque puede estar vigilada.

—Lo sé, contemplo que cambie su forma de actuar. Soy ciego, quizás trate de apuñalarme.

—Joder.

Todos se estremecieron, no solo la subinspectora Gallardo. El ambiente se volvió denso en el salón de la vivienda.

—No lo verás llegar.

—Vosotros sí, estaréis a pocos metros y monitorizando a través de la cámara oculta, espero que lleguéis a tiempo.

—Más lo esperamos y deseamos nosotros —susurró África. Esther la miró porque había dicho antes que ella las mismas palabras que brotaron en su mente.

—Hay que estar más despiertos que nunca, no quiero morir como un cebo y que la asesina, además, se escape de la justicia. Así que haced por mí lo que yo haría por vosotros. Vamos a comenzar con la tarea, tengo que vestirme. ¿Me ayudas, Esther?

—Claro.

La pareja se fue al dormitorio mientras los dos agentes se quedaban en el salón en silencio, asimilando lo que implicaban aquellas palabras.

Una vez a solas y con la puerta cerrada del dormitorio principal:

—¿Esther? Noto la tensión dentro de ti, es como si tu presencia volviera densa la oscuridad que me rodea.

—Yo me siento como una barca diminuta, de esas de remos, en mitad de un maremoto.

—Tus metáforas son infinitamente mejores que las mías, debí estudiar psicología.

—No bromees.

—No lo hago.

—Dime qué sientes.

—Que te voy a perder en unas horas.

—Vaya, no esperaba algo tan agorero, o quizás sí.

—No me has dicho más, creo que desde ayer, que esto fue idea mía.

—No quería hacerte cargar con eso, además, yo accedí.

—¿Lo hiciste por mí o por el caso? ¿Tal vez por sentirte vivo dentro del departamento?

—Tal vez por todo a la vez.

—Eso no ayuda.

—Limítate a seguir con tu plan, ejecutarlo a la perfección tal como lo ideaste. Ayúdame a vestirme y colocarme la cámara, como las veces anteriores, luego vigila que no me pase nada. Supongo que eso era lo que planificaste.

—No planifiqué nada, solo tuve la idea de usarte como cebo.

—Pero eso implica que contemplabas que yo fuese mordido, que muriese.

—Sí. Así soy, un monstruo.

—No lo eres, cambiaste de idea luego.

—Demasiado tarde, ya te había implantado esa semilla en la mente, la que germinó e hizo que tú estuvieras de acuerdo. No sé si fue deseo tuyo o manipulación psicológica por mi parte.

—Esa duda siempre estará, no te mortifiques con ella.

—¿Cómo no podría hacerlo? Muestra mi egoísmo y que me

importa más el caso que tú.

—Te conozco, he ido conociéndote a lo largo del tiempo que llevamos juntos y sé que tu narcisismo te hace confundir las metas que quieres obtener en la vida, sé que no sabes lo que quieres, que te confundes a menudo.

—¿Y darías tu vida por un capricho mío?

—No, pero sí la daría gustoso por ti.

Esther se derrumbó y cayó de rodillas llorando en el suelo. Moretti sabía que era mejor dejarla allí, aunque deseaba con todo su ser arrodillarse ante ella y abrazarla. Así permanecieron unos eternos minutos.

—¿Esther?

—Estoy bien.

—No lo estás.

—Sí lo estoy.

—No puedes mentirme, lo sabes.

—Vamos a anular la operación.

—Ni por asomo, aquí sigue todo adelante. Vamos a atrapar a la asesina y será mérito tuyo.

—No puedo, no puedo ni quiero que esto siga su curso, no podría vivir si algo sale mal y Aurora te mata.

—No lo hará, estarás ahí para impedirlo.

—No soy más rápida que una bala ni que una cuchillada en tu cuello o corazón.

—Ya trataré de mantener las distancias, además de contar con el mejor equipo del país observando lo que sucede en la cámara oculta, que, por cierto, aún no me has puesto.

—Estás guapísimo.

—¿Te gusta este traje?

—Es el que mejor te queda.

—Me lo pondré en nuestra boda, si aceptas dar el paso, será algo íntimo y en el lugar más bonito que tú elijas.

—No me digas eso… —Comenzó a llorar con más fuerza, como una niña pequeña. Moretti no sabía qué hacer para consolarla.

—Ahora necesito un abrazo… ¿Esther?… ¿Sigues ahí?… ¿dónde está mi abrazo?

—No merezco abrazarte —dijo entre sollozos.

—He dicho que lo necesito, no que lo merezcas, pero te lo mereces de sobra, tú me has traído la felicidad y las ganas de seguir viviendo.

Ella lo abrazó en un arrebato que pilló al ciego desprevenido, con tanta fuerza que dejó sin respiración a Hugo.

—Te quiero, siento no decírtelo más a menudo.

—No hace falta decirlo, solo demostrarlo.

—Tampoco lo hago a menudo.

—Esa es mi chica, ya la conozco y estoy feliz con ella.

—Joder…

—Venga, deja de llorar, nos esperan en el salón, tienes que ponerme la cámara y comprobar que funciona. También debes mostrar entereza ante África, Fernando y el resto del equipo que nos ha puesto Simón esta noche, eres la investigadora al cargo del caso más importante en años.

—El caso me importa muy poco ahora, fui una idiota egoísta al pedirte que fueses el cebo.

—Pues aprende una lección importantísima en la vida, las decisiones están para disfrutar de ellas cuando salen bien y para aprender cuando salen mal.

—No quiero que salga mal.

—Saldrá bien. Confía en mí. Venga, colócame la cámara y vamos al salón.

Tras cumplir con la tarea, fueron a reunirse con África y Fernando, que parecían tensos, quizás por haber oído la conversación desde el salón o porque su situación personal, tras lo ocurrido entre ambos, los había distanciado hasta que solucionasen sus dudas.

Moretti le dio un sutil empujón con el brazo a su pareja para que volviera a tomar el mando y la compostura.

—Ya estamos listos, quedan menos de treinta minutos para llegar al lugar que Aurora ha elegido para terminar su último robo con asesinato incluido. Vamos a impedírselo con la misma eficacia con la que la hemos descubierto y contactado con ella. Aurora se cree que tiene el control, pero tenemos que hacerle saber que se equivoca y mirarla a la cara cuando la hayamos esposado y leído sus derechos como asesina. ¿Todo el mundo sabe lo que tiene que hacer?

Moretti, África y Fernando asintieron.

—Bien, pues vamos a por esa hija de puta.

Aurora había elegido como lugar de encuentro La Bodeguita de Marta, una taberna de amantes de la cerveza y las tapas calientes en caldero en el barrio de Usera, un sitio discreto y nunca antes usado por ella, como había hecho las veces anteriores. Le mandó mensaje a Hugo y este aceptó sin poner objeciones, como de costumbre con sus presas. Llegó media hora tarde a la cita para asegurarse de que no había presencia policial por la zona. Al entrar en el local, vio a tertulianos tomando cerveza en la barra y un par de ellos deleitándose de las comidas que allí preparaban. Se sintió segura, a pesar de haber pasado caminando junto al Audi RS-5 en el que vigilaban África y Esther. Fernando se había tumbado en el asiento trasero para hacerse invisible y las dos chicas estaban en actitud más que cariñosa en la

parte delantera, lo que hizo que Aurora desviase la mirada con cara de asco al ver los besos de dos lesbianas.

Como habían acordado, Hugo la esperaba en una mesa al fondo del local, iba vestido más elegante que nunca, que ya era decir, y fijaba su mirada muerta en la mesa, donde ya le habían puesto una cerveza que tenía casi terminada.

—Siento llegar tarde.

—No pasa nada —dijo él—, lo importante es que hayas venido. ¿Qué tal tu día?

—Como siempre, de perros. Ahora te cuento, voy a pedir una cerveza y otra más para ti.

—Gracias —dijo él a la vez que buscaba el vaso para apurar la suya.

El camarero apareció con más rapidez de la esperada en un local así y regresó al cabo de un minuto con la comanda. Quizás entusiasmado con la propina que dejarían las dos personas más elegantes que había visto en el lugar en los años que llevaba trabajando allí.

—¿Qué tal tu día, Hugo? Siento no haberte preguntado antes.

—Como siempre, no me quejo. En mi situación, ya sabes —se señaló los ojos a la vez que hacía una mueca de sonrisa—, no hay mucho que ver.

—Adoro a los hombres que no tratan de impresionar, a los que, aun teniendo una tara como la tuya, se mantienen firmes y siguen adelante con una sonrisa. Espero que no te moleste lo de la tara.

—En absoluto, la asumo. Me toca vivir con ella, espero que todo lo demás compense esa discapacidad.

—Me cuesta asimilar lo de discapacidad, como si un ciego no fuera capaz de obtener todo lo que ansía solo por haber perdido ese sentido. Una persona es mucho más de lo que dicta la sociedad, una sociedad que está enferma de éxito sin saber cómo obtenerlo, solo lo desea y siente que tiene derecho a conseguirlo por el mero hecho de ansiarlo.

—Pienso igual, mis empresas no han parado de crecer por mi situación, mis acciones siguen siendo fructíferas, incluso más que antes de mi accidente.

—Lo imagino, brindemos por ello.

Ella chocó su copa de cerveza contra la suya y bebieron un largo sorbo.

—No me has contado lo de tu día en las inversiones.

—Como siempre, ya te lo he dicho, me limito a mover dinero por la mañana para buscar el crecimiento del capital de mis clientes, por la tarde me toca mandar informes a los mismos para que sepan lo que han ganado.

—Espero que hayan ganado mucho. Yo tengo ochenta millones en

el bolsillo y me gustaría que se multiplicasen en las próximas semanas o meses.

—Haré lo que pueda, siempre crecerá tu capital, eso te lo aseguro, aunque no puedo decirte ahora cuánto será, si será un veinte por ciento o un tres mil.

—¿Tanto?

—Nunca se sabe.

—Joder… Pues brindemos otra vez. Por nosotros.

—Por nosotros —repitió ella con la copa en alto.

—¿Y ese viaje?

—¿El tuyo o el mío? No te sigo… Claro, olvidé la conversación de la última vez, perdona, Hugo. Pues podemos ir a las Maldivas o a Indonesia.

—Cualquiera de los dos destinos será fantástico para afianzar esto que estamos creando.

Aurora se debatía entre seguir con el plan establecido o cambiar radicalmente su forma de vida y dejarse llevar por lo que Hugo le ofrecía de repente, claro que tendría que convencerlo para abandonar el país a toda prisa para no ser descubierta por asesinato.

«No puedo decirle lo que he estado haciendo los últimos cinco años, así que debo continuar con el plan. Maldita sea, me hubiera gustado conocerte mucho antes, cuando ideé toda esta aventura, o locura, como pueda definirla. Tras toda mi adolescencia de mierda, me hubiera venido muy bien conocerte y pensar que los hombres tenían una salvación, pero has llegado demasiado tarde y tengo que acabar contigo».

Sonrió al ciego como si este pudiera verlo, con toda la convicción que ella necesitaba mostrar para seguir con su papel.

—Prefiero las Maldivas, es lo que te propuse; seguro que ese cuerpo escultural que se adivina tras la ropa elegante que llevas queda genial en bañador.

—Ja, ja, ja, espero no decepcionarte.

—No lo harás.

Esther, en el coche aparcado en la calle y a pocos metros, se mordía la lengua por no gritar insultos, también se contenía para no entrar y detener a la mujer. África la miraba cada pocos segundos, sobre todo cuando la conversación entre el ciego y la asesina se iba a tintes más íntimos, ella misma habría entrado a darle una paliza si le hablase así a su Fernando.

—Tranquila, Esther —dijo la agente—, hace lo que tiene que hacer.

—Lo sé, pero… Espero que no le meta veneno en la cerveza, él no lo vería.

—Pero lo vemos nosotros a través de la cámara, entramos a toda

prisa si eso sucediese.

—Aún no le ha dado los talones, esperaremos a ese momento.

—Pero, si le da los talones al portador sin que ella lo drogue o envenene, no tendremos nada; tenemos que seguirlos cuando salgan de ese lugar.

—Ya lo sé.

Aurora siguió con su plan.

—Una semana o dos desconectando de nuestros trabajos, eso suena fantástico, ¿no te lo parece? Alejados del mundo y centrándonos en esto que estamos viviendo. Suena fabuloso para mí.

Y Moretti hizo lo que nadie esperaba, ni Aurora ni los que veían las imágenes desde el exterior del lugar.

—¿Cómo es que otros hombres no han accedido a esto?

Aurora perdió el control de la situación por unos segundos.

—¿A qué te refieres?

—Me dijo el camarero del Gran Casino de Madrid que eras una mujer espectacular. Intuyo que muchos hombres habrán querido tener la suerte que tengo yo en estos momentos.

—He conocido a muchos hombres, pero eran capullos que deseaban una posición dominante sobre mí, no me gusta que me dominen, por eso te valoro tanto, porque me respetas, valoras y marcas las distancias.

Parecía que todo había salido bien, desde la mente de Moretti y también desde la de Gallardo en el coche afuera y revisando cada gesto y palabra de la chica.

—Vaya, eso es un elogio. Tengo aquí los talones al portador, ¿te los entrego ahora o en un lugar más seguro?

—Puedes hacerlo ahora, no hay problema, el local está casi vacío y nadie se fija en nosotros.

—Pues qué pena.

—¿Por qué dices eso?

—Porque pensaba que todos estarían admirando tu anatomía y tu elegancia.

—Gracias por el elogio, es lo que más me gusta de ti, tus formas y cómo haces que me sienta especial.

—Me sale de forma natural

—Dame los talones y vayamos a mi casa.

—¿A tu casa?

—Me apetece tomar una última copa contigo allí, además de pedir comida a domicilio. ¿Te apetece japonesa?

—Claro, suena fenomenal. ¿Has traído tu coche o pedimos un taxi?

—He traído mi coche, me gusta sacar el Aston Martin de vez en cuando.

—Guau, un coche de lo más elegante, va con tu personalidad.

Ella se guardó los talones falsos que había preparado Gonzalo Iglesias en su portafolios y se marchó del lugar llevando del brazo al ciego.

Esther, África y Fernando los vieron salir del restaurante para montarse en el Opel Astra blanco que había traído Aurora.

—Un Aston Martin, dijo la muy fantasma…

—África, céntrate en no perderla y olvida ese detalle.

—En eso estoy, perdona. La tía acelera que da gusto.

—No te acerques demasiado, pasa desapercibida, que no es fácil con este coche.

—Oído cocina.

—No quiero que pierdas el coche, quizás vaya a su casa, pero también puede tener otro plan. No ha suministrado droga a Hugo, eso lo habríamos visto en el video. No la perdamos de vista. Si no te ves capaz, llevaré el coche yo.

—Me fío más de tu memoria y tus capacidades, llévalo tú si quieres.

—Mejor no, es algo tarde para eso, y parece que va a su casa. Sigue así.

La agente obedeció y se mantuvo a unos cincuenta metros del Opel blanco que perseguían. Fernando seguía en silencio en el asiento trasero, aunque comprobó su arma durante el trayecto.

Llegaron a la Gran Vía, donde no se podía aparcar sin colocar en el salpicadero un distintivo de la Policía Nacional. Observaron cómo el Opel entraba en uno de los pocos garajes de la zona. África no pudo más que usar su tarjeta oficial en el salpicadero y quedarse en la puerta del edificio.

—Quita eso.

—Pero nos multarán.

—No digas tonterías y quítalo. No quiero que ella nos descubra. Ya lo colocas cuando entren en el edificio y nosotros salgamos tras ellos.

—¿Cómo vamos a entrar en el piso de Aurora?

—No voy a perder el tiempo llamando a otros vecinos para que nos abran la puerta, dispararé a la cerradura y subiremos a toda prisa.

Fernando intervino por primera vez en la noche.

—¿Y si entramos ya?

Esther le respondió.

—No tenemos nada contra ella aún.

—No me refiero a eso, digo que llamemos a los telefonillos hasta que nos abran y podamos estar tras la puerta de la vivienda de la asesina lo antes posible.

—Buena idea.

A bajarse del coche, observaron a tres vehículos camuflamos de la Policía que habían aparcado a su lado. Esther hizo un gesto con la

cabeza para indicarles que todo seguía adelante y que estuviesen alerta ante una posible fuga de Aurora.

Probaron suerte con el telefonillo del edificio, nadie abría tras decirles ellos que eran policías. Esther estaba a punto de disparar a la cerradura de la puerta cuando una pareja llegó y accedió a dejarlos entrar tras mostrarles sus placas. África seguía llevando en las manos el monitor que mostraba lo que Moretti grababa, no había pasado nada, solo conversaban en el piso, aunque el diálogo se volvía más caliente por minutos.

Llegaron al otro lado de la puerta, de roble macizo en un rellano elaborado de mármol de arriba abajo.

—Dejemos que Moretti siga con el plan —dijo África. Esther no objetó, a pesar de que le ardía el estómago en esos momentos.

Aurora sonrió al comprobar que Hugo no se había percatado de que viajaba a su casa en un Opel Astra en lugar de un lujoso Aston Martin, la conversación animada y los planes de futuro juntos lo habían sumido en esa droga ante la que todos los hombres sucumben, quería follársela esa misma noche y ella no paraba de darle señales de que lo lograría. Quizás el último polvo en la vida del ciego. A ella le apetecía antes de su viaje hacia América; sería un final fabuloso a la etapa que terminaba, tener un orgasmo y matar en el acto a su amante. Se daría una ducha a conciencia luego, se colocaría una peluca y se marcharía con las dos maletas al aeropuerto en taxi.

—¿Y esa copa?

—Es cierto, Hugo, ¿qué te apetece? ¿Otra cerveza?

—Prefiero ahora un vino, ¿tienes?

—Claro.

Aurora desapareció de la visión de la cámara para meterse en la cocina.

—¡Mierda! —gritó Esther desde el otro lado de la puerta de la vivienda.

—Nos va a oír —dijo Fernando; África pensaba lo mismo que el chico, pero también comprendía que la asesina aprovecharía para meter veneno en la copa de Moretti.

—Me da igual si me ha oído, si lo han oído todos los vecinos. Si lo envenena…

—Hemos traído un antídoto para el veneno que ha usado en los crímenes anteriores. Si vemos que Moretti comienza a perder facultades al hablar, entraremos en la vivienda a toda prisa para suministrárselo y luego detener a esa cabrona.

—África, no sabes lo que ahora pasa por mi mente.

—Lo puedo imaginar. Pero también tú sabes que si entramos y no

ha pasado nada, toda esta operación no habrá servido para nada.

Esther parecía tratar de calmarse, aunque no lo logró del todo hasta que vio en el monitor que Aurora regresaba al campo de visión de la cámara con una botella y dos copas, la botella estaba aún cerrada.

—Quizás el veneno lo ha puesto ya en la copa que le ofrecerá a él.

—Es posible, pero tenemos que esperar.

Moretti sonrió al sentir que la chica llegaba.

—Espero que esté frío.

—Claro, es un La Comtesse del 2018, un Albariño que tiene que servirse casi al punto de congelación.

—Tienes buen gusto para los vinos.

—Gracias, lo reservaba por si venía una persona especial a casa, hace años que no invito a un amigo, a un hombre… a mi casa.

—Me siento doblemente halagado, entonces.

La chica sirvió las copas mientras al otro lado de la puerta Esther trataba de ver si había algo más en la que ofreció a su pareja y compañero, pero la cámara no tenía tanta definición ni la pantalla era tan grande como para ver algo más en el cristal antes de caer el vino.

—Afri, Fernando, tened las armas a mano; si Hugo parpadea o se mueve de un modo extraño, quiero que entréis en el acto disparando a esa zorra mientras yo llamo a los refuerzos y le suministro el contraveneno.

—Dalo por hecho, pero no dejemos de observar y oír lo que sucede al otro lado.

Al otro lado de la puerta, en el salón de la vivienda, Hugo y Aurora habían brindado y dado largos sorbos a sus copas, luego comenzaron a conversar.

—¿Cuándo tienes pensado que podamos irnos de vacaciones a las Maldivas?

—Dime cuál es tu disponibilidad y pongo fecha.

—Yo tengo toda la disponibilidad del mundo, no hago más que recibir y aprobar informes de mis administradores, el resto es una forma de tenerme ocupado sin que mis funciones sean tan importantes para mis empresas. Aunque presuma ante ti de estar muy ocupado y de haber pasado el día con reuniones y demás, en el fondo es para parecer interesante.

—¡Ja, ja, ja! Qué sincero.

—Es lo que hay.

—Tomemos otra copa.

—Voy a emborracharme.

—Es el mejor momento de tu vida para eso. Vas a ganar millones en poco tiempo y nos vamos de vacaciones en la próxima semana.

—¿Tan pronto?

—¿Por qué no?

—¿Pedimos comida? Me apetece algo de comer para asimilar el vino, ¿quizás italiana mejor que japonesa?

—Lo que quieras, puedo llamar ahora mismo.

—Algo no muy pesado, quizás un *carpaccio* de pescado con ensalada *Capresse*.

—Lo ordeno en el acto.

A Esther le rechinaban los dientes al oír que comería con Aurora los platos preferidos que había degustado con ella en infinidad de ocasiones. Como ser testigo de una infidelidad sin poder hacer nada por sabotearla. África le tenía una mano en el hombro mientras seguían apostados al otro lado de la puerta en el pasillo del edificio.

De repente se abrió una puerta a sus espaldas y todos se pusieron muy tensos. Era un señor mayor que llevaba una bolsa de basura en la mano derecha, este se puso más nervioso aún al verlos allí tras activar la luz del rellano.

—Policía —susurró África—, continúe con lo que tenga que hacer.

—Pero…

—Si no se fía de nosotros, llame a la comisaría.

—No, está bien.

El señor se marchó para regresar al cabo de dos minutos, los tres investigadores seguían sumidos en la pantalla que mostraba lo que la cámara oculta de Moretti grababa, y solo pasó a hurtadillas para meterse en su vivienda de nuevo sin hacer el más mínimo ruido.

—Seguro que ese tipo se lo cuenta a su mujer —dijo África—, luego esta a todas las vecinas y amigas por el teléfono.

—No te distraigas, Afri.

—Perdón, Esther.

—Deja de decir tonterías y concéntrate, estamos en el final del caso.

África se sintió algo menospreciada por el trato, por el tono de voz de Esther, pero no dijo nada, quizás esa sensación llegaba porque Fernando estaba a su lado, lo oía todo y ella no había quedado en buen lugar. Tenía que apartar a Fernando de sus pensamientos o no se concentraría.

—Espera un momento —dijo Aurora al otro lado de la puerta.

—¿Cómo?

—Voy a ponerme más cómoda, dame dos minutos.

—Claro.

Moretti apuró la segunda copa de vino, no se veía mareado, así que las sospechas de que el vino o su copa estuviesen envenenados se disiparon para él y para quienes vigilaban tras la puerta. Claro que eso no eliminó por completo las dudas. ¿Ponerse más cómoda? ¿Qué quería decir con eso? Solo una cosa, y no pintaba bien para Esther.

Y así sucedió cuando ella apareció ante él vestida con una braguita blanca y una camiseta ajustada de algodón que no dejaba margen a la imaginación. No llevaba sujetador y parecía a punto de irse a dormir.

—¿Te he hecho esperar mucho?

—No, apenas me he terminado la copa.

—Apuremos la botella. Ya abrimos la siguiente cuando llegue la comida.

—Claro.

—Sé que no puedes verme, pero me he vestido con mi pijama habitual.

—Lo siento, yo no he traído el mío.

—Me encanta tu sentido del humor. Toma mi mano.

Ella agarró su mano derecha y la llevó hacia su cuerpo para que Hugo recorriese su anatomía despacio.

—Guau.

Esther había sacado su arma y apretaba el gatillo con ganas de entrar.

—Joder, Esther, contrólate, no jodamos la operación cuando aún no ha pasado nada —susurró África.

—¿Y si no pasa nada hasta después de que Hugo acceda a acostarse con ella, Afri?

—Eso no sucederá. Ten calma, piensa, deja que Hugo se encargue de todo.

—También es una prueba valiosa para ti —dijo Fernando.

—¿Cómo dices? —preguntó Esther.

—Esto es una prueba para ti, sabrás lo que es capaz de hacer Moretti por el caso, o lo que no es capaz por pensar que tú eres más importante para él que el trabajo.

—Eso no me consuela en estos momentos, solo quiero entrar y matarla.

—¿Por sus crímenes o por lo que está haciendo con tu pareja?

—No lo sé, ahora no puedo pensar con claridad.

—Esther —dijo África para poner algo de cordura—, estamos aquí para detener a una asesina; se merece la muerte, sin duda, pero nosotros, como policías, no somos los que decidimos eso, solo la detendremos. Deja que Hugo maneje la situación.

Esther comprendió lo que le decía su compañera y amiga, ella misma había hecho lo necesario en casos anteriores para avanzar en ellos. La imagen de Nacho regresó a su mente, así como los besos que se había dado con África en la boca ese mismo día para distraer la atención de Aurora. Moretti ni se había besado aún con la asesina y ella sentía el fuego en su estómago, tenía que calmarlo, tenía que calmarse para seguir con lo que había programado.

«Esto lo he decidido yo, yo he metido en la ratonera a Hugo y

ahora me toca agachar la cabeza y esperar a que la serpiente muerda. Me arrepiento de eso, pero ya está todo circulando a buena velocidad y no puedo dar marcha atrás… Hugo está en peligro por mi culpa y soy tan egoísta que pienso en una infidelidad cuando debía pensar en que está en peligro de muerte, que debo salvarlo de la serpiente tras la mordedura».

Moretti sintió el cuerpo de la chica sobre el suyo, se mostraba caliente, terso, duro por el ejercicio del gimnasio diario, además de oír la voz de Aurora susurrando sin parar.

—¿No deberíamos esperar a después de comer?

—Es que me gustas mucho, no puedo contenerme después de los días que llevamos hablando. Te deseo.

—Yo a ti también, pero no pensaba que sería de esta forma.

—¿A qué te refieres?

—Que cenaríamos sin prisas y luego, si nos apetecía a ambos…

—Me apetece.

—Claro, pero no hemos cenado. Soy un romántico.

—Ya veo, tienes hambre.

—Eso también.

—Vale. —Y ella, que estaba tumbada y buscando con su mano derecha el sexo del exinspector, se apartó despacio—. No quiero parecer ansiosa.

—Me excita que quieras sexo, pero dame algo de tiempo.

—Lo he notado, no pasa nada.

Esther era testigo desde fuera del piso, sonriendo al comprobar que Hugo no seguía las directrices de la chica, que la controlaba en un momento en que cualquier otro chico se hubiera dejado llevar. Eso no reducía sus ganas de dispararle en mitad de la cara a Aurora.

—Chicos, hay que marcharse de aquí.

—¿Cómo dices? —preguntó África, Fernando mostraba un semblante parecido al de la agente.

—Va a venir un repartidor de comida, no podemos estar aquí agazapados en la puerta, vayamos al piso de arriba.

Y comprendieron lo que decía la subinspectora, así que obedecieron, desde allí estaban más lejos para poder actuar en caso de un ataque de la asesina, pero era lo que tocaba por las circunstancias.

El hueco de la escalera era pequeño, los tres se acurrucaron en él para mantenerse a la espera, miraban el monitor rezando para que Aurora no atacase a Moretti mientras ellos estaban tan lejos, además de contar los eternos minutos que tardaba el repartidor. La única que escuchaba la grabación era Esther, pues solo había un auricular.

—Hugo —dijo Aurora—, ¿no te resulto atractiva?

—Claro que sí, ¿a qué viene esa pregunta?

—Es que no has querido antes… Me siento algo abatida.

—No es eso, es que me gustaría intimar más contigo, conocerte aún más por dentro.

—Ya te lo he contado todo. También te dijo el camarero del Gran Casino que tengo un buen físico, eso me lo has dicho tú. Es como si no me desearas. Es lo que siento en estos momentos en los que me he lanzado para sufrir un rechazo en toda regla.

—No te comprendo, estoy en tu piso y he accedido a esta cita, claro que quiero, solo que siento que debería pasar todo más despacio, tras la cena, tras más conversación.

—Eres el primer hombre que conozco que prefiere conversar a pasar a la acción con la chica que le gusta.

—Tal vez sea la ceguera, o la inseguridad que vino después, no te lo tomes como algo personal.

—Claro.

La chica se levantó del sofá, Moretti la oyó.

—¿Adónde vas?

—Ahora vuelvo, voy a ponerme una bata discreta para cuando llegue el repartidor.

Moretti asintió con la cabeza.

El sonido de la puerta de la vivienda al abrirse y cerrarse de golpe lo tomó de improviso. Moretti dijo en voz alta.

—¿Qué pasa? ¿Esther? La chica se ha marchado.

La fuga

Esther jamás se perdonaría ese error, oyó a la chica marcharse y no hizo nada por detenerla, aunque tampoco tenía nada contra ella, ni pruebas ni haberla atrapado en mitad de un crimen. Se le escabulló de entre las manos mientras estaba a metros y oyendo cómo desaparecía al entrar en el ascensor.

Decidió entrar corriendo en la vivienda, tras disparar a la cerradura, y buscó a Moretti. Este estaba sentado tranquilamente en el sofá apurando la copa de vino.

—¡Joder, Hugo!

—Dime.

—¿Cómo que dime? Estás aquí como si no hubiera pasado nada.

—Sé lo que ha pasado, se ha escapado Aurora.

—Pero…

—Esther, relájate. ¿Quieres un poco de vino? Es excelente.

—Déjate de tonterías.

—Ya te he pedido que te relajes, los chicos de abajo la seguirán.

—Pero tú…

—Yo estoy bien. No ha salido como habíamos pensado, pero podemos atraparla en su intento de fuga.

—No tenemos nada contra ella.

—Llevará los talones al portador míos y los de las anteriores víctimas, es una prueba más que aceptable para acusarla.

—¿Los talones?

—¿No lo había dicho antes?

—No.

—Ups, un descuido.

—Hugo…

—Lo he planificado todo estos días.

—¿Sin mí?

—Vamos, no te pongas así, sé que necesitabas planear todo el operativo y te dejé hacerlo, ser tu cebo, pero esa mujer no es tonta, no iba a tragarse lo que le estábamos preparando para atraparla. Se ha marchado. Asúmelo, es lo que toca ahora, perseguirla. Vamos a por ella y dejemos de buscar culpables. Deja a un lado lo que sientes y canaliza la energía, o la rabia, para atraparla antes de que se marche del país. Tener talones firmados por las víctimas es una prueba más que concluyente, bastará con eso y con un interrogatorio a fondo.

—¿Y si lo tiene todo ingresado en cuentas o lo lleva en efectivo?

—Son muchos millones de euros para llevarlos en efectivo y dudo que haya confiado en tenerlo todo ingresado en un banco de un paraíso fiscal. Basta con que tenga un solo talón de una víctima para que caiga.

—¿Las cuentas bancarias de las víctimas no se han cerrado?

—Sí, tras notificar al banco su defunción y luego se habrá pasado el dinero disponible a sus herederos, pero un talón firmado merma el disponible de una cuenta y los herederos no pueden percibir ese dinero, lo custodia el banco durante un tiempo hasta que el poseedor del talón retire el importe. Lo normal es que Aurora lleve los talones consigo, cuando llegue a su destino abrirá una cuenta corriente y el banco transferirá el importe desde los bancos españoles.

—¿Y un juez no puede paralizar ese dinero?

—Solo si hay pruebas en firme de que el poseedor de los talones es un asesino, pero te recuerdo que por ahora solo solo hay conjeturas e indicios, no pruebas de asesinato por parte de quienes han recibido los talones de manos de las víctimas.

—Joder, joder… Voy a matarte cuando todo esto termine.

—¿Esperabas que viniese como cebo sin estudiar antes la forma de librarme de la muerte segura que ella me depararía en el acto? Vamos, deja esa actitud. Lo de los talones es una buena prueba, pero tampoco es como una huella dactilar en un cadáver o en un cuchillo; era flojo, por eso no lo dije para no interrumpir la operación que habías diseñado. Ve a por ella, yo no puedo, pero tú sí con la ayuda de África y Fernando. Id a por el coche y estad pendientes de lo que os dicen las patrullas de apoyo que la están esperando en la calle.

Esther se mordió la lengua, dio dos saltos con furia en mitad del piso de Aurora y salió corriendo a la vez que gritaba a sus dos compañeros para que bajasen con ella hacia el coche a toda prisa.

Llegaron al Audi con una sorpresa, y no era una multa por mal estacionamiento, sino la comunicación con los agentes que vigilaban las puertas del edificio.

—¿Cómo que no ha salido? ¿Me estáis diciendo que sigue en el edificio?

—O se ha marchado por otra puerta que desconocemos.

—¡Joder, joder!

Esther y sus dos compañeros se bajaron del coche y observaron el enorme bloque de pisos con locales comerciales en los bajos. Entraron de nuevo en el interior y Esther le pidió a Fernando y África que buscasen en cada rellano subiendo por las escaleras, que no dejasen un solo rincón sin revisar. Ella se quedó sola en el amplio vestíbulo señorial con sillones de piel, alfombras, cuadros y macetas por doquier.

«No ha salido aún, ni por la puerta principal ni por la del garaje;

puede esconderse en los rellanos o en el interior de otra vivienda, pero no tenemos orden de registro para todas las del edificio. ¿Dónde demonios se ha metido? Son miles y miles de metros cuadrados por revisar. ¿Tiene otro piso alquilado a otro nombre? ¿Está en casa de un vecino con el que haya entablado amistad y que la proteja?».

La subinspectora se atusaba el cabello con nerviosismo mientras caminaba de un lado a otro. Al fondo, de repente, vio puertas camufladas, estas se habían revestido con el mismo mármol que las paredes del lugar para hacerlas casi invisibles. Corrió hacia la primera para comprobar que estaba abierta, daba a un restaurante, a la cocina, donde los cocineros la miraron algo asustados porque ella portaba su arma entre las manos. La siguiente puerta daba a lo que parecía el almacén de una tienda de ropa.

Cogió la radio en el acto.

—A todo el operativo, repito, a todo el operativo, el edificio tiene acceso interno a los locales comerciales de los bajos, Aurora Sánchez se ha marchado por uno de lo locales y seguro que ya ha parado un taxi. Quiero a todo el mundo saliendo hacia el aeropuerto y las estaciones de trenes. Vamos, vamos.

Ya en el coche y partiendo a toda prisa con la luz y la sirena de emergencia, seguidos por los otros dos coches del operativo:

—¿Y si sigue dentro del edificio?

—Lo dudo, Afri, se ha largado lo antes posible sabiendo que podía hacerlo, no creo que una tipa tan lista se quede dentro a la espera de que nos vayamos o la encontremos escondida en otra vivienda. Sabe que tiene ventaja en tiempo y tiene que aprovecharla.

—Casi todo el operativo vamos al aeropuerto, solo dos patrullas a cada estación principal de trenes.

—Ya he dado una orden a las estaciones de Fuencarral y Atocha, además de todas las paradas intermedias, los policías destinados habitualmente a esas zonas también la estarán esperando en todas partes y los agentes tienen su fotografía sacada de las grabaciones de la cámara oculta de Moretti.

—Pero esas pelucas… podría escabullirse sin ser vista y tomar un cercanías o taxi a otra ciudad desde la que viajar en avión o tren directo al otro extremo del país, Barcelona, Sevilla, Valencia, Bilbao…

—Todo eso está pensado, no saldrá.

África esperaba que la seguridad de su amiga y el enorme operativo a nivel nacional fuesen suficientes para atrapar a Aurora y cerrar el caso, aunque también sabía que era una asesina muy hábil, que lo habría estudiado todo a fondo y que Madrid era una ciudad con mil salidas, más de las que podrían cubrir. Aurora podría ir en taxi hacia una plaza de garaje en la que tuviese un coche con el que marcharse sin ser vista de la zona; porque el entramado de carreteras

no estaba siendo vigilado, a lo sumo, quizás, las arterias principales que llamaban allí Aes, la A1, la A2 y así hasta cubrir todo el perímetro de la ciudad, pero había muchísimas más, autovías, carreteras nacionales y caminos no asfaltados.

Esther contemplaba en su mente las mismas dudas que África, además de otras. Aurora podría haberse quedado en un restaurante de la Gran Vía, donde era habitual ver a turistas con su maleta comiendo, esperando a salir más tarde, cuando el operativo policial tuviera una nula presión en el barrio. Llevaba consigo los talones falsos de Moretti y los auténticos de las demás víctimas, eso o dinero en efectivo, esto último no lo contemplaba Esther porque tanta cantidad de billetes sería visible en los escáneres de los aeropuertos y estaciones de trenes principales. Los fajos de talones al portador, por contra, se podían confundir con libros en los rayos X. Ahora barajaba dos opciones, que Aurora fuese tan estúpida como para intentar salir del país en un aeropuerto internacional, donde se la buscaría con más ahínco, o en un vuelo interior a otra ciudad, a la que podría llegar también en coche, autobús o tren. Eso sería lo más lógico. Por muchas ganas que tuviera de desaparecer para siempre, no daría un paso en falso que la llevase ante la justicia.

—Fernando, céntrate en las carreteras que van a Andalucía, además de autobuses, trenes y vuelos a Sevilla, Málaga y Faro, en Portugal. Avisa para que hagan hincapié a todos los dispositivos nacionales, también a la Guardia Civil, a la Policía Local y a la Guardia Nacional Republicana portuguesa.

—¿Al sur?

—Sí, al sur. Aurora no paraba de hablar con Hugo de Las Maldivas, así que céntrate en destinos nacionales del sur y de playa. Sobre todo en Faro, es la única ciudad donde hay un aeropuerto internacional en la zona sur de Portugal.

—Podría ir a Lisboa o a otro aeropuerto internacional de España.

—Lo sé, pero no tenemos tantos efectivos y hay que hacer descartes.

—Me pongo con ello. —Y Fernando tomó el teléfono mientras África conducía a toda velocidad hacia las terminales 1, 2 y 3 del aeropuerto Adolfo Suarez, el lugar principal desde el que podría huir la mujer que perseguían según el criterio de Esther.

El comisario llamó en ese momento.

—¿Sí?

—¿Gallardo?

—Simón, seguimos con la misión.

—Confío en ti, acabo de hablar con Moretti, él sale del edificio para ir a la comisaría por si puede aportar algo.

—Ya estamos siguiendo la pista de la fugada. Vamos al aeropuerto

y tenemos vigiladas las estaciones de trenes, autobuses y las carreteras principales de salida de Madrid.

—Bien hecho. Mantenme informado de lo que suceda.

—Lo haré, también supongo que los dispositivos que dirijo te llamarán para que sepas dónde estamos y qué hacemos.

—Sí, lo harán. Adelante.

Cortó la comunicación el comisario y ella se centró en la carretera, que la llevaba a toda prisa hacia donde pensaba que estaría Aurora si por fin llegaba ese golpe de suerte que Moretti siempre tenía en mente en los casos difíciles.

Aurora había descubierto que lo de Hugo era una trampa de la Policía, así se lo indicó su instinto desde que comenzó a hablar con él en su casa. Había llevado al enemigo demasiado cerca de ella, pero lo había descubierto a tiempo, por eso no estaba presa. Así tendría que seguir su situación. Solo pudo llevarse la maleta en la que guardaba los talones de las anteriores víctimas y bastante dinero en efectivo, además de unas pocas prendas, para salir con rapidez del piso. Ya se compraría más ropa en su lugar de destino. La Policía estaba cerca, mucho, la sentía respirando en su nuca, pero ella no se dejaría atrapar así como así, era su última opción. No, era la opción que no contemplaba ni por asomo.

Conocía el edificio y salió por la puerta que daba a las cocinas del restaurante, se marchó ante la mirada incrédula de los cocineros, salió a la calle y paró un taxi para ir al aeropuerto, todo fácil, como había planificado.

Aurora iba ahora en el Volkswagen Passat con todo su dinero a su lado, el fruto de su talento y esfuerzo, en el asiento trasero del coche, camino de lo que iba a ser el comienzo de una aventura en la que no estaba al mando de la nave espacial que la llevaría a buen puerto. No llevar el volante le provocaba inseguridad.

«Me estarán esperando allí, joder…».

—Oiga, dé la vuelta y lléveme a la estación de trenes de Chamartín.

—¿Cómo dice?

—Ya me ha oído, a Chamartín.

—Está bien.

El taxista esperó hasta poder dar la vuelta en una salida con cambio de sentido de la autovía y regresó a la capital en silencio, obedeciendo, pues veía a la mujer insegura de sí misma, pero también mostraba un poder adquisitivo por sus modales y ropa por encima de la media en su día a día, una capaz de pagar una carrera abultada sin problemas.

«Tengo que salir de la ciudad esta misma noche y sin levantar sospechas. Me estarán buscando en todas las estaciones de trenes y aeropuertos. Alquilar un coche no es una opción, seguro que están pendientes a los alquileres que se hagan desde mi cuenta, sea por mi identidad real o las que he falsificado. No pasará lo mismo con la compra de un billete de autobús en efectivo, pero no me fío tampoco de ese medio de fuga. Joder, joder».

Pagó la carrera del taxi en efectivo al llegar a la estación de trenes, pero fue a la salida con la maleta para tomar otro taxi.

—Al centro, a Malasaña.

—¿Alguna calle y número?

—Déjeme en la Pachá.

—Eso es más bien la zona de Chueca.

—Pues ahí.

El taxista aceleró y se marcharon de un lugar lleno de coches patrulla de la Policía Nacional.

«Estoy acorralada, lo único que tengo es tiempo, tiempo sin saber cuánto, y también cabeza. Tengo que pensar con frialdad. Me han cerrado las puertas de salida, pero la ciudad es enorme, infinita, puedo ocultarme hasta que la presión sobre mí disminuya en unos días o semanas y pueda salir con seguridad de la ciudad y del país».

El taxi la dejó en la puerta de la famosa discoteca, hoy cerrada. Ella arrastró la maleta con ruedas hacia el primer hostal de la calle Fuencarral, en mitad de la noche y con esfuerzo.

—Buenas noches —dijo a la recepcionista, una chica de unos treinta años, como ella, que vestía informal y bostezaba con disimulo.

—Buenas noches.

—Necesito una habitación.

—¿Tiene reserva?

—No.

—Deme su DNI.

—Me temo que no puedo hacer eso.

La recepcionista pareció despertarse del todo.

—¿Cómo dice?

—Verá… esto es complicado de decir… Mi marido me busca, no han servido de mucho las denuncias por maltrato que le he puesto. Estoy huyendo de él, buscando una vida nueva y segura.

—Pero no podemos registrar a un cliente sin su documentación.

—Él es policía, si le doy mi DNI, vendrá a buscarme. Por favor, estoy dispuesta a pagar lo que haga falta, pero no me registre. —Aurora estaba llorando.

—Tranquilícese, voy a llamar a mi madre, espere aquí, siéntese ahí enfrente.

—Estoy bien aquí, gracias.

La chica regresó al cabo de unos minutos acompañada de una señora de unos cincuenta años que se abotonaba la bata al acercarse a ella.

—Buenas noches, soy la propietaria, ¿se encuentra bien?

—Sí, creo, pero necesito sentirme a salvo, pagaré lo que me digan, tengo algunos ahorros y no será problema.

—Podemos llamar a la Policía.

—No, eso lo sabrá mi marido y será peor. Por favor, no lo hagan, no sirve de nada, solo para que vuelva a darme otra paliza. Por favor, por favor…

—Tranquila, no llamaremos a nadie. Y claro que puede quedarse hoy en el hotel, no hay problema.

—Pagaré lo que sea por las molestias.

—No tienes que pagar nada, niña, ahora mismo te doy una habitación y vete a descansar. Quédate el tiempo que necesites.

—¿En serio? —dijo Aurora entre lágrimas—. No había recibido nunca tanta amabilidad y menos por parte de desconocidas.

—Aquí estarás a salvo, te lo garantizo, puedes quedarte cuanto quieras. Te daremos la número siete, a ver si te da suerte.

—Muchísimas gracias, pero quiero que acepten el dinero, es su negocio y no pienso ser una carga.

—No lo eres. Vamos, mi hija te llevará la maleta.

—Gracias no es necesario, no pesa tanto, ya la llevo yo. Y eternas gracias por lo que hacéis por mí, no lo olvidaré nunca.

—No digas eso, es un placer. Ese cabrón no te encontrará aquí.

Aurora se deshizo entre lágrimas de la mujer y su hija para cerrar la puerta por fin y mantenerse a salvo en la habitación por uno o varios días.

El lugar era un cuchitril, peor que su casa familiar, ya no digamos del ático que acababa de abandonar para no regresar nunca. No abrió la maleta, ni siquiera para sacar su pijama. Se tumbó sobre la cama y, mirando el techo, comenzó a hacer balance de lo sucedido.

«Te las lucido. Tenías que haberte ido cuando descubrieron el local. Maldita ambición la tuya… Podías estar ahora en un país sin tratado de extradición, empezando de nuevo con dinero de sobra para aguantar años mientras planificabas nuevas operaciones. Esto es una droga, no has podido marcharte sin consumir una nueva dosis en la ciudad que conoces y con garantías que al final no has tenido. Estás libre de milagro. Sin la mente despierta, el policía ciego o sus compañeros te estarían interrogando ahora en la comisaría».

Estaba tan nerviosa que se levantó de un salto y comenzó a caminar por la pequeña habitación, miró dentro del baño, regresó a la estancia principal, salió al pasillo y escuchó durante un largo rato cualquier sonido que pudiera llegarle desde la planta principal,

dudando de que sus amables anfitrionas hubieran podido llamar a la Policía. Regresó a la habitación y se tumbó en la cama de nuevo con el mando de la televisión entre las manos. Puso un canal de noticias para comprobar que seguían hablando del caso, aunque aún no mostraban su rostro ni daban su nombre los periodistas y presentadores.

Tras media hora, se fue a dar una ducha; graduó la temperatura para que fuese algo más fría que de costumbre y así estar despierta; sería una noche muy larga; quizás también las demás.

«¿Cuántas noches puedo esperar aquí? ¿Cuántas me acogerán en el hotel? ¿Cuándo aparecerá mi cara en la televisión? Debo planificar la huida desde ahora mismo».

No, no iba a permanecer días allí encerrada como una rata asustada.

Preparó la ropa para vestirse a toda prisa si era necesario. Por suerte, había metido varias pelucas en cada maleta y tenía preparada una nueva pelirroja para colocarse a toda prisa y marcharse en taxi. Se maquilló a conciencia usando la técnica de *contouring* para alterar sus rasgos faciales, la había aprendido a la perfección durante años y ahora parecía otra persona diferente a la que Hugo había conocido en el Gran Casino de Madrid. Si se hubiese maquillado como de costumbre, él no la reconocería por su ceguera, pero sí los demás policías que seguro lo acompañaban de incógnito. Si esa noche tuviera que marcharse de madrugada a toda prisa, estaría preparada.

Esther había dejado al dispositivo en el aeropuerto a regañadientes, no había entrado ninguna mujer con la descripción que habían dado y las salidas nacionales e internacionales estaban cubiertas por policías vestidos de paisano. A regañadientes porque, tanto Hugo como el comisario, le habían dicho que necesitaba descansar y que todo estaba bajo control, no solo el aeropuerto, también las estaciones de trenes, de autobuses y las arterias principales de salida de la capital por carretera.

—No me fío, Hugo, no me fío de que se escape después de todo lo que hemos hecho por encontrarla.

—¿No te fías… de los miles de agentes que están custodiando a conciencia todas las posibilidades?

—No he dicho eso.

—Deja de pensar que tienes que tener el control de todo, deja de pensar que el mundo a tu alrededor no funcionará como deseas que lo haga si no estás inmersa en primera fila.

—Narcisismo.

—Totalmente. El tratamiento va despacio, aún tienes mucho por evolucionar, por dejar atrás la enfermedad.

—A los pacientes no nos gusta que nos digan que somos enfermos, que padecemos una enfermedad.

—Lo sé, te lo he dicho para que reacciones, no solo eres paciente, también psicóloga. ¿Vas a calmarte y a tratar de descansar mientras los muchachos hacen el trabajo?

—Es que…

—Te gustaría detener a Aurora tú misma, no te sentirás plenamente realizada si te dicen que la han detenido unos agentes aquí o allá.

—Ya me conoces.

—¿Y si te quedas toda la noche despierta y pendiente en el aeropuerto y a Aurora la detienen en una estación de trenes o de autobuses? Sería lo mismo.

—No sería lo mismo, porque yo no estaría durmiendo, sino atenta en otro lugar, haciendo mi trabajo.

—¿Cuál es el trabajo del comisario, de Simón?

—Coordinar y dar órdenes.

—No, su tarea es la misma que la tuya, encontrar criminales. Pero Simón está dormido plácidamente en su casa cuando muchos criminales son detenidos. ¿Crees que no hace su trabajo bien?

—No he dicho eso.

—Pero parece que lo pienses. Necesitas dormir y descansar como todas las demás personas. También delegar funciones y confiar en que los demás operativos hagan su trabajo. Aprende a vivir con eso, con que no siempre detendrás al asesino de turno a punta de pistola, que lo harán otros. Eso no hace que tu trabajo haya valido menos. Tú tuviste la idea de la incursión, salió bien, no siempre lo hará, tuyo es el mérito si la encontramos.

—¿Y si no lo hacemos? ¿Y si se escapa?

—No eres Dios, no eres omnipresente. Si se tiene que escapar, lo hará estando tú en uno de los lugares de fuga o en casa durmiendo.

—No me consuela eso.

—Lo sé, pero no se me ocurre más que decirte para que comprendas cómo es la vida de un investigador al mando de un caso. Esa es tu función, diriges estos casos, aprende a delegar, a relajarte, a pensar que todo depende de ti aunque no estés en el sitio. Si dentro de tres horas nos dicen que tienen a Aurora en una carretera de salida hacia Toledo, el mérito será tuyo aunque no hayas estado en plena carretera con el arma en las manos y leyendo los derechos a la detenida.

—No creo que pueda dormir.

—Pues tómate un valium.

—No voy a usar la química para adormecer mi mente.

—Qué terca… Pues quédate despierta, haz lo que estimes

oportuno. Solo espero que con los años comprendas que hay que relajarse y dejar que todo fluya.

—Cuando tú dirigías este tipo de operaciones, ¿eras capaz de desconectar así?

—Lo hacía tras unos pocos años, cada vez me relajaba más y confiaba en mi equipo.

—Espero que eso me pase a mí.

—Te pasará, pero será cuestión de que pongas esfuerzo por tu parte. ¿Vas a intentarlo?

—Sí.

—No me lo digas a mí, te lo tienes que decir a ti misma.

Esther lo miró sin mostrar mucha convicción, aún no podía confiar en los demás, en agentes desconocidos, para hacer la tarea que se había propuesto realizar por sí misma. Le costaba dejar atrás toda la dependencia que tenía de su familia en general, y de su hermana mayor en particular, como para dar pasos agigantados tan deprisa.

Esther no quiso cenar, detalle que entristeció a Moretti, pues había elaborado una de sus comidas favoritas: guisantes con jamón y huevo, una que ella siempre agradecía por las noches. La chica se marchó a dormir sin haberse duchado ni cambiado de ropa. Como esperando tumbarse sobre la cama para estar pendiente de salir de casa en cuanto una novedad en el caso surgiese.

«¿Dónde te has metido, Aurora? No creo que hayas salido de la ciudad ni del país aún; estás agazapada en una madriguera que no hemos descubierto, pero que no te servirá de mucho. Ahora me queda claro que no seré la que te encuentre, pero sí la que te interrogue en breve. Eso deseo, porque no podré seguir adelante con los casos si te escapas. Eso no puede suceder, te he tenido a metros de distancia mientras te marchabas de tu apartamento, te he visto en la cámara en vivo mientras flirteabas con mi pareja, te he encontrado y seguido durante días y ahora no podría vivir asumiendo que te has escapado y te has burlado de todos nosotros, de mí».

¿Cómo iba a dormir si la imagen de Aurora no salía de su mente? Sus recuerdos eran como fotografías de alta definición, pero acompañadas de sonidos y olores, que era capaz de percibir en su memoria eidética sin parar, como si viviese esos instantes una y otra vez a medida que los rescataba de su cerebro. La asesina estaba presente como si la tuviese delante, con el añadido de que tenía todos esos crímenes por los que responder, incluido el de su niñera y protectora, además del flirteo que tuvo con Moretti. No, eso era imposible de olvidar en la vida. Aurora tenía que ser arrestada y puesta bajo custodia judicial, luego tendría que asumir su culpa en un juicio y cumplir condena. Esther no podría dormir nunca más si no lograba ese objetivo.

¿Cómo poder descansar ahora con esas dudas y premisas en su mente?

Moretti llegó a su lado, tras la ducha y ponerse el pijama, y la abrazó.

—¿Estás bien?

—Sabes que no.

—No vas a dormir.

—No tengo sueño.

—Tienes que descansar.

—Ya me lo has dicho una docena de veces.

—Será porque tengo razón, pero eso no hará que lo hagas.

—No, no lo hará.

—Salir ahí fuera no resolverá tus problemas.

—¿Problemas?

—¿No lo son?

—Sí, supongo que sí.

—¿Quieres que vayamos a sumarnos al operativo?

—Sé que no estaremos en el punto adecuado. Que hay una probabilidad ridícula de que seamos nosotros los que la capturemos, si es que se captura esta noche.

—Es lo que te he dicho antes. ¿Solo quieres hacerlo por sentirte útil?

—Supongo que sí.

—Supones muchas cosas, deja de suponer, apaga el cerebro, trata de calmarte.

—Es más fácil decirlo que hacerlo.

—Si me diesen un euro cada vez que me has dicho eso, nos iríamos de vacaciones con ese dinero al Caribe.

—Por ahí están las Maldivas, ¿no?

—¡Ja, ja, ja! Me costó no reírme cuando Aurora lo dijo.

—Yo no me frené, me reí a gusto.

Aurora no podía apartar la mirada de la televisión en la habitación del hotel, donde hablaban sin cesar del caso, aunque metían de vez en cuando algunas noticias de otros crímenes o sucesos menores. El reloj marcaba las dos y cuarto de la madrugada, pero ella no tenía sueño.

De repente, aunque ella lo esperaba, apareció su cara en la pantalla de la televisión, era una imagen borrosa y sacada seguramente de una captura de vídeo. Analizando la fotografía, fue fácil deducir que el ciego llevaba una cámara oculta como la que ella usaba en sus primeras citas con sus víctimas. No le gustaba llamarlas así, pero eso es lo que eran, los había matado tras recibir su dinero.

Miró el reloj, eran las tres y media de la madrugada. ¿Estaban

viendo ese canal de televisión la chica de la recepción y su madre? Es posible que no, pero no tardarían en verlo en las próximas horas. No podía quedarse allí, quizás la reconociesen.

Aurora estaba demasiado nerviosa para dormir y quedarse a esperar lo que sucediese.

«Lo que suceda dependerá de otros si yo no me muevo. Esto es como una pelea en la que no me defiendo. Me van a dar golpes sin poder responder a los mismos. Tengo que marcharme lo antes posible».

Se cambió de ropa y se puso la peluca, bajó con la maleta al vestíbulo, ahora sumido en penumbra, y allí se encontró con la chica que la había atendido.

—¿Te marchas? ¿No te ha gustado la habitación?

—Es que me ha llamado una amiga que me acogerá en Toledo. Os doy las gracias a ti y a tu madre por el detalle, no he ensuciado nada, no hace falta que limpiéis la habitación. Me siento fatal por marcharme después de vuestra buena acogida, pero ahora puedo salir de Madrid sin la duda de no saber a dónde ir.

—Bueno, espero que tengas suerte y que tu marido no te encuentre.

—Eso espero yo también, que no me encuentre. No le digas nada a tu madre hasta por la mañana. Deja que duerma. Gracias por todo.

—¿Te llamo a un taxi?

—No, gracias, ya lo paro yo por la calle.

—En esta calle… Mejor sube hasta la avenida que verás más arriba, quizás pase alguno a estas horas.

—Gracias por el consejo.

—Es de noche, ¿quieres que te acompañe hasta que llegue un taxi?

—No será necesario, gracias por el ofrecimiento. No dejes la recepción del hotel vacía.

—No es una molestia. A mi madre le pegaba mi padre.

—Vaya, lo siento. Debió ser duro para ti, más aún para tu madre.

—Pero conseguimos salir adelante.

—Me alegro, eres una chica fuerte, sigue así, no soportes nunca ese tipo de relación.

—No, mi novia se desvive por mí.

—¿Tu novia? Es fantástico que tengas ahora una relación bonita. Me alegro de haberos conocido, no os olvidaré nunca, ni a tu madre ni a ti.

—Eres muy guapa y joven, pronto encontrarás el amor que te mereces.

—Es un detalle precioso que digas eso.

Aurora dejó la maleta a su lado y tomó con ambas manos la cara de la chica, le dio un beso corto, pero intenso, en los labios y dijo, al

ver que la muchacha tenía los ojos cerrados:

—Olvídate de mí, haz como si no hubiera existido.

La chica abrió los ojos para mirarla extrañada y asintió. Luego vio cómo Aurora se marchaba del hotel despacio, como desapareciendo en la oscuridad, como si solo hubiera sido un sueño.

La noche refrescaba, pero ella no podía sentir frío o calor, solo la necesidad de salir de la ciudad. Caminó hacia la avenida que le había dicho la chica del hotel y esperó a que un coche pasara; Aurora le hizo señas a un BMW blanco que circulaba despacio.

El coche se detuvo a su lado.

—¿A dónde vas, bonita?

—Fuera de Madrid, a Toledo.

—¿Estás huyendo?

—Quizás. ¿Me ayudas? Tengo un novio celoso y quiero marcharme lo más rápido que pueda.

—¿Te has portado mal? —El tipo jugaba a un juego que él creía dominar, pero no tan bien como ella.

—Me he portado bien, pero los chicos no tenéis suficiente confianza.

—No generalices. Sube y me vas contado por el camino, puedo acercarte a Toledo si te portas bien.

«¿Si me porto bien? Puto asco que me das con esa cara y esa forma de hablar conmigo. Pero es lo que hay a esta hora de la noche y voy a darte esperanzas hasta que no te necesite, payaso».

Se montó en el coche tras colocar la maleta sobre el asiento trasero. Olía mucho a tabaco allí dentro.

—Es una maleta muy grande. ¿Te mudas?

—Algo así.

—¿Una nueva vida?

—Siempre hay que buscar una nueva vida.

—Una mujer de armas tomar, me gusta.

Ella no dijo nada, dejó que el tipo arrancara el coche y acelerase hacia el sur, hacia donde ella quería ir.

—Cuéntame algo sobre ti —dijo el tipo, que se presentó como Iván, tras unos minutos en silencio para encenderse un cigarrillo.

—No me gusta hablar mucho. Ya sabes que voy al sur.

—¿Al sur? ¿A Andalucía, a África, a Sudamérica o al polo sur?

—Al sur, solo eso. Por ahora, a Toledo.

—Vaya, debes de haber robado un banco, por eso estás tan callada. ¿Has robado un banco y me estás metiendo en un lío?

—Claro que no, ya te he dicho que solo huyo de un novio celoso.

—Todos lo somos si tenemos una novia tan bonita como tú.

Aurora tenía en el bolsillo derecho de su pantalón una jeringa con una dosis de tranquilizante de caballos como había usado con sus

anteriores víctimas, letal para una persona, no dudó en usarla con su supuesto salvador, clavándosela en el cuello en cuanto paró en un semáforo en rojo. El tipo se extrañó, luego protestó durante unos segundos y terminó desplomándose sobre el volante. No había coches detrás de él, así que ella lo sacó a empujones para dejarlo sobre la acera y se puso a conducir sin distracciones. Tomaría la salida hacia Toledo, quizás no hubiera controles policiales en esa carretera, aunque no confiaba en ello, así que pensaba tomar el desvío hacia la carretera de Extremadura al cabo de unos kilómetros para desaparecer en una ruta que no fuese la habitual. Desde esa zona podría elegir entre seguir bajando hacia Andalucía: Huelva o Sevilla, o pasar a Portugal y dirigirse al Algarve.

Aurora conducía el BMW blanco sin saber si era la mejor opción, pero era la única que tenía en esos momentos. Si la Policía tenía cubiertas las salidas de Madrid, igual daba ir al norte que al sur, pero el norte se le antojaba como retroceder cuando ella quería avanzar. Su plan siempre había sido, y lo seguía siendo, ir a Sudamérica o Centroamérica, tomar un vuelo internacional en Madrid o en Faro, así que el aeropuerto del sur de Portugal se convertía en su destino por ser el más seguro en esos momentos.

Esther se levantó tras llevar horas sin poder dormir, dando vueltas en la cama tratando de no molestar el sueño de su pareja.

«Necesitamos una cama más amplia. Joder, si duermes en el centro con las piernas abiertas…».

La chica fue al baño, había cogido el teléfono móvil de la mesita, solo eran las tres y media de la madrugada. Se lavó la cara a conciencia, quería estar despierta tras ese tiempo dando vueltas sin poder dormir. No se sentía cómoda esperando, tal vez con el paso de los años pudiera seguir los consejos de Hugo y del comisario y ser capaz de delegar responsabilidades, pero ahora no se sentía tan segura. Tomó el teléfono y llamó al responsable en funciones del turno de noche.

—¿Gallardo?

—¿Hay alguna novedad, Herrero?

—Iba a preguntarle lo mismo.

—Las notificaciones no me llegan, no sé qué está pasando. Supongo que no sabes nada porque nada ha ocurrido.

—Los controles en las carreteras, aeropuertos y demás estaciones no han informado aún.

«Se va a escapar, la asesina se va a escapar y todo este trabajo no habrá servido para nada. No puedo permitir que once asesinatos queden impunes».

En un arrebato, dejó a Moretti dormir y salió tras vestirse y comprobar su arma. Tras diez minutos recorriendo las calles desiertas de la zona en busca de su coche, cayó en la cuenta de que lo tenía aparcado desde hacía días en el aparcamiento de la comisaría.

«Memoria eidética y has tardado diez minutos en recordar dónde aparcaste por última vez. A ver si te despiertas del todo de una vez».

Llamó a África.

—¿Qué pasa? ¿Hay novedades? ¿Han atrapado a Aurora?

—No, y siento despertarte, pero es que necesito el coche; no puedo dormir y prefiero estar en las zonas calientes por las que pueda pasar la asesina.

—Pues quiero acompañarte, ya no tengo sueño.

—No tienes por que…

—No, pero me apetece. Así puedo conducir mientras tú vas llamando a los demás del operativo.

Asesinato

Esther se moría de frío en la calle a la espera de que apareciese África con el coche. Había aprovechado para llamar a varios oficiales que cubrían esa noche el aeropuerto, las estaciones de trenes y autobuses y las carreteras de salida de la ciudad. Toda la ciudad de Madrid estaba cerrada herméticamente, o casi, porque era demasiado terreno para cercar, ya que había muchas carreteras comarcales y caminos sin asfaltar. Eso sin contar con que Aurora decidiese quedarse en la ciudad unos días o semanas escondida para partir cuando la presión policial fuese mínima.

La subinspectora llamó a Fernando, lo despertó para pedirle que contactase con todos los hostales y hoteles de dos o menos estrellas para preguntar por si habían acogido a Aurora, dando su descripción y su fotografía. El agente asintió y se puso a ello en el acto; contaría con dos agentes de apoyo para la labor.

El Audi RS-5 apareció con su rugido cortando el silencio en la calle y Esther se montó en el asiento del copiloto.

—Has tardado mucho.

—Lo siento.

—No te disculpes, es la ansiedad por la situación, soy yo la que se disculpa.

—¿Y Moretti?

—No he despertado a Hugo, aunque sé que él no se extrañará cuando se dé cuenta de que no estoy en la casa.

África partió hacia el sur con una sonrisa.

—¿A qué viene esa sonrisa?

—A que me has llamado a mí y no a esa inspectora de Huelva para que te acompañe.

—Es que ella está muy lejos para venir a tiempo. No, no me mires así, era una broma; es que todavía no controlo el sentido del humor, si es que me queda de eso.

—No ha tenido ni puta gracia.

—Lo sé.

—Sigo alegrándome de que me hayas llamado.

—No te merezco, Afri.

—No, no me mereces. Qué paciencia hay que tener contigo…

Por descartes, lo primero era sacar de la ecuación el aeropuerto con sus innumerables controles, luego quedaban las estaciones de trenes, también con escáneres de rayos X y los pasos ante policías.

Luego las estaciones de autobuses, donde había patrullas revisando a cada pasajero que entraba en los vehículos. Quedaban dos opciones: los hoteles pequeños y hostales, donde era medianamente fácil no dejar registro o mostrar un DNI falso que no pudiera detectar, y también las carreteras pequeñas de salida de la ciudad, de la comunidad y del país. Para lo primero ya tenía a Fernando puesto al cargo y el chico era muy eficaz y estaba motivado desde que lo conoció. Los síntomas de un «trepa», pero a un «trepa» hay que valorarlo y usarlo mientras trabaja para el bien común. Para lo segundo… para eso África y ella irían hacia las carreteras de salida hacia el sur, donde Aurora podría tomar un vuelo directo o con escalas hacia Sudamérica.

—¿Has hablado con Fernando? —preguntó África.

—Sí.

—¿Qué te ha dicho?

—¿Decirme? Va a ponerse con los hoteles pequeños y hostales.

—¿Solo eso?

—No sé a qué te refieres… Afri, ¿sigues pensando en él más que en ti misma?

—Es que no me ha llamado desde la última noche. Quizás esté…

—Pensando en el trabajo.

—Qué fría eres. Siempre hay tiempo para pensar en el trabajo y también en lo personal a la vez. ¿Acaso no piensas en Moretti nunca cuando estamos trabajando?

—Lo cierto es que no.

—Joder.

—Soy un monstruo, lo sé, estoy tratándome para dejarlo atrás, pero no puedo evitar serlo por ahora.

—Toca asumirlo.

—Así es. Ve más rápido. ¿Quieres que conduzca yo?

—Por primera vez sí que me gustaría.

—Enciende luces y sirena, deja el coche a la derecha y cambiemos de asientos.

Esther arrancó tras quitar todos los asistentes electrónicos a la conducción y recordando lo que el coche podría ofrecer cuando se lleva al límite de sus prestaciones. África se aferró a lo que pudo para sentirse segura, aunque no imaginaba lo que el trayecto le iba a ofrecer en las próximas horas.

—¿Vas a ir hacia la A4 o la A5?

—No, prefiero algo más alejado de las autopistas principales del sur, la A42 tiene muchas salidas a carreteras menores y caminos.

—Será una locura cuando lleguemos al cinturón sur, podría pasar a Alcorcón, Leganés, Móstoles, Fuenlabrada… y más allá será peor, se podrá meter en los caminos que bajan a Pinto o que se alejan hacia

Extremadura o Ávila.

—Un laberinto infinito.

—Lo sé.

—Podría hospedarse en cualquiera de esos pueblos o en localidades más pequeñas, incluso pernoctar en el coche y abastecerse en los colmados.

—También lo contemplo, pero tendrá mucha prisa y eso siempre te conduce a cometer errores. Intentaré pensar como ella, ponerme en su situación y obrar de la forma más segura.

—Serías una criminal difícil de atrapar.

«¿Difícil? Si me lo propusiese, sabiendo además cómo trabaja la Policía, podría acabar impune de cualquier crimen que cometiese, pero prefiero no decirte eso, tampoco a Moretti o al resto de personas que conozco».

—Seguro que tú me atraparías con la ayuda de Hugo y los demás.

—No sé yo…

—Venga, dejemos estas tonterías y centrémonos en la tarea. Ya avisé a los oficiales al cargo del caso de que toda la información sobre avances nos las manden a nosotras.

—Nosotras, suena bien.

Esther conducía a toda prisa sin que el estridente sonido de la sirena o las luces la distrajesen, se había aislado de ello para concentrarse al noventa por ciento en la tarea de conducción y el resto para responder a lo que su compañera le preguntase.

Atravesaron Villaverde y el pueblo de Getafe apareció a ambos lados de la carretera.

—Afri, pregunta a qué altura está el control de esta carretera, debe ser mucho más adelante, porque no hay retenciones.

La agente obedeció e hizo una llamada.

—Me dicen que el control está en la entrada del polígono Cobo Calleja.

—Bien.

Esther tomó un desvío en la zona de Getafe 3 y se dirigió hacia Fuenlabrada.

—Por este desvío creo que se llega a la comisaría de Policía.

—Lo sé, pero nosotros seguiremos hacia el campo de fútbol de La Aldehuela.

—Sigues conociéndote el plano de toda la Comunidad de Madrid.

—De todo el país al detalle.

—Lo que daría por esa memoria tuya.

—Te la regalo cuando me la pidas.

África no siguió la conversación, conocía de sobra los puntos negativos de no poder olvidar nada de lo vivido o aprendido.

Las carreteras comarcales mostraban un estado lamentable, quizás

mejorarían antes de las próximas elecciones municipales. Al menos el Audi no encontraba mucho tráfico y la suspensión adaptativa cumplía su labor con creces sobre los baches.

Atravesaron Humanes de Madrid y llegaron a Moraleja de Enmedio. Esther frenó el coche ante la entrada de la autopista de peaje.

—¿Por qué frenas? —preguntó África.

—No hemos cubierto el peaje, joder…

—Pues vamos.

—Sí, esperemos que Aurora lleve monedas para estas autopistas y no tenga que usar su tarjeta de crédito. Sería lo más lógico en su situación.

—¿Quieres que nos burle?

—No me refiero a eso. Lo que espero es que haya pasado por aquí y estemos tras su pista, pero solo ha podido pasar con monedas porque no tenemos confirmación de que haya usado tarjeta de crédito.

Entraron en el peaje de la AP-41 y siguieron hacia el sur, ahora mucho más rápido y ya con la sirena y las luces apagadas para no llamar la atención si se cruzaban con la mujer que perseguían.

Aurora se había estudiado durante los últimos años el mapa de carreteras de Madrid a conciencia, además de los desvíos y resto de carreteras y caminos que conducían al sur por si tenía que usarlos. Ahora hacía uso de ese aprendizaje por primera vez bajo necesidad vital. El tipo al que había robado el coche no sería descubierto en muchas horas, así que tenía margen de actuación en ese aspecto, pero las carreteras seguían cortadas por controles policiales con su foto y eso no paliaba sus nervios y su preocupación. Circulaba entre los pueblos del sur a la espera del amanecer, que llegaría en menos de dos horas y sería más visible, quizás con agentes de la Policía o de la Guardia Civil menos cansados. Necesitaba un refugio y debía encontrarlo antes de que la luz la atrapase y mermara sus posibilidades de éxito en la fuga.

Le llegaban recuerdos de su niñez, de su adolescencia, unos bonitos y otros no tanto, también con su nani, a la que ella misma había matado y enterrado días antes. Apartó esos recuerdos sacudiendo la cabeza y prometiéndose que sería fuerte y solo pensaría en sí misma, en su futuro, en su seguridad, en recoger los frutos que ella misma había cosechado, abonado y, ahora, recogido.

Conducía por un camino hacia Carranque, ya en Toledo tras pasar la frontera con Madrid. De todas las piedras con las que tropezar en su ruta, en su huida, era la primera que dejaba atrás, y con éxito; salir de la comunidad de Madrid era la más difícil, aunque sabía que habría

controles buscándola en cada aeropuerto o estación más allá, además de carreteras importantes por las que no podría circular.

Aurora circulaba por debajo de los ochenta kilómetros por hora por una carretera desierta, aprovechó para mirar en su bolso, le imponía respeto lo que veía, lo que había comprado dos años atrás por si necesitaba utilizarlo. Una cosa era acabar con sus víctimas con veneno, y luego tener el valor de enterrarlos, y otra muy diferente apretar un gatillo.

Llegó a la localidad de Recas, prácticamente una aldea de las que abundaban por la zona, decidió parar a las afueras para dormir un poco y, ya cuando despertara, comprar algo en el colmado del lugar y seguir con su marcha. Tenía pensado no desprenderse del coche, pues no sabía cómo robar otro y quizás pasaran muchas horas o días hasta que buscasen el vehículo robado. Al encontrar al tipo muerto en la acera, tardarían en hacerle la autopsia, descubrirían que murió por una inyección de veneno, luego el informe pasaría a Homicidios y allí alguien asociaría el veneno con los crímenes del local comercial, quizás todo el proceso durase una semana, sería entonces cuando se pondrían a buscar el vehículo y ella estaría muy lejos. Sí, podía estar segura por el momento, lo suficiente como para dormir un poco.

Dormir… como si eso fuese fácil. Aún no había salido el sol y el asiento reclinado parecía cómodo, pero tenía demasiados pensamientos agoreros como para conciliar el sueño. La encontrarían, no era normal que estuviese allí parada y los policías locales y guardiaciviles de la zona se extrañarían e irían a preguntarle por su presencia. No era la dueña del coche, así que la detendrían en el acto tras comprobar la matrícula y ver que pertenece a otra persona.

El sueño se había marchado, aunque el cansancio no desaparecería de repente, pero sí fue calmado por la necesidad de poner más kilómetros entre Madrid y su destino. Salió de debajo de la encina que había buscado para darle sombra y frescor durante el resto de la noche y cruzó la aldea. No se veía a nadie por la calles, ni personas caminando ni coches circulando. Tampoco había dónde comprar víveres para seguir su camino; ese último era el único punto negativo. Necesitaba comprar agua, pan de molde, fiambre, verdura y fruta; pero no lo lograría a esa hora, quizás en el pueblo o aldea siguiente.

Siguiente… eso implicaba avanzar hacia el sur, hacia su ruta de escape. No podía dejar de avanzar. Ya dormiría al llegar a su destino o en el avión que la llevase a Sudamérica.

Esther seguía circulando a toda velocidad hacia el sur entre las carreteras que conectaban a los pueblos y aldeas, avanzando entre caminos que enlazaban las localidades que no tenían presencia policial

a modo de controles. Se guiaba por su instinto y seguía de esa forma la ruta que ella misma habría tomado si fuese la asesina. Quizás esta se ocultara en un hostal de la capital, era una posibilidad, pero se alejaría de su objetivo de marcharse del país lo antes posible. Trataba en todo momento de ponerse en la piel de la criminal, usando la psicología y el perfil psicológico que había creado para ella; Aurora querría poner tierra de por medio entre ella y quienes la perseguían para encarcelarla, buscando los recovecos en el entramado de carreteras y caminos para pasar desapercibida y no ser parada por los controles oficiales.

«No esperará semanas o meses escondida para marcharse cuando la presión de su búsqueda se reduzca. Su foto está en todos los noticiarios y eso le provocará miedo e incertidumbre, ansiedad. Es una mujer que lleva años teniendo el control absoluto de su vida, de las acciones que acomete, no se sentirá cómoda y segura a la espera y temiendo que su destino dependa de otras personas».

África bostezaba cada vez más a menudo a su lado.

—Duérmete si es lo que necesitas.

—No quiero dejarte sola conduciendo.

—Ya te despierto si veo algo inusual.

—No quiero estar dormida mientras tú trabajas.

—No digas tonterías.

—No las digo. Fernando está buscando en hoteles y hostales, tú estás persiguiendo la ruta que consideras más apropiada para capturar a la asesina. Yo no quiero recordar el día de mañana que iba dormida mientras todos trabajaban.

—Moretti y el comisario duermen.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que no es fundamental estar en el centro de la acción para resolver un caso.

—¿Eso te lo aplicas a ti?

Esther aminoró la marcha y miró a su amiga y compañera. Esta se estremeció durante unos segundos y le dijo.

—¿Estás obsesionada, como siempre?

—Como siempre.

—Pues no es sano.

—No lo es, lo sé, pero es lo que hay.

Y comenzó a acelerar de nuevo. A esa velocidad iban pasando los kilómetros tan rápido que casi África no adivinaba los coches en los que debía fijarse. «Fíjate en los que aminoren de repente a nuestro paso, observa los rostros de quienes conducen, busca a una chica joven y guapa que nos mire con miedo» le había dicho Esther, pero a esa velocidad era imposible fijarse en nada más que en bultos metálicos de colores con rostros desdibujados dentro, eso en el caso de

los coches que adelantaban, los demás eran solo vehículos aparcados en los márgenes de la carretera, coches muertos, sin nada de vida que ofrecer en su interior, solo oscuridad.

Estaban perdiendo el tiempo. Confiaba en el criterio de ella, también en el de Moretti, les había llevado a resolver casos muy difíciles en los últimos meses, pero ahora todo se basaba en la intuición y en la obsesión de la chica, sin datos que corroborasen que estaban en la senda adecuada. La asesina podría seguir en Madrid, haber huido hacia el norte o haberse escabullido entre los controles del aeropuerto o las estaciones de trenes. Existían docenas de posibilidades, así que era absurdo apostarlo todo a circular por entre pueblos y aldeas del sur de la comunidad para buscar una aguja en el pajar más grande que jamás habían imaginado.

¿Decírselo a Esther? Nunca haría eso, no solo era contradecir las órdenes de su superiora al mando, también decirle a su mejor amiga que se equivocaba. Una amiga y una compañera tenía que estar también para agachar la cabeza y decir «lo hemos intentado» tras un fracaso. Eso era aquello, un fracaso lleno de oscuridad entre caminos y carreteras mal asfaltadas por las que el Audi circulaba demostrando que valía lo que costaba. Un fracaso que se vestía de un negro cada vez más intenso a medida que una suave luz azulada aparecía por el horizonte.

Las localidades pasaban y el cansancio o el sueño no parecían atacar a la subinspectora, como si atrapar a la asesina fuese lo único que la alimentase de aire, agua y comida en esos momentos. No parpadeaba siquiera mientras miraba cada coche y casa al aparecer a su lado, esperando, tal vez, que su memoria eidética tuviera otros poderes mágicos que le señalasen que había encontrado a su presa, volviendo fosforescente el coche o la persona que buscaban. Ni siquiera pensaba en su compañera, en sus funciones, en su ayuda en el caso, como si solo la hubiera llamado por compromiso o interés. Esther únicamente pensaba en ella misma y en sus posibilidades de terminar el caso, todo lo demás era secundario, incluyendo los sentimientos de sus amigos y de su pareja. Quería atrapar a Aurora a toda costa, quería hacerlo ella por sus propios medios, sin importar que miles de policías la ayudaran en ese momento. Quería hacerlo porque toda su vida se desmoronaría si no era capaz de ello. Así de simple. Tan simple como recordaba cada minuto de su existencia, tan simple como recordaba cada alegría o desilusión, tan simple como sonreía o lloraba, tan simple como… no, no era simple ni fácil buscar en su interior en estos momentos. En su interior había rabia, nunca antes la había visto llegar de esa forma en el trabajo, ni siquiera cuando perdió a Nacho en un caso un año atrás. Nacho. Se sintió vulnerable y su mente se volvió turbia, no veía en ella con la claridad

de costumbre. Frenó el coche hasta detenerlo.

—¿Qué pasa, Esther? ¿Has visto algo?

—Nada, Afri, una falsa alarma. Seguimos adelante.

La subinspectora reemprendió la marcha en silencio.

Aurora llegó a la localidad de Bargas cuando el reloj marcaba las nueve y once minutos, quizás hubiese una tienda en el pueblo donde comprar víveres, se moría de hambre y sed. Tuvo suerte en la propia plaza central, adoquinada y rodeada de casas que estarían ya en pie cuando sus abuelos nacieron. El colmado era pequeño, pero tenía todo lo que ella necesitaba. Pagó en efectivo y se marchó tras despedirse cordialmente de la empleada, una chica que no sería aún mayor de edad.

Se montó en el coche y puso rumbo a la siguiente localidad, sería un trayecto duro, pero la presión policial seguro que se iba mermando a medida que se iba alejando de la comunidad de Madrid, ya solo quedaba la mitad de la provincia de Toledo para seguir avanzando.

Paró a las afueras para devorar parte de la comida, antes había ido bebiendo agua mientras conducía.

«Quizás deba desprenderme de este coche, no es seguro. Pero no sé robar otro, así que tendré que esperar a que haya suerte y pueda engatusar a algún imbécil que quiera ligar conmigo, como hice con el dueño de este BMW. Puedo fingir que tengo una avería y aguardar a que llegue un tipo con ínfulas de príncipe azul salvador; me quedan más dosis de narcótico para acabar con él y llevarme su coche».

Terminó de comer y guardó el resto de víveres para la cena, pues no pensaba parar en otro pueblo a comprar más hasta el día siguiente, quizás en Extremadura, Andalucía o Portugal. Arrancó el motor y se puso con la tarea de encontrar otro coche, aunque sabía que por aquellas carreteras y caminos no sería fácil.

Tres horas más tarde, justo tras haber echado diez euros de gasolina al BMW, paró en el arcén de una carretera nacional que parecía más concurrida de la cuenta. Pasado el pueblo Campanario y casi llegando al siguiente: Quintana de la Serena. Salió del vehículo tras ponerse ropa sexi que llevaba en la maleta y subió el capó del motor para mirar en su interior de forma preocupada cuando llegasen las posibles víctimas del engaño.

En las películas se veía muy fácil. Minifalda o *shorts* con tacones y el primero que aparece, frena. En el caso de Aurora, a pesar de sus piernas largas y esculturales, fueron cuarenta minutos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el tipo, tendría más de cuarenta años, llevaba un Opel Mokka naranja y hablaba como un comercial de cementos, como hablaba su tío Martín, que se dedicaba a eso.

—No lo sé, se ha parado, tiene gasolina, pero a saber…

—Vamos a echarle un vistazo, seguro que no es nada. Las chicas no entendéis de mecánica y cualquier cosa os parece un mundo.

—Eso es verdad. Gracias por la ayuda.

—¿Has llamado al seguro para que te mande una grúa?

—Aún no, esperaba que se solucionase en unos minutos o que alguien se parara a ayudarme.

—Pues has tenido suerte, guapa, yo entiendo mucho de mecánica. Dale al arranque.

Ella entró en el coche y accionó la llave. Arrancó a la primera.

—Vaya, no me esperaba esto.

—Estaría caliente el motor, ¿vienes de muy lejos?

—Desde Salamanca.

—Son muchos kilómetros para un coche con tantos años, bonita, si no has parado para que el coche se enfríe, quizás solo sea un calentamiento.

—Sí, será eso, que nos hemos calentado.

—Ya te veo, vaya piernas…

—Gracias.

—Las que tú tienes.

—En serio, me has salvado, no sabes cómo te lo agradezco.

—Podemos tomar algo aquí cerca, ¿un café o cerveza?

—Suena bien.

Aurora comprobó que no venían más coches por la recta en la que se había parado.

—Necesito comprar algo de comida y agua. ¿Qué pueblo puedo encontrar si sigo por aquí?

El tipo le dio la espalda para señalar con el brazo derecho.

—Si sigues todo recto, llegarás a…

La aguja se había insertado en su cuello y sus rodillas se doblaron para acabar con el tipo en el suelo dormido.

Aurora lo arrastró a toda prisa hacia el interior de su coche. Sacó su maleta y los víveres para meterlos en el Opel. Luego empujó el BMW hacia el extremo de la carretera, quedando oculto entre la maleza para los que circulasen por allí en las próximas horas. Se puso a los mandos del nuevo coche y continuó su camino.

Llegó a Zalamea de la Serena al atardecer, no podía rodear el pueblo, tocaba atravesarlo, como la gran mayoría de las anteriores localidades que había dejado atrás. Aprovechó para comprar más comida y agua y ya el sueño era demasiado intenso como para no parar a dormir unas horas tras la cena.

Apenas habría podido conciliar el sueño más de tres horas, así lo advirtió al mirar su reloj de pulsera Cartier, pero se sentía plena de fuerzas de nuevo, o casi. Comió algo y emprendió la marcha, ya tenía

cerca la frontera con Portugal, desde el aeropuerto de Faro podría huir del país.

Llegando a Cazalla de la Sierra, ya en Andalucía, se topo con un coche gris que la adelantó a toda velocidad, pudo ver a una chica joven en el asiento del copiloto mirándola. Eso la puso alerta y colocó el bolso más cerca de ella, con el arma dentro.

Avanzó unos pocos kilómetros hasta que vio que el coche gris había detenido la marcha y tenía las luces y la sirena encendidas, dejando claro que ella tendría que detener el vehículo tras él. Eso hizo, despacio.

«Me han atrapado, hasta aquí llega mi vida. O no…».

El coche gris estaba justo a diez metros de ella, detenido, ella también había parado. Cuando vio que la chica rubia salía del mismo, ella hizo lo propio en el suyo.

—¿Pasa algo?

—No salga del vehículo —le espetó con sequedad la mujer delgada que tenía ante sí.

Ella obedeció y regresó al puesto de conducción. Tenía la ventanilla bajada, el motor apagado y puso las manos al volante. La chica rubia llegó a ella, colocándose a medio metro y le dijo:

—Deme su documentación.

—Claro. ¿También la del vehículo?

—Por ahora no será necesario, solo su DNI.

—Aquí tiene.

La policía tomó el documento y lo miró unos segundos, luego indicó el número por la radio interna a la compañera del coche policial para que lo comprobase.

—¿Pasa algo?

—Nada, solo es un control rutinario. Habremos acabado en unos minutos.

—Me alegro, voy a casa de mi hermana, que ha tenido un hijo.

—Enhorabuena.

Aurora percibía el tono distante y falso de la policía, así que permaneció alerta.

La otra chica se bajó del coche gris y fue a susurrarle algo a la rubia. Aurora lo veía todo como a cámara lenta, sumida en el miedo y el cansancio que acumulaba.

La rubia se acercó con mala cara, su actitud había cambiado considerablemente a peor.

Antes de que la policía pronunciase la primera palabra, le disparó en plena cara y luego salió del coche, ante la mirada de sorpresa de la otra chica, y la mató también de dos tiros en el pecho.

Regresó al Opel Mokka y aceleró al máximo para salir de la zona lo antes posible.

«¿Cuánto tardarán en encontrar esos cuerpos? ¿Debí meterlos en el coche y hacerlo desaparecer en la cuneta? No había dónde hacerlo, sin un solo árbol sería visible igualmente. Quizás aprovecharon para llamar a la central y hayan dado esta matrícula y características de mi coche y me busquen. Tengo que apresurarme. Lo mejor sería dejar el coche en el siguiente pueblo y partir a pie para buscar otro».

Captura

El despertador no tenía ese tono. Era una llamada al teléfono desde el trabajo. Simón Ramos tomó el aparato tras unos segundos y respondió con la torpeza típica de estar aún medio dormido.

—¿Avances? ¿Qué ha pasado?

— …

—¿Cómo? ¿Asesinadas?

Se puso en pie de un salto y se fue a la cocina, abrió el grifo del fregadero y se lavó la cabeza para refrescarse y despertarse del todo. Seguía oyendo al agente que lo informaba, aunque no daba crédito a lo que le estaba diciendo. Su mujer llegó alarmada por las voces y por el sonido del agua.

—¿Qué pasa?

—Nada, tema del trabajo. Hay problemas. Déjame a solas para que piense. Por favor, vete, vete de una vez…

Y ella obedeció, sabía cuál era su función en la pareja desde que comenzó a salir con él, cuando era novios y él se limitaba a patrullar las calles.

«Un desastre, esto es un desastre completo», pensó Simón. «Hay que ponerse más en serio y destinar más efectivos a la captura de esa mujer. Debí presionar al ministerio antes y haber evitado esta tragedia. No sé cómo decírselo a Moretti ahora».

Simón se vistió a toda prisa, sin parar siquiera a ducharse, tampoco desayunó y se fue a la comisaría en el acto.

El responsable del turno de noche del departamento de Homicidios se sorprendió al verle entrar.

—¿Qué haces aquí?

—Aurora Sánchez ha sido sorprendida en un control por dos de nuestras chicas, las ha matado.

—Lo sé, pedí a Arturo que te llamase para darte la novedad.

—¿Acaso no te parece un dato importante como para que me incorpore? ¿Tampoco como para haberme llamado tú mismo? ¡Joder!

—Claro, lo siento.

—Deja de lamentarte, asumo el mando, que todos me llamen a mí el primero cuando haya más novedades; y si no las hay, que me envíen informes de situación cada dos horas.

—¿Quieres que llame a los familiares de las dos chicas para darles la noticia?

—No, eso quiero hacerlo yo mismo.

—Está bien, no te envidio. Estaré aquí aportando lo que pueda.

Simón no respondió, solo fue a su despacho y se dejó caer sobre el sillón con pesar, se atusó los pocos pelos que le quedaban en la cabeza con vehemencia mientras lanzaba un hondo suspiro. Encendió el ordenador y tomó el teléfono para hacer llamadas desagradables, de esas para las que no te preparan en la academia y a las que uno no se acostumbra con el paso de los años.

Al primero que llamó fue a Hugo Moretti para darle las noticias nefastas de la operación.

Un agente uniformado llegó en un coche patrulla a la fachada del edificio; no era necesaria la sirena a esa hora de la mañana, pero sí llevaba las luces de emergencia encendidas. Tardó unos pocos minutos en ver aparecer al ciego y cumplió con su orden de salir a su encuentro para guiarlo hacia el vehículo. De allí partieron a toda prisa hacia el sur de la ciudad. El agente veía el rostro apesadumbrado de su acompañante, pero no dijo nada, esperaba a que fuese él quien iniciase una conversación si lo consideraba oportuno.

Salieron de la capital a toda velocidad y emprendieron la ruta hacia donde habían fallecido las dos policías. Moretti seguía sin decir una palabra, solo usaba el asistente de voz de su teléfono móvil para hablar con el comisario cada pocos minutos.

«No, por favor, no puede estar pasando esto. ¿Por qué has hecho esa locura, Esther? ¿Por qué te has ido en mitad de la noche? Ya deberías saber por los casos anteriores que, si algo puede salir mal en un caso difícil, saldrá mal o muy mal».

Aferrado a una esperanza loca, llamaba al teléfono de Esther, pero esta no respondía.

Los kilómetros avanzaban esa nefasta mañana en la que podría atesorar una mala experiencia más en el trabajo. No se hacía tan horrible en estos momentos en su mente el haberse dedicado a la abogacía y salvar de la cárcel a delincuentes, como hicieron sus padres. Quizás pudiera conciliar el sueño de mejor forma con ese empleo y no con el que había elegido finalmente, sobre todo después de haberla conocido a ella.

El agente que conducía se veía nervioso, no tanto por la velocidad a la que iba, después de todo no había mucho tráfico, quizás esperase una conversación, pero Hugo no estaba para entablar conversaciones triviales.

Aurora sabía que tenía que deshacerse del coche lo antes posible, que las policías que había matado habrían informado del mismo,

modelo, marca y matrícula. Otra vez el mismo ritual de siempre, hacerse la víctima fácil para un idiota con la entrepierna caliente, y así continuar unos kilómetros más. De esa forma lo hizo, aunque tardó media hora en conseguir su objetivo y solo a medias.

Era una chica en un Seat Ibiza blanco, un modelo algo desfasado.

—Hola, ¿qué te ha pasado?

Aurora trató de mostrarse cordial, no debía llamar la atención.

—Se me ha parado el motor.

—Es un coche que parece nuevo, es raro. ¿Cuánto hace que lo tienes?

—Solo un año.

—¿Has llamado al seguro? Ellos te mandarán una grúa.

—Tengo prisa, no he pensado en eso. ¿Puedes ayudarme?

—Bueno, no entiendo mucho de motores, pero veré los niveles de aceite y demás del motor.

—Es raro encontrar una chica que entienda de eso.

—Mi padre es mecánico.

La chica abrió el capó del Opel y echó un vistazo, todo parecía bien. Le pidió que arrancase el motor a Aurora y esta lo hizo.

—¿Ves? Habrá sido algo momentáneo.

No le dio tiempo a más, recibió un golpe en la cabeza y se desplomó.

Aurora la tomó por los brazos y la llevó a la cuneta. No le había inyectado el somnífero potente que la habría matado, esa chica no lo merecía. Dejó el Opel Mokka y se marchó con su maleta en el Seat Ibiza.

«Este coche lo encontrarán más rápido, pero no voy a causarle daño a una pobre chica que solo quería ayudarme».

Aurora había cruzado ya la frontera entre Extremadura con Andalucía entrando por el desvió hacia Sevilla, pero luego había girado hacia el oeste para dirigirse a Huelva. La carretera comarcal HU5104 la llevó, tras pasar el pueblo de Berrocal, hasta el camino que dirigía a Marigenta. No conocía las localidades, pero sí tenía estudiadas las carreteras pequeñas para pasar desapercibida. Daba un paso atrás en su ruta hacia el sur en cuando a situación geográfica, pero perdía la pista de los controles policiales por esos caminos en los que nadie la buscaría en esos momentos. Pasó el pueblo Membrillo Alto, cuyo nombre le llamó la atención. Se arriesgó en la N435 hacia Valverde del Camino, donde quizás hubiese guardiaciviles de patrulla. ¿Buscaban el coche nuevo o aún no? El caso es que no veía controles y eso le daba ánimos, pronto se desviaría hacia el oeste, hacia los pueblos que eran frontera con Portugal.

Le quedaba comida y agua, además de medio depósito de combustible en un coche que hacía pocas horas que había robado, eso

era tiempo, y el tiempo lo era todo en esos momentos, mucho más que el dinero que llevaba en efectivo y en cheques en la maleta sobre el asiento trasero. Toda la vida pensando que el dinero lo era todo, y ahora se sorprendía con lo poco que valía si no llegaba a tiempo a un aeropuerto en el que poder escapar. El tiempo lo es todo, el tiempo que usas para alcanzar la seguridad, la felicidad. ¿Había sido ella feliz algún día en su vida? Quizás no, pocos recuerdos felices tenía de su infancia, el resto eran todos horribles; los que más llegaban a su memoria.

«Los hombres… los hombres se merecen todo lo malo que se les pueda causar, como mi padre».

Aceleró todo lo que pudo el Seat Ibiza para acercarse a la frontera con Portugal y salir de España lo antes posible, era su segunda barrera en la prueba que se había impuesto. Luego solo quedaría la tercera y última, salir en avión y dejar atrás la amenaza.

¿Remordimientos por haber matado a dos chicas policías que hacían su labor? Solo un poco, pero era cuestión de vida o muerte para ella, y eligió muerte, la de ellas.

Mataría sin dudar a todo el que se antepusiese en su camino hacia la libertad, sin importar el coste. Dormiría a gusto tras haberlo hecho. La vida le había enseñado que solo importaba ella, que todo lo demás era secundario, que el fin justificaba con creces los medios obtenidos. Solo importaba ella…

Ya casi había llegado a la antigua frontera con Portugal cuando vio los faros aparecer a su espalda, era de día, pero las luces del coche de atrás llamaron su atención por los espejos retrovisores. Ese coche iba aún más rápido que el suyo, y eso que ella iba a todo lo que el pequeño Ibiza le ofrecía. Aceleró aún a riesgo de salirse de la estrecha carretera en las curvas, el coche de detrás no tenía luces ni sirena, así que no sería de la Policía, solo alguien loco que había salido a disfrutar de la zona poniendo a prueba su vehículo potente.

El otro coche alcanzó el suyo en menos de diez segundos y lo rebasó en un adelantamiento de esos que solo se veían en la Formula 1. Aurora apenas pudo ver los rostros de las dos personas que iban en el coche. Tampoco le importaba, serían fanáticos de las carreras. Estaba a punto de pasar esa segunda barrera en su huida, llegar a Portugal. Se sentía eufórica a pesar del cansancio acumulado.

El bólido se distanció de ella hasta desaparecer en la siguiente curva.

Ella continuaba a paso firme y rápido, pero seguro. La carretera parecía despejada y no veía presencial de la Policía o la Guardia Civil.

Entonces se encontró de repente con el coche cruzado en mitad de la carretera. Frenó, pero supo al instante que eso no sería suficiente, dio un volantazo y su coche perdió el control, dio una vuelta de

campana sobre el asfalto, pero ella no dejó de tener la consciencia de lo que ocurría, gracias al cinturón de seguridad y a que el *airbag* del volante no llegó a estallarle en la cara. El coche había terminado sobre las ruedas tras dar una vuelta completa sobre sí mismo; estaba consiente y salió del vehículo con la maleta en la mano izquierda y el arma en la derecha.

¿Hacia dónde ir? Eso era todo lo que la preocupaba hasta que oyó el grito.

—¡Alto! ¡No se mueva!

Entonces se puso alerta y usó el arma para apuntar hacia donde había oído llegar la amenaza.

Veía algo borroso, aún aturdida, pero tenía a los dos bultos frente a ella a pocos metros. No dudaría en volver a matar a quien fuese.

—¡Tire el arma! ¡Policía!

Y disparó varias veces.

Iban a toda velocidad sin saber si esa era la ruta que conducía hacia la mujer que perseguían, dudas y más dudas, hasta que vieron el Opel Mokka en el lateral de la calzada. Hicieron protestar los frenos para detenerse a pocos centímetros del coche y se bajaron para mirar en su interior, eso sí, con las armas en las manos. Nada. Tras supervisar alrededor del vehículo, encontraron a una mujer joven; su descripción no se correspondía con Aurora Sánchez. La chica estaba inconsciente, así que llamaron a una ambulancia mientras le sacaban la cartera del bolsillo del pantalón. Se llamaba Ainara González. Llamaron a la central de Tráfico para que les informaran del vehículo que tuviese registrado.

—Es un Seat Ibiza blanco de hace unos quince años. Vamos a por él.

—¿La dejaremos aquí inconsciente?

—¿Quieres quedarte con ella?

—No, sigo contigo.

—Vamos, tenemos prisa.

Montaron en el coche policial y reemprendieron la persecución. Quizás no estuviese Aurora muy lejos, y, llevando un coche pequeño, poco potente y antiguo, fuese fácil y rápido atraparla antes de que lo cambiase por otro. Además, la frontera con Portugal estaba cerca y perderían la jurisdicción.

La pareja iba en silencio, pero rápido, siguiendo cada curva de la carretera y pendientes de ver algo oculto a los lados, fuese el coche o un desvío nuevo.

Avanzaron durante ocho kilómetros hasta que dieron con el Ibiza blanco.

—Ahí lo tenemos.

—Quizás no sea ella.

—Sería mucha casualidad en esta carretera sin tráfico.

—Adelántalo con rapidez sin encender las luces ni la sirena, yo me fijaré en su rostro.

Tardaron menos de medio minuto en cumplir con el cometido.

—¿Y bien?

—Chica joven y guapa, aunque el cabello no se corresponde, es pelirroja.

—Una peluca.

—Seguro que sí.

—La abordaremos en la siguiente curva. Agárrate, voy a hacer derrapar el coche para bloquear la carretera.

—Joder…

El vehículo describió una curva imposible, acompañada del chirrido de los neumáticos protestando, pero manteniendo el coche firmemente sobre la calzada y dejándolo cruzado sobre la misma. Quedaban solo unos pocos segundos para que el Seat Ibiza llegase y nadie debía quedar dentro por si Aurora embestía en lugar de frenar.

Apuntaban con sus armas reglamentarias y con la protección de los chalecos antibalas desde los márgenes de la carretera.

El coche llegó más rápido de lo que debía por aquella carretera comarcal.

Frenos al límite.

El tiempo se detuvo, o, al menos, avanzaba tan despacio que no se percibía su paso.

El coche dio un volantazo y volcó dando una vuelta sobre el costado hasta quedar otra vez en pie en la cuneta.

Nervios.

Del coche salió la chica tambaleándose, tenía una pistola en la mano derecha y una maleta de tamaño mediano en la otra.

—¡Alto! ¡No se mueva!

La chica apuntó, pero no disparó.

—¡Tire el arma! ¡Policía!

Ahora sí disparó.

Luego más disparos y el sonido de un cuerpo cayendo al suelo.

Epílogo

Se despertó a las cinco de la mañana, eso le dijo el asistente de voz del teléfono móvil cuando llegó a la cocina. Dejó el aparato sobre la mesa en la que desayunaba cada día y se fue a dar una ducha. Luego regresó a la cocina para preparar el desayuno. Era temprano, mucho, se iba a enfriar, pero a él no le importaba, necesitaba hacerlo.

La chica apareció hora y media después, él permanecía sentado ante la mesa sin haber probado siquiera el café.

—¿Qué haces aquí?

—Esperarte.

—Huele a café.

—Hay que calentarlo, además de hacer más tostadas, estas estarán frías.

—¿Por qué…?

—¿Qué más da?

—Desayuno y me ducho.

—No, es un día importante. Dúchate mientras yo lo preparo todo.

Ella asintió y se marchó para regresar unos minutos después.

—¿Sigues enfadado?

—No, sé quién es mi pareja; la conozco y sé que actuará así siempre.

—Pero eso te preocupa y disgusta.

—Tengo que vivir con ello, me adaptaré.

—No te merezco.

—Deja de decir tonterías. Hoy es un día grande, vamos a desayunar y luego a vestirnos para la ocasión.

Ella no replicó, comió lo poco que le cabía en el estómago en un día en el que tendrían que repetir lo que ya había vivido en el pasado y luego ayudó a vestir a su pareja.

—Estás guapísimo.

—Seguro que tú también, me gustaría verte.

—Quizás eso sea una bendición, que solo puedas imaginarme, así puedes hacerlo y tener una imagen aún mejor de la que tengo.

—Esas palabras seleccionadas por tus conocimientos de psicología no me consuelan. Daría todo por verte, aunque fuese un solo segundo, aunque vistieses un pijama viejo, holgado y lleno de pelotillas.

—Eso es lo más bonito que me han dicho en la vida.

—Quizás la única ventaja de estar con un ciego.

—No te veo como un ciego, Hugo, te veo como una persona capaz,

resolutiva, inteligente, culta, amable, bondadosa y… lo mejor de todo, como alguien que me hace feliz.

—Eso es lo más bonito que me has dicho, Esther.

—No nos pongamos sentimentales o llegaremos tarde.

—Eres la protagonista del día, así que esperarán.

—No estarás pensando en…

Salieron a tomar el taxi media hora tarde, algo ruborizados aún tras hacer el amor y tener que vestirse de nuevo. Llegando a su destino inventando por el camino una excusa para los que les esperaban, especialmente para el alcalde.

Esther vivía de nuevo la entrega de distinciones, su segunda vez ese año, aunque en esta ocasión no estaban los amigos policías de Huelva, no los había llamado ni necesitado, quizás porque se estaba curando de su enfermedad o porque la presencia de África a su lado era más que suficiente para darle fuerzas. No quería pensar en que había pasado el testigo a la agente, que ahora la tenía como apoyo emocional y físico para no derrumbarse. No, no lo sentía así en su mente.

Le dijeron al alcalde que habían sufrido un atasco en mitad de las disculpas, el tipo no pareció creerles, pero eso no importaba mucho. Ella recibió su segunda medalla al mérito por la resolución de un caso importante y el ascenso a inspectora. A África la ascendieron a suboficial y la chica estaba que no cabía de orgullo y felicidad, además de mirar su medalla al mérito y acariciarla cada pocos segundos.

El comisario se acercó luego, durante el ágape organizado para los asistentes.

—Enhorabuena, aunque no hagáis otra vez algo así o me dará un infarto y mi fantasma os perseguirá para siempre.

—Simón, tu infarto no llegará nunca, la mala hierba…

—¡Joder, Gallardo! Te vas soltando más de la cuenta, ya veo en ti las enseñanzas del capullo de Hache.

—No lo llames así, ¡joder!

—¡Ja, ja, ja! —rieron los dos a la vez.

—Espero que no le hayas contado lo de su apodo.

—No le he contado nada, tu secreto está a salvo conmigo, por ahora.

—¿Por ahora?

—Merecemos unos días de vacaciones.

—Igual que Moretti, va a ser verdad eso que dicen «dos que duermen en el mismo colchón, se vuelven de la misma condición».

—No lo sabes bien. Nos vendrá bien desconectar en el sur con amigos durante unos días.

—Tengo muchos casos pendientes en los que me vendría bien

vuestra ayuda.

—Podrán esperar.

—Hay uno de un tipo encontrado en las alcantarillas bajo el banco de España, disuelto en ácido, que suena interesante.

—¿Bajo las alcantarillas y disuelto en ácido? Cuenta más.

—¿Qué es lo que tiene que contar más? —Moretti había llegado e incorporado a la conversación.

—Le hablaba a Gallardo de un caso interesante.

—¿En serio? Cuéntame.

—No, Hugo, que nos cuente después de la vuelta de las vacaciones que nos merecemos todos.

—¿Todos? —preguntó el comisario.

—Por supuesto, también África y Fernando.

Fernando asistía también a la entrega de distinciones, pero no había sido obsequiado con una, tampoco lo habían ascendido, como sí había sucedido con África. Estuvo en la ceremonia y luego en el informal aperitivo, pero no se quedó para ir a almorzar al restaurante que Moretti había reservado. Dijo que tenía cosas que hacer y fingió una sonrisa al despedirse de sus compañeros.

Ellos le dijeron que no sería lo mismo sin él y lo despidieron con abrazos antes de marcharse al restaurante.

Ya en el lugar y tomando una cerveza, a la espera del primer plato:

—¿Qué se sabe de las familias de las dos chicas que murieron en el control de la asesina?

—Esther, es importante desconectar de esos datos, aunque te parezca un mensaje frío, acostúmbrate si quieres ocupar mi puesto de comisario en el futuro.

—Ni por todo el oro del mundo querría tu puesto, Simón.

—Ya lo veremos cuando pasen unos años.

—Ya te lo voy diciendo. No me has respondido.

—¿Qué quieres que te diga? Sus familiares están tan dolidos como lo estarían los tuyos ante la misma noticia.

Moretti interrumpió:

—Esos familiares estarán como lo estaba yo al ver que no estabas en la cama y enterarme por teléfono de que dos chicas habían muerto asesinadas a tiros tras tratar de impedir la huida de Aurora Sánchez.

—Siento no haberte despertado para decirte adónde iba.

—Ni tampoco cogerme el teléfono durante esas horas.

—Eso también, conducía y no quería distracciones.

—No tienes remedio.

—Lo siento, trataré de que no vuelva a ocurrir.

—Eso espero…

—Siento aguaros la fiesta en un momento como este —interrumpió el comisario—, pero tengo que deciros algo importante.

—Adelante.

—El programa sigue, los casos imposibles están ahí y seguirán surgiendo, pero una modificación ha venido desde el ministerio.

—¿Una modificación?

—Sí. Hugo, tus servicios no serán requeridos, los casos los llevará Gallardo en solitario a partir de ahora.

Libros publicados por el autor que también podrían gustarte.

SAGA AMURAO: (Novela negra)

Que 12 entregas no te frenen, ya que cada una cuenta con un argumento completamente diferente y, además, va cambiando de protagonista, de escenario, de tiempo narrativo, de estructura en el ritmo y mucho más, como si cada una estuviese escrita por un autor diferente.

Acompaña a los inspectores de la brigada de homicidios de Huelva en los casos más escabrosos que pudieras imaginar.

SAGA ALFIL: (Novela negra)

Intriga, suspense, asesinatos en serie, persecuciones, sexo...

Si lees Alfil por primera vez, usa este orden: Negro-Blanco-Azul-Rojo.

Si la lees por segunda vez: Blanco-Azul-Negro-Rojo.

Si la quieres leer junto con Amurao, lee Amurao hasta las 6ª entrega, luego Alfil y continúa con la saga Amurao.

No se trata de descubrir al asesino. En estas novelas intentarás descubrir los motivos de sus acciones, a la vez que te sumerges en las aventuras, persecuciones y suspense de averiguar si sale victorioso o es atrapado.

SAGA INVERSIA: (Distopía)

En el año 2022 Rusia lanzó bombas experimentales contra sus enemigos en la Tercera Guerra Mundial, estas bombas no destruían edificios y personas, sino que inverían la gravedad planetaria, y todo lo que no estuviese sujeto al suelo «caía» hacia el cielo. Un visionario creó una ciudad en la red de alcantarillado de Detroit y refugió a cinco mil niños de seis años y a doscientos adultos encargados de su educación, formación y protección. Han pasado doce años y el lugar, diseñado para ponerles a salvo, no parece tan seguro cuando sufren la muerte de dos adultos destacados.

BLOODY MARY 1 y 2: 35 Relatos de horror y violencia.

¿Duermes bien por las noches? Eso es porque no hay fantasmas en tu mente, o que no les has permitido entrar aún.

Imagina la tortura de una hermana que llora por quien no pudo salvar de las tinieblas, pero le queda la venganza. Imagina el deseo de un asesino a sueldo que ansía dejar de matar pero no puede cuando se le plantea el caso más interesante y beneficioso de su vida. Imagina la libido de un violador y asesino que disfruta, en primera persona, de castigar a los niños que captura en su garaje. Y así hasta once relatos escalofriantes.

Un día te levantas y te encuentras en medio de una historia de esas que solo ocurren en las películas o en los sucesos de los informativos. Uno de esos relatos enfermizos del maestro Stephen King. Todo puede suceder, todos somos vulnerables de protagonizar el suceso más espeluznante de la década, solo nos falta ese último empujón… En el primer libro tendréis once relatos medios de unas 9000 palabras cada uno, escritos y recopilados en la primera entrega de relatos sangrientos del autor. Todos con una temática completamente original. Sumérgete en la densa atmósfera y el ritmo acelerado que te provocarán todas estas historias. (también disponibleBLOODY MARY 2 con 24 relatos aún más originales)

ANATOMÍA DE UN SUICIDIO: Relato largo (75 páginas) Autoayuda con clave de humor ácido y satírico.

Conoceréis con todo lujo de detalles lo que acontece durante y después de un suicidio. Basado en un hecho real, os mostrará la poca importancia que tiene vuestro mundo y lo que os rodea, en comparación con el maravilloso don de la vida que poseéis. Un relato de autoayuda narrado en tono ácido y satírico sobre la importancia de vivir y de quererse a uno mismo.

No podrás evitar reír con las declaraciones de los testigos de la muerte de la protagonista, como lo son la sangre que sale de sus venas, el piso en el que vive, los gusanos que dan buena cuenta de su cadáver o la hoja de afeitar que sirvió para tal fin. Regálalo a quien te importe o a quien desees demostrar que es valioso para ti.